

Axxón 164, julio de 2006

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 164

Un salto cuántico

por Eduardo J. Carletti, Director de Axxón



Dije el mes pasado que “en el próximo Editorial” hablaría de las respuestas recibidas. Bien, estoy hablando de ellas, ¿no? He cumplido.

(No, no fue un engaño, lo prometido está en el Correo.)

Lo cierto es que son temas que, por lo general, nunca se pueden clarificar ni comprender del todo. ¿Para qué, entonces, seguir hurgando madrigueras?

Puedo hablar este mes de temas más fuertes y, creo yo, más constructivos. Los lectores que hayan visitado los medidores de tráfico que tenemos en la página habrán visto que en los últimos meses se produjo un enorme crecimiento en las visitas. Sobrepasamos las 10.000 por día, y esto midiendo sólo la página de entrada (hay que recordar que gracias a “San” Google y otros buscadores se puede entrar directamente a cualquier parte del sitio, y de hecho éso es lo que pasa en la mayoría de los casos). En otro servicio de estadísticas (Alexa) se puede ver que ahora estamos ubicados entre los primeros 80.000 sitios en todo el mundo… antes estábamos en la posición 360.000 (cosa que nos parecía muy buena, por cierto). Nos hemos posicionado algunos días en niveles increíbles, como el 30.000, por dar un ejemplo. Recordemos que en el mundo hay miles de millones de sitios y que la mayoría aplastante de navegantes en el mundo leen en otros idiomas (inglés y chino).

Si fuera sólo esto (medidores automáticos), bueno, nos quedaríamos siempre en dudas. Se podría decir que muchísima gente de habla

inglesa ingresa a Axxón y luego huye despavorida al instante, porque no entiende nada. Puede ser, claro. El tema es que estamos recibiendo cada vez más contactos de personas que hablan en inglés, en francés, en alemán, en italiano, e incluso en otros idiomas. Quizás los traductores de sitios estén funcionando mejor en la traslación desde el español a otros idiomas que lo que observamos en la dirección inversa. Nos han bombardeado últimamente con colaboraciones de autores que escriben en inglés y otros idiomas, muchos de ellos profesionales y con publicaciones en revistas importantes, además de tener obras premiadas.

Creo que esto representa un salto más que real. Porque no sólo nos ofrecen material y nos hacen buenos comentarios de nuestro sitio, sino que a la vez nos están solicitando las obras que componen Axxón para traducirlas y publicarlas en otros idiomas.

Puse en la respuesta del Correo que hay cosas que sirven como combustible, que necesitamos estas cosas porque somos personas comunes y tenemos problemas como los tienen todos. Creo que si servimos de puente para que los autores se hagan conocer en mercados tan difíciles como el norteamericano y el europeo, bueno, habremos cumplido con lo que tantas veces dije que deseaba hacer: ayudar a crear nuestro propio mercado, serio y maduro, de ciencia ficción, fantasía, terror y literatura especulativa de todo color y forma de expresión.

Eduardo J. Carletti, 1 de julio de 2006
Mensajes al Director: ecarletti@axxon.com.ar

Correo axxónico

julio de 2006

A continuación verán una cantidad de cartas (por cierto, más que las que estamos acostumbrados a recibir en este Correo), la mayoría relacionadas con el mensaje Editorial que escribí el mes pasado. Creo que lo mejor es ofrecer una única respuesta para todas. La verán al final de este Correo.

Eduardo J. Carletti

Hola: Mi nombre es Marcos (breve descripción), vivo en Capital, tengo 21 y desde hace casi 2 años entro en Axxón todos los días.

La verdad es que lo que yo pienso al respecto de uds., los que hacen Axxón, es: cómo además de hacer la página tienen tiempo para una vida normal (vida normal: leer al menos 12 horas por día ciencia ficción). Tengo un conocido que lleva adelante una pág. mucho menos compleja que Axxón y veo el trabajo y la cantidad de tiempo que le requiere. Por mi parte, creo que es un gran trabajo el que llevan adelante y que sin Axxón, aquellos que disfrutamos del género nos sentiríamos más solos en este país.

Bueno, esa es mi opinión al respecto. Por parte de mis intereses egoístas, espero que sigan llevando la misma vida como sea que lo hacen y Axxón siga funcionando.

Gracias y saludos. Marcos.

Al equipo de Axxón:

Quisiera felicitarlos por los muy buenos frutos que han dado las Ficciones Breves. ¡Pensar que empezaron como un “salirse del programa”!

He notado que es una puerta de entrada a nuevos autores, y en muchos casos su trabajo me parece más que destacable. Además, y esto que digo está respaldado por observación empírica (personal, claro), es una buena forma de hacer que se acerquen al mundo de la Ciencia Ficción personas a las que antes les era indiferente (se los puede animar diciéndoles “Che, ¡pero si son cortitos!. Lo imprimís y te lo leés en el ómnibus ¿eh?”).

No voy a entrar en detalles técnicos sobre literatura, porque yo no soy ni pretendo ser un escritor y me contento con leer y disfrutar,

pero no puedo evitar nombrar un par de cuentos de nuevos colaboradores de Axxón que me vienen a la memoria por puro azar (literalmente de manera casi aleatoria). Solamente voy a aprovechar para felicitar a algunos de ellos, en franco desorden cronológico:
Ronald Delgado. Me gustó mucho su interpretación de los sentidos de la vida y la muerte en el cuento “Trono” (Axxón 162).
Otro que me encantó fue “El imperio de las Cotorritas”, de Fernando Sorrentino (una de las primeras Breves en el número 146). Me pareció muy gracioso (yo mismo tuve un incidente con uno de estos insectos).
Javier Esteban, “Diabolus in Musica” (Axxón 162), un cuento tan corto como genial, que muestra la creación humana como factor decisivo en momentos de crisis.
Excelente también el cuento “Vendedor Ambulante” de Nora Calas, en Axxón 158.

En fin, este mail ya se está haciendo demasiado largo y, gracias al trabajo Sergio Gaut vel Hartman, encargado de seleccionar el material publicado en Axxón, no hay desperdicio en ninguna de las Ficciones Breves, así que me despido citándolo: pasen y lean.

Saludos y sigan con el buen trabajo,
Juan Martín Priliac - Montevideo, Uruguay

Eduardo:

En lo personal, nada tengo que criticar a Axxon. Al contrario, me parece un excelente sitio.
Pero hay un refrán popular que dice: “Lo barato sale caro”. Otro dice: “Cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía”.
Esos refranes reflejan la desconfianza en algo que no cuesta, porque el primer pensamiento que viene es: “Por algo lo regalan, debe ser un bofe”; o “Por algún lado me van a enhebrar”.
La contrapartida es: “Si pago, tengo derecho al pataleo”.
En “Fundación” de Isaac Asimov, en el capítulo “Los Príncipes Comerciantes”, se narra la conquista de un reino a través de electrodomésticos baratos… pero que colapsan cuando por la guerra se quedan sin suministros de energía. Así se genera un frente interno en el reino, que se termina rindiendo.
Ayer compré un bolso de viaje y hoy me encontré con que uno de sus cierres no funciona.
Y vos mismo tendrás experiencias al respecto.
Así como ambos concemos los que transgreden continuamente las normas, sólo “por joder”. Y si se le advierte que alguien puede

resultar perjudicado, responde “que se cague”.
En síntesis, no es nada contra vos ni contra Axxon. Es un clima atávico que, como los genes que cita Marcelo dos Santos en “El Viejo Hucha”, resulta casi imposible de revertir.
Para más detalles, te sugiero leer en “El Conde Lucanor” del Infante don Juan Manuel, la historia del viejo, el niño y el burro.
Un gran abrazo y sigamos.

Fernando José Cots

El señor Carletti en el editorial de Axxón dice:

“Da la sensación que este esfuerzo y este trabajo y esta obsesión por hacer las cosas como las hacemos sólo produce envidia en algunos, hasta molestia. Como si nosotros, por tener un sitio como Axxón, fuésemos alguna especie de privilegiados por una varita mágica, o como si nos hubiésemos apropiado de un tesoro que no nos debería pertenecer, algo que les hemos robado, poco a poco, a otros que se lo merecen más…”

No entiendo a esa gente, no entiendo la envidia insana. Comprendo ese remusguillo que te entra cuando ves algo bien hecho, algo que a ti te hubiera gustado realizar o donde hubieras querido participar. Esa envidia sana la comprendo, pero por más que lo intente no comprendo la necesidad destructiva que parece animar a ciertas personas, es como si no hubieran abandonado esa época infantil en la que, cuando encuentran un hermoso castillo de arena en una playa, echan un vistazo y , si no hay nadie, los deshacen de una patada.

Afortunadamente creo que Axxon posee fuerza, no digo que sea inmune, pero creo que tiene unas bases firmes sobre las que sostenerse; Fans, lectores ávidos de calidad, y gente preocupada por ofrecérsela a raudales, colaboradores que no paran de enviar material.

Para finalizar, si en algo se puede echar una mano, en algún momento, la gente de axxon sólo tiene que pedirlo, de verdad.

saludos
José Mª Tamparillas Romero

Eduardo

En el mundo hay gente de todos los colores.

No sólo existe el blanco y el negro, como suele suceder en las superproducciones de hollywood.

Pero sí suele pasar que la gente que hace cosas por el mero placer de construir no puede entender que haya gente que se dedique a destruir, como si su creatividad sólo pudiera ponerse en funcionamiento hacia la escala negativa.

La gente que “hace”, suele recibir estos ataques por sorpresa, justamente porque no los espera.
Supongo que es por eso que hacen tanto daño. No porque sean más, sino porque se notan más.
El zorro en el gallinero es uno sólo pero hace mucho barullo.

No quiero decir que la gente que hace axxón sea un montón de gallinas indefensas, pero sí que lo que le interesa es construir. Y si seguimos la alegoría fácil, yo les diría que sigan poniendo huevos, que lo que hacen es muy bueno y aunque no estemos constantemente levantando la mano, los del otro lado disfrutamos enormemente de su trabajo.

Y la corto acá porque me puse solemne.
Lo que quería decir pero de manera un tanto elíptica, es que tres millones de visitas no son casualidad.

Un abrazo
Hernán Domínguez Nimo

Me siento muy bien sabiendo que me leen y mucho mejor cuando disfrutan con lo que escribo. Las dificultades para escribir y conservar mis escritos son muchas, pero estoy en ello. Espero poder seguir colaborando. Mis felicitaciones por el gran trabajo que parece están haciendo en Axxón.

Muchas gracias

Saludos
Alberto Mesa Comendeiro

Estimado Director;

Ud. no me conoce, pero yo sí, ya que leo asiduamente su creación, su gigante criatura que deambula por el espacio, por esa abstracción que nadie comprende pero da por sentada, y donde Axxón crece minuto a minuto. Por lo tanto, puedo decir que lo

conozco.

No quiero ocupar lineas hablando de mi, pero simplemente quiero presentarme, para que un poco nos conozcamos los dos. No soy literato, lamentablemente. Mi profesión es la Docencia, pero de Historia. Me especializo en Historia Antigua y Medieval, y soy profesor de Relaciones Internacionales. Tengo el placer de dedicarme a lo que me gusta: si, la Historia. Pero cuando alguien me pregunta “cuál es tu pasión..?”, mi respuesta no duda: La Ciencia Ficción.

Le dedico horas a la lectura académica todos los dìas, ya que las obligaciones profesionales me obligan, y no me quejo. Pero a la C.F. le dedico días, noches, meses. No hay nada que me de mayor placer que perderme en las novelas que ud. conocerá ya de memoria (Asimov, Vance, Silverberg, Scott Card, Wells…), y sea la hora que sea, no me puedo dormir si por lo menos una página de estas delicias no me alimentan.

Y su criatura… Su ente literario… Es ese placer por la C.F. que tengo todos los días, pero multiplicado por mil. Por las imágenes, por los comentarios, por las editoriales, por los cuentos, por encontrar un grupos de amigos, que no me conocen, pero comparten el amor por la especulación, los escenarios imaginarios, los imperios futuros…

Sólo puedo decirle gracias por haber tenido la brillante idea. Gracias por hacer que cuando voy por el centro de Buenos Aires camino al trabajo, decida llegar unos minutos tarde, para meterme en un ciber, y deleitarme unos minutos con Axxón… Gracias por impulsarme a escribir, y gracias por hacerme sentir esta literatura, casi como un rasgo identitario.

Un abrazo.

Fabián Lavallén.

Hola que tal

Quería felicitarlos, pues yo leí una de las primeras axxón que se publicaron hace muchos años en una de las ferias de los inventos, recuerdo que me la entregaron en un diskette, ya no recuerdo como se llamaban las historias que tenía esa edicion, pero todavía tengo vagos recuerdos de las historias en sí.

Veo que desde entonces han seguido adelante con la revista, y aún persisten hasta estos días, y aún se puede acceder a la revista sin cargo en un mundo donde absolutamente todo te lo cobran.

¡Gracias por Brindarle a tanta gente, la posibilidad de conocer estas maravillosas historias !!!!

Y sigan así

Gabriel Kierszenbaum

Edu:

La Humanidad se construyó con gente que mira mas allá del horizonte.
Muy pocos.
Los que subieron al pico más alto, los que fueron a ver qué había del otro lado el mar… los que experimentaron.
La Humanidad, felizmente, se representa por sus máximos, no por su media.
Axxón es un experimento mundial. Y a vos te tocó ir detrás del horizonte.
Las envidias no deben doler, son como la lluvia, apenas molesta.
Hay que poner toda la fuerza en una campaña de financiamiento. No estaría mal conseguir un auspicio de la Secretaría de Cultura de la Presidencia de La Nación (no te dan un peso, pero sirve para manguear plata) y cosas así.
Capaz que desde adentro no se tiene la dimensión cabal, o por ahí sí y uds. son modestos, pero esto es un mojón importante en la historia de la cultura. Son muchos años y mucha calidad… Bueno, nomás darte las gracias por todo lo que disfrutamos los amantes del género de calidad.

Fabián Casas

Estimados amigos, entre las líneas y los conceptos de las cartas de este mes, variadas, por cierto, he observado comprensión y apoyo.

Es muy importante que la gente pueda sentir, especialmente *sentir* más que comprender, que nosotros, que hacemos esto por la razón que sea, pero no por dinero —algo que luego de tantos años ha quedado demostrado, creo yo—, somos humanos, personas comunes, con problemas, y que

necesitamos de vez en cuando una tanda de cartas como éstas para sentirnos con fuerzas.

Muchas gracias.

Eduardo J. Carletti

Dancing with an angel

Nuria C. Botey

A la literatura del Romanticismo

—De una vez por todas… ¿vas a decirme la verdad?

Pero él seguía sin levantar la vista. El abogado suspiró por enésima vez. Definitivamente, tendría que cambiar de estrategia. Llevaban más de una hora en ese plan. Quizá estuviese siendo demasiado agresivo… "Después de todo, sólo es un crío."

—Escucha, Dani: así no podemos continuar. Mira, tienes que contármelo, ¿vale? Estoy de tu parte, y te juro que haré todo lo posible en el juicio, pero no olvides que allí habrá también otro abogado, cuya misión es meterte entre rejas. Es decir, que si tú no cooperas conmigo, en realidad estás cooperando con el otro. Y créeme, Dani, el sitio al que te mandarán si te declaran culpable no te va a gustar un pelo. Quiero ayudarte. Me entiendes, ¿verdad? ¿Verdad?

Dani asiente sin dejar de morderse la uña del dedo pulgar, aparentemente concentrado en las ideas que el abogado se afana en repetir una y otra vez, aunque emplee palabras diferentes en cada ocasión. Pero hace siglos que no levanta la vista. Y continúa sin mostrar la más mínima intención de responder.

El licenciado deja escapar un suspiro desalentado y detiene su verborrea para observar a su silencioso cliente. Según reza la ficha policial, es un adolescente de raza blanca y quince años de edad, si bien este último dato no ha podido determinarse con total seguridad. Al ser menor, carece de antecedentes… Pero a juzgar por su silenciosa actitud, el abogado sospecha que no es la primera vez que se enfrenta a una situación parecida. Como la mayoría de sus defendidos, por otra parte.

Dejando a un lado la objetividad de los términos oficiales, a primera vista Dani resulta desgarbado e insignificante. Tal vez más alto que la media de sus coetáneos… aunque el abogado no se atrevería a jurarlo. Eso de correlacionar desarrollo y edad cronológica de sus defendidos queda para los pediatras. A él sólo le corresponde ocuparse de los delitos que cometen.

Cosa extraña, en este caso la ficha no habla de enfermedades

ni de toxicomanías. Eso sí, el chico está realmente delgado, y ahora el letrado no necesita acudir a ninguna reseña de su peso para darse cuenta de que se le marcan los huesos de los pómulos bajo la piel cada vez que inicia uno de esos esbozos irregulares de sonrisa. Sin embargo, a pesar de la profusión de datos técnicos que contiene, la ficha comete un descuido imperdonable: no menciona los ojos del crío.

De acuerdo, reconoce mentalmente el abogado, hablar de ojos desmerecería la objetividad de cualquier informe objetivo, pero… Ojos inmensos y castaños, abiertos de par en par como las pupilas de buey que flanquean los cascos de los barcos. Y no es una comparación casual, porque los ojos de Dani están cuajados hasta la médula de esa maravillosa tristeza, ese sesgo mixto de ingenuidad inocente y aceptación sumisa de la realidad que pueblan las miradas vacunas.

Además, los ojos de Dani presentan otra cualidad especial: son ojos que no miran. Al menos, no como los de las personas normales. No, estos ojos te traspasan. Te siguen, te localizan y luego, sencillamente… se quedan así, observándote. Atrapando tus gestos. Acompañando tus pasos y tus movimientos. Hasta las palabras que pretendes decir se sienten un poco perseguidas por esa mirada paciente, vacua, pasiva e inocente, tras la que parece subyacer una profundidad demasiado insondable, antes de haber tomado forma entre tus labios.

No hay una expresión calificable en esos ojos, pero se diría que expresan… Cosas que, piensa el abogado, alguien debe saber descifrar. Sin duda, a alguien deben dirigirse esos ojos. Alguien se refugia bajo la protección de su mirada aparentemente inocua. Y a juzgar por la completa soledad del chico, él no es más que un abogado de oficio designado por ley, a ese alguien no le importa en absoluto la suerte de Dani, acusado de un crimen tan terrible. El problema es que si él no es capaz de imaginar de quién se trata, el chico tampoco parece dispuesto a contárselo.

La verdad, la verdad, decir la verdad. ¿Quién entiende la verdad, abogado? Mi verdad… ¿Pero por qué? ¿Por qué tiene que ser mía, sólo mía, esta verdad? Y sin embargo, aunque decidiera compartirla contigo, ¿cómo podría explicártela? ¿Cómo explicar algo de cuya realidad sólo he podido adquirir cierta conciencia con al paso del tiempo? ¿Cómo te voy a hacer entender esta circunstancia que me rodea nada más que con palabras? Tú no puedes sentirlo, abogado, y si no puedes sentirlo, es imposible que lo comprendas. No, no puedes hacerlo, como no pudieron otros antes. ¿O es que crees que no he tratado de contarlo nunca? Claro que lo crees. Pero no sabes nada.

Tú no sabes lo que pasó aquella noche. Tú no sabes cómo eran aquellos tiempos. Nadie lo sabe hoy con certeza. Nadie más que yo. ¿Cómo podría un abogado acostumbrado a formulismos y burocracias del siglo XX entender una noche negra y fría de 1831?

Las llamas de los faroles apenas iluminaban un pequeño cerco en los adoquines de las calles principales, donde el agua podrida anidaba entre las juntas de los cantos. Sólo de vez en cuando algún coche de caballos, con el traqueteo de sus ruedas y de los cascos de los jamelgos sobre el empedrado, alborotaba a las cucarachas que deambulaban entre las hierbas. Muy excepcionalmente, un viandante cruzaba de acera, embozado en su capa y exhalando vaho blanco al entrar su respiración caliente en contacto con el aire frío de la noche. Pero en las callejas oscuras las cosas eran muy diferentes.

Sí, yo te hablo de esas callejas estrechas y malolientes, como del Londres dickensiano. De esos pasadizos donde la luz del queroseno recién descubierto no se atreve entrar una vez que el sol decide acabar su jornada. Allí donde las ratas verdaderamente imponen su ley y propagan su semilla; donde un hombre no es más que un amasijo de trapos enrollados al cuerpo y muñones purulentos vendados con andrajos que mañana, expuestos al aire y la luz del día, le permitirán comer unos mendrugos secos de pan negro a costa de la escasa caridad de aquellos a quienes, a la salida de la iglesia, o entre los puestos del mercado, su repugnante presencia hace recordar que comparten la misma naturaleza humana. Donde un chiquillo de catorce años sólo tiene valor si sirve para que el oficial borracho bajo cuyo mando ostenta el sonoro cargo de "aprendiz" descargue sobre él su rabia y sus mandobles con o sin el menor motivo, a pesar de lo trabajosamente que su madre ha mendigado durante días ese sencillo puesto, con la esperanza de que al menos uno de sus hijos no se muera de hambre pasado mañana.

Y afortunado aquél que goza de esa posibilidad, porque no era mi caso. Por eso aquel diecisiete de enero de 1831 yo vagaba por un callejón que desembocaba en el puerto.

Mi madre había muerto meses atrás, después de que la enfermedad que le sacó de la fábrica cumpliese definitivamente con la tarea de consumir sus energías. Como yo era el único hijo que todavía vivía con ella —el resto de mis hermanos y hermanas, nunca llegué a saber si fuimos diez o doce, se habían ido muriendo por el camino, o bien salían un día de casa y allí nos dejaban a los demás—, ocupé durante un tiempo su puesto en la fábrica. Pero el patrón consideró que mi constitución, mucho hueso pero poca fuerza para cargar sacos en los carros que habían de llevarlos luego al embarcadero, no merecía el escaso salario que cobraba. En el siglo XIX, la mano de obra podía no

ser muy cualificada si seguimos los criterios que ahora imperan pero, desde luego, abundaba.

Como supondrás, abogado, me quedé en la calle, sin que ningún taller o ninguna tahona me aceptase como aprendiz. Hice algunos recados, pero en 1831 el oficio de mensajero era todavía menos rentable que el de obrero. Y como por desgracia para mis necesidades no estaba tullido, la mendicidad tampoco me sirvió de nada. Finalmente, junto a otros de los muchos chicos que malvivían en situación similar a la mía, formé una banda de ladrones callejeros. Durante un tiempo, poco en opinión de mi estómago, que con sus gruñidos me animaba a repetir cada mañana, participé en robos de cualquier cosa que luego se pudiera vender, o en atracos apresurados a algún gordo idiota con mejor ropa que la nuestra… Hasta el día en que, al escamotear un barril de cerveza del carro que descargaba en la cantina, con intención de revendérselo luego a otro tabernero un poco menos escrupuloso aún que el primero, y que regentaba su local tres calles más abajo, un par de gendarmes descubrió nuestra faena y no nos dejó terminar. Las piernas largas y escuálidas que me despidieron de la fábrica me ayudaron ahora a escapar. No lamento decir que ignoro la suerte de mis compañeros. Saber si fueron a la cárcel, los agentes les dejaron en manos del cantinero, o quizá lograron salir tan bien parados como yo es algo que hoy por hoy no va a serme de ninguna utilidad. Y en aquel entonces no iba a quedarme allí para averiguarlo.

Por eso aquella noche del mismo diecisiete de enero vagaba buscando el puerto. Buscando un barco hacia el extranjero donde necesitaran un grumete, un ayudante de cocina… o, en su defecto, donde cupiese un polizón. Porque la ciudad en que había nacido ya no me ofrecía más que cantidades ingentes de miseria y problemas.

¿Sabes? Es curioso… La gente piensa que hoy en día uno puede encontrarse cualquier cosa al doblar una esquina: dos mujeres que se besan apasionadamente en la boca, los acólitos de una secta danzando en medio de la calzada con sus panderetas en la mano, un perrito de gesto antipático con el lomo cubierto por una mantita de lanita roja, tres chicos jóvenes con el pelo de colores y aros por todo el cuerpo… Creen que, hoy en día, hay muchas cosas que transgreden las normas. Que suceden cosas que antes no ocurrían.

Pero, como tú, abogado, esa gente tampoco sabe lo que dice. Sencillamente, son como niños pequeños que creen haber inventado determinada palabra malsonante sólo porque acaban de aprender a pronunciarla en el parvulario.

Es cierto que en el siglo XIX no veías, por ejemplo, a los Hare-Khrisna bailando en un parque con sus túnicas color azafrán… pero era vox populi que había quienes, en noches determinadas, se reunían en

lugares determinados y allí se entregaban a rituales demasiado indeterminables. Entonces se hablaba de demonios, de aparecidos, de masones, de logias, de heteirías… Se hablaba de duendes, de espíritus, de trasgos, de gnomos, de hadas, y nadie sabía bien los límites y diferencias entre unos ritos y otros, entre unos mitos y otros, entre unos credos y otros. Sólo existía la certeza de que había gente que los invocaba, que los traía de vuelta al mundo de los vivos. Aunque tal vez no fuera necesario que los trajeran. Tal vez siempre han residido entre nosotros… y sólo unos pocos han sabido percibirlos. Sólo unos pocos sabemos percibirlos.

Pero en aquel momento, mis pensamientos no guardaban la menor relación con todo eso. No, en aquel momento yo sólo vagaba por el callejón, lo recuerdo como si acabara de hacerlo, bajo un cielo enrojecido de nubes parturientas de lluvia, sin ver sobre qué charco putrefacto aterrizaban mis alpargatas. A cada trecho se me cruzaban entre las piernas ratas que imaginaba grandes como conejos, y tal vez no menos sabrosas que aquellos, sobre todo entonces, que aún no había probado el conejo. Con todo, el recuerdo de las hileras de dientes afilados que tienen por costumbre adornar el hocico de tan rollizos animales contenía mis ganas de intentar cazar alguna. De pronto, entre la oscuridad, la podredumbre, la noche y las ratas, vi aparecer la procesión.

Aunque conservo las imágenes y los recuerdos de aquella época de mi vida con toda nitidez, a partir del momento en que aquella hilera de figuras encapuchadas que salmodiaban rítmicamente se cruzó ante mis ojos, todo empieza a resultar distinto. Sin embargo, yo no me di cuenta de ello hasta mucho tiempo después.

Por el momento, sólo noté que la extraña comitiva avanzaba en dirección contraria a la que yo seguía, como procedente del puerto. Una ristra de lucecitas salteadas oscilaba frente a mis ojos, que no podían ni imaginarse las cosas que nunca iban a ver. Y aunque sé que esta frase parece ahora confusa, no te preocupes, abogado. Pronto cobrará sentido.

Recuerdo que cada uno de los impares portaba una vela encendida, y que todos los integrantes del séquito avanzaban lentamente, repitiendo para los adentros de sus sayos, negros de la cabeza a los pies, alguna especie de rezo que yo ignoraba.

Aunque esto en sí no fuera motivo de sorpresa, ya que casi no sé ni el Padrenuestro, tampoco me sentía especialmente predispuesto a descifrar sus murmullos. Como cualquiera, conocía cientos de leyendas sanguinarias y truculentas sobre adoradores del diablo —así se llamaba por aquel entonces a todo lo que no fuera cosa de iglesia—, y no tenía el menor interés por quedarme a constatar su veracidad.

Sólo había un problema: echar a correr para alejarme de sus pasos me haría todavía más evidente, ya que tenía todas las posibilidades de tropezar una vez tras otra con todo lo que había ido esquivando o aplastando a medida que avanzaba por el callejón. Por desgracia, no me quedaba mucho tiempo para buscar una solución mejor que la de correr… Así que el miedo decidió por mí, convirtiéndome en un ovillo de carne que se arrebujó contra una pared de la callejuela y empezó a rezar mentalmente para que las velas que portaban los encapuchados no iluminasen más allá de sus pies.

Por extraño que parezca, fue la decisión más acertada: la comitiva no dio la menor señal de percibir mi gesto. Ajenos a mi presencia, continuaron avanzando con la salmodia prendida del borde de sus capuchas, rítmicos y concentrados, los pábilos de las velas titilando en la oscuridad, decorando el cuerpo de cada cirio con riachuelos de cera hirviente mientras sus pisadas sordas acariciaban los adoquines. Aquel vaivén tan hipnótico… Simplemente, era yo quien no podía dejar de contemplarlos.

Se detuvieron unos pocos metros antes de mi puesto de observación, y bajo la luz de sus bujías descubrí una puerta de madera que se abría sobre el muro. Lejos de los grabados tétricos que yo esperaba encontrar en sus jambas, aquella entrada secreta parecía más bien la salida trasera del taller de algún maestro artesano, zapatero o sastre probablemente. El encapuchado que encabezaba la procesión murmuró una frase indescifrable en tono imperativo, y alguien abrió desde dentro. Pasaron de uno en uno, ahora en total silencio. La puerta se cerró tras el último penitente. De nuevo el callejón nos pertenecía a las ratas y a mí.

Todo habría sido perfecto… si no hubiera habido un pequeño problema: mi estómago tenía hambre —cosa por lo demás no del todo infrecuente en un vagabundo—, y antes de cerrarse la puerta del dichoso local, por ella había escapado un olor agridulce mezcla de pan, levadura de cerveza y, quizá, tocino frito, que me hizo desechar la impresión inicial de taller artesanal para decantarme por la de encontrarme agazapado junto al almacén de una cantina, amén de despertar como por ensalmo mi espíritu aventurero. Al fin y al cabo, si la reunión de adora-lo-que-sea tenía lugar dentro de una cantina, es que eran más humanos de lo que pretendían aparentar. Y como he dicho, yo tenía catorce años y hambre atrasada.

Me acerqué a la puerta, procurando que mi corazón no hiciera más ruido que mis pisadas o mis tripas, puesto que no había ventana por la que mirar. Por aquel entonces la madera tampoco era transparente, pero tuve la suerte de que el rodapié no ajustase con el suelo de piedra, así que además de los aromas, la luminosidad también se escabullía de

la ceremonia por allí, de modo que las oscilaciones de múltiples pábilos encendidos reverberaban sobre las piedras del callejón, mientras los olores a cera derretida y manteca frita colapsaban mis sentidos.

Sin embargo, aunque hambriento, nunca he sido tonto del todo. Si en la procesión había quizá ocho o nueve miembros, estaba claro que el resto aguardó su llegada dentro de la cantina. Olía a algo más que a velas encendidas, de acuerdo, pero si entraba allí, ¿qué garantías de poder comer algo más sustancioso que el gato callejero de la noche anterior y la poca fruta que había sisado por la mañana, antes de tener que escapar de los guardias, me ofrecía eso? Y de conseguirlo, ¿no se convertiría en mi última comida?

Quizá parece una elección sencilla cuando se escucha ahora, pero en su momento las alternativas estaban muy equilibradas. Sobre todo, porque mientras un servidor se debatía entre las dudas, aquella extraña ceremonia seguía su transcurso, lenta pero irrefrenable, todavía ajena a mi existencia. O al menos, eso creía yo.

Después de un buen rato de deliberaciones, me ganó la sensatez. La puerta estaba cerrada a cal y canto, no había ventanas, desconocía por completo la cantina y, para colmo, sus parroquianos no me resultaban del todo agradables. Seguro que en comparación con aquella ciudad de ratas y encapuchados, en el extranjero no se vivía mal. Por lo menos, escucharía los insultos de los guardias en un idioma distinto.

No puedo decirte por qué lo sé, pero creo que fue entonces cuando decidieron venir a por mí. Me querían. Me quería.

Pero yo no sabía nada de eso, así que seguí caminando en dirección al puerto, bajo el manto de nubes rojas y su embarazo de agua. Ya se veía el final del callejón; otra vez una tenue iluminación, ahora procedente de los faroles de queroseno, recordaba a los caminantes que la industrialización avanza firme, pero segura. Según mis cálculos, no tardaría en percibir los mástiles de los barcos con las nubes rojizas de fondo.

Nunca llegué a verlos aquella noche. No sé cuántos fueron, ni cómo hicieron para que no notase en absoluto que me seguían, pero cuando un hatajo de manos me envolvió en la áspera arpillera de un saco y, pese a mis esfuerzos por defenderme y escapar, mis pies acabaron por perder el contacto con el empedrado, no me cupo la menor duda de quiénes parecían dispuestos a frustrar mis planes de emigración. Y, por supuesto, sentí pánico.

No volví a encontrar el firme bajo las suelas de mis alpargatas hasta que la puerta del almacén se hubo cerrado tras nosotros. Cuando mi cabeza, aturullada por el viaje, encontró por fin el camino de salida del fardo, el local estaba en completa oscuridad.

Las mechas apagadas de las velas inundaban la habitación con su olor a chamusquina, y los contornos de los cuerpos de aquellos concelebrantes de lo que fuera se confundían y apilaban con los de hileras de cajones, tal vez barriles, como los que se usaban en aquellos mis tiempos para transportar mercancías en las bodegas de los barcos. Al menos, eso me parecían todas las sombras semi inmóviles que, sin un ruido, me rodeaban. Si se podía vislumbrar algo más, o era posible reconocer a alguien, no llegué a saberlo.

Algo se movió delante de mí. Los ojos se me iban acostumbrando progresivamente a la oscuridad, así que me di cuenta de que alguien acababa de apartarse del lugar que un segundo antes ocupaba, y en ese mismo punto de la pared pude distinguir entonces otra puerta, cuyo picaporte metálico casi parecía brillante entre tan confusa oscuridad. La mano del desplazado celebrante giró el manillar. Cumpliendo rigurosamente con su deber, los goznes se doblaron.

A empellones —dos o tres, porque nunca han hecho falta más para moverme—, fui amablemente invitado a penetrar en aquella otra estancia, a la cual nadie más me acompañó.

Cuando la puerta volvió a cerrarse tras de mí, supe lo que de verdad significa la ausencia de luz. La ceguera congénita debe ser muy parecida a lo que sentí entonces. Por un instante, pensé que había dejado de existir.

Como es lógico, lo siguiente que se me pasó por la cabeza fue salir de ahí. Daría la vuelta sobre mis pies y encontraría el manillar de la puerta. Quizá palpando la pared… No podía quedar muy lejos de mi alcance. Tenía la impresión de no haberme movido ni un solo paso hacia ninguna parte. El último empujón me había metido allí dentro. Es cierto, cabía la posibilidad de que en realidad me hubiera alejado de la puerta más de lo que yo creía, pero… Claro que, bien pensado, también era probable que el empellón me hubiera hecho girar y, al dar ahora media vuelta sobre mis pies, en lugar de quedar exactamente cara a la pared… En resumidas cuentas, extendí los brazos en la dirección hacia la cual yo suponía que estaba la puerta, y tanteé. Pero no pude encontrar nada que se pareciese a una estructura de madera, a un manillar metálico o, en su defecto, a una pared de piedra. Sólo había vacío ante mí. Avancé unos cuantos pasos, siete, ocho, nueve, diez… Mis manos siguieron agitándose en la oscuridad. Once, doce. ¿Y si me estaba adentrando cada vez más en la maldita estancia? El pánico comenzaba a ganar amplia ventaja sobre la serenidad en aquella carrera sin reglas por dominar mis emociones, cuando mis frenéticos pensamientos se vieron interrumpidos en seco por su llamada. Él me llamaba.

Él… No sabes qué difícil es, abogado, encontrar la palabra menos incorrecta para nombrarle. Decir "él" es tan impreciso… Nunca le he

visto con mis ojos; nunca he tenido, ni tendré, estoy seguro, conciencia exacta de sus dimensiones, su realidad, su forma o su magnitud. Su tacto, su textura… Soy incapaz de expresarlo, lo siento. Sencillamente, lo llamo "él" porque de algún modo tengo que denominarle. Verdaderamente, esto no es lo más importante. Lo más importante es que me quiere.

Él me llamaba, sí, pero no con palabras. Su voz, o al menos un eco que no era el eco de mi voz o de mis pensamientos, resonó con claridad en el interior de mi cabeza y recorrió mi cuerpo, expandiéndose por mis venas, o por mis huesos, o qué sé yo. Sólo sé que se trataba de un sonido que pronunciaba mi nombre. No en todo grave o amenazador. Ni siquiera en tono solemne. No. Sólo repetía mi nombre. Mi nombre…

Al cabo de un instante, o a lo mejor una eternidad disfrazada de instante, porque la oscuridad te arrebata tantos referentes que ni siquiera el tiempo mide lo mismo, yo sentía la certeza de que ese sonido, ese eco en mi interior, iba a hablarme. Ese eco quería decirme algo importante. Y no debía tenerle miedo.

Por eso avancé unos pasos, hacia lo que fuera que hubiese delante de mi cuerpo. Porque, a pesar de no poder verle, sabía que había algo —grande, pequeño, frío y caliente, qué sé yo—, esperando ante mí. Avancé, porque ahora era yo el que quería ir hacia la voz. Había dejado de tener miedo.

Ojalá pudiese explicarte con detalle cómo fue todo. Ojalá las palabras tuviesen sentido, tacto, suavidad… Lo que diga ahora, todo lo que cuente, por más que me esfuerce o trate de pulir las expresiones, nada podrá aproximarse a lo que sentí aquella noche de enero de 1831.

Cuando quise, o tal vez cuando pude, darme cuenta de las cosas, aquella forma cálida de donde nacía la voz que se apoderaba de mi conciencia estaba tan cerca de mí que nuestras respiraciones se cruzaban, pausadas y tibias. Aún así, no podía distinguirle. En aquel momento se había convertido en un ser de mis dimensiones, con estructura humana, o humanizada al menos. Sin embargo, sus rasgos… Ni siquiera bajo el contacto de mi mano puedo recorrerlos e identificarlos porque, simplemente, no existen. Son mutables, versátiles, en perpetua transformación. Sé que nunca voy a conocerlos. Sé que no me importa.

Nos abrazamos, de pie en la habitación negra e incierta. No estoy seguro, tal vez fueron los movimientos de su cuerpo, o quizá fue su voz lo que me lo hizo saber, pero juntos, abrazados como estábamos, nos dejamos caer sobre algo blando y suave, una especie de cobertor sobre el suelo, quizá el mismo suelo, quién sabe si una prolongación de su propio ser… Nuestras pieles se rozaron. Había dejado de hacer frío. Resignado

a no ver nada, preferí cerrar los ojos. Aquella noche nos convertimos en amantes.

¡Pero decir su amante…! Sólo la palabra "su" se ajusta a la verdad. Porque, desde el 17 de enero de 1831, le pertenezco completamente. Además, el término "amante" es tan restringido… Suena carnal. Suena mezquino, vulgar. Suena… Suena humano, y él está por encima de eso —y temo que también yo voy estándolo—. Porque si de algo estoy seguro, abogado, es de que él no es humano. A veces me gusta pensar que es un ángel. O, tal vez, un demonio. En realidad, empiezo a creer que uno y otro no son distintos.

Sea lo que sea, la criatura que es capaz de hacerme conocer la más perfecta paz a que un hombre puede aspirar no puede quedar atrapada en la mera categoría de "amante". De nuevo, qué desesperante, las palabras de los hombres me resultan pobres. Por eso he desistido de explicar en qué se basa nuestra relación. Sólo intentaré seguir con la historia, abogado.

Me desperté por la mañana, en el suelo del callejón. Ni rastro, ¿te parece curioso?, de los encapuchados de la noche anterior. De todo lo ocurrido me quedaba únicamente una extraña sensación de bienestar, de tranquilidad, de completa indolencia inundándome el cuerpo… Un calor distinto a todo me recorría las entrañas, y desde entonces no me ha abandonado.

Pasé el día vagando por la ciudad, comiendo, creo, de lo que encontraba por ahí, y mirando con ojos redondos cada rincón, cada ángulo, cada adoquín de cada calle. La ciudad, mi ciudad, me parecía diferente de lo que recordaba del día anterior, aún sin saber decir en qué. Era como si hubiesen pasado siglos desde entonces. No, más bien no había "día anterior". Todo era nuevo.

En resumidas cuentas, mi tiempo transcurrió como una somnolencia beatífica… hasta el anochecer. Hasta que empecé a sentir un cosquilleo en la boca del estómago, una inquietante sensación de aviso, una señal que me erizaba por dentro y me provocaba escalofríos de excitación.

Cuando la mancha anaranjada de la luna comenzó a blanquearse, me aventuré en el callejón del que, sin proponérmelo de veras, me había mantenido alejado todo el día. Encontré la puerta del almacén, y entré. No había nadie, ni siquiera una mala vela olvidada del día anterior. Busqué a tientas la entrada interior, y esta vez di con ella sin demasiados tropiezos. Cuando traspasé su umbral y volví a oír en mí esa voz, tan pronto adulta como infantil, opaca pero cristalina, femenina y varonil, supe que estábamos irremisiblemente unidos.

Y, hasta lo que llevo vivido del día de hoy, así ha sido.

Hasta hoy, vivo mis días en función de él. Sé que siempre está conmigo; y, vaya donde vaya, disfruto con la certeza de saber que por la noche nos encontraremos. Sólo tengo que dejarme llevar por mis piernas. A una pensión que alquile habitaciones por horas, a los servicios de caballeros de cualquier bar poco concurrido, o a un coche abandonado en una callejuela de cualquiera de las ciudades por las que llevo transitando desde 1831.

Nunca sé cómo ha llegado él hasta allí, o cómo podré entrar yo en determinados lugares, pero al final todos los problemas se disipan, a veces como por arte de magia y, noche tras noche, acabamos amándonos con nuestro ritual mudo de gestos lentos que nadie conoce. Porque ni que decir tiene que jamás he vuelto a ver a aquellos salmodiadores encapuchados, a quienes un día creí hombres, en todos estos años de peregrinaje.

Como ves, abogado, mi existencia actual está plagada de interrogantes que no sé contestar, y cuyas respuestas no busco. De momento, no las necesito. Quién sabe si, más adelante, desearé conocer por qué fui yo el elegido, quién o qué es él, si sigo estando vivo o si ya soy completamente inmortal… Si puede acabarse esta relación, y qué pasará conmigo en caso de que ocurra —¿me aplastará el peso de los siglos si él me deja, o volverá el curso normal de los años a mi cuerpo, adolescente desde que su aparición los detuvo?—. Saber si… si algún día él se morirá.

Sí, quizá algún día busque respuesta a esas preguntas pero, de momento, lo único que importa es que él me quiere. Él me protege… Aunque, en cierto modo, abogado, ahora esté aquí por su culpa. Me pides, abogado, que te diga la verdad. Pero yo me pregunto ¿creerás la verdad? Bien, aquí la tienes: Ésta es la verdad.



Ilustración: Guillermo Vidal

La verdad es que él me posee y me domina; que mis días son sólo la esperanza de nuevas noches y, con la oscuridad del cielo, de su amor inmaterial.

Nos fundiremos, me fundiré, en su realidad suave y tibia que me envuelve y calienta, que simultáneamente eriza mi piel y hace hervir mi

sangre. Nos amaremos en cualquier lugar vacío, a solas en cualquier rincón del mundo. Más a solas de lo que sea capaz de imaginar un hombre como tú, abogado. Tan a solas como si cada vez que estoy con él, cada vez que nuestras respiraciones acompasan su ritmo, una dimensión distinta abriese sus puertas sólo para albergar en sus rincones ovalados nuestro amor inmaterial, basado, sin embargo, en sensaciones sutiles y absorbentes, mezcla de los cinco miserables sentidos del ser humano.

La verdad, abogado, es que la noche de autos, el amanecer de los hechos, yo no maté a aquellos tíos. La verdad es que los mató él.

Nos habíamos amado ya, en un asqueroso motel cercano que perdió toda su mugre y su miseria en cuanto su voz me inundó el cerebro. Pero entonces el cielo ya empezaba a clarear. En estos tiempos siempre hay gente por las calles. Gente a todas horas, y en cualquier lugar. Toda clase de gente. No sé, quizá aquellos tipos creyeron que yo era un simple borracho, un drogadicto. Tal vez pensaran que pretendía hacerles daño… Pero no, lo más probable es que sólo quisieran intimidarme, divertirse a mi costa. Hacerme creer que iban a darme una paliza, a matarme, sólo por el placer de verme suplicar, por descubrir hasta dónde puede llegar a humillarse un ser humano con tal de proteger su integridad física… No lo sé; no tuve tiempo de averiguarlo. Tampoco es algo que me quite el sueño.

Él se encargó de todo. ¿Quién si no? Al fin y al cabo, es lógico. Si me ha mantenido con vida todo este tiempo, desde esa primera noche de 1831; si me busca a diario, y jamás perdonamos una cita. Si él me escogió… Dime, abogado, ¿crees que podría tolerar siquiera la posibilidad de que simples humanos, en una acción ajena a su todopoderosa voluntad, me hiciesen daño, atreviéndose a despojarle por mero capricho de aquello que le pertenece desde hace tanto tiempo?

Pero me temo que esta explicación tampoco te convencería si te la diera. Con tu plana lógica de leguleyo, me preguntarías "¿Cómo lo hizo?" "¿Le viste hacerlo?" "Y, si dices que no le viste, ¿cómo puedes asegurar que fue él?"

No, por supuesto que no le vi matarlos, es cierto. Pero tampoco le vi la primera vez que me envolvió en su esencia, y tampoco le veo cada vez que nos besamos. No veo sus ojos, ni sus manos, ni sus facciones. Y por más que cada noche le recorren mis dedos, por más que nuestras sustancias se mezclan, no conozco su físico. ¡Pero qué digo, su físico! ¿Cómo podría hacerte comprender que él no es físico? No es material. Recuerda, abogado, que la materia plasmada en una forma, ya sea humana o inerte, es mortal. La energía, en cambio, se transforma. Sólo se transforma. Se transforma en aire, en fuego, en mar. Se transforma en viento. En piel. En hombre; en amor. En odio. Y también, también se

transforma en muerte.

Eso sí lo vi, abogado. Vi morir a esos tíos. Les vi caer frente a mí, delante de mis pies, antes siquiera de haber tenido oportunidad de defenderme, porque ni uno de ellos llegó a rozarme.

Cayeron como fulminados, con los ojos en blanco. Como si se les hubiera reventado el corazón desde dentro. ¿Y no fue algo así lo que les diagnosticaron en la autopsia? Qué curioso: lo mismo para los cuatro. Cuatro hombres jóvenes, fuertes y más o menos sanos hasta entonces. Mírame: ¿cómo crees que pude hacerlo yo? Un crío flaco, demacrado y raro…

No, tú tampoco crees que lo hiciera yo, ¿verdad? También te has dado cuenta: me falta fuerza, impulso… energía. ¿Energía has dicho? Fíjate, justo lo que a él le sobra.

Él es energía. Energía dispuesta a protegerme. A amarme. Y ése es el delito.

Porque somos dos seres rotos, fuera de la rueda del mundo; una especie de vagabundos en el espacio y el tiempo, en el concepto humano de realidad, cuya única finalidad es unirse y completarse, noche tras noche, quién sabe hasta cuándo. Matar a cuatro chalados, cuatro tipejos a los que tú mismo hubieses condenado a galeras si me hubiesen llegado a tocar un solo pelo de la cabeza… Tú sabes que ése no es el delito, abogado. El delito es que hayamos sido capaces de crear ese círculo de antimateria en el que nos encerramos cada noche, y del cual os excluye vuestra propia humanidad. Por eso el avance de los tiempos es nuestro mayor peligro. El progreso, vuestro progreso, nos acecha y acosa a cada instante. Estamos abocados a la extinción. Y esa misma humanidad, tan peligrosa para nuestra existencia, te impide comprender todo lo que ahora estoy diciendo.

Por eso guardo silencio, pobre abogado empeñado en conocer toda la verdad.

De verdad, Dani, te juro que quiero ayudarte. Y, además, te prometo que no será difícil. ¿Quieres que te saque de este lío? Es sencillo. Sólo hace falta que colabores de una vez por todas. ¿Lo vas a hacer? Sí, seguro que sí… Anda, sé buen chico y dime una cosa: ¿los mataste tú?

Dani levanta la vista. Esos ojos castaños, grandes como los del dios Apis y orlados de pestañas espesas, se concentran en la cara de su defensor. Es una mirada profunda, serena, tan cargada de indiferencia como si su condena no estuviese en juego, o como si no entendiese las palabras, o como si no se encontrase en aquella habitación, cercado por cuatro paredes y un techo de escayola sobre su cabeza.

Hay algo muy lejano en esa mirada, algo más allá de quince años que viste de opacidad sus pupilas mientras arranca turbulentas irisaciones, doradas, ocres, negras, azuladas… ¿o son tal vez rojizas? Por un momento, el abogado se siente pequeñito, un poco indefenso ante la luz de unos ojos tan antiguos y tan combustibles como los faroles de queroseno.

Por fortuna, la incómoda sensación dura sólo un instante, y el hombre consigue ocultar casi por completo el extraño respeto que ese adolescente que aparenta contemplarle con apacibilidad le ha hecho experimentar de pronto. Pese a la impresión sufrida, fuerza una sonrisa pretendidamente amistosa en su rostro, y repite su pregunta con aire de perdonavidas.

—¿Los mataste tú, Dani?

—Sí. Los maté yo.

El Hospital entero duerme. Ha pasado mucho tiempo desde la última ronda del celador de turno. Reina el silencio. Por fin he encontrado el lugar perfecto para ocultarnos, al menos unos cuantos meses. Nadie sospechará de mí ni de su existencia a lo largo de ese tiempo. El problema hubiera sido una condena de varios años… Es difícil que la gente no haga cábalas ante un adolescente de aspecto inmutable desde 1831.

Pero eso no ocurrirá, porque los terapeutas me darán el alta mucho antes, considerando que mi demencia ya está curada. Según sus dictámenes, un brote esquizoide me hizo matar a aquellos tipos, aún no sabe nadie cómo, así que un buen juez consideró que lo mejor era "condenarme" a este psiquiátrico. Para cuando enfermeras, médicos y celadores empiecen a tomar conciencia de mi perenne adolescencia, ya habrá multitud de informes que indiquen que aquello quedó atrás, y que estoy restablecido.

Hasta ese momento, que llegará, lo sé, porque él no permitiría que me retuvieran aquí eternamente, como no ha permitido que nadie me retenga nunca en ninguno de los lugares por los que ya hemos pasado desde 1831, este hospital silencioso es el mejor sitio para mí. Para nosotros.

Es de noche. Las tres de la mañana. Ya viene. Viene a mí. Por siempre.

Nuria C. Botey nació en Madrid en 1977. Es Doctora en Psicología por la Universidad Complutense de Madrid, y Master en Comunicación y Habilidades Sociales por la Universidad de Sevilla. En la actualidad trabaja como profesora en el Colegio Universitario Cardenal Cisneros y la Universidad Pontificia de Comillas.

Su vocación literaria se ha visto recompensada con diversos premios de relatos, entre los que cabe destacar el XVII Premio Clarín de Cuentos 2004, el XII Premio Pablo Rido de Relato Fantástico 2003, o el I Concurso Literario Los Nuevos de Alfaguara 1993, siendo también finalista en el VII Premio Joven UCM de novela 2004. Sus textos han sido publicados en revistas, fanzines y antologías como Artifex, Paura, Visiones, Solaris y Parnaso. Este es su primer cuento en Axxón.

¿Que en paz descanses? ¡Ja, ja!

José Altamirano

Acababa de despachar a Hartman y me disponía a enviar el memo relativo a su designación en el grupo de trabajo que lo instruiría acerca de su próximo destino, cuando la voz de mi secretaria sonó por el comunicador:

—Uriel, acaba de llegar un tal señor Abdul. Insiste en que se lo atienda inmediatamente y no quiere entrar en razones.

—Rebeca —me quejé—, te he dicho un montón de veces que me des un respiro entre caso y caso. Con Hartman me hiciste lo mismo.

—Es que no bien supo que su caso estaba en tus manos amenazó con hacer valer su prerrogativa de discriminado integrante del pueblo elegido. Y ya conocés las indicaciones del Jefe al respecto; no quiere líos con el sindicato.

—¡Pero si el tipo es ateo! ¿De qué discriminación se queja?

—Cuando vino el Papa no lo hiciste esperar ni dos minutos; Sergio esperó cinco —me recordó la guacha con voz gélida.

Ahogué un suspiro de frustración para no darle a Rebeca motivos para que elevara una queja en mi contra. Añoraba los buenos viejos tiempos cuando las oficinas eran atendidas por integrantes del mismo credo: los judíos con los judíos, los católicos con los católicos, los musulmanes con…

—Rebeca… —una sospecha que más bien era una certeza atroz me asaltó—: ¿el Abdul ése no será por acaso musulmán?

—Musulmán y fundamentalista, a juzgar por lo incompleto —me dijo la muy turra gozando con la situación—. ¿Lo hago pasar?

—Aguantalo cinco minutos, después de todo, es lo que hiciste esperar a Hartman ¿no?

Listo, tenía seis o siete minutos para mí. Rebeca, pese a toda su alharaca en contra de la discriminación de credos, no haría esperar a un musulmán menos tiempo que a un judío, aunque éste se declamara ateo.

Por mi parte, necesitaba ese tiempo para poner en orden mis pensamientos, alterados por la reciente entrevista. Es que ese Sergio había entrado a la oficina con aire beligerante y sobrador y yo no había tenido un buen día desde que a primera hora se presentó el

Papa, furioso porque había querido abrir por las suyas el portón de entrada sin conseguirlo. El tipo se había tomado literalmente en serio el asunto ese de que era heredero de las llaves de San Pedro.

Y faltando un par de horas para el cierre, se había presentado Hartman haciendo gala de una presunción irritante.

—Bueno, bueno… —había exclamado no bien entró y sin molestarse en saludar—. Al fin y al cabo había algo, nomás.

—¿Había algo? ¿Dónde había algo? —pregunté haciéndome el boludo. Se dio cuenta y no me contestó, dejándose caer en la silla sin esperar a ser invitado.

—Me comentó mi paisana de la recepción que tu nombre es Uriel. ¿Algo que ver con el arcángel?



Ilustración: Fraga

—Soy el Arcángel Uriel y esta es la Oficina de Admisiones y Destinos.

—Disculpame pero no parecés un arcángel: petisito, medio pelado y con esos anteojos de oficinista…

—No todo lo que es se parece a lo que creemos que debe ser —dije, tratando de ser críptico—. Además, para ser ateo, usted parece bastante informado.

—Leo… también escribo. ¿O debo hablar en pasado? Todavía no me acostumbré a mi status de finado.

—En presente está bien —dije en tono casual, haciendo como que rellenaba un formulario. Cuando no aguantó más, fue al grano.

—Decime… ¿como es que a un judío lo atiende un arcángel?

—Pregúntele al Sindicato… si consigue que le den bola.

—¿Y qué se supone que hago acá? ¿No tendría que haberme atendido el diablo?

—¿Usted cree que el diablo existe?

—A estas alturas, ya debés saber que soy no creyente.

—¿Y entonces? ¿Cómo pretende que lo atienda alguien que

según usted no existe?

Medio que se desconcertó con la lógica de mi respuesta.

—Bueno… tampoco creía en tu existencia.

Di golpecitos con la lapicera en el escritorio como para hacerle saber que me estaba haciendo perder el tiempo.

—Hartman, he tenido un día largo y aún falta para cumplir mi horario. Debo darle destino.

—Entre el cielo y el infierno, elijo el infierno. Seguro es más divertido —exigió de lo más fresco el petulante.

—Acá el destino lo doy yo —le aclaré con voz glacial—. Además ¿Qué le hace creer que merece el infierno? ¿Ha sido político usted?

—No…

—¿Sacerdote o rabino?

—Tampoco

—¿Asesino o violador serial?

—Bueno, no…

—Entonces no califica para exigir privilegios. Pero lo voy a destinar a un grupo de trabajo que lo va a preparar para lograr un destino mejor la próxima vez que venga por acá. Tome… —le alargué una serie de folios—; Rebeca le va a ayudar a llenar los espacios vacíos. Después, se presenta en el sexto piso, oficina 127.

—Acá hay un error —dijo en un hilo de voz tras leer en el casillero titulado “Destino”. Disimulé una vengativa sonrisa fingiendo un acceso de tos.

—Ningún error —le respondí con el tono que uso para las decisiones inapelables—. Usted va a estudiar y trabajar acá durante 98 años y reencarnará con los implantes adecuados para que en la próxima vida llegue a ocupar el cargo de obispo en el Opus Dei.

—Pero es que yo soy…

—…Ateo, ya me lo dijo varias veces. Pero si piensa que puede pasarse la eternidad sin asumir responsabilidades espirituales, está muy equivocado.

—¡Protesto! ¡Quiero hablar con alguna autoridad judía!

—Hable con Rebeca, ella es delegada del Sindicato. Pero no creo que le sirva de algo, usted mismo afirmó que no está afiliado.

Y para darle a entender que la entrevista había terminado, simulé estudiar el siguiente expediente de la pila que tenía sobre el

escritorio.

Rebeca volvió a llamar por el interno. Ya habían pasado diez minutos desde que despachara a Hartman.

—Uriel…¿le puedo decir a Abdul que pase? Está como loco…

—Que pase —suspiré.

Abdul era un jovenzuelo de unos veinte o veintidós años. Estaba a medio armar y a las apuradas, con un ojo desplazado a la altura del puente de la nariz, un reguero de masa cerebral corriendo sobre la sien, los intestinos arrollados de cualquier manera a la cintura y blandía en la mano izquierda un pedazo sanguinolento del brazo derecho a cuya mano le faltaban todos los dedos. Antes de que abriera la boca, le espeté:

—Trae los dedos en el bolsillo, supongo. El guía que lo acompañó hasta aquí seguro le dijo que debía comparecer completo. COMPLETO. La obra social no cubre los repuestos, por eso les decimos (especialmente a ustedes) que se tomen el tiempo necesario para juntar y comprobar que no les falte ningún pedazo.

Lo miré con expresión de asco y disgusto.

—¡Y mire cómo se presenta usted, me está dejando la oficina como un matadero!

—Es que estoy apurado… —El chico hablaba en voz baja y parecía algo avergonzado por la reprimenda.

—¿Y a qué se debe semejante apuro? Acá el tiempo no corre de la misma manera que allá abajo.

—¡Pero allá sí! Me pasé la vida preparándome para ser un mártir hasta que tuve la oportunidad de hacerme explotar dentro de un ómnibus repleto de pasajeros. En todos esos años no conocí mujer, no probé alcohol y no tuve más familia que los instructores que me aprestaron para mi gran momento. No puedo esperar para disfrutar el premio de mi acción. Quiero ya mismo sentarme a la mesa, al lado del Profeta y gozar de los manjares, bebidas, mujeres y de todos los placeres que me corresponden —dijo el muchacho en una larga y entusiasta parrafada.

Volví a suspirar al tiempo que tomaba nota mental de echarle una buena bronca a todos los líderes espirituales fundamentalistas por las desmesuradas promesas que repartían con despreocupada inconsciencia en sus respectivas campañas proselitistas.

No fue fácil imponerlo de la verdad. Soy un tipo sensible y a pesar de mi muy larga vida, todavía las lágrimas me conmueven. Lo conformé más o menos consignándolo a un curso corto, de no más de un par de años de duración y con destino de proxeneta en su

próxima encarnación.

Cuando se hubo ido, eché una mirada al reloj. ¡Aún faltaba media hora para cumplir el horario!

—Rebeca —pregunté por el interno rogando por una respuesta negativa—. ¿Queda alguien sin atender?

—Recién llegó un tal José Altamirano.

Busqué el expediente, y no bien leer la primera página me pasé la mano por la cara en un gesto desesperado. ¡Justo ahora no! Al fin y al cabo, soy arcángel, no un santo. Tomé una decisión heroica:

—Decile que venga mañana, que ya me fui.

—Y qué hago con él —contestó con voz cantarina. La turra gozaba con la situación—. En el alojamiento de espera ya no cabe un alfiler.

—Llevalo a tu casa, así de paso te pegás una buena encamada —le dije para hacerla enfurecer y borrarle la sonrisita de la cara. Para mi sorpresa, se tomó la sugerencia en serio.

—Bueno… no sé, no es judío —y antes de que pudiera contestarle con una guasada, se apresuró a agregar—: No es por nada y menos por discriminación. Pero los *goy* no son sexualmente muy higiénicos… por lo que vos ya sabés.

—Si es por eso, leé en el expediente el apartado "intervenciones quirúrgicas". Te vas a llevar una sorpresa agradable.

Y sin esperar respuesta, en un solo envión me arroje a través de la ventana de la oficina, situada en el piso décimo.

Inmediatamente se desplegaron mis enormes y suaves alas al tiempo que sentí flotar sobre las espaldas mi larga cabellera rubia. Tiré las gafas al vacío y enfilé el vuelo hacia el cúmulo nimbus donde me esperaba mi dulce hogar, mientras disfrutaba la inigualable y placentera sensación de dejar atrás otra jornada de duro trabajo.

El primer cuento de José Altamirano en Axxón se publicó en el número… ¡Cero! Así como lo oyen. Si alguien puede alardear que ha sido carne de Axxón desde la primera hora… En los últimos tiempos ha estado un poco discontinuo, escribiendo una novela que acaba de termimar… Pero eso es otra historia. Este es el vigésimo cuento que le publicamos: "Por la puerta de atrás del paraíso" (0), "Cuaderno de sobreviviente" (14), "Ezequiel según Melissa" (39), "La real existencia del terror" (58), "El vuelo del cóndor" (71), "Los que vibran en Acuario" (100), "Concepción" (106), "Comé sandía" (107), "El clon que contó la historia" (110), "Tango cósmico" (147), "Abierto las 24 horas" (148), "Un planeta camino a Aldahir"

(160) y los siete cuentos del N° 88, íntegramente dedicado a sus ficciones.

El cateto prohibido

Yoss

Para Vivian, por recordármelo.
Para Sturgeon, por inspirármelo.
Para la tripulación de la "Morgoth",
por el reto del título.

—…y un poco de motivación está bien, pero el exceso de entusiasmo hace daño. Se creen que el universo ha sido diseñado sólo para su placer personal, para que puedan descubrir mundos extraños y correr aventuras exóticas. ¿Qué te parece, Charon?

Miré por la ventana, a las viejas torres de lanzamiento de los cohetes Arianne ahora cubiertas por la tenacidad de la hiedra trepadora, y me sentí casi como ellas. Asfixiado.

Por supuesto, desde que media hora antes la teniente Hakagami se acodara sobre el mostrador regalándome una generosa vista de su muy desarrollada (¡y doble, no faltaba más!) proa, anunciándome que tenía cosas interesantes que contarme sobre sus nuevos alumnos, yo estaba funcionando con el piloto automático. Yukio Hakagami no luce mal para sus cuarenta y dos, es una excelente profesora de astrogación, me recuerda a la hermana que nunca tuve y como hasta cierto punto soy responsable de que nunca haya pilotado una nave de salto tal y como era su sueño desde la infancia, no suele molestarme escucharla… Pero hasta la paciencia de un barman tiene un límite.

—Interesante. Podríamos llamarlo principio antrópico recreativo… —dije al fin desganadamente mientras colocaba ante sus ojos el tercer Supernova de la noche.

El Supernova es un arcoiris de colores festivos estudiado a la perfección para disimular un contenido alcohólico que ya quisieran los antiguos combustibles químicos para cohetes. Un coctel de buen ver y mal beber, bello y tramposo como ciertas mujeres. Por eso las damas lo adoran, los caballeros lo desprecian y los barmans serios de la vieja escuela lo odian con toda su alma. Pero a mí me gusta prepararlos, y siempre a mano. Reto a cualquier máquina dispensadora a que logre un Supernova mejor que los míos, tan nítidas la franja azul del curazao, la blanco lechosa de la *créme de vie*, la dorado suave del ron añejo y la verde y la roja de los licores

de menta y de cereza. Siempre he adorado los retos, y servir medio litro de tan policromado mejunje en un vaso alto y estrecho sin que se mezclen demasiado los ingredientes tiene más de arte que de habilidad mecánica.

Aunque, claro, yo también tengo bastante de máquina. Y hoy por hoy tampoco me quedan muchos otros retos que enfrentar.

El caso es que la teniente Hakagami se había alzado su negrísima coleta para rascarse el ciberpuerto en su nuca (uno de sus tics habituales cuando bebe) y seguía diciéndome que los cadetes de su primer curso soñaban con los viejos cohetes, no querían ni oír hablar de propulsión antigrav y estaban todos ansiosos por probar la nueva generación de IAs especialmente diseñadas para la exploración de cúmulos globulares. Pero apenas si se había mojado los labios en la capa superior de licor de cereza cuando mis cuatro jinetes atravesaron el umbral.

Juntos. El diablo los cría y ellos se reúnen solos.

Así que tuve que dejar a Hakagami con la palabra en la boca: —Muy interesante, Yuki, pero me sigues la historia otro día. —Me deslicé un poco hacia su derecha, tapando el inmenso monograma de la Flota Espacial y apunté hacia la entrada con la barbilla—. Ahora tengo trabajo.

Yukio aguanta el alcohol mejor que muchos hombres. Y es más discreta que ninguno. De verdad me hubiera encantado que fuese mi hermana… sobre todo si no tuviera esos pectorales tan desarrollados. Ni miró por encima del hombro; una ojeada al espejo que tengo instalado tras la barra le bastó. —Ah —dijo simplemente —. Invitados especiales. Algún día inventarán una máquina que sepa reconocerlos y te quedarás sin trabajo, Charon —agregó, ya dejando libre el mostrador.

—No me guardes rencor, Haki. Sueño con ese día. Y prometo que cuando llegue… si llega alguna vez, te pagaré todos los Supernovas que puedas beber sin oxidarte el ciberpuerto —bromeé, a modo de despedida, mientras les hacía señas al cuarteto que aún dudaba en la puerta y a través de mi propio ciberpuerto controlaba a la despachadora de la mesa 13 para que sirviera sendos Orbitas Inestables a un grupito de cadetes de sexto año que, a juzgar por las exageraciones que se contaban sobre descensos en Antares IV y despegues de Mizar II y sobre los efectos somáticos del salto, ya estaban bastante en órbita y demasiado inestables como para beber tan explosiva mezcla de whisky y destilado de cannabis sin quemarse las toberas.

Una pareja de cuarto año muy acaramelada y muy reciente se

acercó a la barra buscando un Supernova pero los despaché con una mirada y un parpadeo del holograma de NI SE ACERQUEN, AHORA NO PUEDO ATENDER EN PERSONA que tengo colgado bajo la nave entrando en el agujero negro del monograma de la Flota Espacial. Dieron media vuelta, muy prudentemente. Para diálogos como el que se avecinaba, prefiero tener el mostrador completamente despejado…. Y si hace falta electrificarlo para que los moscones se alejen, pues lo hago. En este bar mando yo, y punto.

Mis cuatro invitados especiales me vieron preparar el terreno para ellos y se tensaron. Por supuesto, no sabían por qué estaban ahí… pero algo debían olerse, si es que yo no me había equivocado de medio a medio y había perdido mi don. Ellos siempre saben que hay algo que los diferencia de los demás, aunque muy pocos tengan una idea clara de qué es. Y todos piensan que si nunca se lo confiesan a sí mismos nadie más se dará cuenta… pero igual viven eternamente con el temor de que se les note.

No hay muchos como Ellos, y los que sueñan con el espacio son menos aún. A algunos los descubren los constantes tests de la Academia incluso antes de que se les implante el ciberpuerto, a otros no. La mayoría no resiste estudiar durante años para algo que en su fuero interno intuyen que les está vedado, y a mitad de carrera simplemente renuncian al sueño cósmico y se labran un buen futuro en la Tierra. Después de todo, ¿quién necesita sentir que le dan vuelta como un calcetín diez o doce veces a la semana? Y un ser humano con un ciberpuerto operativo es útil en muchos oficios que no tienen nada que ver con pilotar naves de salto.

Unos cuantos, más radicales o más desesperados, prefieren quitarse la vida al enterarse de que nunca podrán atravesar el hiperespacio sin peligro más que como pasajeros. Es una pena, pero no se puede hacer nada por ellos. El dictamen oficial es que se habrían suicidado por esa razón o por otra, tarde o temprano.

Pero sí se puede hacer mucho por los otros. Por el puñadito para los que la llamada de las estrellas es tan poderosa que los impulsa a pasar por encima de toda aprensión y presentimiento, desechándolos como estúpidas subjetividades. ¿Que una vocecita interna les susurra que pueden morir si guían una nave de salto por el hiperespacio? Cuentos de viejas. Claro que hay peligro en volverse uno con la IA de la nave, como en toda tecnología nueva, y que la sensación de entrar o salir del espacio tridimensional no es precisamente grata, pero… si otros pueden, ¿por qué no ellos?

Nunca son más de cuatro o cinco cada año. Unos pocos soñadores tercos que se resisten con todas sus fuerzas a aceptar lo que íntimamente saben y prefieren creer que en la primera salida

todo irá bien, que no pasará nada y que todos sus temores se demostrarán sin ningún fundamento, así que el segundo salto será más fácil, y el tercero, ya adaptados a la interfase con la IA, pura y simple rutina…

Pero Eso siempre acecha. Y por desgracia muchas veces ni siquiera hay segunda vez.

Yo estoy aquí por y para esos cuatro o cinco. Para decirles con palabras claras lo que Ellos ya saben y han sabido siempre, pero no quieren aceptar: que es mentira, que nunca mejora, que el miedo nunca se va. Que no es culpa del ciberpuerto ni de la IA, sino de algo que hay en su interior. Algo que sólo se agazapa, al borde de la consciencia, hasta que te hace cometer algún error irreparable… o aparece Eso y te atrapa. Para contarles todo lo que sé sobre Eso, el hiperespacio y su problema, y así salvarles la vida amputándoles los sueños.

Unas pocas veces no basta con hablar ni mostrarles holograbaciones, y son tan cabezotas que se vuelve imprescindible una demostración práctica. Y mirando a esos cuatro, me di cuenta de que esta iba a ser una de esas veces, y me estremecí de miedo y de deseo. Sé que cada vez es un riesgo mayor conectarme a la IA de la “Cancerbero II” y saltar, que Eso me está esperando allá afuera y que ya conoce mi sabor, pero igual lo disfruto cada vez como un niño un juguete nuevo… por peligroso que sea. Aún no me he hecho remover el ciberpuerto… y no vale la pena que me autoengañe con el cuento de que lo conservo sólo para optimizar mi gestión del bar, como le digo a mi madre cada vez que conversamos por el holovideófono. De hecho, estoy seguro de que ni siquiera ella se lo cree. Soy un adicto, y todos lo sabemos. Y ¿puede acaso contenerse el adicto ante la tentación de la próxima dosis, aunque sepa que lo puede matar?

Vinieron hacia mí, impecables como modelos de alta costura en sus níveos uniformes de polímero autoalisable con el monograma de la Academia en el pecho, tan alertas como exploradores que se internan en territorio enemigo.

En un viejo filme de cowboys mi bar estaría en Dodge City o en Tombstone y habrían avanzado de cuatro en fondo, cubiertos de polvo y sin quitarse los sombreros, con las piernas abiertas y las manos cerca de las culatas de sus Colts Peacemaker 45 de seis tiros, mientras el resto de los parroquianos callaban y se apartaban intuyendo el duelo. Si fuera uno de gángsters habrían entrado fumando en mi cantina de Chicago con paso de perdonavidas, los borsalinos ladeados, las manos apretadas sobre los 38 Smith & Wesson en los bolsillos de las chaquetas de rayas y doble

botonadura. En un holodrama de ciencia ficción de principios de siglo habrían despedido luz y flotado a centímetros del suelo, con pequeñas armas antigrav inteligentes orbitando a su alrededor mientras entraban en mi paradero en la Nebulosa de Andrómeda.

Pero estaban en "El Cateto Prohibido", en 2089, en la Academia Espacial, en la Tierra y en medio de la selva de la antigua Guayana Francesa, y ningún cadete llega a segundo año sin pasar más horas en mi salón que conectados a cualquier simulador de salto hiperespacial, sin haber probado más combinaciones exóticas de alcohol, THC y otros euforizantes que mundos tiene la galaxia, sin haberse roto algo cayéndose de una plataforma antigrav ni haber conversado al menos cuatro o cinco mil horas con el viejo barman complaciente al que se le pueden contar cosas que ningún familiar, amigo o profesor de la Academia Espacial escucharía tranquilo, con la seguridad de que no censurará, condenará ni dará consejos demasiado razonables, sino sólo oirá, tranquilo, como han hecho todos los buenos cantineros desde que el mundo es mundo.

Así eran las cosas y así habían sido siempre. Mi bar no era territorio enemigo, sino tierra de nadie, un espacio libre de las estrictas normas de la Academia, y yo era el viejo Charon que sólo escucha y sonríe y menea la cabeza si algún cadete descubre que su orientación sexual no es la más ortodoxa (como si eso importara mucho en la Academia y en general en el mundo, en estos tiempos) o se pasa quince horas conectado a un holojuego. Una especie de abuelo o tío comprensivo, no un monstruo con poder para dejarlos fuera de sus sueños de un plumazo.

Sin embargo, los cuatro habían recibido sus respectivas citaciones en auténtico pergamino, con el sello de Estrictamente Confidencial cruzando el monograma de la Academia Espacial, todas con la firma de un tal Comandante Charon Williams, y proponiéndoles comparecer a la hora tal en el bar "El Cateto Prohibido" para discutir sobre su permanencia en el centro. No conocían a ningún Comandante Williams, claro. El único Charon del que habían oído hablar era yo, y simplemente no les cabía en la cabeza que fuéramos la misma persona. Pero nadie que se tome a la ligera las "proposiciones" de un oficial superior llega a quinto año, así que aquí estaban. Aunque no les gustara.

Se acercaron de mala gana, pero decididos. Sin dejarse confundir por el caleidoscopio de luces cambiantes, atravesaron como un cuchillo caliente cortando mantequilla el laberinto de mesas a suspensión antigrav y el pandemonio de bailadores, cada pareja absorta en su propio ritmo. Saludaron aquí a un cadete alegremente borracho, esquivaron allá a una parejita que trataba de

burlarse de la física haciendo que sus cuerpos ocuparan un mismo lugar en el espacio, palmearon los hombros de los eternos ludópatas que pasan tantas horas conectados a la consola de Invasores de Andrómeda o de Saltos Prohibidos que cualquier día descubrirán que su ciberpuerto se les ha soldado al conector. Los dos más altos se inclinaron para no darse un cabezazo con una de las plataformas flotantes vacías que cumplía su lenta órbita por encima del salón y la chica y el latino hicieron una finta casi acrobática para desviarse del camino de otra plataforma llena de jugadores de estereopoker que pasó casi rozando el suelo. Ciberpuerto mediante, hice una corrección distraída a sus generadores antigrav y la elevé al menos dos metros. Cuando se está borracho (y la mayoría de los cadetes no tarda ni diez minutos en alcanzar ese estado en "El Cateto Prohibido") y trescientos kilos de plataforma, mesa y jugadores pasan a metro y medio del suelo, tarde o temprano se producen colisiones. Es inevitable. Lo único que puedo hacer es tratar de que la mayor parte de las veces no sean mortales.

En cuanto mis cuatro vientos rozaron la barra les salí al paso antes de que tuvieran tiempo de poner malas caras o empezar a hacer preguntas. Siglos después de Von Clausewitz, el ataque sigue siendo la mejor defensa.

—Buenas noches. Me alegro de que hayan aceptado mi amable invitación. Yo soy el comandante Charon Williams y tengo que hablarles sobre su futuro como pilotos —y, deslizándome a derecha e izquierda contra el fondo del espejo, de ese modo danzarín que sé que desconcierta a todos mis parroquianos, les tendí mi mano derecha mecánica por encima del mostrador

Se miraron. Nunca antes habían coincidido en nada. Eran tan distintos que hasta a ellos mismos debía sorprenderles verse juntos. Y ahora cada uno reaccionó de modo diferente a mis palabras:

Gilberto Noriega se relajó visiblemente: nada malo podía venir del viejo Charon. Que tuviera la graduación de Comandante era una sorpresa, claro, pero todavía quedaba la posibilidad de que todo fuese una broma del alegre barman. Y como buen cubano, adoraba las bromas. Sus blanquísimos dientes casi resplandecieron contra el fondo de su oscura tez de mulato aindiado cuando estrechó mi diestra ciberprotésica, con esa contagiosa afabilidad latina que tan popular lo había hecho entre profesores, compañeros… y compañeras: había tenido más novias que Supernovas prepararé yo en tres vidas. Nunca entendí por qué había elegido el espacio, pero sabía que no tenía que preocuparme por él de ningún modo: si no decidía quedarse como profesor en la Academia le iría igual de bien en cualquier otra parte. Hijo de una

rica familia habanera, Gilberto llegó a la Academia con un ciberpuerto de lujo ya implantado. Era de esa clase de muchachos que no sólo han nacido en cuna de oro sino que, aún sin ser demasiado brillantes, resultan tan irresistiblemente simpáticos que nadie los ve nunca como competidores serios y por tanto se cuelan por todas partes. Nunca un líder ni un innovador, sino uno que siempre se sube a tiempo al carro donde viajan jefaturas e innovaciones. El perfecto oportunista nato… y que además vivía absolutamente inconsciente de serlo.

Li Sing Fao apretó los labios y no movió ningún otro músculo. En cinco años la había visto sonreír dos o tres veces. Era el reverso de la moneda de Noriega. Callada, solitaria, estudiosa hasta la monomanía, y experta en tai-chi-chuan, de baja estatura pero hermosa como una muñeca de porcelana, no obstante lo cual nadie le conocía novios, novias ni amigos. Su manera de razonar era lógica como un teorema, imaginativa como la de un artista y penetrante como una aguja; su especialidad era encontrar soluciones inesperadas y geniales a los problemas más difíciles. Pero tenía menos carisma que una piedra cubierta de musgo. Para ella los demás cadetes simplemente no existían. Hija de campesinos, se había abierto paso de beca en beca y a puro talento desde una oscura aldea de cultivadores de soya cerca de Shangai hasta la Academia Espacial y el privilegio de un ciberpuerto implantado. Y de seguir las cosas como estaban, sería uno de los primeros expedientes de su promoción. El cosmos era su aire, su objetivo, su obsesión. Era de las que cada vez se juegan la vida a todo o nada, sin concederse siquiera la posibilidad de un fracaso. No sabía cómo tomaría mi revelación. Ojalá fuera lo bastante fuerte como para orientar sus aspiraciones hacia otra parte. Estaba claro que no tenía madera de profesora. Enseñar a otros lo que ella misma nunca podría hacer le dolería demasiado.

Ulrich Schneider se acomodó las gafas de montura de acero sobre la punta sudada de su nariz con el dedo índice, su modo privado de expresar desconcierto. Como les ocurre a muchos teutones, la gestualidad no era su fuerte. Las emociones en general parecían desconcertarlo. No hablaba mucho ni muy a menudo, pero nunca obtenía mucho menos del máximo en ningún examen. Tenía fama de computadora humana: su cerebro parecía capaz de retener una cantidad infinita de datos útiles, físicos, astronómicos o matemáticos. Se decía que ya a los doce años podía recitar de memoria la temperatura de fusión de cada metal de la tabla periódica, la distancia exacta desde el sistema solar a cada estrella superior a la cuarta magnitud, los logaritmos neperianos del primero al último, millones de fórmulas y muchas más cosas. La

Universidad de Münich le costeó la implantación del ciberpuerto a los dieciséis años y desde entonces prefería pasar su tiempo conectado a una computadora antes que con los para él siempre imprevisibles e ilógicos seres humanos. Se decía que todavía era virgen… y probablemente fuera cierto. Sin embargo, no era un *idiot savant,* ni tampoco el clásico *nerd* del que se burlan todos: no sólo sabía qué dato usar en cada caso y cómo, sino que con sus dos metros treinta de estatura, su complexión de oso de las cavernas y su falta total de sentido del humor, pocos se atrevían a burlarse de él. Ya en primer año le había roto tres costillas de un manotazo a un cadete de sexto que lo llamó "troll autista". Podría haber sido campeón de boxeo o lucha libre… si sólo hubiese tenido una brizna de espíritu competitivo. Pero su futuro tampoco me preocupaba mucho. No tenía una predilección especial por el cosmos. Lo había elegido por el reto que representaba, como pudo elegir la informática. Habría destacado en cualquier campo donde fuese útil una mente ordenada y analítica y hubiese alguien que le marcara una dirección a seguir. Era el subordinado hipercompetente pero sin la iniciativa ni la imaginación que desearía cualquier líder.

Un líder como Harlan Vance, por ejemplo. Pocas veces me había encontrado con alguien tan evidentemente dotado para dirigir a los demás. Ya desde su físico el bostoniano impresionaba. Tenía prestancia de jefe. Era el cadete más alto y más corpulento de la Academia… después del titánico Schneider. Pero mientras el alemán era huraño, lento y torpe como un oso, Vance tenía el don de gentes de un político, la apostura de un actor de holodramas, la imaginación de un loco, la agilidad de una anguila y los reflejos de un gato histérico. Destacaba en todos los deportes, desde el judo hasta el tiro con arco, pasando por la gimnástica y la natación. Era el capitán indiscutido en todos los juegos de equipo, del baloncesto al hockey sobre hielo y el fútbol americano. La Academia ya había utilizado unas cuantas veces su rostro apuesto y de decidido maxilar como reclamo publicitario para los futuros cadetes. Las chicas suspiraban a su paso, y sólo Noriega había tenido más amoríos que él. En cuanto a los hombres, aunque al principio muchos lo envidiaban, su avasallador carisma pronto los convertía en amigos fieles. Y por si fuera poco, no era un vanidoso estúpido; sus notas demostraban que bajo aquel cráneo perfecto bullía un cerebro capaz e imaginativo. Le gustaba guiar a los demás y sabía casi instintivamente cómo hacerlo. Su autoconfianza habría sido una insoportable autosuficiencia en alguien menos capaz. Tenía el raro don de decir lo necesario en cada caso. Sabía contar chistes cuando hacían falta chistes y dar órdenes cuando eran necesarias órdenes. Daba y exigía. Conocía a cada cadete de su año en sus debilidades y

virtudes, y sabía como minimizar unas para hacer resaltar las otras. Muchos estaban seguros que sería el capitán piloto más joven en la todavía corta historia de los vuelos interestelares. Precisamente por eso me preocupaba tanto cómo tomaría la noticia de que si quería llegar a viejo lo mejor para él sería resignarse a viajar por el hiperespacio únicamente como pasajero.

Lógicamente, fue él el primero en hablar.

—Comandante, no sé qué clase de proposición piensa hacernos, pero de antemano le advierto que no nos rebajaremos a espiar a nuestros…

Sonreí. Por supuesto. Tres de cada cuatro veces mis invitados especiales de quinto año llegan a la misma conclusión: que soy un reclutador del fantasmal Servicio de Información que pretende convertirlos en espías de sus compañeros.

Reservo la misma decepción para todos ellos.

—Lo siento, cadete Vance, pero no trabajo para ningún misterioso Servicio de Información. Y conste que no digo que no exista, aunque maldita la necesidad que le veo a un organismo de seguridad como ese en tiempo de paz… Es sólo que no tengo nada que ver con ellos.

—¿Entonces qué? —saltó Noriega—. No me diga que piensa retirarse y busca alguien que lo sustituya detrás de esa barra, comandante Charon. —Y tras marcar irónicamente mi rango, fue el primero en reírse de su propia gracia.

He soportado muchas ironías peores en estos años, así que tengo el pellejo duro. Le devolví la pelota, y con efecto: —Cadete Noriega, me temo que cuando les explique todo el asunto, estar detrás de esta barra ya no le parecerá una opción tan despreciable. Pero no podemos hablar de eso aquí, así que salten por encima del mostrador y síganme, por favor. —Saqué el conector de la IA del bar de mi ciberpuerto, me deslicé hacia el espejo que cierra el lateral derecho de mis dominios públicos … y lo atravesé.

Como de costumbre, tardaron en decidirse a imitarme los segundos suficientes como para darme tiempo a cambiar de tren de locomoción inferior. Cuando entraron yo ya estaba esperándolos tranquilamente sentado en mi sillón de sobrecargas.

Al principio no advirtieron nada raro en mi cuerpo. Tenían muchas más cosas de las que asombrarse: atravesar un falso espejo y

encontrarse dentro de algo que parece la cabina de una nave de salto no es algo que le suceda todos los días ni siquiera a un cadete de quinto año en la Academia Espacial.

—Un campo Hawking —identificó correctamente Schneider mi falso espejo—. Interesante. Pensé que sólo los usaban en las naves de salto. —Luego, disciplinado como siempre, se quedó de pie junto a uno de los siete sillones.

—Correcto. —Abrí los brazos abarcando la pequeña cabina con un gesto teatral—. Bienvenidos a la nave exploradora de salto "Cancerbero II" Siéntense, por favor… pero no se conecten hasta que yo no dé la orden —advertí, mientras insertaba el cable de conexión con la IA de abordo en el zócalo del ciberpuerto en mi nuca.

Ah, nada como sentirse de nuevo uno con la nave. La IA poniendo la velocidad de cálculo, la disponibilidad casi instantánea de cualquier dato, yo completando con mi capacidad de análisis y toma de decisiones, en esa sutil sinergia para la que el término oficial, "intuición informáticamente reforzada" resulta tan escaso. Con razón los pilotos nunca nos jubilamos. Nadie ha inventado jamás una droga más adictiva que la omnipotencia.

Schneider y Vance obedecieron al punto, aunque el segundo no pudo evitar darle un par de vueltas entre los dedos al conector, como preguntándose si sería auténtico.

—Charon, viejo, siempre te dije que no probaras cada Supernova que preparas —bromeó Noriega, pero también acatando mi orden—. Muy impresionante lo del campo espejo, y tu simulador ¿piensas sumarlo a las ciberconsolas como atracción de tu bar? Porque, ¿no pensarás que nos vamos a tragar eso de que tienes una nave detrás del mostrador, verdad? Oye, estas butacas están cómodas. Parecen sillones de sobrecarga auténticos y los conectores también…

—Son auténticos. Y a partir de ahora, para ustedes soy el Comandante Williams —le advertí, sorprendiéndolos con mi mejor voz de mando—. No lo olvide, cadete Noriega —y él se puso rígido en su asiento. La obediencia es sobre todo un reflejo condicionado, cualquier sargento instructor lo sabe. Y con estos cuatro habían trabajado los mejores, por largo tiempo y duro.

—Un Comandante disfrazado de cantinero detrás de una barra. Supongo que nos explicará qué significa esta payasada —dijo con contenida furia Li Sing Fao, mirando a todas partes. Durante un largo segundo acarició incrédula uno de los sillones, pero al fin se rindió y se sentó, aunque manteniendo el conector apartado de su

ciberpuerto, como si de una serpiente venenosa se tratara—. Comandante Williams, habitualmente no estoy de acuerdo con Noriega, pero esta vez… ¿qué le hace pensar que necesitamos más horas de simulador? Estamos en quinto año, y por muy realista que sea este…

Vance no dijo nada. Demasiados jefes piensan que lo más importante es adelantarse a sus subordinados, aunque sea diciendo algo estúpido, para dar la impresión de que dominan la situación. Harlan no; prefería callar si no tenía nada relevante que decir… y escuchar. Lo admiré por eso, y me dolió pensar en lo que tenía que revelarle. Qué gran capitán piloto habría podido ser.

—Hay cosas que ni los simuladores ni los libros enseñan —dije orondo, y activé mentalmente la holopantalla panorámica que envolvía la cabina por tres lados. La maraña verde de la selva de la Guayana nos rodeó. Desde aquí no se veían las viejas torres de lanzamiento de la Agencia Espacial Europea, pero igual pensé en Hakagami… hacía seis años que ella había atravesado el campo Hawking para entrar en mi nave y ver sus sueños esfumarse—. A partir de ahora guardarán silencio y sólo hablarán si me dirijo directamente a ustedes ¿entendido?

—¡Entendido, comandante! —dijeron los cuatro a coro. El entrenamiento militar tendrá sus inconvenientes, pero no hay duda de que cuando se requiere disciplina, no hay mejor opción.

Cambié la imagen captada en tiempo real por las cámaras externas de mi “Cancerbero II” a la holograbación de siempre: el negro del cosmos, los planetas, las estrellas, y comencé mi arenga:

—Cada año, cuando la correspondiente promoción de cadetes está a punto de terminar su quinto curso, traigo aquí a algunos. No los elijo de entre los más brillantes, ni entre los más valientes, los más simpáticos, los que mejor interactúan con las IA ni los mejores líderes; busco aquellos que sienten que si se conectan a una IA para guiar una nave en un salto a través del hiperespacio morirán.

Lo que más me gusta de este discurso es que siempre sorprende. Les di un par de segundos para digerirlo (ninguno pudo evitar acariciarse el ciberpuerto) continué:

—¿Se sienten mal? ¿Puestos en evidencia, desenmascarados, no es cierto? Porque ustedes lo saben. Lo han sabido siempre, y no obstante, el espacio era tan importante en sus vidas que decidieron venir a la Academia a pesar de todo. Pensando que un presentimiento o un miedo irracional no tenían por qué ser ciertos. Pues bien —aquí hago siempre una pausa, justo cuando ellos empiezan a sentirse como ratas de sótano sorprendidas por el haz de

luz de una linterna implacable—. Se equivocaban. No son miedos irracionales ni presentimientos estúpidos. Si ustedes saltan a través del hiperespacio conectados a una IA, morirán de veras.

»Quizás no en el primero o en el segundo salto, pero sí y sin remedio en el tercero o el cuarto. Y será una muerte horrible. Pero no es que sus miedos los incapaciten y les hagan cometer errores irreparables. No. Oculto en el hiperespacio, moviéndose en él no sabemos desde cuando, hay algo. Los astronautas lo llaman de muchas maneras: El Perro de Tíndalos, en homenaje al cuento de un tal Frank Belknap Long; el Hipervampiro Ciber; el Ghoul Cosmoinformático, la Sombra Hambrienta. Pero generalmente, cuando no nos queda más remedio que recordar que existe, nos referimos a él simplemente como Eso. Porque no sabemos qué es ni qué origen tiene. Si está vivo, si es un ser cibernético artificial o una combinación de ambos. Si es una bestia predadora o un ser racional que intenta comunicarse desesperadamente, aunque sea de un modo letal para nosotros. Si es uno que está en todas partes al mismo tiempo o si son muchos. Lo único que sabemos es que no es una ilusión, que está ahí afuera, esperando… y que devora a ciertos seres humanos cuando entran al hiperespacio conectados a una IA, mientras que a otros los ignora olímpicamente.

Hice otra pausa muy breve para dejarlos rumiar un poco la idea. Un poco, no demasiado, apenas lo suficiente como para que pudieran aceptar el resto. Y luego mostré el esquema del triángulo rectángulo con el extremo muy agudo:

—“El Cateto Prohibido”. ¿Nunca se han preguntado por qué el bar de la Academia espacial tiene un nombre tan extraño? ¿Por qué no se llama “Preludio Estelar”, “Supernova” o “Velocidad de Escape”? No es porque yo sea un extravagante… que también lo soy, por cierto. Miren; en este triángulo la hipotenusa es el espacio. Este cateto somos los hombres y este otro es… Eso. La zona vedada. El Cateto Prohibido.

Ahora ni siquiera Noriega rió, así que continué sin más pausa

—Hemos calculado que aproximadamente uno de cada veinte mil seres humanos tiene la extraña característica de despertar el apetito, las ansias de matar o lo que sea de Eso… y hacerlo aparecer. Las dos terceras partes de ese pequeño porcentaje nacen y mueren en naciones tan pobres o en niveles de vida tan bajos que nunca tendrán acceso a un ciberpuerto. Otro notable porcentaje simplemente ni siquiera aspira a ser piloto. Sólo quince o veinte cada año se sienten atraídos por el espacio… y por suerte más de la mitad desiste a medio camino o no tiene suficiente talento para llegar al último año de la Academia Espacial. Pero siempre hay

algunos que logran llegar a quinto año, aunque la posibilidad de los primeros viajes reales de práctica que los esperan en sexto los haga sudar cada noche. Algunos como ustedes.

»Lo malo es que hasta ahora no hemos descubierto ninguna condición fisiológica que los distinga y que permita identificarlos con suficiente antelación. No tienen el mismo grupo sanguíneo, no pertenecen a la misma raza, no comen lo mismo, son hombres y mujeres sanos que no padecen de ninguna exótica enfermedad que modifique sus anatomías. La hipótesis más aceptada en este momento es que lo que tienen ustedes de atractivo para Eso es una condición psicológica no detectable con ningún instrumento físico, y que sólo se revela al interactuar con una IA en un salto hiperespacial. Es, salvando las distancias, como la ceguera a ciertos colores… se puede vivir perfectamente con ella, incluso ignorar durante toda la vida que se la padece. Hasta un día…

»Los psicólogos han creado baterías de tests que teóricamente ayudan a identificar a tiempo a los que son como ustedes para impedirles saltar al hiperespacio guiando una nave y ser devorados por Eso. Pero sólo teóricamente. En la práctica, ningún test es perfecto, y la sinceridad de quienes los pasan tampoco vale gran cosa. Ustedes están aquí porque han superado todas esas pruebas, menos la última. Esa última prueba soy yo. Si se preguntaban qué hace un Comandante haciéndose pasar por barman detrás de un mostrador, la respuesta es: observando. Analizando. Identificando. Y yo soy el único que pude hacerlo porque soy el único que se ha encontrado con Eso… y escapado con vida.

Seré un sádico reprimido, pero me encanta esta parte. Captar su odio, su decisión, sus miradas que parecen decir: “¿conque eres tú entonces el responsable de todo” y su escepticismo respecto a mi supervivencia. Y ahí es donde apago las luces y les muestro la holograbación.

Al principio es muy normal. Soy sólo yo en los controles del viejo carguero “Isaac Asimov” llevando generadores magnetohidrodinámicas a la colonia hoy abandonada de Deneb IV. Acabo de entrar, así que en mi cara todavía está tatuado el rictus de incomodidad. Uno nunca se acostumbra a sentir que todos sus órganos han sido vueltos al revés y otra vez al derecho. La imagen tiene la característica cualidad borrosa y movida de toda holograbación hecha en el hiperespacio. Todo es distinto allí, hasta las propiedades de la luz.

Ellos miran atentamente. Ya han estado muchas veces en el híper, pero como pasajeros. No puedo evitar el comentario sabihondo y cáustico:

—Los físicos tienen una explicación para ese efecto que seguramente ya conocen… que el principio de indeterminación de Heisenberg impide que cada corpúsculo ocupe un lugar definido en el tiempo-espacio, la influencia de la vibración de las supercuerdas inestabilizando los gluones, el efecto dispersivo de la curvatura hiperespacial o algo así… más media hora de fórmulas abtrusas que sólo ellos comprenden. Los legos preferimos decir que es como estar dentro de un tanque de aire, pero denso como el agua, en medio de un terremoto y bajo una luz estroboscópica. Raro e incómodo al principio, pero supongo que el ser humano acaba acostumbrándose a todo.

Pasa un minuto y no ocurre nada. Escucho carraspeos impacientes y añado.

—Paciencia. Ya sabrán que algo que todavía los físicos no pueden explicar es la duración aleatoria de cada salto. Nunca es mucha… nadie ha estado más de un cuarto de hora en el hiperespacio. Pero a veces se requieren ocho minutos para llegar a Próxima Centauro y sólo quince segundos para alcanzar la Nube Mayor de Magallanes. Y al día siguiente puede ser al revés. Dicen que la geografía multidimensional del híper está en constante movimiento, pero no dicen por qué, ni cómo.

Personalmente, yo creo que tiene que ver con Eso… que Eso, de algún modo, es el responsable de que el mismo hiperespacio exista, que en lugar de limitarse a vivir en él lo segrega como el caracol a su concha… pero es sólo una idea. La HSSNAPLF (Hipótesis Sin Sentido No Aceptada Por Los Físicos) número 15437 propuesta por los pilotos.

Entonces apareció, y gritaron. Siempre gritan. Es impresionante. Muy impresionante. Yo mismo lo he visto cerca de cien veces y todavía se me eriza todo el pelo cuando lo miro.

—Están siendo testigos de un ataque de Eso. El único que ha sido grabado. Sucedió hace quince años, y el piloto, ya lo habrán deducido, soy yo, el entonces capitán piloto Charon Williams. Sobreviví, y desde entonces tengo este… llamémosle don. Pero estuve a punto de morir, como verán. Les aseguro que no uso todas estas prótesis sólo por extravagancia.

En la holopantalla ya no estoy sólo yo. De pronto ha aparecido Eso, de la nada. No entrado, ni condensado, ni surgido. Aparecido .

No hay cómo describirlo. Es una plantación de fantasmas caníbales flotando hacia mí. O un desgarrón en la realidad del que brota una marea de colmillos estrellados comiéndose el aire. O una

jalea ingrávida fluyendo a través de las dimensiones, o una ola encarnada en metal vivo o una erupción de mercurio latiente. Algunos físicos dicen que la vista humana no está realmente capacitada para percibirlo. Que nuestros ojos sólo captan una vaga presencia, como una zona de sombra o un punto ciego que fluctúa. Más que verlo, se sabe que está ahí porque si miras a esa zona no ves nada. Ni oscuridad ni luces, sólo una nada. Y muy fea, por cierto.

Por eso nadie lo distingue la primera vez. Aunque sí se siente, vaya si se siente. En la holograbación se ve cómo lo intuyo cuando apenas ha empezado a penetrinfiltrarse a través de las grietas del continuum o a precipitarse desde su dimensión de acecho y me revuelvo en el asiento, buscándolo sin verlo, pero sabiendo que está allí, en alguna parte, cerca, amenazador e implacable.

Recuerdo que en aquel momento también se me pusieron de punta todos los pelos de la nuca.

Entonces se derrama hacia mí, me da el primer mordisco, y ahí va mi brazo derecho hasta el hombro. No arrancado, no desgarrado, sólo engullido hacia ese corte en el espacio que flota tratando de envolverme. Yo grito y trato de levantarme del sillón de sobrecargas, mientras que del muñón que es mi hombro brotan surtidores de sangre con cada latido de mi corazón. Y la nada borboteante vuelve a morderme en una parte del cuerpo que el sillón de sobrecargas impide precisar, pero sí se ve cómo salta más sangre, mucha más, y yo grito y trato de escapar pero estoy atado al sillón, y cuando se concentra en una esfera de no existencia para englobarme del todo, se vuelve una gran dentellada suave y ácida, yo lo siento venir, aparto la cabeza y…

En ese punto la grabación se interrumpe. Encendí las luces y me quedé mirándolos.

Noriega era el único que todavía gritaba, pero todos estaban aterrados. No digo yo.

—Mein Gott —murmuró el imperturbable Schneider. Sus manazas habían arrancado tiras del recio plasticuero de los brazos del sillón de sobrecargas—. ¿Qué mierda… fue eso?

—Cojones, cuánta sangre. —El cubano me miró, solidario—. ¿Cómo te salvaste, Charon?… disculpe, Comandante Williams… debes haber perdido mucha.

—Cuatro litros. Tuve una suerte increíble. Su último ataque cortó el cable conector —expliqué, mientras en la holopantalla panorámica aparecía el anillo orbital de Deneb IV—. Ya saben lo que pasa en esos casos: rota la interfase de mi cerebro con la IA, el

“Isaac Asimov” abandonó automáticamente el hiperespacio y con el generador de campo de salto absolutamente incapacitado… pero sólo a 2 UAs de su destino. Yo todavía estaba vivo, y los de Deneb llegaron hasta mi nave, me pusieron transfusiones y me sometieron a cirugía de urgencia. ¿Saben qué fue lo más terrible? Nunca lo vi. Nunca nadie lo ve en el primer ataque… que suele ser también el último. Si no fuera por la holocámara, nunca habría sabido qué fue lo que me atacó.

—A otros astronautas debió ocurrirles de modo parecido, sólo que no tuvieron tanta suerte, y al regresar al espacio normal más lejos, no recibieron asistencia médica a tiempo y murieron —especuló Li Sing Fao, pensativa—. ¿Será ese el origen de la leyenda de los pilotos fantasmas? —me preguntó, tan rápida, sacando conclusiones como de costumbre.

Me encogí de hombros. —Ah, sí, la leyenda de los pilotos fantasmas. Una demostración más de que, no importa cuánto se trate de mantener secreto un hecho, tarde o temprano siempre hay filtraciones. En los primeros años de viajes por el hiperespacio se perdieron casi doscientas naves de salto con sus tripulaciones. Bastaba con que un solo piloto tuviera la… particularidad y estuviese conectado a la IA para que Eso atacase. Recientemente se han encontrado algunas naves, muy lejos de sus destinos… y sus pilotos también estaban muy lejos de estar completos. En fin, no quiero hablar de eso. —Los miré de hito en hito—. ¿Tienen ahora una idea de lo que enfrentarán si salen allá afuera conectados a la IA de cualquier nave?

—Entonces, nos está diciendo que el hiperespacio nos está vedado —pronunció lentamente Harlan Vance—; y ni las colonias fuera del Sistema Solar, ni el resto del cosmos son tampoco para nosotros…

Traté de suavizar el golpe. Soy bueno en eso, he tenido quince años de práctica:. —Tanto como vedado, no. Si tanto les interesa explorar nuevos mundos y ser colonos en algún planeta bajo otro sol, siempre pueden viajar como pasajeros. Si no están en interfase con la IA de abordo, parece que Eso no los detecta, o quizás es sólo que no los encuentra… apetitosos. Claro, para mayor seguridad es preferible que antes se remuevan el ciberpuerto. Hay un par de casos de naves desaparecidas a los que todavía no les encontramos otra explicación.

—Lo que no entiendo —reflexionó Ulrich Schneider en voz alta— es por qué esperaron a quinto año para decirnos esto. Y por qué lo tiene que hacer usted. Por otro lado ¿está seguro de que nosotros tenemos esa… característica? ¿No hay posibilidad de que

esté cometiendo un error?

Era de esperar. Todos me miraron esperanzados. Me dolió desilusionarlos:

—No se habla de Eso en la Academia. Ustedes ahora son sólo cuatro, y cuando entraron en primer año había sólo ocho que tenían la… característica, como acaban de llamarla. ¿Se imaginan a un profesor informando a ciento veinte cadetes que allá fuera, en el mismo hiperespacio que van a atravesar varias veces por semana en cuanto se gradúen, hay un monstruo invisible e inexplicable que devora a algunos de ellos y a otros no? ¿Diciéndoles que el único medio de reconocer a los que están condenados es el instinto de un viejo astronauta mutilado que sobrevivió al ataque de la bestia y que de algún modo aún no muy claro ha desarrollado una especie de olfato extrasensorial para detectar a las posibles víctimas como él? ¿Y que ese superviviente con misteriosos poderes es nada más y nada menos que el viejo Charon, el barman australiano de “El Cateto Prohibido”? ¿Creen que alguien querría volver a viajar en una nave de salto? En cuanto a por qué he esperado a quinto año… digamos que porque sólo en sexto harán saltos hiperespaciales como pilotos, porque pensé que abandonarían antes la Academia, y porque hasta hace poco no estaba completamente seguro.

Noriega rió brevemente, pero Vance lo miró severo y su carcajada se interrumpió como cortada por una tijera.

Li Sing Fao volvió a la carga: —Comandante… ¿está seguro ahora? ¿Cómo es que nos detecta? ¿Es algo extrasensorial? ¿Una voz se lo susurra al oído, o es el aura, un zumbido que oye cuando nos tiene cerca, o qué cosa?

—Nada tan claro, por desgracia —suspiré—. No sabría definirlo. ¿Extrasensorial? Yo mismo lo dije, pero es sólo una palabra. Es como un presentimiento… una alarma del inconsciente, como la que les dice a ustedes que corren peligro en el hiperespacio. Pero no es inmediato, no tengo la certeza en cuanto los veo. Necesito verlos hablar, reír, moverse, hablar con ustedes… a veces demoro años en descartar a un posible candidato. Otras no lo descarto, lo que no significa que tenga total seguridad. Puede que a veces haya cerrado las puertas del cosmos a alguien que podría hacer mil viajes por el hiperespacio sin correr el menor peligro… pero prefiero que cien hombres pierdan su vocación antes de que uno solo pierda la vida. Desde que yo estoy tras la barra de “El Cateto Prohibido” ni un solo piloto ha vuelto a ser atacado por Eso.

Ahí me callé para dejar que asimilaran lo que les estaba diciendo y decidieran.

Normalmente bastaba con mi arenga y la holograbación para que la cosa terminara ahí mismo. La soga se rompía siempre por su parte más débil. Tras algunos segundos de silencio, el menos motivado o el más impresionable de los cadetes carraspeaba, suspiraba, y decía que morir en el espacio no era su objetivo, y menos poniendo en peligro la vida de otros. Eso —no poner en peligro la vida de otros— suena bien, y entonces los demás, sintiéndose altruistas, héroes que sacrifican su vocación a la seguridad de la mayoría, ya podían estar de acuerdo y solicitar su baja de la Academia. Nosotros se la concedíamos "por motivos médicos" y con honores, y adiós hiperespacio, hola vida civil sin peligro de acabar en las fauces extradimensionales de un indescriptible Eso.

Pero estos cuatro eran duros. Yo habría apostado a que sería Noriega o en todo caso Schneider el primero en echarse atrás, pero no hacían más que mirarse, sin decir palabra, mirarme a mí, y al final a Vance, hasta que al cabo de casi un minuto él sonrió y dijo, en nombre de todos y meneando su perfecta cabeza:

—Lo siento, Comandante Williams, pero no le creemos. No podemos creerle. Esa historia de que en el hiperespacio vive un monstruo que nos devorará tiene todas las trazas de ser un test psicológico de tensión. Y esa holograbación podría ser un fraude. Si hay un monstruo, queremos verlo de cerca, por peligroso que sea. No nos convencerá con menos.

Sonreí. Me lo temía y me lo esperaba a la vez. ¿Test psicológico? Si fuera de valor, ellos acababan de pasarlo con sobresaliente. Si fuera de adicción, yo acababa de dar positivo. Porque estaba encantado de tener una sólida excusa para volver al hiper.

—No sé mucho de psicología —gruñí, para disimular mi satisfacción—. Ni creo en ella o en sus tests. Para mí, si el neurótico construye castillos en el aire, el psicótico vive en ellos, y el psicólogo es sólo quien cobra el alquiler. —Noriega se echó a reír ante mi comentario y los demás lo imitaron—. Y yo, en todo caso, soy el que le roba el dinero de ese alquiler al psicólogo. Yo siento lo que siento, no puedo explicar por qué. Pero que no me crean está previsto; tendrán más pruebas. Vamos a salir al hiperespacio. Conéctense a la IA de mi "Cancerbero II", todos… Eso no podrá resistir la tentación de cinco mentes apetitosas en una sola nave. Y no se preocupen… si en el primer ataque no lo vi, ahora sí lo veo perfectamente. Y más que verlo presiento su aparición.

Hubo murmullos, y al fin Schneider habló: —¿Conectarnos? No veo controles de antigravedad ni tampoco me parece que esta

nave tenga cohetes químicos. ¿Cómo vamos subir hasta la órbita?

—No vamos a subir a ninguna órbita —vocalicé con esfuerzo, ya en pleno nexo con la IA.

—¿Vamos a entrar al hiper desde la superficie de un planeta? Se supone que ni siquiera es muy seguro desde una órbita baja, por la perturbación gravitacional… —insistió él.

—Que no sea seguro no quiere decir que sea imposible —gruñí de nuevo y los miré de hito en hito—. Imagino que en mi bar habrán oído mil historias de pilotos que lo han hecho ¿no?

Se miraron y sonrieron. Al segundo siguiente Vance, Noriega y Schneider se conectaron. Ningún macho podría haberse resistido a esa bravuconada.

—Algunas hemos oído —la pragmática Li Sing Fao se resistía aún—; pero los profesores dicen siempre que fueron locuras, retos a la probabilidad, abusos de experiencia…

—Y tienen razón —la interrumpí—, pero ya saben, navegar por el hiperespacio es tanto arte como ciencia. Si fuera sólo arte, no necesitaríamos IAs. Si fuera sólo ciencia, no necesitaríamos pilotos humanos. Es mitad cálculo y mitad intuición. Lo de no saltar cerca de grandes masas es una buena regla de oro… pero algunos pilotos llegamos a aprender cómo violarla sin peligro. Y lo más irónico es que, si antes de ser atacado por Eso, yo ya era bueno, al sobrevivir me volví el mejor piloto que jamás haya guiado una nave de salto. Mi intuición se ha vuelto casi sobrenatural. Puedo adivinar el camino más breve en el laberinto hiperespacial. Puedo hasta calcular con bastante aproximación cuánto demoraremos en retornar al espacio habitual. Pero no me pregunten cómo lo hago, porque lo hago y ya.

La china abrió la boca, suspiró y se conectó también, convencida. El pentágono estaba completo.

Ya los torrentes de datos exactos de la IA de mi "Cancerbero II" corrían por mis sinapsis confundiéndose con mis estimados y apreciaciones. Y mis cuatro invitados especiales eran como meandros de ese río de datos, presentes aunque no actuantes, pero alertas y dispuestos a ayudarme en cualquier emergencia. Ya no pasajeros, sino tripulantes con plena consciencia del viaje… y cebos vivos.

Es un riesgo terrible. Yo lo sé, los directores de la Academia lo saben. Pero soy realmente el mejor piloto de salto que jamás haya existido, y si los tercos incrédulos no se conforman con menos… Al segundo año de estar en "El Cateto Prohibido" un trío especialmente

escéptico robó mi primer "Cancerbero"… y nunca se supo si se dispersaron por el hiperespacio en un salto distorsionado o si Eso los atrapó. Así que ante la posibilidad de que algún cadete rechazado quiera trabar un contacto más estrecho con Eso y se lance a buscarlo por su cuenta, es preferible que su primer contacto ocurra cuando yo esté al mando de la nave.

Todos conectados, las palabras ya sobraban. Intercambio directo de ideas, telepatía asistida por IA. Analizaron la nave y comprendieron que cada salto no podía menos que ser perfecto. Mi "Cancerbero II" no tiene motores cohete, ni antigrav, ni siquiera aerodinámica atmosférica. ¿Para qué? Puedo salir del hiper a la altura que elija y con la aceleración que quiera.

Necesitaba un salto corto. Dejé que mi mente vagara ¿Próxima Centauri? No… la inspiración me llegó de repente: la Luna. Ellos supieron de mi decisión, vieron el tiempo de salto calculado, cinco segundos, y me ayudaron con el procesamiento de los parámetros de salto, exultantes. Li Sing Fao y Harlan Vance pensaron de modo muy perceptible que, pasara lo que pasara, al menos iban a ser parte de una auténtica tripulación antes que ningún otro cadete de su promoción.

La Luna. En el híper, a veces cuando más cerca estás más demoras. Cinco segundos. Quería que Eso apareciera en nuestro primer salto… pero no darle tiempo más que para mostrar sus colmillos. Ciberpuerto e IA mediante, hice las correcciones imprescindibles con las diferencias de campo gravitatorio, velocidades de rotación, de traslación en la elipse orbital, incluí las desviaciones de la libración lunar y la precesión y nutación terrestres, los efectos del viento solar y mil datos más, y ellos cuatro comprobaron cada paso de mis preparativos y los aprobaron. Destino, Mar de las Nubes, justo en medio del Museo de la Presencia Humana.

Saltamos. A mi "Cancerbero II" como buena nave de exploración, cinco tripulantes le sobran. Ni siquiera los más pesados supercargueros de salto llevan más de cuatro pilotos a bordo. Conmigo conectado a su IA le bastaría y sobraría. Los otros seis conectores estaban previstos para demostraciones *in extremis* como esta.

Por desgracia, mi cálculo no fue tan exacto como de costumbre; el salto fue asombrosamente corto. Incluso en la deformada percepción temporal del hiperespacio supe que no podía haber durado más de tres segundos. Sentimos que nos daban vuelta del revés, empezamos a ver las cosas borrosas y vibrantes… y dimos la vuelta al derecho para volver al espacio tridimensional.

Ellos, claro, no captaron nada. Pero yo sí; Eso estaba ahí afuera, me había detectado y venía por mí con toda la gula de quien ya ha probado un delicioso manjar sin quedar ahíto.

Le deseé de todo corazón que se atragantara… si es que algo así era posible.

Nos posamos en la Luna alzando una nube de fino regolito lunar. Lo de que soy el mejor piloto jamás egresado de la Academia no era alarde, pero, dejando aparte los dos segundos de diferencia, aquella fue una proeza de exactitud incluso para mí. Delante y a pocos metros teníamos el módulo de aterrizaje del Apolo XIV con la famosa bandera norteamericana colgando en su marco, aunque ya bastante maltratada por siglo y medio de bombardeo micrometeorítico. A la derecha, el binomio del módulo de alunizaje del Apolo XII y la sonda no tripulada Surveyor 3, y casi en el límite de la visual, ya medio hundida en el finísimo polvo, lo que quedaba del infortunado Luna 5 soviético.

Sentí el asombro de los cuatro, pero no iba a darles tiempo a más. No habían captado nada, así que este segundo salto tenía que enfrentarlos con la verdad. Busqué otro destino, ni muy cerca ni muy lejos. Este iba a ser el decisivo y no quería arriesgarme a estar cinco minutos con Eso destrozando mi anatomía, si algo fallaba. Pero tres segundos eran muy pocos, definitivamente.



Ilustración: Pablo Palomeque

Ni muy muy ni tan tan. Les pedí disculpas por no darles más tiempo para admirar los primitivos artefactos de nuestros antecesores en la carrera espacial, y apunté a Tau de Ceti II, la segunda colonia extrasolar de la humanidad. Esta vez elegí una órbita estacionaria, a 38.000 kilómetros sobre el suelo del planeta (es un decir, porque todo él es sólo un gran océano), y relativamente cerca del hábitat orbital *Moby Dick,* por si acaso. Mi estimado era de 25 segundos en el híper.

Los cuatro estuvieron magníficos: era sólo su segundo salto y ya empezaban a funcionar como todo un equipo, como los engranajes bien aceitados de un reloj. También esta vez los parámetros del salto eran bastante más simples. Todo estuvo listo en

fracciones de segundo. Y saltamos de nuevo.

Mis vísceras volvieron a engañarme diciendo que me acababan de virar al revés como un calcetín. No es raro que la mayoría de los pilotos acaben teniendo problemas digestivos.

Pero ahora nosotros teníamos otro tipo de problemas… mucho más graves. Apenas vi que los contornos de las cosas empezaban a vibrar y emborronarse supe que había cometido un error. Aquel iba a ser un salto más largo de lo que yo necesitaba: por lo menos de un par de minutos. Tiempo suficiente para que Eso me destripara a gusto, si es que me detectaba rápido.

Mala suerte. Malísima. O yo tenía razón y Eso tenía que ver con las propiedades intrínsecas del hipersalto y podía modificarlas.

Y claro, al segundo siguiente apareció y vino derecho a por mí.

Creo que de veras me estaba cazando, porque se formó más rápido que nunca. Me solté el arnés de sujeción y me alcé sobre mis piernas para librarme de sus fauces extradimensionales, pero teniendo cuidado de no alejarme tanto que el cable del conector se soltara del zócalo del ciberpuerto en mi nuca. Yo era el piloto del salto y si perdía contacto con la IA su delicado curso a través de la extraña geometría hiperespacial se interrumpiría y regresaríamos al cosmos tridimensional con el hipermotor destrozado, sin posibilidad de saltar de nuevo… y en cualquier parte. Lo mismo en el hirviente centro de la gigante Betelgeuse que en la increíblemente lejana nebulosa del Cangrejo. Una vez más bendije mi precaución de hacer instalar en la "Cancerbero II" cables conectores más largos que los estándares. Lástima que aquí no funcionen bien los controles remotos.

Pero de todos modos el espacio no sobra en la cabina de una nave exploradora, y fluctuando a través del aire como una bandera hecha de antitiempo y espacio negativo, Eso me persiguió tenaz. Retrocedí hasta que mi espalda dio contra la holopantalla y el cable de conexión estuvo tenso como una cuerda de guitarra. No había más sitio a dónde huir.

Sólo me quedaba elegir mi forma de morir. Podía dejar que el Perro de Tíndalos acabara de devorar lo que había dejado de mí hacía quince años, o arrancarme el conector del ciberpuerto y rezar porque no emergiéramos demasiado lejos de alguna estrella con colonias humanas (o de cualquier otra especie inteligente, puestos a no ser muy escrupulosos) cuyos habitantes pudieran rescatarnos.

Eso se me acercó tanto que creí poder ver otros universos a través de su tremolante inexistencia. Si hubiera estado solo, no

habría dudado ni un segundo en sacar el conector para romper la interfase con la IA antes de que me mordiera. En retar a la suerte en vez de enfrentar el dolor y el final seguro.

Pero también estaban ellos cuatro. Y conectados. Si el Hipervampiro Ciber me devoraba por completo, quizás pudieran mantener la interfase, y a lo mejor se saciaba conmigo o demoraba en tragarme suficiente tiempo para que ellos pudieran regresaran ilesos al espacio tridimensional. Cuatro vidas jóvenes y prometedoras a cambio de una vieja y arruinada. Era aritmética elemental. Cerré los ojos y me adelanté hacia mi última cena, en la que yo mismo sería el menú.

Entonces algo me golpeó las piernas por debajo de las rodillas y me derribó antes de que la primera dentellada inmaterial pudiera tocar mi carne. Fue un tackle de manual. Era Vance, por supuesto. En el fútbol americano lo ponían casi siempre a jugar como quaterback, gracias a sus habilidades como organizador, pero como era tan grande y fuerte, también solía arreglárselas para protagonizar uno ó dos derribos perfectos en cada partido.

Al principio no entendí cómo había podido sorprenderme estando conectados ambos a la misma IA, pero cuando vi su cable conector serpenteando en el piso lo entendí todo y me horroricé:

—¡Déjame, estúpido! —le grité, tratando de sentarme—. ¡Reconéctate! ¡Todavía pueden salvar el salto!

Él me aferró el brazo ciberprotésico, murmuró: —No, Comandante. Lucharemos. Nadie morirá hoy —me lo arrancó de un enérgico tirón que volvió a hacerme morder la alfombra, y lo blandió contra el aire como si fuese una espada.

A ciegas. Por supuesto, no lo veía, pero sus movimientos eran tan amplios y la Sombra Hambrienta estaba tan cerca que no pudo menos que tocarla. Atónito, vi cómo acertaba un golpe que desorganizaba a medias a aquella especie de aurora boreal oscura. Y luego otro, y otro… Harlan seguía avanzando sin ver, como un caballero feudal repartiendo mandobles con la visera bajada, como un niño con los ojos vendados tratando de golpear una piñata, pero lo estaba logrando: Eso retrocedía, hecho jirones.

Miré de reojo buscando a los otros tres cadetes… tal vez si venían a ayudar a su líder todavía podríamos escapar ilesos del trance.

Pero no debía esperar mucha ayuda de ellos. Todo el mundo no reacciona ante el peligro del mismo modo que Harlan Vance. En lo único que lo habían imitado los otros cadetes era en romper la conexión con la IA.

Schneider jadeaba y gruñía como si estuviera transformándose en una bestia, aparentemente luchando con su propio sillón de sobrecargas en pleno ataque de pánico. Reacción descontrolada, retorno al control instintivo.

Li Sing Fao había arrancado algunos cables y parecía autísticamente absorta en trenzarlos y conectarlos, como una abuelita haciendo calceta mientras su avión se desploma. Reacción de extrañamiento y desplazamiento del stress al plano de la manualidad.

En cuanto a Gilberto Noriega, no se le veía por ninguna parte. Y como en una nave de salto el único sitio además de la cabina es el servicio sanitario, imaginé que estaría ahí. Reacción de huida… intestinal. Puro terror.

Lo peor del caso es que la heroica defensa de Harlan Vance ya no parecía suficiente para mantener a raya al Ghoul Cosmoinformático. La sábana de negrura se reorganizó, osciló enfurecida como una bandera en un temporal y contraatacó…

Pero un rugido animal casi me reventó los tímpanos y una mole humana se interpuso, blandiendo algo tan enorme que al principio no supe de qué se trataba. Tardé otro segundo en comprender que el bestia de Schneider había arrancado de su sujeción todo el sillón de sobrecargas y lo estaba agitando, también a ciegas.

Un buen jefe es aquel que es capaz de lograr que sus subordinados estén dispuestos a dar la vida por él. Schneider había salvado la vida de Vance… y la mía. Por un momento tuve esperanzas de que los dos juntos lograran mantener a Eso a raya el tiempo suficiente para que regresáramos al seguro espacio tridimensional, para que Vance tuviera razón y nadie muriera.

Pero, pasada la sorpresa de su nuevo atacante, el Perro de Tíndalos reaccionó con una nueva táctica: se condensó en un vórtice con aspecto de miniagujero negro que oscilaba arriba y abajo con majestuosa lentitud, como burlándose de la imperfección de la vista de sus dos decididos oponentes… y a la vez buscando una brecha para infiltrarse entre sus defensas y llegar hasta su verdadera presa: yo.

Si ser cobarde es pedir ayuda, en ese momento fui cobarde: —¡Cuidado! —aullé, tratando de ponerme de pie (cosa bastante difícil con una sola mano) sin que Harlan o Ulrich me partieran el cráneo con sus improvisadas clavas—, ¡se ha condensado… está tratando de llegar a mí!

—¡No… lo vemos! —jadeó Vance, olvidándose de sus

mandobles para ahora mover mi prótesis en amplios círculos, como si quisiera a toda costa interponer una barrera física entre Eso y mi carne.

—¡Señálanos… donde está! —gruñó Schneider, más pragmático.

Y lo intenté. Pero ¿han tratado alguna vez de mostrarle a otra persona un zunzún que revolotea entre las flores? Mi dedo localizaba al punto de oscuridad, ellos dirigían sus improvisadas armas hacia él… y abanicaban el aire, porque el Hipervampiro Ciber ya se había movido, flotante y burlón.

Peor aún, al cabo de algunos segundos debió cansarse del jueguito, y se quedó inmóvil esperando el golpe del sillón-clava de Schneider. Pero cuando el mueble iba a tocarlo, el pequeño cóagulo de no-materia se expandió de repente y el resultado fue que el pesado sillón estalló en una llamarada y el enorme Ulrich salió despedido contra mí, derribándome de nuevo.

—¡Ocúpate de él! —aulló Vance, sin dejar de atacar el vacío. Y al instante siguiente también volaba hacia el otro lado de la cabina con un grito de dolor, entre miríadas de chispas y salpicaduras del metal derretido de mi arruinada prótesis de brazo.

Despejado el campo, Eso se me acercó, aún hecho un vórtice giratorio y concreto y yo grité como un cerdo. Y no sólo por el dolor de las quemaduras que las gotas de titanio líquido me habían provocado. Grité de puro terror, al comprender que estaba más indefenso aún que antes, atrapado bajo casi ciento cincuenta inmóviles kilos de inconsciencia teutona. Forcejeé, pero estaba claro que no lograría librarme de la mole de Schneider antes de que la Sombra Hambrienta me alcanzara. Era como una pesadilla. El condenado a muerte atrapado en el cepo y el hacha alzándose sobre su cuello. El viajero acosado por los lobos que no puede moverse.

Cerré los ojos… sólo para descubrir que la extraña no-imagen que era Eso seguía siendo visible aún a través de mis párpados fuertemente apretados.

La esfera de no existencia se desplegó de nuevo en una pañoleta de fuego sombrío que flotó hacia mí como una avispa de tinieblas, y cuando estaba a punto de alcanzarme… se desplazó medio de costado y medio hacia atrás, como un perro sacudido por una potente descarga eléctrica.

Aún sin creer que seguía vivo, abrí un ojo, otro… y al fin la boca, de puro asombro.

Gilberto Noriega no había huido cobardemente al baño, sino

que, rodeando los asientos, se había acercado subrepticiamente a Eso por detrás. Y Li Sing Fao tampoco había estado trenzando y conectando cables para escapar de la realidad, sino para unir una de las parrillas portaobjetos que todo sillón de sobrecargas lleva debajo con varios cables, formando una especie de raqueta electrificada con la que el cubano acababa de distraer la atención de mi Némesis hiperespacial.

Casi con furia, Eso se volvió de nuevo un vórtice giratorio que se lanzó contra Noriega, mientras el cubano barría el espacio ante él con su arma improvisada, con la misma metódica regularidad de un tenista ciego. Y cada vez que tocaba al Ghoul Cosmoinformático saltaban chispas y el flotante miniagujero negro retrocedía como si lo hubieran golpeado físicamente.

Li Sing Fao era realmente genial: en menos de un minuto había logrado crear el primer arma que parecía funcionar contra Eso.

La resistencia con la que tropezaba por momentos su utensilio hizo comprender a Noriega que estaba teniendo éxito, y continuó con su ataque. Blandiendo su improvisada pero eficacísima arma con los amplios movimientos laterales de un segador cosechando un trigal, fue acosando a la bestia. Y de nuevo yo concebí esperanzas de que lograra mantenerlo a raya hasta que regresáramos al espacio normal y volví a luchar por librarme de la mole del inconsciente teutón.

Pero el enemigo tampoco se rindió; de repente ya no fue más vórtice concentrado, sino de nuevo cortina de fuego oscuro a través de cuyas volutas pasaron sin efecto las mallas de la red electrificada, desequilibrando al sorprendido Gilberto, cuya mano rozó la cinta de ígnea sombra que lo había circundado.

Hubo un grito de dolor, la parrilla cayó chisporroteando sobre la moqueta, que comenzó a humear, un atónito Noriega cayó de rodillas sujetándose lo que quedaba de su mano derecha ensangrentada. Y Eso, engolosinado con la sangre, se revolvió para atacarlo.

Sentí a la vez pena y rabia. Pena por el chico: por salvarme había acabado mutilado. Ojalá al menos conservara el pulgar. Rabia contra aquel engendro, que por tanto tiempo y tan insistentemente me había perseguido, y ahora parecía disfrutar arruinando la vida de otro. Y fue aquel furor lo que me dio las fuerzas para, en un empujón supremo, librarme de la mole inerte de Schneider y ponerme en pie de un salto para interponerme entre Noriega y la muerte…

Vance y el alemán me habían mostrado cómo se hacía. Cuando el látigo de espacio rasgado ya azotaba el aire con su tremolar de chispas, derecho hacia la cabeza de Gilberto, mi pie izquierdo se interpuso… y la banderola de abismo se desorganizó un poco.

Sujetándome del respaldo del sillón de sobrecargas más cercano, pateé, ahora con la pierna derecha, y luego de nuevo con la izquierda. Con cada puntapié el flameante gallardete de nada se desorganizaba y dispersaba, y yo seguía pateando, para dar tiempo a Noriega para realzarse y volver a empuñar el arma creada por la china. Y aunque hasta en medio de mi furia sabía que si Eso volvía a concentrarse en un vórtice flotante la pasaría muy mal… ya no me importaba.

Volvió a metamorfosearse, y cuando pateé el hueco negro pulsante la mitad de mi pierna voló por los aires envuelta en llamas. Pero yo no caí, ni regresamos al espacio tridimensional, y me quedaba aún otra pierna y muchas ganas de usarla.

Miré de reojo a Noriega, aún arrodillado y tratando de contener infructuosamente el río de sangre que se le escapaba de la destrozada mano derecha por entre los dedos de la izquierda. Había hecho lo suyo, y al final el combate volvía a sus protagonistas iniciales: el Perro de Tíndalos y yo. Flotaba, vórtice concentrado, como retándome a golpearlo de nuevo. Me apoyé con ambas manos en el respaldo del sillón para patear una vez más, la última…

Y la parrilla electrificada, ahora manejada por la pequeña Li Sing Fao, arrojó al monstruo contra un costado. El vórtice se desplegó sin que la pequeña asiática pudiera verlo, yo aullé advirtiéndola:

—¡No! ¡Golpea sólo cuando yo te diga! —y coceé, de espaldas y alzándome sobre el respaldo del sillón con las manos, como un asno cojo pero aún dispuesto a vender cara su vida. De refilón percibí como la pérdida de sangre hacía que Noriega se desmayara.

Y de nuevo coceé. Al tercer puntapié la cinta semidispersa volvió a ser vórtice, y mi pierna restante saltó hecha pedazos humeantes. Por un momento me sostuve a fuerza de brazos… luego Newton intervino y me desplomé hacia el suelo, gritando: —¡Ahora, Li!

Ella agitó su parrilla, lanzó el vórtice a un costado y… junto con la familiar sensación de ser vuelto al revés como un calcetín, me desmayé.

Lo demás ya lo saben.

Fue un salto casi perfecto. Salimos del hiper girando en torno a Tau de Ceti II… sólo que no a 38.000 kilómetros de altura y cerca del hábitat orbital *Moby Dick*, como había yo calculado, sino apenas a mil. Evidentemente, luchar contra Eso durante un salto le rompe la concentración hasta al mejor piloto.

Sólo habíamos permanecido en el hiperespacio durante un minuto y 52 segundos. Pero debe haber habido milenios que demoraron más…

Mil kilómetros de altura. Habríamos tardado pocas horas en precipitarnos dentro de la atmósfera. Grave problema con una nave sin motores planetarios ni cubierta aerodinámica, como mi "Cancerbero II": si la fricción de la entrada no nos hacía arder, de todos modos nos ahogaríamos al hundirnos en el gran mar que ocupa toda la superficie de Tau de Ceti II.

Pero ese día Li Sing Fao no sólo se ganó el título de Gran Golpeadora de Monstruos Hiperespaciales, como todos sus compañeros, sino que también se graduó de piloto. Era la única en condiciones de guiar la "Cancerbero II" y se atrevió nada menos que a, reconectándose a la IA, dar su primer salto en solitario a corta distancia, y en plena esfera de influencia gravitatoria de un planeta.

Siempre dije que esa chinita sería capaz de cosas asombrosas.

No fue un salto de precisión; nos llevó no a 38.000, sino a 56.000 km del suelo planetario, pero bastó para darles a los de la *Moby Dick* tiempo de llegar hasta nosotros con sus trasbordadores de motores iónicos, así que de todos modos la sangre no llegó al río.

El salto duró unos treinta segundos, pero Eso ni se apareció. Supongo que ya había tenido demasiada guerra para un solo día.

Al final Vance resultó ser más profeta que demagogo; nadie murió. Aunque faltó bien poco. Nuestra audaz piloto no tenía ni un arañazo, pero sus tres compañeros de promoción… si en la *Moby Dick* no llegan a darles atención médica urgente, no habrían podido contarlo.

Gilberto Noriega tuvo que recibir una transfusión de sangre; había perdido casi dos litros. Y todavía no se las arregla muy bien con la mano derecha. Le quedó el pulgar y el corazón, pero sus demás dedos ahora son ciberprotésicos. Al muy chistoso le ha dado por llamarme "hermano de metaloplástico" y no parece muy afectado por la pérdida. Dicen que ahora les enseña los tres muñones a todas sus posibles novias, y les cuenta la historia de cómo perdió los respectivos dedos… y yo diría que el recurso funciona.

Harlan Vance y Ulrich Schneider, además de sufrir quemaduras graves por el metal derretido y quedar inconscientes por el contacto de sus improvisadas “clavas” con la todavía desconocida forma de energía de eso, podrían no recuperar jamás todas sus funciones neurales. Los médicos lo llaman sobrecarga neuronal y evitan pronunciarse categóricamente al respecto, pero ya se sabe… ponerle nombre a algo que no se entiende no significa comprenderlo.

Vance camina con una muleta, tiene la mitad derecha de la cara paralizada y lagunas en la memoria. Aunque a algunas chicas les duela, lo del rostro no le preocupa tanto y la memoria la recuperará poco a poco… pero el deporte era su vida. No obstante, pasa tantas horas entrenando que algunos especialistas creen que podría recuperar hasta el 85 % de sus habilidades físicomotoras. No está mal, digo yo… pero sé que él no se conformará con menos del 100%. Le deseo suerte.

Schneider todavía anda en silla de ruedas, y no parece molestarle mucho. Insiste en que su prodigioso cerebro está perfectamente… sólo que un poco más lento que antes. Pero como él nunca ha tenido prisa… Ah, lo de “silla de ruedas” es un decir; en realidad es un sillón de sobrecargas con suspensión antigrav y controlado por una IA con la que su “tripulante” se mantiene en contacto todo el tiempo, gracias a su ciberpuerto.

La última vez que los cuatro estuvieron por aquí, ya a punto de obtener sus respectivas estrellas de piloto, nos emborrachamos de lo lindo. Y tuve que revelarles otro de mis secretos. Schneider y Vance no entendían cómo, si con sólo tocar el vórtice con sus armas improvisadas ellos habían sufrido tan graves consecuencias, yo había podido patearlo dos veces y seguir vivo. Li Sing Fao tampoco entendía por qué, si había visto saltar en pedazos mis piernas, ahora volvía a estar tan campante tras el mostrador.

Al principio no querían creer que mis dos extremidades inferiores también eran ciberprotésicas. Sólo cuando les dije que únicamente las usaba cuando tenía que salir de detrás de la barra fue que empezaron a entender, pero de todos modos no pudieron resistir la tentación.

Se asomaron, miraron… y vieron mi propia versión de la silla antigrav de Schneider. En vez de prótesis, la mayor parte del tiempo uso un suspensor, y como él, lo controlo a través de mi ciberpuerto. Ese es el secreto de mi agilidad tras el mostrador.

El único comentario fue una alegre palabrota de Noriega.

Supongo que hasta ese momento pensaban que yo era un

exagerado y que el ataque que sufriera quince años atrás no había sido tan terrible. Desde entonces me miran con más respeto, y me imagino que es por eso que me invitaron a unirme a ellos en su primera misión como pilotos graduados.

Nuestro duelo con Eso ha marcado una pauta. El Alto Mando de la Flota Espacial ha decidido que si cinco personas con la capacidad de atraer al monstruo y sin más armas que su valor y algunas improvisaciones pudieron sobrevivir a él durante casi dos minutos, muchas personas con las mismas características y mejor pertrechados podrían enfrentarlo mucho mejor… quizás hasta destruirlo, capturarlo, o dilucidar definitivamente su naturaleza.

O sea, que basta de huir del lobo. Llegó la hora de los cazadores.

Por cierto, han bautizado al plan Operación Caronte. No me atrevo a preguntar si tiene algo que ver con mi humilde persona. Pero hasta mi madre me ha felicitado por videoenlace, o sea, que parece que sí…

Claro que antes de que subamos a una nave a cazar al engendro todavía queda mucho por hacer. Para empezar, habría que reunir a esas muchas personas, y he solicitado que me encarguen del asunto. A fin de cuentas, si dejaron la Academia olvidándose de su sueño espacial fue por mí… así que me parece justo que sea precisamente yo quien vaya a ofrecerles una segunda oportunidad, y a rogarles que nos ayuden a enfrentar a su némesis.

Algunos se negarán, otros aceptarán encantados. Yukio Hakagami ya ha presentado su solicitud formal de unírsenos. Ya no tendré que escuchar sus quejas sobre los nuevos cadetes. Aunque, con lo ajustado que es el uniforme de piloto, será difícil concentrarse con ella a bordo…

Una sola cosa me preocupa: cuando capturemos o destruyamos a Eso (porque ahora estoy seguro de que las cosas sólo pueden terminar así) y el hiperespacio deje de ser un peligro para algunos… supongo que tendré que cambiarle el nombre al bar. Y sería una pena; tal vez es sólo cuestión de costumbre, pero es que “El Cateto Prohibido” suena tan bien…

“Yoss” es José Miguel Sánchez Gómez, cubano, la figura más importante de la ciencia ficción de su país (¿ya lo habíamos dicho?) Lo que ocurre es que resulta muy difícil agregar nada (hasta que no gane otro premio o algo así) a la trayectoria de alguien que aparece con tanta frecuencia en Axxón. Por lo tanto vayamos a su historial directamente. Veinte cuentos publicados en nuestra revista: “Los meandros de la historia” (51), “Trabajadora social” (56), “La maza y el hacha” (83),

“Destrúyenos porque nos amas” (94), “El tiempo de la fe” (97), “El arma” (106), “El performance de la muerte” (110), “Las chimeneas” (113), “Ese día” (128), “El primer viaje de la Argonauta” (132), “Kaishaku” (142), “La cumbre de la respuesta” (150), “Apolvenusina” (153), “Ambrotos” (154), “Líder de la red” (155), “El efecto Cibeles” (156), “La prisión” —con Vladimir Hernández— (158), “Una moneda de plata en el bolsillo de la noche” (160), “Instrucciones secretas para la mision Alfa: Pliego uno” (161).

Extrasolares

Marcelo Dos Santos

Desde la noche de los tiempos el Hombre miró a los cielos, y se preguntó acerca de la naturaleza de esas extrañas luces que brillaban con resplandor frío y lejano. Ya en la más remota Antigüedad los astrónomos aprendieron a discriminar entre estrellas "fijas" y planetas, pero hubo que esperar a Copérnico para comprender que el Sol era una estrella como las demás y que los planetas giraban en torno a ella y no alrededor de la Tierra.

Llegados a este punto, comenzamos a preguntarnos si habría vida en otros planetas, y así formamos nuestras teorías sobre "marcianos", "venusinos" y "mercurianos".

Era solo cuestión de tiempo que surgieran inquietudes acerca de la vida en otras estrellas. La ciencia ficción siempre se ha ocupado de este tópico, pero durante siglos los científicos fueron escépticos… Podíamos ver perfectamente a las demás estrellas, galaxias y objetos de espacio profundo, pero para que haya vida en otros sistemas estelares es condición necesaria que contengan planetas de tipo terrestre (al menos en lo que se refiere a vida tal como la conocemos).

Y da la casualidad de que nunca habíamos descubierto un planeta extrasolar.

¿Cómo podría lograrse tal cosa? A los ojos del profano, tal tarea parece imposible. El problema radica en que, por más que los planetas reflejan un cierto porcentaje de la luz recibida de su estrella, en el caso de una estrella brillante ubicada a cientos (o miles) de años luz de nosotros, su resplandor eclipsa el brillo de un potencial planeta y lo vuelve completamente invisible para nosotros. La identificación visual, en efecto, no sirve de nada.

Pero hace 160 años que tenemos otros recursos…

Como vimos en otro artículo, el planeta Neptuno fue descubierto de manera indirecta, es decir, no fue observado a través de un telescopio e identificado (como sucedió por ejemplo con Urano), sino que se lo detectó a partir de las perturbaciones orbitales que su gravedad provocaba en otros objetos celestes. En el caso de Neptuno, su descubrimiento se debió a que Le Verrier comprendió que la única explicación posible a las malformaciones observadas en la órbita de Urano era la presencia de un planeta no descubierto que operaba sobre ella. A partir de allí, todo fue calcular su posición en un momento dado, y solicitarle a un astrónomo que buscara en ese sitio.

A partir de 1908, el astrónomo Percival Lowell, siguiendo la doctrina anterior, postuló que las perturbaciones observadas por él y su colega William Pickering en la órbita de Neptuno sólo podían deberse a la existencia de un noveno planeta situado más allá de él. El insigne Percival murió en 1916 sin haber logrado descubrir su ansiado planeta, que fue identificado por Clyde Tombaugh en 1916 y bautizado Plutón (que aparte de su nombre mitológico lleva al principio las iniciales de Percival Lowell).

Como dato colateral, hoy se sabe que el descubrimiento de Plutón se debió al genio de Tombaugh y no a los "cálculos" de Lowell, por la sencilla razón de que el lejano planeta es demasiado pequeño y está demasiado apartado como para influir en modo alguno en la órbita de Neptuno. Lo que en realidad sucedió fue que las "anomalías" de Lowell eran fallas observacionales debidas a la falta de datos sobre toda la órbita (que no se conocía en forma total, ya que la translación del planeta tarda 166 años y hacía sólo 70 años que el planeta había sido identificado como tal, lo que implica que no se había estudiado ni siquiera la mitad de la misma).

Más aún, hay multitud de astrónomos que afirman que Plutón no es en realidad un planeta sino apenas un asteroide lejano (un "objeto menor transneptuniano"), pero todos los intentos para catalogarlo así fallaron. Los astrónomos no norteamericanos estiman que se lo conserva en la lista de "planetas" sólo porque es el único objeto de la misma que fue descubierto por un estadounidense. Los descubrimientos de 50000QUAOAR en 2002, de 90377SEDNA en 2004 y de 2003UB313 en 2005 demostraron que los objetos del tipo de Plutón son muy comunes (incluso este último incluso es mayor que Plutón y tiene satélites) y nadie, salvo en los Estados Unidos, se

sentiría con autoridad suficiente como para llamarlos “planetas”.

Habiendo tenido éxito (al menos en el caso de Neptuno) el método del estudio de las perturbaciones orbitales para descubrir planetas, era sólo cuestión de tiempo que alguien se pusiese a buscar planetas alrededor de otras estrellas.

Casi inmediatamente después de la muerte de Lowell (el 7 de septiembre de 1916), la revista Nature publicó un artículo en el que se expresaba que se acababa de descubrir (por E.E. Barnard) una estrella pequeña e insignificante que mostraba un movimiento propio anuo desproporcionadamente grande. El movimiento propio anuo de una estrella es el movimiento angular que una estrella recorre por año en la bóveda celeste, normalmente en una línea perpendicular a nuestra línea de visión. El descubrimiento de Barnard era único, porque el movimiento propio de su estrella era mayor que el de cualquier otra estrella descubierta hasta el momento.

¿Por qué? se preguntaban todos. El movimiento propio depende solo de dos factores: el movimiento de la estrella en sí y el posible movimiento de la galaxia que la contiene.

La estrella en cuestión, de inmediato bautizada Estrella de Barnard, nombre que conserva hasta hoy, es una pequeñísima enana roja ubicada a 1,82 pársecs de la Tierra, lo que representa unos 6 años luz, nuestra vecina en términos cósmicos. Y se acerca a nosotros, a tal velocidad que en el año 11800 estará a apenas poco más de un pársec.

Todo esto se descubrió muy temprano, poco después del descubrimiento de la estrella, lo cual se debió al desconcierto de los astrónomos por causa del brutal movimiento propio de la Estrella de Barnard. De hecho es la “estrella más veloz del cielo”. Si no hubiese sido así, nadie se hubiese molestado en estudiar tantos parámetros sobre una estrella como esta en 1916.

Las características de la Estrella de Barnard la convirtieron en un candidato natural para buscar planetas extrasolares ya en la década del 30. La astrometría (especialidad que consiste en sacar muchas

fotos sucesivas de una misma estrella para detectar su movimiento anuo) estaba ya muy bien desarrollada en esos tiempos, así como el estudio de las perturbaciones que ya había rendido sus frutos en el asunto de Neptuno. Un patrón sinusoidal en el veloz movimiento de la Estrella de Barnard muy bien podía significar la existencia de un planeta invisible que la estuviese afectando.



Representación artística de la Estrella de Barnard con su posible séquito planetario

Para verificar esto, el astrónomo holandés Piet van de Kamp (que trabajaba en Estados Unidos) tomó más de 2.000 fotos de la Estrella de Barnard entre 1938 y 1962. El análisis de las imágenes en realidad mostraba un movimiento sinuoso, que van de Kamp identificó como producido por un planeta oculto de 1,6 masas jovianas y de un período de revolución de 24 años alrededor de su estrella. La órbita del tal planeta era, según él, muy elíptica y enlongada.

Van der Kamp continuó ajustando sus resultados durante años, hasta publicar en 1969 un artículo en que analizaba dos series de fotografías de la Estrella de Barnard: una tomada desde 1916 hasta 1919 y la suya propia de 1938-67. Aquí van der Kamp cambió de opinión: el supuesto planeta no giraba alrededor del astro cada 24 años sino cada 25, y no tenía 1,6 masas jovianas sino 1,7. Más tarde ese mismo año volvió a modificar sus afirmaciones: ahora no había un planeta **sino dos**, y la órbita muy alargada no era tal, sino dos órbitas **circulares**. Los dos planetas no giraban alrededor de la estrella cada 24 ni 25 años, sino cada 26 y 12 respectivamente, y no tenían 1,6 masas jovianas ni tampoco 1,7, sino 1,1 y 0,8. Eran demasiados cambios abruptos, demasiadas imprecisiones como para poder llegar a algo concreto.

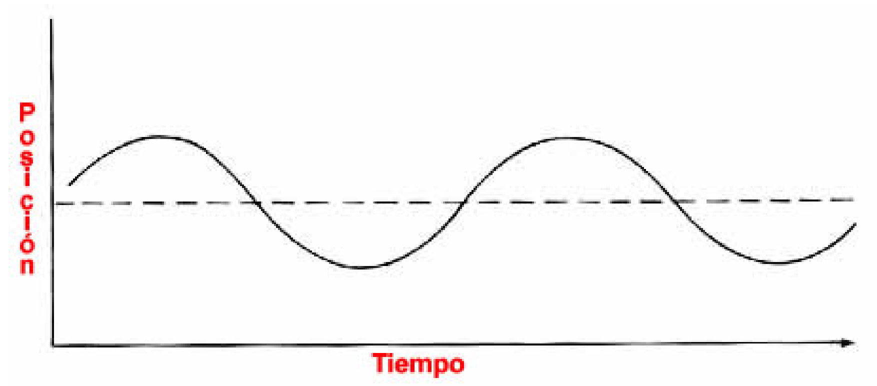


El indeciso Piet van de Kamp

En 1978 van de Kamp publicó un **cuarto** artículo en el que volvía a contradecirse: en apariencia, los dos planetas tenían en realidad 0,4 y 1 masas jovianas respectivamente, y sus períodos eran de 22 y 11,5 años. La quinta oportunidad en que van de Kamp disintió consigo mismo fue en 1982, cuando, analizando series de fotografías tomadas entre 1938 y 1981, decidió que también los resultados anteriores eran erróneos. En su trabajo de ese año afirmó que las órbitas de los compañeros planetarios en verdad eran circulares y los tamaños y los períodos diferían ligeramente de los anteriores. También cambió, en esta oportunidad, sus cálculos de masa de la Estrella de Barnard misma. Las masas, escribió eran de 0,7 y 0,5 masas jovianas, y los períodos habían cambiado a 12 y 20 años respectivamente.

Mientras van de Kamp no se ponía de acuerdo consigo mismo y cambiaba y cambiaba los valores de sus propios cálculos, se comenzaron a producir respuestas en la comunidad astronómica internacional. Así, en 1973, los astrónomos Gatewood y Eichhorn, ambos especialistas en astronometría, analizaron una larga serie de placas de la Estrella de Barnard tomada por el observatorio de Pittsburgh. Como el lector adivinará, **no pudieron encontrar rastro de anomalías orbitales** en la pequeña enana roja. En pocas palabras, por lo que a ellos y sus cálculos respectaba, **no había ningún planeta en el sistema**.

La respuesta de van der Kamp fue que **sus fotos** sí mostraban la perturbación, y que ese hecho no podía discutirse.



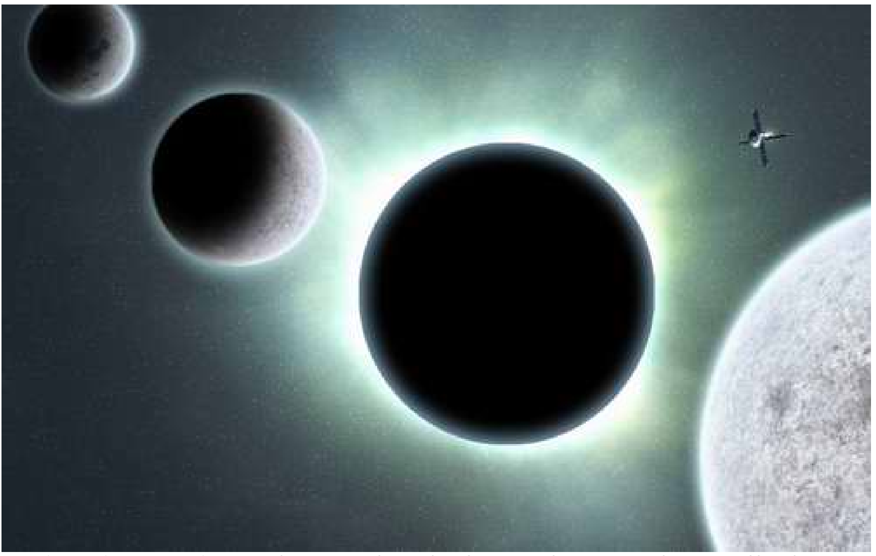
Perturbación orbital en forma de sinusoide, que se busca cuando se sospecha la presencia de un planeta.
La línea llena representa la oscilación provocada por el planeta;
la línea de puntos es la trayectoria de la misma estrella si no tiene planetas

Así las cosas, el astrónomo John L. Hershey decidió cortar el nudo gordiano de la discusión, estudiando las propias placas del holandés. Para sorpresa de Hershey, comprobó que el movimiento era en efecto observable, pero lo que más lo confundió fue que **todas las demás estrellas de las fotos mostraban el mismo comportamiento**. Existían solo dos explicaciones posibles: o bien todas las estrellas que se observaban al fondo tenían planetas, **o el telescopio utilizado tenía una falla**.

Si esta última se verificaba correcta, entonces el pobre van de Kamp había pasado 57 años de su vida estudiando una serie de fotografías inútiles.

¿Qué podía haber sucedido?

El análisis (¡por tercera vez!) de los miles de placas de van der Kamp mostró que los resultados variaban enormemente según a qué años correspondieran las fotos consideradas. Así, el movimiento sinuoso era particularmente notable entre 1949 y 1956, luego desaparecía y regresaba a mediados de 1957. Es como mínimo improbable que uno o varios planetas ejerzan un efecto gravitatorio en ciertos momentos y no en otros. Casualmente, en 1949 se había instalado una nueva célula en el telescopio de van de Kamp, y en 1957 se le había ajustado el objetivo. ¿Puede ser que estos trabajos hubiesen afectado la precisión de su instrumento y lo hubiesen inducido a ver planetas donde en realidad no había nada?



**Así imaginó un pintor el sueño dorado de van de Kamp: la Estrella de Barnard (eclipsada)
y cuatro planetas. Arriba a la derecha, una sonda humana investigando**

Años más tarde, el astrónomo Robert Hurrington utilizó el reflector de 61 pulgadas del Observatorio Nacional de Flagstaff, Arizona, para tomar una larga serie de 400 fotografías de la Estrella de Barnard… sin encontrar sinusoide alguno. Laurence Fredrick hizo lo mismo con el refractor de 26 pulgadas de la Universidad de Virginia… con los mismos resultados.

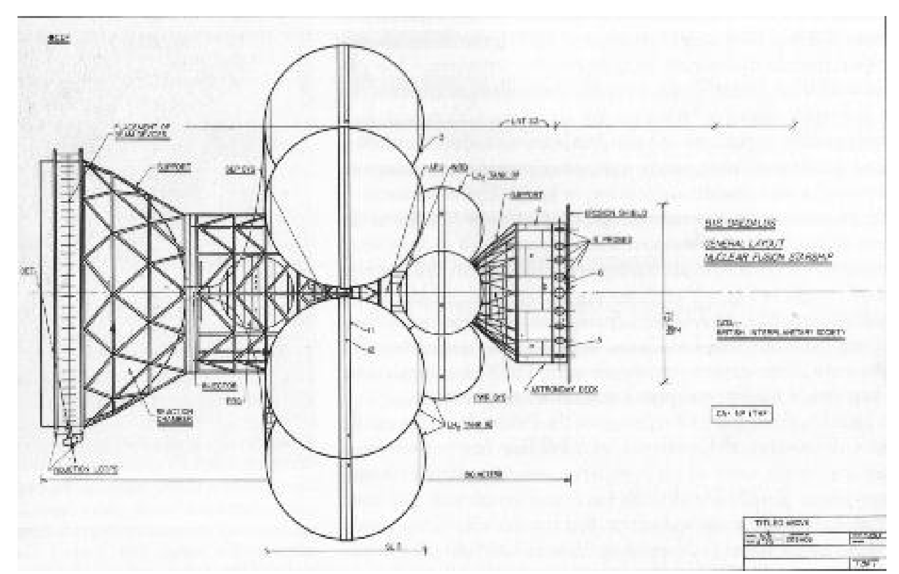
Cuando estos análisis se hicieron públicos (en 1985), van der Kamp saltó al ruedo por última vez para defender a “sus” planetas extrasolares. Lo que dijo fue que sus estudios sobre la Estrella de

Barnard se habían prolongado durante más de medio siglo y se basaban en varias decenas de miles de fotografías, así que, cuando Hurrington y Fredrick hubiesen pasado 50 años sacando veinte mil fotos, él no tendría ningún problema en sentarse a discutir sus resultados.

La naturaleza le fue adversa: tenía en ese momento 84 años, y para contrastar los resultados que pretendía debió haber vivido más de 140 (y sus dos adversarios también). Van de Kamp murió en 1995 a la "inmadura" edad de 94, por lo que nunca aceptó sentarse a revisar los cálculos de sus colegas.

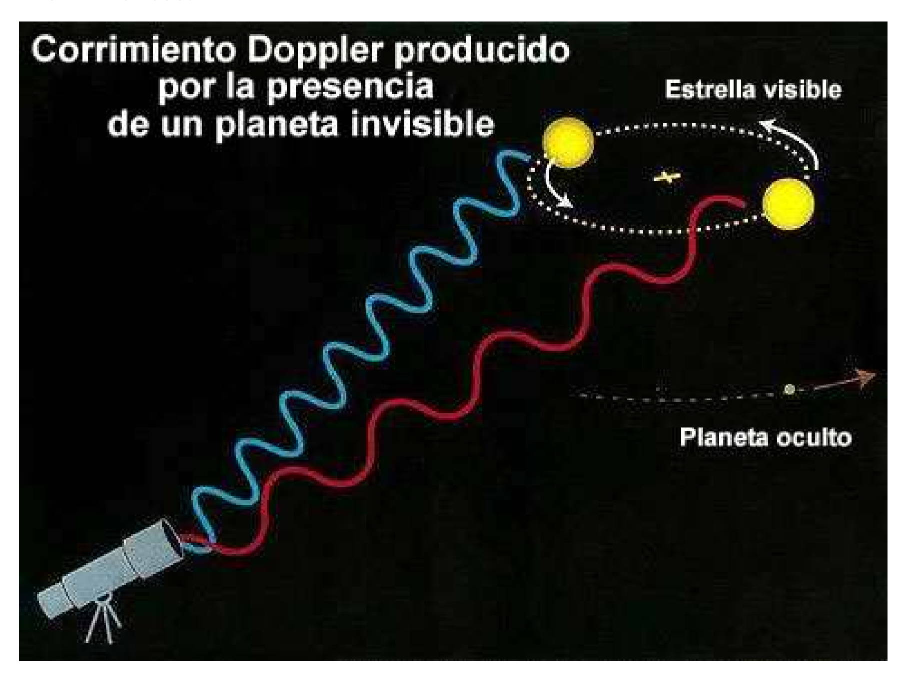
Pero la realidad es que los resultados modernos, si bien no son incontrovertibles, sí vuelven a los astrónomos pesimistas acerca de la posibilidad de encontrar planetas en la Estrella de Barnard. Pero la duda subsiste: uno de los resultados modernos muestra un **levísimo** sinusoide en dirección norte-sur.

Algún día saldremos de dudas: en 20 o treinta años lanzaremos la sonda Daedalus, la cual, tras 46 años de navegación al 12% de la velocidad de la luz, comenzará a orbitar la Estrella de Barnard en búsqueda de sus elusivos compañeros planetarios. Así que a esperar con paciencia vandekampiana: en un siglo o algo así, sabremos si el obcecado holandés tenía razón.



Plano de la sonda Daedalus, que en un siglo o algo más sobrevolará la Estrella de Barnard

Afortunadamente, la astrometría de movimientos propios anuos no es la única herramienta con que se cuenta para detectar e identificar planetas extrasolares. La más precisa y utilizada de ellas es la así llamada "Técnica de Efecto Doppler", que se basa en que la luz de los objetos tiende a enrojecerse cuando estos se alejan de nosotros y a virar al azul cuando se nos acercan. Estudiando pequeñas anomalías en los corrimientos al rojo o al azul de las estrellas, podemos decir si un objeto planetario oscuro está perturbando sus movimientos.



También tenemos la observación directa, que se apoya en la reflectividad o albedo de la superficie del planeta. Esta técnica, más difícil de utilizar, no ha dado hasta el momento ningún resultado.

La fotometría, por su parte, sirve para medir los cambios en el brillo de una estrella candidata. Si el brillo disminuye de golpe, tal vez signifique que uno de sus planetas se ha interpuesto entre ella y nosotros, eclipsando momentáneamente su luminosidad.

Los intentos por individualizar planetas extrasolares se sucedieron en las últimas décadas. Estimulados por los ambiguos resultados

respecto de la Estrella de Barnard, los astrónomos de todo el mundo se dieron a la tarea que había fascinado a van de Kamp: utilizando una o más de estas técnicas, se lanzaron a la búsqueda de “otras Tierras más allá de la Tierra”.

Y la investigación no rindió frutos… hasta 1993.

En la Constelación de Virgo, a casi 1.000 años luz de la Tierra, existe un púlsar llamado PSR1257 + 12. Un púlsar como este es una pequeña estrella de neutrones de enorme masa y en rápida rotación, remanente de una antigua explosión de supernova.

Los púlsares, por su propia naturaleza de “ruinas estelares” no eran considerados buenos candidatos para poseer un séquito planetario. Hasta principios de la década del 90, la búsqueda de planetas se había visto circunscrita a las estrella de la Serie Principal (objetos más o menos parecidos al Sol).

Sin embargo, en 1993 los astrónomos Aleksander Wolszczan y Dale Frail descubrieron que PSR1257 + 12 tenía… ¡dos planetas! Luego se descubrió un tercer compañero, un cuarto… **y un cinturón de asteroides o un Cinturón de Kuiper** a su alrededor. Los descubrimientos fueron rápidamente confirmados, y de este modo PSR1257 + 12 pasó a ser no sólo la primera estrella con un sistema planetario a su alrededor, sino también el primer pulsar con planetas.

Los planetas de PSR1257 + 12 fueron bautizados PSR1257 + 12A, PSR1257 + 12B, PSR1257 + 12C y PSR1257 + 12D (en mayúsculas) para diferenciarlos de los planetas de las estrellas “normales”, que deberían llamarse con a, b, c…



Representación artística del púsar PSR1257 + 12 y parte de su sistema de planetas

PSR1257 + 12A es un pequeño planeta rocoso, dos veces mayor que la Luna, que orbita a su púlsar a 0,19 UA (unidades astronómicas, la distancia media de la Tierra al Sol). Su año dura 25 días y tiene la masa de cuatro Tierras.

PSR1257 + 12B se encuentra a 0,36 UA del púlsar, recorre su órbita en 66 días y parece también ser un planeta de tipo terrestre (rocoso). El tercer planeta, PSR1257 + 12C, se encuentra muy cerca del B (orbita a 0,46 UA), es aproximadamente tan grande como el anterior y las masas y cercanías de ambos provocan perturbaciones mutuas en sus órbitas. Estas perturbaciones son prueba irrefutable de la existencia de ambos.

Por fuera de ellos parece haber un enano 4.000 veces más pequeño que la Tierra. Un objeto tan liviano debe ser, más que un planeta, un asteroide (luego PSR1257 + 12 tiene un cinturón de asteroides) o un cometa (luego PSR1257 + 12D tendría un Cinturón de Kuiper). El descubrimiento de este objeto espera ser confirmado.

Por fuera de este y mucho más lejos, a una distancia de 40 UA, orbita al púlsar un gran objeto del tamaño de Saturno (grande como 100 Tierras), que ha sido llamado PSR1257 + 12D.

El origen de los planetas en cuestión es oscuro: pueden ser restos rocosos de antiguas estrellas gigantes o también una segunda generación de planetas formados a partir del gas y el polvo resultantes de la gran explosión de supernova que dio origen al pulsar central. Este polvo se fue reuniendo hasta tomar la forma de un disco y las partículas se han ido reuniendo mediante un proceso llamado "acreción", una manera bien conocida como explicación de la formación de sistemas planetarios (el nuestro, por ejemplo, se formó de esta manera).

De modo que en 1993 se demostró que hay planetas extrasolares, por lo que no había motivos para interrumpir la búsqueda de otros más.

Los descubrimientos comenzaron a sucederse: en 1995 se descubrió un planeta que orbita alrededor de 51 Pegasi en la constelación de Pegaso. 51 Pegasi no es un púlsar sino una estrella de la Serie General, y su planeta ha sido llamado 51 Pegasi b o Belerofonte. Se encuentra en una órbita circular a 0,052 UA de 51 Pegasi y es la mitad de grande que Júpiter.

A la fecha actual (junio 2006), se conocen 166 sistemas planetarios extrasolares, que en su conjunto contienen 194 planetas. Más de 20 de ellos representan sistemas planetarios múltiples. Nuestros conocimientos actuales parecen indicar que la enorme mayoría de los planetas extrasolares son grandes (el 90% de ellos tiene una masa como mínimo 10 veces superior a la de la Tierra), aunque esto muy bien puede ser un efecto aparente de los métodos de detección actuales, que, acaso por su poca sensibilidad, están más inclinados a alertar sobre planetas grandes. Sin embargo, la existencia de los pocos planetas pequeños descubiertos indican que estos pueden ser también muy comunes.

La mayoría de los planetas descubiertos orbitan a sus respectivas estrellas a distancias muy inferiores a las de los planetas de nuestro sistema solar. De nuevo este hecho puede ser resultado de nuestros métodos más que una realidad estadística. Un planeta muy cercano

produce en la estrella una perturbación orbital mucho más fuerte que un planeta lejano, y, por lo mismo, es más fácil de encontrar.

Algunos de los sistemas planetarios encontrados hasta ahora incluyen: Beta Pictoris (que tiene a su alrededor un disco de polvo que tarde o temprano se condensará en planetas, varios cometas y posiblemente uno o más planetas), CM Draconis (un sistema binario, una de cuyas componentes tiene un planeta), 16 Cygni B (componente del sistema binario 16 Cygni, que posee un planeta de órbita casi circular), Epsilon Eridani (una estrella similar al Sol con un planeta dos veces más masivo que Júpiter), Gamma Cephei, Lalande 21185 (con dos planetas, uno dos veces más grande que Júpiter y el otro mucho menor) y Peg51 (con un gigantesco planeta de dos masas jovianas incomprensiblemente cerca de su sol, a solo 0,05 UA de él. Considérese que Mercurio está a 0,3 UA del Sol).

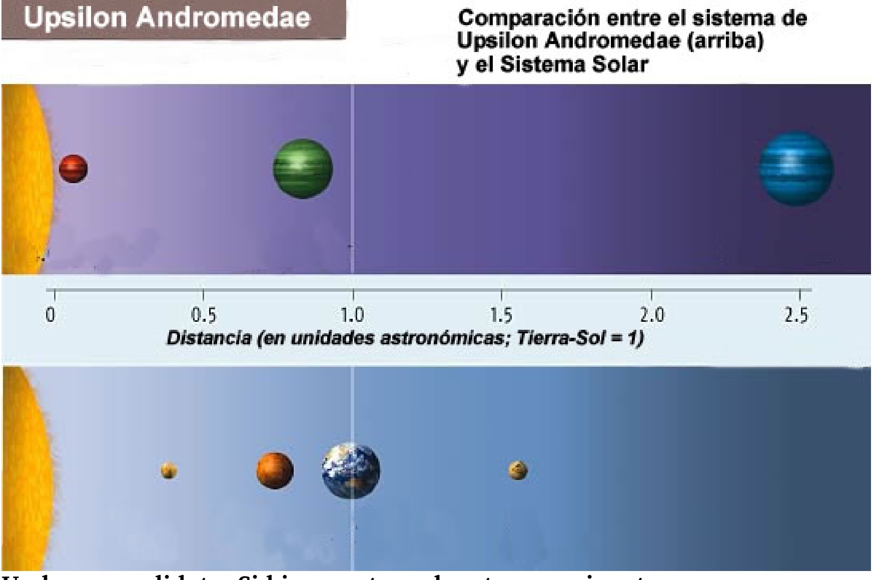
El rango de tamaños de los planetas conocidos hasta hoy varía enormemente: desde las 21 masas jovianas del gigantesco planeta que orbita a 103 UA de GQ Lup hasta el mínimo asteroide ya descripto, junto al púlsar PSR1257+12. Hemos encontrado exoplanetas tan lejanos como OGLE235-MOA53 b, ubicado a 5.200 años luz de la Tierra, como también algunos “vecinos cercanos”: Epsilon Eridani b a 3,2 años luz y HD 3651 b a menos de 11.

Hay sistemas planetarios sumamente exóticos, como los que orbitan púlsares, los que giran alrededor de una o ambas estrellas de un sistema binario e incluso aquellos que giran en medio de sistemas trinitarios. Alfa Centauri es uno de estos sorprendentes sistemas: posee un sistema binario (Alfa Centauri A y B, ambas bastante similares al Sol), mientras que una enana roja, Próxima Centauri, orbita a ambas a una distancia de 4,36 años luz. Los modelos actuales de formación planetaria indican que es muy probable que el sistema trino de Alfa Centauri posea planetas de tipo terrestre pero ninguno de tipo joviano, porque las brutales fuerzas de marea provocadas por los tres soles impedirían que un gigante gaseoso se llegase siquiera a formar.

Pero la pregunta fundamental queda aún en pie: ¿podrá alguno de estos planetas, o de los que descubriremos en el futuro, ser un candidato cierto a soportar la vida como la conocemos?

La cuestión es abtrusa, pero en términos generales, podría responderse de la siguiente manera.

Obviamente debemos descartar a los gigantes gaseosos (que, lamentablemente, parecen ser mayoría en el catálogo de planetas extrasolares). Es bastante difícil imaginar vida inteligente en planetas del tamaño de Júpiter o incluso 20 veces mayores, que para colmo no tienen ninguna superficie sólida excepto su posible núcleo de hidrógeno metálico… o de diamante. Las presiones monstruosas, las gigantescas tormentas permanentes y las inimaginables fuerzas de marea en un gigante sin aire ni agua hacen astronómicamente improbable cualquier tipo de fuerza organizativa o evolutiva como las que se necesitaron para llegar a la inteligencia en la Tierra.



Un buen candidato. Si bien sus tres planetas son gigantes gaseosos, el de la derecha se encuentra en la zona habitable y se ha detectado agua en él

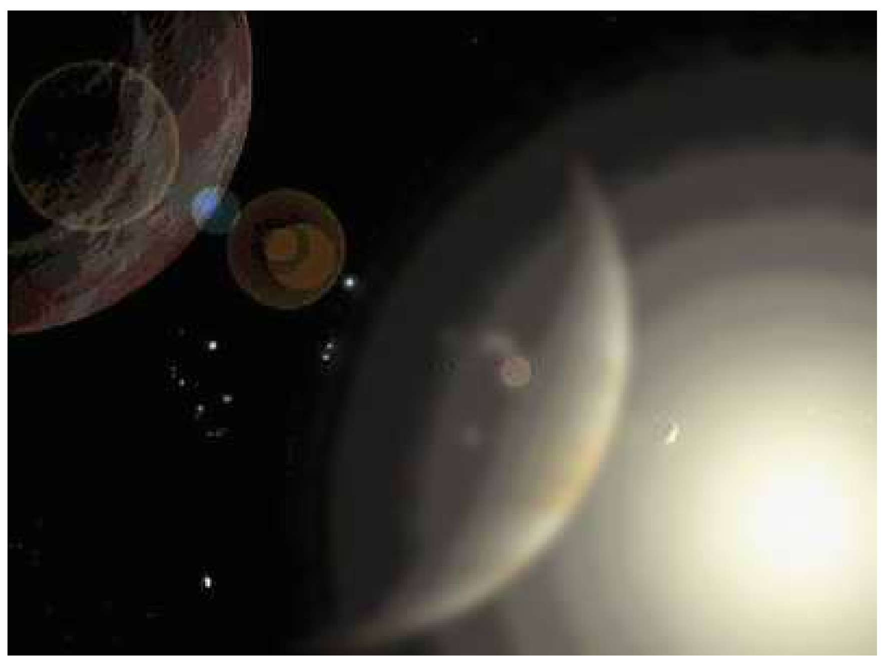
Por lo tanto, debemos circunscribirnos a los planetas rocosos, a los que llamamos "de tipo terrestre".

La siguiente consideración que debemos tomar en cuenta es la de la excentricidad de la órbita. Entendemos por ello una órbita más o menos "circular", no extremadamente elíptica (lo que llamaríamos una órbita cometaria". Un planeta potable según otros criterios perdería esa condición si tuviese una órbita tan excéntrica que lo congelara en la periferia de su sistema y lo calcinara al aproximarse

a su estrella. La estabilidad de la órbita del planeta viene dada por una formulación clásica de la mecánica celeste: el problema de los Tres Cuerpos.

Esta condición viene dada por el hecho de que, para soportar la vida, el tal planeta debe tener agua líquida durante todo su año, y ya se sabe que esta sustancia tiene exigencias de temperatura muy estrechas (concretamente de solo 100ºC). Esta estabilidad química del agua depende de varios otros factores aparte de la órbita: de la naturaleza del suelo, de las características de la atmósfera y del flujo de radiación que incide sobre el planeta, proveniente de su estrella.

¿Existen planetas que cumplan con todas estas condiciones restrictivas? Los científicos creen que sí. De los estudios realizados se deduce que ciertas estrellas con sistemas planetarios como 51 Pegasi (dejando a un lado su planeta gigante), Rho 1 Cancri, 47 Ursae Majoris, y 70 Virginis son fuertes candidatos a poseer planetas de este estilo.



Gigante gaseoso en órbita de 51 Pegasi. Si hay en la misma zona un planeta rocoso, probablemente será habitable

Rho 1 Cancri, ubicada en la constelación de Cáncer, es una estrella muy parecida al Sol (tipo G8) que en 1996 demostró tener al menos un planeta. Este está demasiado cerca de Rho Cancri para ser

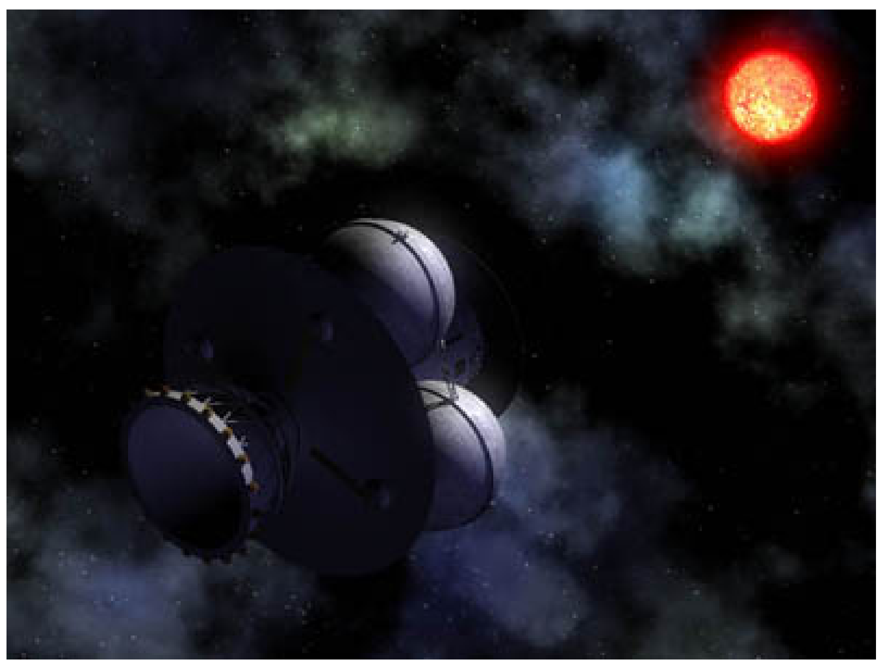
habitable, pero puede haber más algo más lejos.

47 Ursae Majoris, en la Osa Mayor, posee un planeta que tiene una temperatura superficial de 90ºC. Si hay agua en él, será agua muy caliente… pero líquida. En la Tierra existen organismos capaces de medrar en aguas similares.

La misma temperatura existe en el planeta que gira alrededor de 70 Virginis, el cual ha sido observado indirectamente 36 veces a partir de 1988. Como se ve, los candidatos no son pocos. Y vendrán muchos, muchísimos más.

La realidad es que, si pretendemos buscar vida inteligente al estilo terrestre, deberemos explorar cuidadosamente los planetas que cumplan con los criterios expresados.

Si bien la tarea no será fácil (porque, como hemos dicho, la inmensa mayoría de los descubiertos hasta hoy se apartan de nuestra gama de exigencias) el solo hecho de hallar **uno**, uno solo, demostrará, por extrapolación estadística, que existen miles y miles de mundos similares en el dilatado océano de nuestra Galaxia.



Un futuro probable: Daedalus arriba a la Estrella de Barnard

Es sólo cuestión de tiempo que encontremos una nueva “Tierra fuera de la Tierra”.

Sobrellevar el dia

Gerardo Horacio Porcayo

No fue una sorpresa, nunca lo es. Había sido pronosticado: la lluvia al amanecer, el viento otoñal hacia la tarde.

Éramos tres, pero bien pudimos haber sido cinco. Creo que en otra ocasión lo fuimos. Las progresiones numéricas siempre me han dado dolores de cabeza. La primera vez sólo dos, luego cinco, ahora tres.

Abandonados a la mojigatería de ese domingo, las vi probar el viejo divertimiento de romper cristalerías. Basted, la más pequeña, empezó a quejarse luego de ser arrojada por siete veces consecutivas, a manos de Bradamante, contra los anaqueles de aquella horrible tienda. Tenía la cara seccionada por nueve cortes transversales que manaban un vino violáceo, muy semejante a la sangre alemana. La cosa no podría quedarse allí. Basted recogió los trozos de ropa, el segmento de pezón que el último cristal le rebanó con saña, tal vez pensando en lo infeliz que lograría hacerme. Luego trató de sacar la lengua, pero también la había perdido. Bradamante no paraba de reír, su voz ronca retumbaba en la tienda ensordeciendo el aullido de la sirena contra robos. Tres cristales más estallaron ante esa risa digna de un banshee.

El guardia había salido de su letargo etílico y nos miraba sin lograr enfocarnos, mientras se balanceaba peligrosamente sobre sus zapatillas de tacón de aguja. La parte inferior del uniforme había sido sustituida por una falda ajustada que mostraba curvaturas inverosímiles. No sabría decir si se dirigió hacía mí por ser el que tenía más a la mano o por su evidente tendencia sexual. Su aliento despedía tan múltiple aroma que mis entrañas dudaron entre vomitar o excitarse. De algún rincón oscuro, apareció el segundo guardia. Este sólo conservaba la gorra de vigilante, lo demás había sido reemplazado por tiras de vinilo negro espolvoreadas con diamantina. En su mano derecha sostenía un látigo de juguete que seguramente había hurtado a uno de sus hijos. Con la izquierda aferraba un cinturón ajado y sujeto a éste, casi estrangulándose por su terquedad, se retorcía un perro sarnoso. Basted empezó a reír. El sonido era repugnante, casi irreconocible, de no ser porque la he escuchado reír en otras ocasiones en que ha perdido la lengua. Mi estómago tomó la decisión. Restos de cerveza y tacos de carnitas semidigeridos, mancharon el carmín de las zapatillas del primer

guardia, quien simplemente resolvió imitarme.

Bradamante aplaudió alegre. Basted se unió en ese momento a la fiesta, mojando mi choclo izquierdo. Nunca creí que el perro fuera el siguiente y no lo fue, sólo contribuyó al charco con un buen chorro de su sangre, cuando un nuevo cristal sucumbió a la alegría de Bradamante. Tiras de vinilo se agachó, lloroso, consolando con palabras tiernas al irremediablemente perdido can.

Zapatillas rojas barbotó algo. Sólo Basted pudo entenderle. Comprendí que ella estaba agradeciendo el encantador momento que les habían proporcionado. Yo no paraba de revisar la vieja y rayada esfera del reloj que mi abuelo me heredara tras el shock insulínico.

Abandonamos la tienda. Bradamante empezó a patalear de coraje, a esa hora y en esta ciudad de seguro no podríamos localizar otro centro de diversión para ellas. Basted se subió a un camión y nosotros con ella. Tres vagabundos estaban intercambiándose una botella de pulque en los asientos de atrás. Nunca las han detenido las formalidades, así que tuve que acompañarlas a unirse al Convivio. Pronto Bradamante ya había destruido todas las ventanillas del autobús. El conductor se detuvo cuando finalmente sus anteojos volaron hechos astillas. Nos pidió amablemente que abandonáramos su unidad. La casa de mi primo estaba sólo a dos cuadras de distancia y los seis empezamos a caminar rumbo a ella. Uno de los vagabundos, apodado el Roñas, se lamentaba por el perdido pulque. Bradamante había hecho estallar la botella poco antes que los lentes del chofer. No se puede decir que no la entendiera, la alegría de Bradamante suele contagiar a sus espectadores. Nunca a mí.

Mi primo todavía traía puesta la pijama. Seguramente había dormido también con la bata. Nos hizo pasar al salón. Las enredaderas habían crecido un poco, de hecho casi habían cubierto la enorme cúpula de cristal. Nos trajo un curado de nanche y siete popotes antes de aplicarle el suero antirrisa a Bradamante. Es una de las pocas cosas que no soporta de mi primo… Esperamos tres minutos a que la inyección hiciera efecto y luego comenzamos a beber. El Roñas estaba fascinado, no por el alcohol, ni por la casa, sino porque en un descuido, una de las plantas carnívoras —las favoritas de mi primo— le había arrancado un ojo. En otra ocasión Basted se hubiera soltado a reír, pero nunca ha podido olvidar como Gravil, su embrión más pequeño, perdió el pie izquierdo. En ese mismo momento se puso como histérica, no paraba de gritar exigiendo ver a sus embriones. Mi primo decidió inyectarle, furtivamente, el suero de la pasividad. No importaba que la

inoculación acrecentara sus instintos maternos si a cambio de ello se mantenía serena. El Roñas, mientras tanto, se había secado la garganta de tanto chillar, daba vueltas como desesperado alrededor de la piscina, tirando chorros de sangre a su interior… Definitivamente fue culpa suya, todo mundo sabe que un tiburón hambriento es capaz de atrapar a su presa fuera del agua. Los compañeros del Roñas, abandonaron la casa en ese instante, sin despedirse. Afortunadamente dejaron la botella… Bueno, supongo que tuvieron que forcejear un poco con la soñolienta Bradamante, pues del cuello de la botella todavía colgaba un brazo. Mi primo lo recibió con placer, a su Furia todavía le hacen falta tres pares de extremidades para alcanzar la perfección estética. A mis oídos llegaron los gorgoteos cariñosos que Basted dirigía a sus embriones. Miré con intensidad a mi primo. El lo entendió de inmediato y fue por las escafandras. Instruimos a Bradamante —el suero antirrisa siempre le da un poco de olvido— sobre como debería manipular el compresor y nos zambullimos en el agua. Caminamos un poco. Siempre me gusta admirar las innovaciones que hace mi primo. Descubrí los restos de dos nutrias y tres anémonas. Más adelante me topé con un enjambre de cangrejos ermitaños que asediaban a un pulpo pequeño. Los arrecifes de coral estaban un poco descuidados así es que le ayudé a arreglarlos pateando algunos de ellos. Sirena y tiburón devoraban alegremente el tronco del Roñas, sus cachorros se entretenían con piernas y brazos, la cabeza como siempre, la habían dejado a un lado. Son unos escépticos de primera, les espanta comer cabezas por aquello de acrecentar su inteligencia. Se dieron un respiro para agradecernos la visita y despedirse de nosotros. Cuando salimos encontramos a Bradamante roncando suavemente sobre el compresor —el suero antirrisa también le da sueño y le aligera la voz y los ronquidos—, no nos preocupamos por el oxigeno faltante, ya otras veces ha olvidado darle vueltas a la manivela.

Basted había sacado a tres de sus embriones del frasco y dejaba que se arrastraran por el suelo; estaba acunando uno de los recipientes. El embrión que yacía dentro carecía de la mitad de su cuerpo. No nos costó trabajo convencerla de que lo dejara reposar, ni de que nos acompañara al laboratorio. Mi primo extirpó la lengua a la cabeza del Roñas y luego se la injertó a Basted. Aprovechando que ya estábamos en el laboratorio, mi primo agregó el recientemente adquirido brazo a su Furia, quien gustosa, salió de inmediato con rumbo al coliseo, esperando encontrar retadores en el ring. Basted, mientras tanto, había agotado los efectos del suero y gritaba indignada porque no encontraba la mitad inferior que le hacía falta a su embrión. Mi primo se puso a explicarle como es que

había desaparecido: el embrión se había escapado de la botella y había caído en boca de una de las plantas carnívoras. La mitad superior era lo único que había logrado rescatar. Basted, sin embargo, no creyó suficiente la explicación y siguió diciendo que se los iba a llevar a la casa, que mi primo no sabía cuidar a sus pequeños. Fui por otra botella de curado y logré convencerla de que nos quedáramos otro rato. Mientras bebíamos noté algunos cambios en el laboratorio: noté, por ejemplo, que la jaula del vampiro estaba vacía. Mi primo me explicó que se había aficionado irremediablemente a espantar a las sirvientas y que había decidido echarlo de la casa porque no podía soportar el gasto y la molestia de buscar una nueva. Noté también que a su ogro le había dado gota crónica y permanencia tirado en un sillón mirando el canal de horror de la antena parabólica. En ese momento el suelo empezó a cimbrarse y supimos de inmediato que Bradamante había despertado. Mi primo me miró con horror, antes de explicarme que no había destilado más suero antirrisa. La sugerencia era obvia así es que le pedí a Basted que decidiera lo que iba a hacer porque nos marchábamos. Mi primo me acompañó a la sala. Para nuestra fortuna Bradamante estaba enojada y los implementos de cristal de mi primo se hallaban a salvo. Nos sentamos a platicar del nuevo proyecto que tenía entre manos, mientras esperábamos a que Basted resolviera sus largas indecisiones. Mi primo había oído hablar sobre los extraños magatoides que habitan en los agujeros de la capa de ozono y estaba presentando un proyecto al gobierno para que lo dejaran hacer una incursión en busca de ellos. Estaban dudosos todavía. No decidían exactamente cuál era el protocolo a seguir, algunos funcionarios opinaban que era una especie en extinción, otros que era una especie para la extinción, otros, la minoría, aseguraban que apenas empezaba su desarrollo. De cualquier forma mi primo sólo pensaba capturar algunos para experimentar con ellos, porque las especies tradicionales poco a poco lo han ido fastidiando, se han transformado en una rutina insulsa. En este mundo cada vez hay menos cosas con las que experimentar.



Ilustración: Guillermo Vidal

Basted apareció en ese momento haciendo malabares con los diez frascos de sus embriones. Mi primo y yo torcimos la boca, mañana cambiaría de opinión y me haría acompañarla a traerlos de regreso, la única ventaja sería que me proporcionaría un pretexto para visitar a mi primo. Bradamante se incorporó presurosa y todos nos dirigimos hacía la puerta. Escuchamos un trote irregular tras de nosotros y nos volvimos a ver que sucedía. Era el Minotauro, traía su mandil manchado y en los brazos mi vieja gabardina. Me pidió disculpas por no habérmela regresado la ocasión anterior, pero había estado ocupado descosiéndole los botones de las mangas. No le dije nada y me puse la trinchera. La despedida fue corta: nos estábamos repartiendo los frascos de los embriones, cuando mi primo nos dijo adiós y cerró la puerta.

Caminamos un buen tramo sin intercambiar palabra alguna. Al final Basted se había quedado sólo con el frasco que contenía a la mitad del embrión. Lo arrullaba amorosamente, haciéndole cariñitos sobre el cristal. Bradamante se molestó aún más al observar esa muestra de afecto. Gruñó algo, levemente; era otra de las cosas que le molestaba, por un buen rato, al menos por esa noche, no podría reír, ni dar rienda suelta a su voz. Basted comentó entusiasmada que después de todo le había gustado como se veía el embrión. Lo miré más por atención a ella que por curiosidad. Nunca puedo diferenciarlos. Le pregunte quien era y me miró soñadora, sin responder. Bradamante dio otro gruñido pidiendo que paráramos un taxi. Así lo hicimos. El chófer resultó ser un amable minusválido, cuyo defecto de nacimiento le impedía acelerar a más de cuarenta por hora. Durante todo el camino no paró de hablar del “bonito retrato familiar”. Nos dejó frente a nuestra casa. Me cerré la gabardina y bostecé, cansado de antemano por la perspectiva de ingresar al hogar. Basted se me emparejó, la sonrisa soñadora seguía en su boca. Me preguntó si recordaba el nombre del medio embrión. Tuve que decirle la verdad. Me dijo que se llamaba como yo. Le eché una mirada al frasco y sonreí. Bradamante nos alcanzó en ese momento, se le veía más serena.

Me levanté el cuello del abrigo. De pronto no me importó subir las escaleras.

Gerardo Horacio Porcayo nació en Cuernavaca, Morelos, México, el 10 de mayo de 1966. Es uno de los más notorios y originales escritores de su país y al mismo tiempo un tipo de una increíble modestia y sencillez. En Axxón se han publicado catorce de sus relatos: “Los motivos de Medusa” (25), “El territorio de las sombras” (31), “Sobre la pata del centauro” (37), “Nada nuevo que contar” (47), “Una misión más” (55), “Imágenes rotas, sueños de herrumbre” (58), “El caos ambiguo del lugar” (83), “Paz y rutina”

(83), “Vástago de furia y tiempo” (83 —con Carlos Limón), “Aquí y en el más allá” (148), “Otra tragedia griega” (153), “Si tan solo” (157), “Colinas del viejo ser” (161).

Mobilis in Mobili

Alfredo Álamo

Era un gigante roto, caído e indefenso, que a duras penas lograba mantener cierta dignidad allí, embarrancado en la playa, llena de una arena negra, sucia, de olor a petróleo y a sangre, donde cientos de hombres, mujeres y niños, armados con martillos o palancas, trepaban como hormigas por sus entrañas descubiertas, atravesando cubiertas, desmontando escotillas, desencajando tuberías enrojecidas por el óxido; en los tanques, grandes como edificios enteros, trataban de extraer el petróleo que todavía quedaba, la mayor parte de él inútil para cualquier uso, mezclado con agua salada. Rellenaban barriles viejos que empujaban con esfuerzo, formando un camino serpenteante que se enroscaba y torcía al pasar junto a los restos de otros gigantes de los que, a duras penas, se distinguía nada más que el esqueleto de acero, demasiado fuerte todavía para desparecer bajo aquella marabunta humana, compuesta de pobres, desposeídos y descastados, gente olvidada allí en la larga playa donde, frente a su costa, esperaban los viejos petroleros turno para dejarse morir.

Todo allí se convertía, tarde o temprano, en petróleo. No importaba lo que fuera, si arena, guijarros o personas, con el tiempo compartían el mismo color negruzco, el tacto viscoso y el olor penetrante de los gases, vahos que enrojecían ojos, nariz y boca, que entraban bien dentro en los pulmones para pudrirlos, mezclando sangre, sal y aceite en cada tos, en cada arcada, en cada trozo de piel expuesto.

Cada amanecer comenzaba la jornada, los madrugadores buscaban lugares altos, cerca de cubierta, donde el aire parecía menos viciado, y allí comenzaban a destornillar, arrancar, cortar cada pedazo útil de acero, hierro o cerámica. Los trozos pasaban de mano en mano, de cubierta a cubierta, hasta las bodegas, los tanques y de allí a la playa, donde los más débiles, o menos habilidosos, formaban una cadena por la que pasaban desde remaches a tuberías, de barriles a válvulas, contadores o alambres. Eran más de veinte mil los que acudían cada mañana a los gigantes, sin descanso, sin pausa, los cubrían para darles el aspecto de montañas careadas, exponiendo sus secretos a la vista; lámina a lámina, tornillo a tornillo, les arrancaban el alma.

Aquella playa era un lugar de muerte, tanto de barcos como de personas, las palabras sonaban huecas y llenas de ecos extraños,

allí en las bodegas. Cuando alguien moría, de caída, golpe o agotamiento, su cuerpo pasaba también de mano en mano, como una pieza más de aquel desguace, alejándose de los barcos de manera lenta, atravesando la playa, hasta desaparecer.

El barco extraño rompió la rutina.

Apareció un amanecer, anclado entre dos grandes bancales de arena, antes de que el último petrolero hubiera sido desmontado. No era un barco normal, no ya un carguero u otro navío que hubiera embarrancado allí alguna vez. Tenía unos setenta metros de largo y forma cilíndrica, como un puro alargado y gigante. Se levantaba unos cinco metros sobre la arena, aunque en algunos momentos parecía alzarse seis, o incluso siete.

Los primeros en llegar al barco observaron el casco, lleno de mejillones, costras y algas de todo tipo, que, pese a todo, no podían ocultar arabescos y relieves que cubrían de proa a popa toda la superficie. En la parte de estribor quedaba un enorme ojo de buey, casi con un diámetro de dos metros, que había sido cegado con placas de metal, torpemente soldadas y con remaches torcidos. El resto del casco daba la misma sensación, arreglado cien veces, parcheado, soldado hasta tal punto que parecía incluso reforjado. El mar golpeaba ola a ola las hélices, tan altas como el mismo barco, que debían haberlo impulsado hasta allí. Las palas también parecían dañadas, rotas, melladas, llenas de algas y suciedad.

Era viejo, muy viejo, más que los petroleros, más que los remolcadores que los arrastraban; proyectaba la misma sensación que algunos templos, una cierta soledad, para muchos, una inmensa tristeza. Ellos lo entendían, leían en cada uno de sus surcos, en las marcas del soplete que había arrugando y retorcido el metal; ese barco era historia, leyenda. Y, en su último esfuerzo, había buscado un lugar donde abandonarse, un lugar donde morir. Una última vuelta a casa.

Un hombre se encaramó hasta arriba, donde quedaban los restos de una barandilla que en su día marcaba el camino hasta dos escotillas, una en la popa y otra en la proa. La superficie estaba también marcada con anclajes rotos y recuerdos de sogas o cadenas. Un bote de madera, roto y podrido, descansaba entre dos barras de acero.

Pronto subieron más.

La escotilla de proa se abrió con un crujido lastimoso, la herrumbre se diluyó entre agua salada, formando riachuelos color sangre que corretearon por cubierta. El aire escapó de las profundidades metálicas con un olor agrio y profundo; todos allí

conocían ese olor, característico de mezclar cadáveres, agua y metal. Por un momento, los hombres dudaron. Luego, como si de uno sólo se tratara, entraron a través de la escotilla, formando un río, una corriente.



Ilustración: Luis di Donna

Había luz. Poca, sucia y gris, caía de pequeñas cajas atornilladas al techo cada pocos metros, mostrando una galería metálica que daba a nuevas escotillas, abiertas o arrancadas. Hacía calor, un calor que les llegaba en oleadas, pulsos, latidos de corazón.

Entraron deprisa, pero al llegar al atravesar la siguiente escotilla, el tiempo se detuvo. Entraron lentamente en una gran habitación, llena de muebles rotos, tapices que colgaban inertes en las paredes, candelabros sin velas y decenas de objetos amontonados, revueltos sin orden alguno. En el techo todavía funcionaba una lámpara hecha de cristales, de los que pocos quedaban enteros. Al fondo de la sala presidía un mueble enorme, del que salían diez tubos metálicos, todavía enteros, que enlazaban con una serie de resortes y teclas blancas y negras, manchadas con una costra rojiza y sanguinolenta que nadie se atrevió a tocar.

Algunos se quedaron en aquella sala y otros continuaron, descubriendo sala tras sala en aquel extraño navío. Vieron estanterías repletas de volúmenes, la mayor parte de ellos hinchados por la humedad y cubiertos por hongos, algunos tirados por el suelo y con sus páginas arrancadas, esparcidas o rotas. Encontraron salas con literas vacías, una cocina llena de herrumbre que olía a podrido; en todas ellas, más señales de reparaciones artesanas, a cada una más deteriorada y oscura.

Pronto el calor se hizo casi insoportable, pero eso no les detuvo. Había algo en aquellas salas, en aquel barco, que sentían familiar. Los adornos, las formas, eran suyas y de nadie, formaban parte de un pasado que muchos habían olvidado pero que les hacía palpitar el corazón y forzaba a seguir avanzando.

La última escotilla estaba cerrada. Junto a ella, sentado, el cadáver de un hombre, descompuesto, parecía darles la bienvenida

a la habitación de los secretos. Hicieron falta tres hombres para forzar la entrada, ayudados de palancas y cadenas. Retiraron el cadáver con reverencia.

Bajaron una pequeña escalera hasta la sala de máquinas. Reconocieron levas y engranajes, junto a otras piezas desconocidas que daban forma a un motor descomunal. Fueron hacia abajo, siguiendo cables y tuberías gruesas. La temperatura subió más, dejando a muchos sin aliento, pero continuaron, hipnotizados por un suave resplandor que se filtraba a través del agua que cubría el fondo del casco.

La luz se hizo más fuerte, el agua estancada llegaba hasta las rodillas de los hombres cuando alcanzaron el final del barco. Tres enormes contenedores llenos de válvulas, oxidados y llenos de sal, recibían todas las conexiones del motor. El agua brilló con fuerza en un tono blanco y azulado, cristalino.

El aire quemaba; empezaron a formarse ondas en el agua, el metal de los contenedores se volvió rojo incandescente, luego amarillo, finalmente blanco. El agua hirvió.

Los hombres hacía rato que habían muerto.

El barco dejó de luchar y su alma, en forma de explosión incalculable, escapó llevándose con ella al resto de petroleros, a la playa y la gente, a los remolcadores y un buen trozo del mismo mar.

Dejó un enorme hueco que el agua no tardó en ocupar, ocultando cualquier vestigio, cualquier resto de aquel cementerio, aquel lugar lejano donde llevaban los petroleros a desaparecer y a la gente a convertirse en nadie.

A esta altura de los hechos, decir que Alfredo Álamo nació en Valencia, España, en 1975, es bastante superfluo. Por eso pasaremos a reseñar las veces que fue publicado en Axxón, que no son ni más ni menos que once. “De nuevo el principio” (133), “In vino veritas” (135), “Dios del ácido” (135), “Átomo Jack y el mercader de sueños” (139), “Deseos” (143), “Vivir del cuento” (148), “Cassandra y el arquitecto” (152), “El libro de cocina de los muertos” (156), “No morí” (157), “María y los mendigos” (158).

Los festejos del fin del mundo

Pablo Dobrinin

Escucho un gemido ahogado. Una mujer de Bergel, con los codos y las rodillas apoyadas en el suelo, es penetrada por un fauno que la sostiene de la cintura. La espalda se dobla con movimientos compulsivos, cada vez más violentos, hasta que en el clímax del placer se escucha el sonido de algo que se quiebra. La piel se rasga dejando asomar parte de la columna vertebral, y entre la sangre que sale a borbotones y los huesos rotos, surge una Mariposa de Agua. El fauno estira sus zarpas, pero el insecto gira a su alrededor y se eleva fuera de su alcance. Lejos de resignarse, la criatura se enfurece, abandona los despojos de la mujer y corre tras la presa.

La Mariposa se burla abriendo y cerrando sus alas. El hombrecito con patas de cabra se desespera intentando acercar su boca a esa otra boca escurridiza y azucarada. Sabe que el calor evaporará ese manjar y que si no lo bebe rápido, ya nunca más podrá hacerlo. Mientras tanto, los Relojes de Fuego siguen avanzando. Implacables.

La ciudad es una fiesta. La gente sale a las calles para presenciar el Fin del Mundo. Hoy no existen jerarquías ni orden de ningún tipo. La libertad es incondicional. Todo lo que siempre quisimos hacer, hoy lo hacemos. Hoy torturamos a nuestro jefe, lentamente, saboreando cada momento, y después lo matamos; o le hacemos el amor a nuestra jefa, lentamente, saboreando cada momento, y después la matamos. Hoy conducimos los coches que siempre quisimos conducir, comemos la comida que siempre quisimos comer, jugamos los juegos que siempre quisimos jugar, gritamos las cosas que siempre quisimos gritar… y nadie nos detiene. Hoy somos las personas que siempre quisimos ser, decimos las cosas que siempre quisimos decir, hacemos las cosas que siempre quisimos hacer… y nadie nos detiene. Porque hoy es el Fin del Mundo, y no habrá otro igual.

Todos los individuos abandonan sus puestos de trabajo. No, no todos.

José no puede evitar que sus empleados renuncien, pero decide permanecer al frente de la Cervecería. Sabe que hoy es el Fin del Mundo, que la gente sale a las calles y que tiene mucha sed y que gasta su dinero en cervezas. José está contento, espera una venta extraordinaria.

El Domador de Tigres Alados decide reírse de José, le dice que hacia el final del día ya va a llevar vendidos varios millones de pesos, y que de acuerdo con sus cálculos, juntando la venta de tres Fines del Mundo podrá comprarse un local mucho más grande y recaudar aún más dinero. Ahora José está feliz.

La Cervecería es el sitio perfecto. Es lo suficientemente grande como para albergar una multitud; además, no tiene techo, y eso nos permite observar el cielo en espera del gran acontecimiento.

El fauno persigue a la Mariposa de Agua entre la mesas. Se da cuenta que el insecto juega con él, porque gira en torno suyo como una mosca molesta y se aleja tan pronto como está por alcanzarlo. Esto pone furioso al fauno, que de tanto en tanto detiene la persecución, se tira al piso y se pone a patalear como un niño caprichoso, mientras los clientes de José toman cerveza y se ríen a carcajadas.

Se escucha un rumor proveniente del cielo, son los Relojes de Fuego que se acercan.

Un cíclope gigante se dirige al mostrador y regresa con un inmenso barril de cerveza. Abre la canilla pero no sale ni una gota, entonces lo deja en el piso, le quita la tapa y se inclina para observar. Pero ante su sorpresa y la de los que estamos aquí reunidos, un enano sale con dificultad del recipiente, lanza un eructo monstruoso, da unos pasos zigzagueantes y cae de bruces partiéndose la nariz. Mezclado con las risas de los presentes alcanzo a escuchar unas notas musicales. Giro la cabeza y descubro a los Tres Músicos que están ensayando la Melodía del Fin del Mundo para cuando lleguen los Relojes de Fuego. Sus instrumentos son unas masas amorfas de color azul, llenas de agujeritos que ellos pinchan con largos estiletes. Según en qué agujero introducen el estilete, es el sonido que se logra. La música se parece a los chillidos que las Mujeres Porcinos emiten en primavera.

A trescientos metros sobre el mar levitan colosales Relojes de Fuego, alimentados por enanos que recorren sus interminables galerías. Cuando los Relojes lleguen a la ciudad y se enciendan, el mundo se terminará.

Sigue llegando gente a la Cervecería. Veo a un hombre flaco, desnudo, cargando una oveja debajo del brazo.

—¡Oiga! —le grito—. Usted, el de la oveja debajo del brazo.

—¿A mí?

—Sí, dígame, ¿no lo he visto antes en Woodstock?

—¿Cómo me reconoció?

—No lo sé, quizás tenga buena memoria. ¿Le importaría sentarse a beber conmigo?

—Claro —dice con entusiasmo, y se sienta frente a mí, con la oveja en el regazo. Tengo varias botellas de cerveza en mi mesa, porque nunca se sabe quién puede aparecer.

—No me gusta beber solo. Mi mujer se disgustó conmigo y no quiso venir. No es bueno que el hombre esté solo.

—Oh, sin duda, yo pienso exactamente igual.

Las criaturas que alimentan los Relojes de Fuego son tan pequeñas que no necesitan agacharse para recorrer las galerías, tienen apenas unos sesenta centímetros de altura. Debido al intenso calor sólo visten un taparrabos que les llega hasta la rodilla, que más que ocultar su virilidad, da cuenta de su proverbial fanfarronería. Un sudor grasiento acentúa su compacta musculatura. Van de un lado a otro cargando leños y recipientes de un combustible que es el resultado de la cooperación, a nivel tecnológico, de las más extrañas civilizaciones que habitan el multiverso.

Alguien le dice a José que es un idiota por trabajar sabiendo que hoy es el Fin del Mundo. El le responde que es más listo que de lo que creen: está cobrando por adelantado. Después anuncia que se le ha terminado la cerveza, lo que es recibido por los clientes con una

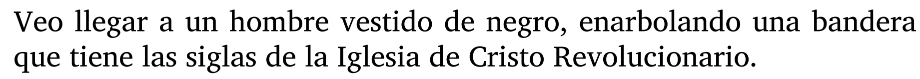
exclamación de disgusto.

El fauno corre tras la Mariposa de Agua que revolotea sobre las mesas. En el frustrado intento por darle caza, tira y rompe todo lo que encuentra a su paso: botellas, platos de comida, vasos, cubiertos, sillas. Pasa encima de las parejas que hacen el amor en el suelo, pisotea algunos cadáveres y sigue corriendo. Sin poder evitarlo tropieza con el Domador de Tigres Alados, que está recostado en la barra bebiendo cerveza. El Domador ve su deliciosa bebida del Fin del Mundo caer lenta, irremediablemente, como una cascada de oro líquido. Mientras la cerveza cae se pregunta quién será el responsable, cómo es posible que exista un cretino semejante en el universo, repasa mentalmente todo lo que ha hecho en su vida y llega a la conclusión de que no ha sido tan malo como para merecer ese castigo, y sin apartar la vista del preciado néctar una ira incontenible comienza a crecer dentro de su pecho. El fauno mira la cerveza que está cayendo, después descubre el rostro del Domador de Tigres Alados y comprende el grave error que acaba de cometer. Todos los clientes de la cervecería miran la cerveza que cae, miran el rostro desfigurado del Domador de Tigres y abren la boca y los ojos y esperan lo peor. El fauno sabe que ninguna disculpa lo podrá salvar, y con los brazos colgando y una mueca de sufrimiento observa la cerveza que cae, lenta, irremediablemente. El Domador de Tigres Alados espera a que la cerveza llegue al piso, y cuando esto finalmente ocurre, su cólera se desata, busca con la mirada a uno de sus Tigres Alados, abre la boca desmesuradamente y grita:

—¡Luzbel, atrapa a ese maldito fauno!

Luzbel vuela persiguiendo al fauno, que a su vez persigue a la Mariposa de Agua porque recuerda que de todas formas va a morir. Los clientes continúan ahora con sus quehaceres habituales. Los Tres Músicos arremeten nuevamente con su condenada melodía del Fin del Mundo.

Un viento suave empuja las nubes y la luna llena se descubre en todo su esplendor. Es un disco blanco y perfecto, hasta que la increíble mole de un Reloj de Fuego comienza a recortarse contra su superficie.


Veo llegar a un hombre vestido de negro, enarbolando una bandera que tiene las siglas de la Iglesia de Cristo Revolucionario.

—¡Oiga! —le grito—. Usted, el de la bandera.

—¿A mí?

—Sí, dígame, ¿Usted no es el pastor de la Iglesia de Cristo Revolucionario?

—¿Cómo me reconoció?

—No lo sé, debe ser por el peinado. ¿Le importaría sentarse a beber conmigo?

—Claro —dice con entusiasmo, y se sienta frente a mí, junto al hombre desnudo que tiene una oveja en el regazo.

—No me gusta beber solo. Mi mujer se disgustó conmigo y no quiso venir. No es bueno que el hombre esté solo.

—Oh, sin duda, yo pienso exactamente igual.

El fauno tropieza con un cadáver y cae al piso, el Tigre Alado que viene atrás no acierta a detenerse y atrapa la Mariposa de Agua que se disuelve en su enorme boca. El fauno llora desconsoladamente mientras Luzbel se aleja caminando, con un ronroneo feliz.

El fauno me da pena, debe estar sediento después de tanto correr. Lo invito a compartir la mesa.

—Gracias —dice sollozando, y se sienta entre el pastor de la Iglesia de Cristo Revolucionario y el hombre delgado que tiene una oveja en el regazo.

—No me gusta beber solo —le explico—. Mi mujer se disgustó conmigo y no quiso venir. No es bueno que el hombre esté solo.

—Oh, sin duda, tampoco es bueno para los faunos. Lo que me ha pasado es terrible. ¡Soy un desgraciado!

—Al menos está vivo —afirmo.

El fauno mira de reojo al Domador de Tigres Alados, que ha juntado restos de cerveza de vasos ajenos y bebe tranquilo.

El pastor lo increpa:

—Hijo mío, ¿por qué no dejas de lamentarte y aprovechas para darme tu confesión?

—¿Confesarme! ¡Soy un fauno, no necesito una confesión! Lo único que quiero es una Mariposa de Agua…

—La verdad —advierte el hombre que estuvo en Woodstock — es que no veo ninguna mujer de Bergel en la Cervecería como para… ¡Hey! ¡Deja de mirar de esa forma a mi oveja!

—Un momento, un momento —intervengo tratando de apaciguar los ánimos—, tengamos nuestro Fin del Mundo en paz.

—Quizás exista una solución, después de todo —señala el pastor.

—¿A que se refiere? —pregunta el fauno con ansiedad.

—Bien, no debería decir esto, porque soy un pastor y…

—¡Ya, ya, dígalo de una vez!

—Está bien, se lo diré… pero sólo si me permite observar.

—Es un hecho. Tiene mi palabra, soy un fauno de palabra.

—Hay una mujer de Bergel en la Cervecería.

—¿Dónde!

—No se apresure, déjeme explicarle. Hay un pequeño inconveniente.

—¿Inconveniente, qué quiere decir con un inconveniente?

—Esa mujer ha hecho el amor cientos de veces, con cientos de hombres, y hasta ahora ninguno ha sido capaz de arrancarle una Mariposa de Agua de la espalda.

—¡Ja! —dice el fauno— ¡porque no me conoció a mí!

—Lo único que faltaba —se lamenta el dueño de la oveja— tener que soportar a este engendro de la naturaleza haciendo alarde de sus atributos.

—Diga donde está, todos queremos saber —le indico al pastor.

—Bien —señala una figura apoyada en la barra— es aquella.

—Pero, parece un monje —dice el fauno.

—No, está disfrazada para que nadie la moleste. Quítele la capucha y verá…

El fauno se levanta de la mesa y va por ella. El hombre de Woodstock acaricia la oveja con ternura.

El calor dentro de los Relojes de Fuego es prácticamente insoportable, pero los enanos lo resisten estoicamente, porque saben que ya queda poco. Pronto los Relojes iluminarán la noche. La voz

del fuego dirá las últimas palabras y pasaremos a mejor vida.

El fauno ha logrado convencer a la mujer, que ahora avanza hacia el centro del local. Camina lentamente, con el silencio de los gatos y las lunas. Se quita la capucha y su cabello cae con la cadencia de una guitarra en la noche. La ropa se desliza por las curvas y llega al piso.



Ilustración: Guillermo Vidal

El fauno se acerca. Ella le dobla en altura.

El cíclope está sentado sobre un barril y la observa con su ojo bien abierto, que parece congelado. José deja de contar su dinero y la mira. El pastor, el hombre de Woodstock, el Domador de Tigres Alados… todos miramos sin poder creerlo. Sopla una brisa que nos trae su cálido perfume de sueños.

El hombrecito con patas de cabra recorre con sus manitas velludas las interminables piernas y se detiene en las tibias colinas. Ella lo toma del cabello y lo atrae hacia su vientre.

La mujer de Bergel se estremece mientras el brillo de la luna baila en su cuerpo. Al cabo de un rato, apoya los codos y las rodillas en el suelo y espera la llegada del fauno.

Uno de los Tres Músicos introduce suavemente un estilete en su instrumento. Después se van sumando los otros, y una melodía tibia y húmeda impregna el aire de la noche.

No podemos apartar la vista del espectáculo. Es como si cada uno de nosotros tuviese algo de ese fauno, que busca su Mariposa de Agua para saborear la eternidad del último instante. Todos hemos bebido, devorado, fornicado, matado, en esta noche del Fin del Mundo, y sin embargo…

Los Relojes van a llegar en cualquier momento. Puedo sentir en el

aire el combustible que queman los motores.

Los músicos pinchan cada vez con más violencia sus instrumentos. La mujer abre la boca y sus dientes brillan con un fuego lunar. Los estiletes perforan una y otra vez, más rápido, más fuerte, más adentro.

Los Relojes ya están aquí.

La piel de la espalda se estira, formando un bulto.

Se enciende el primero de los Relojes.

La columna vertebral se parte con un crujido desagradable, puedo ver los huesos y la sangre. El fauno abre la boca esperando atrapar su presa. Pero en lugar de una Mariposa de Agua surge un ser monstruoso con un caparazón rojo y unas pinzas enormes. El hombrecito grita, pero ya es demasiado tarde. La horrible criatura salta sobre él y en cuestión de segundos le devora la mitad de la cabeza, para luego perderse entre las sombras.

Los músicos terminan bruscamente de tocar y dejan caer sus instrumentos, que se alejan arrastrándose, mientras un líquido azul les brota de las heridas.

El silencio es total.

Apartamos la vista de los muertos y miramos hacia arriba.

Se enciende el segundo de los tres Relojes.

Siento un vacío en el estómago.

La puerta de la Cervecería se abre. Es mi esposa. La miro a los ojos y sé que me ha perdonado. Le doy a beber un trago en mi copa y la tomo de la mano. Se enciende el último Reloj. En cada uno de ellos el fuego se alza como una lengua o una espada primordial. Aprieto la mano de mi esposa y de una forma que no alcanzo a explicar, comprendo que todos los misterios están a punto de ser develados. Entonces los tres brazos del fuego se unen en una espiral de luz que nos arrastra lejos, muy alto y muy lejos, hacia las estrellas.

Profesional de Enseñanza Periodística y cursó tres años de Literatura en el Instituto de Profesores Artigas. Ha publicado en Diaspar, Cuásar y la Asimov española, entre otras revistas. Junto a Enrique Abelenda compiló una antología de ciencia ficción uruguaya que permanece inédita. En Axxón N° 160 apareció su artículo titulado "El carácter político de la ciencia ficción uruguaya".

Cuerpos orbitales

Claudio Amodeo

—No te digo que no hagas vida normal, sólo que tenés que cuidarte más que de costumbre.

Su rostro demacrado conmovía cada fibra de mi deteriorado corazón. Esos grandes ojos acuosos y el cabello largo y revuelto le conferían una expresión de profunda angustia. A pesar de la cercanía emocional que poseíamos, Beatriz continuaba siendo mi médico y era su deber ser sincera conmigo. El último paro cardíaco había sido devastador y todos temíamos un nuevo episodio en réplica. Aquel terremoto me había dado una buena sacudida y no podría soportar otro igual.

—El problema no esta aquí —le respondí con la diestra sobre mi pecho—, sino allí —señalé con el índice más allá del cielorraso del hospital.

—Dejate de tonterías. No tenés que preocuparte más que por tu salud… —tomó mi mano entre las suyas como suplicando—. Daniel, vos sabés lo mucho que te quiero, pero lamentablemente la vida no quiso que yo pudiera estar cerca de vos para cuidarte… quiero decir que tu vida pende de un hilo y si los que te rodean no…

—Sé lo que quisiste decir, Bea, no te esfuerces más. Dejá las cosas como están. En tu casa también te necesitan.

Una lágrima rodó por su mejilla y estalló sobre el escritorio. Sentí el impulso de abrazarla pero me contuve.

—No te preocupes, me cuidaré —agregué a modo de despedida alejándome—. Te llamaré el lunes temprano y tal vez podamos desayunar juntos… ¿si?

Me respondió con un gesto de su cabeza y me despidió con la mirada. Aún fuera del hospital sentía que podía escuchar sus pensamientos. El corazón se me había agitado un poco pero aquello no me era fácil de controlar.

Cuando salí a la calle ya era de noche y las estrellas brillaban en lo alto. La oscuridad se me antojó siniestra y eso me confundió. Siempre me había deleitado contemplar el cielo nocturno pero aquellos no eran buenos tiempos y todo parecía estar en contravención con su naturaleza. Decidí que lo mismo daba ir a casa que a cualquier lugar así que conduje mi automóvil hacia el

observatorio del Parque Centenario. Allí me conocían mejor incluso que mi propia familia y, cuando llegué, Sabrina, la secretaria, y el guía de turno no tardaron en acercarse y saludarme cálidamente y preguntarme cómo me sentía. Era curioso notar que ellos se preocupaban por mí más que mi fastidiosa esposa y su ascendencia familiar.

Dentro de la sala de observación hallé a mi amigo César, sentado frente al Schmidt-Cassegrain, enfrascado en la investigación de lo que ya era de dominio público: el colapso del cinturón de asteroides de nuestro sistema solar.

—Nos van a dar un día de estos —me gruñó a modo de saludo sin levantar la vista de sus cálculos.

—Entonces prefiero no estar sobrio cuando pase.

Me acerqué y, como si despertara de un sueño afiebrado, me miró con detenimiento y me abrazó afectivamente volcando sus ciento veinte kilogramos sobre mi vapuleada humanidad.

—Che, que no podés descuidarte con la bebida. Ahora te pido un tecito de hierbas…

—Dejate de joder y traete una cerveza del freezer que yo sigo tan fuerte como antes.

Dudó un poco pero al final accedió alzando el índice como indicándome que tan sólo me concedería una. Trajo un par de porrones y brindamos chocándolos instintivamente.

—¿Por qué brindamos? —dije después del primer sorbo.

—No sé… porque estás acá y no te moriste… o por alguno de esos pedazos de piedra que nos van a ahorrar las lágrimas.

—¿Es tan jodida la cosa?

—Muy. Si te fijás bien vas a poder ver tres o cuatro estrellas fugaces importantes por noche, y los pedazos más grandes como si fueran pelotas de golf cruzando a los pedos sobre nuestras cabezas.

—Dicen que la probabilidad que uno de los gigantes nos golpee es una en un millón…

—¡No! —me cortó apurando un trago largo—. Es una en mil. Lo calculé. Sólo que no pueden hacer cundir el terror con esa noticia. Es tan probable que nos pegue alguno como que salga el sol mañana.

César era de esos tipos sensacionalistas que veían el fin del mundo a la vuelta de la esquina tres veces al año y yo lo sabía, pero aún así lo respetaba porque a pesar de ello era un hombre de estudios y muy trabajador.

—No comprendo del todo, César. ¿Cómo es posible que la explosión nuclear del *Mariner* haya desviado tantos planetoides?

—No fue la explosión, Daniel. Esos científicos estaban probando un nuevo artefacto capaz de abrir un agujero de gusano…

—¡Qué agujero ni nada! Eso es imposible.

—Es real. Escuchame. El *Mariner* se alejó más allá del cinturón porque si algo salía mal no querían hacerse pelota con los asteroides, pero lo que lograron es dispararlos para aquí. El agujero se abrió efectivamente y se tragó al *Mariner*. Andá a saber por dónde anda ahora. Lo que pasó es que al doblar el espacio tiempo, las fuerzas gravitatorias de los cuerpos más cercanos al punto de inflexión se descontrolaron. Cuando todo regresó a la normalidad sus órbitas habían sufrido terribles alteraciones y salieron disparados hacia el sol.

—Como si hubieran estirado un elástico y luego lo hubieran soltado… —comprendí.

—Sí, un elástico. Se puede entender así.

Quedamos en silencio unos minutos reflexionando sobre la idea expuesta. Resultaba irónico que un artefacto capaz de dotar a la humanidad con la velocidad suficiente como para abandonar su sistema solar en busca de otros nuevos fuera el causante de la extinción de la propia especie. ¿Pero acaso no pudo haberlo sido también la bomba atómica un siglo atrás? La tecnología había alcanzado un grado tal que el mínimo descuido podría poner en peligro a todos. La cirugía láser, por ejemplo, poseía una efectividad asombrosa pero una falla milimétrica podría matar al paciente; las cirugías cerebrales, las vacunas anticancerígenas, hasta la potabilización del agua dependían de rígidos controles electrónicos.

—Bueno, siempre hay esperanza —añadió señalando mi pecho—. Vos sos un ejemplo de eso.

—Tenés razón. Me gusta esa mirada optimista.

—Sí, sí. Vámonos de aquí que ya es tarde, Daniel.

Apagó los equipos y la luz del escritorio y salimos fuera.

—Andá a tu casa —agregó mi colosal amigo poniendo una mano pesada sobre mi hombro—. Tu esposa debe estar preocupada y con todo esto…

—Debe estar echando chispas…

Alzó las cejas. Él la conocía. Sus ataques de histeria me enloquecían.

Decidí ir a casa de todos modos. Conduje con descuido sin

quitar los ojos del cielo oscuro. Con el rabillo del ojo me pareció advertir más de una estrella fugaz. Me dije que si algo pasara realmente jamás me enteraría.

Al llegar a casa descubrí para mi alivio que Elsa dormía acurrucada en un rincón de la cama, abrazando a mi pequeña Rocío. Me desvestí sin encender las luces, orientado por la claridad que la luna me brindaba a través de la ventana abierta. Me recosté procurando no despertarlas y me dormí en algún momento mientras escudriñaba la porción de cielo que alcanzaba a divisar.

El lunes siguiente, temprano a la mañana, me encontré con Beatriz para desayunar como habíamos arreglado la semana anterior. Ella lucía cansada y las ojeras la habían impulsado a utilizar anteojos oscuros.

—No lo soporto más, Dani.

—¿Te levantó la mano?

—No. No. Quedate tranquilo. Jamás haría eso o lo denuncio. Pero ya no soporto esta situación… No lo amo. Yo…

—Por favor, Beatriz. Por favor.

Me miró un minuto en silencio mientras su café se enfriaba irremediablemente. Al cabo su voz cambió quebrándose.

—¡Vayámonos juntos, Dani! ¡Dejemos todo!

Su reacción me tomó por sorpresa. No supe qué decir. Jamás me había planteado seriamente la posibilidad que me proponía.

—¡Nos amamos! Los dos lo sabemos —insistió.

Tomé mi cabeza con las manos sintiendo que una ráfaga de pensamientos me taladraba. No sabía qué decir. Dije no. Dije lo siento, no puedo. No sé por qué lo hice pero así fue. Luego, el rostro pétreo de mi dulce Beatriz, estupefacto, me devolvió a la realidad y supe que había cometido la estupidez más grande de mi vida. Aquello era lo que siempre había deseado aunque jamás me hubiera animado a aceptarlo. Pero ya era tarde. Ya estaba levantándose de su silla, cubierto su rostro en lágrimas, y trastabillaba hasta alcanzar la puerta de salida del local. Y yo me quedé allí, quieto, sin poder reaccionar, y deseé que mi corazón fallara una vez más, una última vez y me liberara de aquel sufrimiento.

No sé cómo pero reuní fuerzas para acudir a la imprenta y me quedé detrás del mostrador con una expresión fría de muerte.

Los clientes me miraban preocupados pero ninguno osó invadir mi propiedad privada, mi intimidad. Cuando caía la tarde sonó el teléfono una vez más y reconocí la voz agitada de César del otro lado que hablaba sin pausa palabras ininteligibles.

—¿Qué decís? ¡Esperá! ¡Hablá más despacio que no te entiendo!

—¡Pasó, Daniel! ¡Pasó!

—¿Qué pasó?

—Uno gigante… golpeó directamente en la cara opuesta de la Luna. Lo tengo todo grabado… ¡Es un desastre!

—No entiendo. ¿Qué le pasó a la Luna?

—La golpeó y se salió de órbita… Está cayendo, ¿Entendés? ¡En unas horas estaremos todos muertos!

—¡No puede ser! ¿Estás seguro?

—Esta anocheciendo. Pronto verás la Luna en el horizonte… —Su voz era apenas audible, parecía estar corriendo con el teléfono en la mano, y tal vez lo estuviera haciendo.

La comunicación se cortó y yo quedé petrificado. No podía asimilar la noticia. Encendí la radio pero nada decían de ello, sólo pasaban música y publicidades. No lograba sintonizar una emisora que diera las noticias. Tal vez ya todos estén corriendo en las calles, me dije. Levanté el teléfono y marqué el número de mi casa. No había nadie. Me atendió el contestador. Dejé un mensaje escueto, diciendo que cuando regresara a casa hablaríamos mejor. Pero sabía que ya no volvería. Volví a marcar, esta vez el número del celular de Beatriz. Apagado. Llamé a su casa.

—Hola —la voz masculina me era familiar.

—¿Está Beatriz?

—¿Quién le habla?

—Daniel. ¿Me pasa con ella?

Escuché su voz a la distancia diciéndole a su marido que la negara que no quería hablar con nadie. Cuando él quiso transmitírmelo yo ya había salido de la imprenta y estaba encima de mi vehículo. En la calle, la gente no estaba enterada de nada de lo que me contara César. Tal vez no fuera cierto después de todo pero yo ya no daría la vuelta. En tres minutos llegué a la casa de Beatriz y golpeé la puerta con la mano abierta. Hugo, su marido, me abrió.

—Hola, Hugo, yo soy Daniel y estoy completamente enamorado de tu esposa. ¿Dónde está?



Ilustración: wkowalsky

—¿Qué? —alcanzó a decir Hugo sin comprender nada y miró a su esposa que me veía atónita desde el pie de una escalera.

—¡Vámonos! —le dije a ella—¡Hagámoslo! ¡Te amo!

Beatriz corrió hacia mí escapando por la puerta entreabierta bajo la mirada desconcertada de su marido.

—¿Adónde van? —reaccionó tardíamente viéndonos subir a mi automóvil—. ¡No se pueden ir!

Y nosotros ya rodábamos calle abajo a toda velocidad tratando dejar atrás todos nuestros problemas.

—¿Qué te pasó? —me preguntó luego de que la emoción le permitiera reaccionar— ¿Cómo se te ocurrió hacer algo así, tan descabellado?

—Te amo Beatriz. Eso es lo único que sé. Y si no hiciera esto sería un estúpido. Ya no me queda tiempo para perder…

—¿Te sentís bien? —me miraba con preocupación—. ¿Te duele algo?

Luego, sin esperar mi respuesta, volteó la vista al camino y lo vio. Yo lo había descubierto segundos antes apenas. La ruta se extendía hacia el horizonte bordeada de cañas y juncos y sobre el borde del mundo reposaba la figura, espléndida y aterradora a la vez, de una luna llena, decenas de veces más grande que lo que jamás habíamos visto antes. Estaba cayendo, era verdad.

Detuve el motor del vehículo y descendimos hipnotizados por aquel espectáculo. Instintivamente nos tomamos las manos y caminamos breves pasos sobre el asfalto húmedo. El viento soplaba con mayor fuerza y supe que ya no se detendría.

—Es curioso —dije—. Nosotros pasamos nuestras vidas orbitándonos el uno al otro sin unirnos jamás. Igual que la Tierra y la Luna. Y hoy…

—Sí —aceptó ella volviendo hacia mí su rostro—. Como si al unirnos desestabilizáramos el equilibrio universal.

Nuestros labios se rozaron apenas, primero, y el cielo rugió. Luego se fundieron en forma definitiva, al tiempo que la tierra se resquebrajaba y desaparecía bajo nuestros pies.

Claudio Alejandro Amodeo tiene 28 años, es técnico en electrónica y vive en la ciudad de Buenos Aires. Es un activo participante del Taller 7 y allí se originaron la mayoría de las ficciones que le publicamos en Axxón, hasta el momento seis: "La chica de rojo" (149), "El libro de las predicciones" (153), "Carrusel fantasma" (155), "Por favor, no leer" (159) y "Crónica de la masacre" (160).

El túnel

Alvaro Ruiz de Mendarozqueta

Guillermo García Lynch, el *Willie* Lynch, era entrerriano del surde la provincia; Lynch era un abuelo ferroviario, jefe de estación, en la época que un jefe de estación discernía, junto al comisario, al cura y al intendente, los destinos de cualquier pueblo de provincia. El viejo Lynch había nacido en Gales, y según cuentan era alto y flaco, con bigotes manubrio y pelo rubio. El Willie, así con doble l, i, e, como él lo escribía, había heredado los ojos color azul agua del abuelo Lynch, hombre honrado si los hubo. También podríamos decir que el Willie tenía algo de esa honradez adaptada a los tiempos modernos, honradez sin firma que la certifique y con algunos deslices afortunadamente olvidados. Los ojos azules cabían en unas cuencas que venían casi achinadas, portaba esa piel blanca que al colorearse al sol adquiere tintes más propios de orígenes cobrizos; a su rostro lo cubría una cerrada barba negra cuya espesura permitía una longitud mínima que Willie siempre respetó. Esa mezcla de matices tenía data en el bisabuelo García, galaico almacenero cuyos comienzos de carreta trashumante mezclaron sábanas con chinas criollas dentro, en noches de invierno, con la venta de comestibles de pueblo en pueblo. Gallego de tesón inoxidable, dejó marca en el temperamento de Willie, algo modificada por cosas de la genética: Guillermo era un porfiado visceral, un cabeza dura como pocos. Willie conseguía entrar en los más importantes cumpleaños de quince del Jockey Club sin la más mínima invitación; solíamos verlo bailar el vals con la que cumplía años y conversar amablemente con la madre de la festejada a efecto de conseguir que los que nos quedábamos afuera pudiésemos entrar.

A Guillermo lo conocí en el secundario, yo estaba en primer año y él en segundo, íbamos a un colegio de curas entre moderno y conservador, entre clásico y tercermundista según el observador. En aquella época cada uno de los años tenía su propio patio, con las aulas alrededor enmarcadas por recovas de paredes anchísimas. En uno de esos juegos de policía y ladrón, que a esa edad ya tenía características bestiales aunque todavía no conocíamos bien a los modelos, ingresé por error al patio de segundo año, terreno prohibidísimo por las reglas no escritas. Allí, antes de que la mano que me había agarrado del cuello me arrastrase al castigo, se escuchó la voz ya profunda del Willie: *Dejalo que es mi primo,* rubricada por un guiño cómplice hacia mí. A partir de allí y luego

de algunos encuentros en el comedor del colegio nació una amistad de pocas palabras, de códigos: el mismo tablón de madera de la tribuna sur, las mesas redondas y antiguas de un bar del centro, la misma rubia que nunca conquistamos, “La invención de Morel”. Razones suficientes para ser compinches de otra naturaleza, de pacto, de gestos, de correspondencia.

Metete acá, dijo Willie desde el otro extremo del cuarto y al volverme, sólo vi el piano corrido de su lugar original y una pequeña puerta abierta a la oscuridad. El colegio tenía un montón de recovecos extraños y habitaciones desocupadas. Habíamos investigado en los pisos superiores amparados por el silencio de la siesta y escapados de la hora de música, la del loco del dadaísmo, o de la soporífera clase de teología. Asomado a la pequeña puerta pude ver cuando Willie doblaba a la derecha al final de un corto pasadizo que obligaba a caminar muy agachado. No me animé a entrar y sólo escuché el crujir de los zapatos contra el piso de tierra. Sabíamos de la leyenda de los túneles hechos por los jesuitas que iban y venían entre el colegio, la iglesia, la casa de gobierno, el actual museo, el convento, todos alrededor de la plaza. El trazado de los túneles obedecía a estrategias de escape en casos de invasión.

Vení, escuché ahogado por los ancestrales revoques; comencé a caminar por miedo al ridículo posterior al *no me animo*, y ya estaba adentro del túnel. La información la obtuvimos cuando el gordo Castro, pupilo y aprendiz de bibliotecario consiguió, durante otra siesta de aventuras, que pudiésemos ingresar a la zona de la biblioteca, donde guardaban manuscritos antiguos, mapas y documentos que habían llegado con los primeros jesuitas y escritos de los primeros días de la ciudad.

Al doblar bruscamente el recodo del pasadizo tuve que apoyar mi mano en la espalda de Willie para no atropellarlo, pero él no pareció darse cuenta, estaba abstraído y en aquel momento no supe lo que significaba, lo aprendí más tarde; apoyaba su mano derecha en una de las viejas vigas de madera casi desprendidas del techo del túnel; no se podía ver el final y los escombros se perdían en la oscuridad. *Tengo que entrar*, le oí decir y cuando intentó mover la viga nos tapó una nube de polvo que cayó desde el techo.

El agua golpeaba entre vaivenes cristalinos, la mano derecha sostenía la pava y luego, en un solo reflejo, la había levantado y volcado el agua caliente por el pico en forma de ve. El agua se sostenía en su propia columna fluyente y descendía, tibia y lenta, se volcaba en el mate que burbujeaba en globitos tibios de película de polvillo de yerba. Cada tanto una burbuja surgía desde las profundidades del magma mesopotámico sacudiendo la superficie que se levantaba una vez para dejar escapar el aire atrapado en eso que habíamos creído era una masa compacta de agua y yerba. Con este mecanismo de acompañamiento reflexioné años más tarde, como en un rito pagano a quién sabe qué dioses, que aquella siesta de los túneles habíamos vivido una metáfora, hecho que creía con certeza, con la profundidad surgente desde el fondo del mate, y la certeza bebida cálida, amarga y placentera, fruto de esa chupada larga de reflexión. Toda nuestra vida habíamos tanteado paredes y respirado exhalaciones de tierra húmeda y vieja. Y a partir de un mapa, de manuscritos y de lo que había pasado creía, en el momento en que apartaba el mate frío y lavado, que de aquella siesta, de aquel túnel, nunca habíamos salido.

Los recuerdos hacen lo que quieren, se acomodan a su gusto, y este intento mío de narrar los hechos tiene tantas razones como recuerdos, recordar como forma de ordenamiento, pero también como forma de afirmación y entre renglones y tinta, apartado de la precisión de la computadora, estoy terminando una hoja y al tomarla en su extremo inferior para darla vuelta, aspiro humedad y creo que una nube de polvo se desprende de ella.

Quizás magnifiqué algunas sensaciones; discutimos con el Willie porque los dos únicos testigos de lo sucedido poseíamos versiones diferentes. Entre la nube de polvo y la sombra de nuestros cuerpos, ya que la única fuente de luz provenía de la habitación a nuestras espaldas, vi el movimiento de un brazo y en su mano una daga. Mi seguridad fue el motivo de las discusiones, ninguna de las interminables rondas de bar y cerveza logró acercar las dos versiones.

Una vez aquietado el polvo descubrimos los restos de un soldado español, su esqueleto, su casco y su pechera como tantas veces vimos dibujado a Juan de Garay; caída a su lado estaba el arma que aún conservaba la nobleza toledana a pesar del óxido que la cubría. Más adelante, casi a tientas, encontramos un segundo cuerpo caído en el suelo húmedo cuya pechera de metal poseía un

agujero de cuchillo producto, asumí con total convencimiento, de la introducción violenta y justa de aquella daga que me apropié como fetiche, justa por precisión y porque el sentimiento que me invadió y que domina mis recuerdos fue el de justicia. En medio de aquel interminable instante, mientras Willie permanecía abstraído en un mirarse hacia adentro, me alié incondicionalmente al primer esqueleto, al primer hombre, convencido de que había obrado con total justicia y afirmando con fuerza su autoría del hecho.

Los tiempos transcurren con su propio ritmo, y la época del colegio secundario pulsó el suyo y lo tensó junto a los de la adolescencia. Escuchamos opiniones de todo tipo, desde adentro y desde afuera, se decía que los curas eran del tercer mundo, que fulano militaba, no entendíamos demasiado, estábamos más preocupados por el torneo interno de fútbol, pero tampoco ignorábamos la realidad; hicimos colectas y bailes a beneficio con el doble fin de encontrarnos con la rubia y el de ayudar a alguien que lo necesitara. Supe, años más tarde, que el fulano ese es un desaparecido. Willie encaró cada una de estas actividades como un desafío personal, su porfía y su orgullo lo llevaban adelante y lo destacaban. Era el que más ayudaba, el que mejor hablaba, el mejor jugador del torneo, Willie más que ninguno de nosotros, más que la frase repetida, estaba tejiendo un destino que lo llevaría colgado de un hilo firme y tenue como tela de araña.

Mantuvimos durante algún tiempo el secreto de nuestro descubrimiento y cuando dejó de interesarnos informamos al museo histórico que se llevó las armaduras. En mí quedó la pasión por la historia y por las espadas de época.

Fuimos con Willie al velorio y al entierro del padre de un compañero de colegio. Era capitán del ejército y su cuerpo estaba despedazado por las balas. Recuerdo el silencio de toda la gente, el crujir de mis tripas que parecía oírse a kilómetros de distancia. El asesinato se cometió desde la casa de un tío de otro amigo y así como se encadenan los hechos, supimos todos los detalles en versión directa y escuché por primera vez la palabra *subversivo* tal como se la conoció durante muchos años. Lo que se decía en la calle se encadenaba con los rumores, lo que decían los padres de la mayoría se parecía a lo que vociferaban los televisores y todo se conformaba como una unidad. Un año más tarde vi a la distancia de una cuadra lo que técnicamente se empezaba a llamar un *enfrentamiento;* me impactó ver a un hombre que capitaneaba a una barra pesada en la playa, de

pelo largo y barba, de bermuda de colores y auto para la arena, disparando frenéticamente hacia un primer piso. El barrio supo de los hechos según contó la policía, *una parejita tan joven, quién lo hubiese dicho, dicen que mataron a una vecina porque no quiso tener al mayor cuando empezó el tiroteo, a la panadería iban los dos, también mataron al bebé para no entregarse*. Todo tendía a una dirección, el rumor armaba un bando para los buenos y uno para los malos y en aquel momento creí aquella versión; este es uno de los buenos y aquel es uno de los malos, *no te metas con aquel.* Hasta la palabra ayudar pasó a ser de uso reservado. Los no afectados en forma directa sólo veían lo que la televisión decía o lo que querían ver.



Ilustración: Marian

Willie embistió a ciertas realidades y una de sus características se reafirmó, fue alguien que hizo de la ayuda una razón. Por comodidad, porque es más fácil copiar, el Willie pasó a ser "ese subversivo" aunque él sólo fue partidario de la verdad que como ya se sabe no se diluye en banderías.

Hoy veo claramente que la realidad, o una versión más aproximada de ella, estaba fuera de mi alcance; daban una película de horror en un cine al cual nunca entrábamos y años más tarde asistí a una velada de reposición en la que se proyectaban sólo fragmentos de la película y había que conformarse con los relatos de los que habían asistido a varias proyecciones.

Con Willie nos fuimos distanciando; siempre nos excusamos por la distancia que nos separaba en distintos momentos de nuestras vidas. Ahora estoy viajando en un avión pequeño, me molesta el asiento delantero y en una torpe postura escribo sobre la bandeja. Voy del lado de la ventanilla y me molesta la curvatura de la pared y al subir la vista descubro que el avión es otro túnel. Releo la triste carta del Willie escrita con letra temblorosa e irreconocible, *escribo con la izquierda, la derecha no la puedo usar*. Viajo a Barcelona, *escapé del pozo de casualidad*, la dirección me llegó por caminos

complicados; viajo a encontrarme con él después de muchos años porque sé que su carta pide ayuda y sé que el túnel parece que me quiere mostrar una salida. Pienso que puedo pasar por Toledo para ver cuchillos, vuelvo a pensar en Willie y en mí y tengo miedo. Abro el bolso de mano, hurgo entre las cosas del fondo y aprieto con fuerza el álbum de mi colección de espadas y pienso en la daga española casi hasta cortarme. Sólo suelto cuando algo parecido a la tranquilidad comienza a invadirme.

Alvaro Ruiz de Mendarozqueta es un "histórico" de la camada de escritores que surgió en la década de 1980 en la Argentina. Nacido en Santa Fe de la Vera Cruz, se recibió de ingeniero y vivió varios años en Buenos Aires antes de radicarse en Córdoba, donde reside en este momento. Para nuestro regocijo, nos ha enviado un puñado de relatos y tal vez este reencuentro con los lectores lo induzca a escribir con mayor frecuencia.

Historia de la Ciencia Ficción Uruguaya (1)

Pablo Dobrinin

Introducción

Aprovechando la oportunidad que generosamente me brinda Axxón, a partir de hoy empezamos a recorrer la historia de la Ciencia Ficción Uruguaya. Vale la pena mencionar que en el número 160 de Axxón salió publicado un artículo que sirve de complemento a este trabajo, titulado "El carácter político de la Ciencia Ficción Uruguaya".

En sucesivas entregas iremos dando cuenta de novelas, libros de relatos, antologías, revistas, fanzines, videos, cómics, asociaciones, obras de teatro, etc.

Uruguay posee una rica historia de literatura fantástica, en la que sobresalen valores que la crítica ya ha reconocido, caso de Horacio Quiroga, Felisberto Hernández, Mario Levrero y Héctor Galmés.

Muy distinta es la situación en la ciencia ficción (cf). Si bien existen figuras excluyentes —como Roberto Bayeto, Tarik Carson, Carlos María Federici y Gabriel Mainero— hasta ahora nunca se había intentado escribir una historia de la cf uruguaya, y no existe ninguna bibliografía al respecto. Por esa razón esta investigación ha sido más que ardua. He charlado con escritores, rastreado libros prácticamente inconseguibles, y otras veces me he topado con ejemplares de segunda mano que ya casi nadie recuerda, ya sea porque pertenecían a editoriales que fenecieron, a ediciones de autor; o bien porque en su momento pasaron desapercibidos. No menos difícil fue conseguir las obras publicadas en Internet o en revistas electrónicas, dado que tampoco existe en nuestro país un registro de las mismas. Esta búsqueda me ha demandado varios años. Confío en que todo esto sirva de base a futuros investigadores, así como para apoyar el desarrollo del género en Uruguay. Obviamente cualquier omisión ha sido involuntaria; por eso la investigación permanecerá abierta, tanto al pasado como al futuro. Aquellas personas que deseen aportar información no tienen más que comunicarse conmigo al siguiente correo: pablodobrinin@hotmail.com

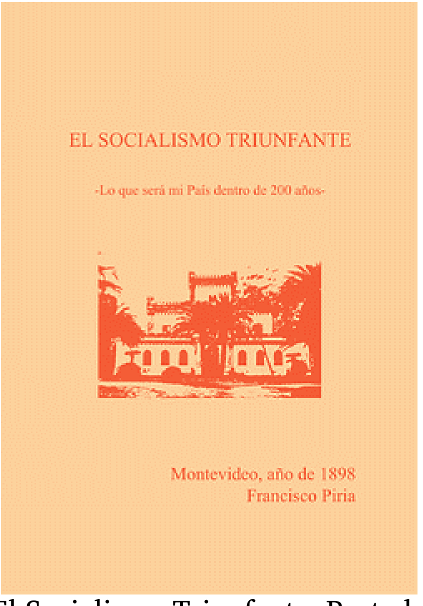
En esta entrega inicial de la Historia de la Ciencia Ficción Uruguaya recordaremos la primer novela, escrita por Francisco Piria en 1898.

Francisco Piria y *El Socialismo Triunfante - Lo que será mi País dentro de 200 años*

El hombre que se inició en el comercio vendiendo relojes, estaba destinado al derrotar al tiempo. Progresivamente fundó barrios, un pueblo, y una ciudad que lleva su nombre. Poco después publicó una novela en la que imagina todo un mundo.

Este trabajo arroja nueva luz sobre una novela escrita por Francisco Piria en 1898. Se demuestra que estamos frente a una obra con múltiples lecturas, entre las que se destacan el socialismo utópico, la ciencia ficción y la alquimia.

El hombre, el empresario, el alquimista



El Socialismo Triunfante: Portada de la edición Argentina de febrero del 2002, que muestra el Castillo de Piria

Fernando Juan Santiago Francisco María Piria, hijo de inmigrantes italianos, nació en Montevideo el 21 de agosto de 1847. A los 5 años falleció su padre y su madre lo envió a Italia, para que fuese educado por su tío, que era monje jesuita. Regresó cuando ya tenía doce y a los 16 se enroló como voluntario en un cuartel. Posteriormente se dedicó al comercio. Al principio vendía relojes, luego sobretodos, pero el cambio comienza a operarse cuando se mete en los negocios de bienes raíces. Compraba grandes extensiones de tierra y posteriormente las fraccionaba en solares y las remataba. Para su época, tenía mucha visión empresarial. Hacía una publicidad de sus negocios mediante afiches que por lo general exageraban la nota. Como si esto fuera poco, para que la gente acudiera en

masa a sus remates, les facilitaba coches de tranvías como medio de locomoción gratuito (a veces hasta la friolera de 50 vagones), y antes de las subastas obsequiaba a los asistentes con comilonas, bandas musicales y fuegos artificiales. Para tratar de convencer a los posibles compradores, vendía las tierras a pagar a largos plazos, hasta 30 años inclusive, lo que en ese momento constituía una innovación. No solo fraccionaba los terrenos, sino que creaba calles, manzanas y plazas. Así llegó a fundar 70 barrios montevideanos, algunos en localidades del interior y un pueblo en el departamento de Canelones (Joaquín Suárez). Posteriormente, con gran parte del dinero recaudado, se abocó a su obra mayor. Después de visitar la ribera francesa, regresó al Uruguay y compró 27 mil cuadras de terreno junto al mar, en el departamento de Maldonado y en 1890 fundó allí la ciudad balnearia de Piriápolis. Según se afirma, ésta es la única ciudad en el mundo construida únicamente por un particular. Montó una impresionante infraestructura para desarrollar el turismo, que, salvo él, casi nadie pensaba que pudiese convertirse en una importante fuente de recursos económicos. Construyó el puerto, lujosos hoteles, entre ellos el Argentino Hotel (el más grande de Sudamérica en su tiempo), y hasta instaló un tren que pagó de su propio bolsillo. En uno de sus habituales viajes a Europa se llevó un puñadito de la tierra de Piriápolis y regresó de Francia con las cepas que habría de plantar. Trajo técnicos extranjeros y desarrolló la industria de los vinos, el tabaco, el aceite y sobre todo la minería, que con sus canteras de granito le aportaba interesantes ganancias. También plantó castaños y 40 mil árboles. Tenía la intención de crear una ciudad autosuficiente.

Fue co-propietario de “La Tribuna Popular”, diario “socialista” que hacía la oposición al gobierno. Además de ejercer el periodismo político, publicó una serie de libros, básicamente orientados a divulgar sus ideas. En algún momento ingresó en la masonería, pero se apartó rápidamente y muy molesto cuando le pidieron que aportara dinero. A los 72 años, en un intento por quebrar la hegemonía de blancos y colorados, fue candidato del partido “Unión Democrática”, pero sólo consiguió 658 votos. Falleció el 10 de diciembre de 1933, a los 86 años de edad, cuando tenía en mente crear una nueva ciudad, pero esta vez en Argentina, donde poseía algunas propiedades.

A su muerte Piriápolis perdió el empuje que tenía y ya nunca lo recuperó. Tras una disputa, el administrador de Piriápolis asesinó al hijo mayor de Piria y posteriormente se suicidó. Según su biógrafo —el señor Luis Martínez Cherro—, ellos eran los únicos que pudieron haber continuado la obra del gran empresario. Por concepto de impuestos y problemas contractuales y de herencia, el estado uruguayo se quedó con el puerto, el tren (que desmanteló rápidamente), e incluso el Argentino Hotel.

Piria y la Alquimia

La leyenda dice que Piria era un alquimista. Incluso hasta algunos bromean hoy en día afirmando que de noche aparece en su propio castillo, y que aquellos que anden por Piriápolis tal vez puedan escuchar los ladridos de su perro. Si Francisco Piria encontró o no la piedra filosofal o cosa que le parezca, no es un tema que me interese ahora. Pero de lo que no pueden caber dudas, de acuerdo a las investigaciones de su nieto, y del señor Jorge Floriano —que está preparando un libro sobre el tema— es que Piriápolis está repleta de símbolos alquímicos, dejados por su creador.



Piria Caricatura Alquimista: J. Olivella, *Rojo y Blanco,* 1902

De hecho, el nombre que iba a tener en un principio la ciudad era Heliópolis (ciudad del sol), que de acuerdo a la mitología utilizada en alquimia es el lugar donde renace el ave fénix. Floriano afirma que con el mismo método que Fulcanelli empleó en sus libros logró "leer" en Piriápolis los símbolos alquímicos. Estos son ostensibles en el castillo de Piria, la Iglesia, las estatuas, las fuentes, la forma física del Argentino Hotel y las ilustraciones de los vitrales. Incluso una foto aérea revela que uniendo con una línea los puntos donde se encuentran los principales símbolos se aprecia una reproducción de la constelación de Acuario. La documentación me ha parecido de lo más convincente.

El señor Julio C. Stelardo afirma que Heliópolis es además el nombre de "un grupo muy discreto y universal de alquimistas", que ha albergado tanto a laicos como religiosos. Por esta fraternidad —afirma— habrían pasado gente como "Champegne, Swaller, Dujols, Fulcanelli, Eugene Canseillet y Don Francisco Piria". Otros comentaristas estiman que Piria puede haber recibido un conocimiento alquímico directamente de su tío jesuita.

El Socialismo Triunfante - Lo que será mi país dentro de 200 años

El Socialismo Triunfante tiene —dentro de Uruguay— varios récords (hasta que se demuestre lo contrario). Es la primer utopía(1). La siguiente es *El Planeta Arreit* (1976), de Horacio Terra Arocena. Es la primer novela uruguaya de ciencia ficción, anticipándose a *El Hombre Artificial* (1910) de Horacio Quiroga. Y hasta donde yo sé, también es la primer novela con un trasfondo alquímico de importancia. Vale la pena repasar el argumento…

El Mundo del futuro

Después de pasar un año en la India, Fernando vuelve a Uruguay, su tierra natal, y pone en práctica un experimento que viera realizar en el país asiático. Se acuesta en una caja de cristal herméticamente cerrada, bebe el contenido de un frasquito que le diera un fakir y despierta dos siglos más tarde, en el año 2098. A partir de aquí es atendido por el anciano Temístocles, que oficia de anfitrión en este mundo. Otras veces los guías pueden ser familiares de Temístocles, como su propia hija Rosa del Alba (o Rosalba), de la que Fernando se irá enamorando.

A juzgar por sus otros libros, a Piria rara vez le interesó la literatura por sí misma, más bien la utilizó como un vehículo para exponer sus ideas. Por eso, no es de extrañar que como novela, *El socialismo triunfante* se limite a un paseo por Montevideo y distintos puntos del país, donde no se hace otra cosa que escuchar discursos, conferencias y reflexionar sobre la forma adecuada de conducir los asuntos públicos. El único elemento aglutinante que de alguna manera construye una historia, aunque por desgracia muy débilmente, es el "romance" entre Fernando y Rosalba. No hay ninguna aventura —por elemental que sea— que pueda justificar a la novela como tal. Tampoco se aprovechan debidamente los inventos, o los elementos de ciencia ficción incluidos aquí, para trabajar con ellos en la elaboración de al menos una anécdota de interés; apenas se mencionan. Ni siquiera cuando se nos dice que un astrónomo va a disertar sobre los habitantes de Saturno que descubrió con su telescopio instalado en el observatorio del cerro Pan de Azúcar, el autor se siente tentado de dejar volar un poco la imaginación. En rigor, lo que intenta es crear una sociedad utópica, la del siglo XXI, para oponerla a la de su siglo XIX. "El siglo XIX fue un siglo de mentira, mientras que el siglo XXI es el siglo de la verdad".

Aunque la acción se sitúa en Uruguay, el autor nos da un panorama de lo que ha ocurrido en el mundo. El socialismo que Piria denomina "anárquico", y cuyos fundamentos se remontan al siglo XIX, cae en el siglo XX, "dejándole a la humanidad una gran enseñanza". Las causas del fracaso fueron varias: porque instauró una nueva oligarquía, pretendió igualar a los hombres desconociendo sus diferentes valores y aptitudes, al

atacar el capital destruyó el motor de desarrollo de la sociedad, y porque se eliminó la propiedad privada. Si el hombre hubiese tenido un pedazo de tierra, estima, el socialismo anárquico no hubiese fracasado. Tras un breve triunfo de la monarquía, se produce el auge del socialismo que el autor denomina "progresista", o en otras ocasiones "razonado" o "liberal". Se suprimen las aduanas y los ejércitos permanentes, se proclama el libre cambio y se prohibe a cualquier nación emitir títulos de deuda pública. A la cabeza de los países se encuentra el "Supremo Consejo de Gobierno" compuesto por doce miembros —mayores de 60 años— elegidos por el pueblo. Los miembros del consejo se encargan de elegir al presidente, y los restantes once se reparten los cargos de un gobierno, que, de acuerdo a las leyes, se renueva cada doce años. Las madres le "entregan" sus hijos al estado para que se encargue de su educación, desde que cumplen 5 hasta los 15 años. Algunos proponen, con una argumentación que nunca es rebatida, que para una mejor formación debería ser arrancados del seno materno al cumplir el año. El Superior Tribunal de Pública Moralidad, con ramificaciones y delegaciones en todos los países, y con sede en Roma (decretada capital moral del mundo), es el encargado de velar para que la gente —especialmente la juventud— no se precipite en el vicio.

El Uruguay del futuro tiene 22 millones de habitantes, se llama Estado Cisplatino, y por la vía militar ha reconquistado los territorios que Brasil le usurpara cuando nuestro país era conocido como la Banda Oriental. La forma de gobierno —como en el resto de los países— es lo que el narrador denomina "socialismo progresista". Entre lo más destacable de su pensamiento se encuentra la reivindicación que hace de Artigas (en la época de Piria todavía era una figura cuestionada), y la afirmación consecuente de que nadie debe poseer más tierra de la que puede trabajar.

La novela se estructura en "jornadas", lo que no deja de tener su lógica, ya que como afirmaba, la acción se limita a los paseos. Los personajes son esquemáticos y poco creíbles. Temístocles es una especie de patriarca de larga barba blanca y su hija Rosalba "una virgen beldad de dieciocho años". Todos los "personajes" piensan igual, es decir, son los portavoces del discurso de Piria. Incluso, para darle mayor autoridad a lo expuesto, las críticas más enconadas hacia el siglo XIX provienen por regla general de los habitantes del siglo XXI. Los blancos de sus críticas son los partidos tradicionales (blanco y colorado), el "socialismo anárquico", los militares (calificados de "parásitos"), la religión católica, los usureros, los latifundistas, y en un sentido general la moral de ese período. Un clima de moralidad exacerbada impregna toda la obra, salvo en un episodio aislado, cuando el protagonista es bañado por Mirta, una criada de quince años, aunque obviamente sin ahondar en detalles y dejando en claro que eso es posible por la limpieza que tienen las mentes del siglo XXI. En el momento en que Fernando conoce a Rosalba, de acuerdo a la costumbre, deposita en

su frente "el beso más puro y casto". Es sintomático que cuando ambos se estrechen en un abrazo amoroso, la novela se precipite hacia su fin.

La Ciencia Ficción

En los paseos, Fernando tiene ocasión de comprobar los grandes progresos que se han operado en materia de arquitectura, agricultura, explotación de minerales, puertos, canales, etc.

Entre los adelantos podemos mencionar el aire acondicionado; uso de la energía solar; un carruaje aéreo llamado "volador"; vehículos con llantas de goma movidos sin caballos, algunos eléctricos y otros que funcionan por aire comprimido, que es la energía más utilizada en este tiempo(2); el teléfono (llamado telépalo portátil); la mototipia ("máquina notable que escribe, graba, imprime y encuaderna el periódico al tiempo que el director dicta sus artículos"); el "domina-olas" (para evitar los mares tempestuosos); etc. El aire también ha resuelto el problema del hambre. Existen aparatos de platino que funcionan con aire comprimido, "los cuales, por presión de muchos cientos de atmósferas, condensan las esencias alimenticias que se encuentran en el aire que respiramos…". La medicina también ha experimentado un importante desarrollo. Siguiendo el curso trazado por Pasteur, se ha descubierto que la mayoría de las enfermedades son causadas por determinadas bacterias. Se ha logrado un microbicida que protege al hombre de las enfermedades. En sucesivas oleadas de avances científicos, se descubre el microbio de la tisis, la espinitis, la diabetes, y el de las enfermedades del corazón y "del cerebro: la meningitis". También tenemos la "vitalina", que tomada en pequeñas dosis regulariza el movimiento de la sangre. La pila eléctrica portátil, adaptada como un brazalete, nos protege de todos los microorganismos que pueden llegar a ser perjudiciales para nuestra salud. El gran desarrollo operado en los telescopios, ha posibilitado que se den charlas sobre la pluralidad de los mundos, y sobre "los habitantes de Saturno y sus grandes progresos". Al margen de las lenguas particulares, todos los hombres dominan un idioma universal llamado el "victorioso".

Un sueño auspicioso

Sobre el final de la obra, Fernando visita Piriápolis, y escucha atentamente como los hombres del futuro elogian a Piria por su labor desplegada a favor del progreso. Hay también espacio para un elogio (en la época en que fue escrito era publicidad) para las canteras de la mencionada ciudad. La novela concluye cuando Rosalba y Fernando se tocan las manos, se miran a los ojos, y comprenden que ambos han estado juntos desde tiempos remotos, en sucesivas reencarnaciones. Posteriormente se abrazan apasionadamente, haciendo que sus cuerpos rueden al abismo, y sus espíritus, unidos

estrechamente, comiencen a vagar sobre la "encantada ciudad, en medio de la bruma crepuscular, entre el día que se despide y la noche que avanza…" En este momento de éxtasis, Fernando despierta en su cama, comprobando que todo fue un sueño que duró 22 horas. La culpa la tuvo Manuel, el sirviente asturiano, que para aliviar una indisposición de su patrón le vació un frasco entero de remedio en la tisana. Las últimas palabras de la obra son las siguientes: "¡Resignémonos: sigamos la senda del calvario humano! ¡Tanta dicha, tanta belleza; el triunfo de la fraternidad universal; el socialismo triunfante: todo fue un sueño… lo que será una realidad en el porvenir".

Inmutabilidad, objetividad, universalidad



Otra caricatura de Piria, como rematador

El discurso subyacente del narrador se apoya en la creencia de que existen verdades inmutables, y que esas verdades no están sujetas a interpretaciones, sino que son objetivas. La realidad no depende del observador, sino que se impone por sí misma. "La verdad, fundamento de la justicia, resplandeció siempre…". Estas pretensiones de objetividad e inmutabilidad son los instrumentos que utiliza el autor para legitimar sus

propias ideas personales. El recurso favorito del autor para convencernos de la objetividad de su planteo es poner distancia entre él y su mundo, para eso construye un universo futuro. Otra forma de distanciarse, para ver las cosas desde arriba, es con el empleo de las “Notas” que están al final de la obra. En algunas de ellas, Piria utiliza la tercera persona, lo que le permite afirmar cosas como: “el autor alude a…”. Como necesita convencernos de que las ideas expuestas son la verdad, y de eliminar cualquier posibilidad de disenso, además de la inmutabilidad y la objetividad, también apela a la universalidad. En plena calle 18 de julio se ha erigido el templo al “Espíritu Universal”, en el que están representadas todas las religiones. Hay estatuas de Moisés, Zoroastro, Brahma, la Virgen, Osiris, Mercurio, y un largo etcétera. Por las dudas, como comprende que la lista sería demasiado extensa, aclara que allí están representados todos los dioses de todos los pueblos y de todas las edades.

Con el objeto de crear la ilusión de que estamos en un mundo perfecto, le da a la ciudad un barniz de clasicismo. La arquitectura montevideana tiene influencias de Grecia, Roma y Pompeya, cuando no es francamente imitativa, como en el caso del edificio del Tribunal de Pública Moralidad, que es una copia del Partenón. Los personajes, que se visten con túnicas griegas, tienen nombres como “Telémaco Benítez”, “Orestes Fernández”, “Marco Aurelio Arteaga”, “Heráclito Arocena”, Eurípides Rosental”, “Temístocles”, etc.

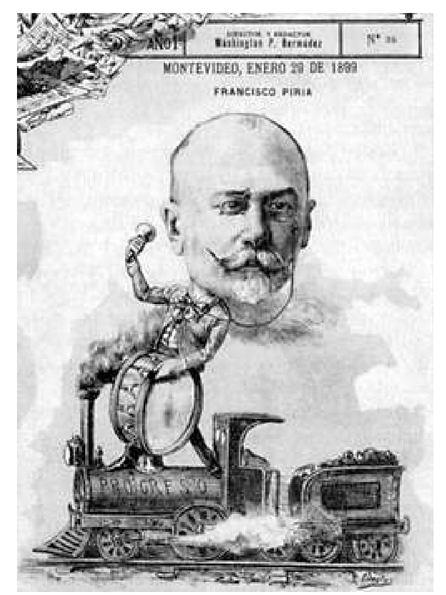
Doble discurso y errores

Pese a sus intenciones, el autor cae, una y otra vez, en el doble discurso característico de aquellos que pregonan ideas “elevadas” que no han sido capaces de internalizar. Nos dice que son todos iguales, y al rato vemos aparecer a una “criada”, y más adelante se refiere a la existencia de escuelas de “cocineras y sirvientas”. Se manifiesta socialista, pero considera que la base de la fortuna es y siempre ha sido el ahorro, y al capital lo llama el “fruto sacrosanto del hombre de trabajo”. Dice que no tenemos fronteras ni propiedad territorial, pero afirma que hemos reconquistado territorios. Señala que no hay ricos, pero hace la apología de un hombre del siglo XXI que había logrado acumular una “colosal fortuna”.

Además de las contradicciones, hay también errores de todo tipo. Primero expresa que Fernando despierta el primero de enero, pero cuando éste pregunta la fecha le dicen que están en el solsticio de verano. En la jornada primera a Rosalba la describe como “trigueña”, pero en la segunda menciona sus “mórbidos y lácteos brazos”. El narrador afirma que en 1988 Argentina, Uruguay y Paraguay confeccionaron un gran diccionario rioplatense, que incorporaba los modismos propios de estas zonas. Las “Repúblicas del Río de la Plata”, hablaban entonces esta “nueva lengua muy distinta de la sancionada por la Academia Española”. Por esta razón,

afirma, a veces los habitantes del siglo XXI tenían dificultad en comprenderle. Sin embargo, lo que el lector de *El socialismo triunfante* percibe es que todos hablan igual, con expresiones más castizas que rioplatenses. ("Apenas sabías imitaros", expresa Temístocles, quién supuestamente debería hablar un lenguaje rioplatense. En el mismo tono, Fernando pregunta "Y la iglesia Matriz ¿en dónde la habéis colocado?").

Un mundo represivo



Caricatura de *El Negro Timoteo*

El mundo ideal de Piria es en extremo represivo. El Tribunal de Pública Moralidad se muestra omnisciente, porque sabe (aunque no se explica cómo) lo que ocurre dentro del hogar. Este mismo tribunal es el que considera el adulterio un delito infamante, e incluso establece que una "mirada provocativa" de una dama puede ser motivo de una severa amonestación.

El aparato educativo, que pretende apropiarse del individuo casi desde que nace, se apoya al principio en un paradigma fenomenológico (educación en valores), que en realidad oculta la religión que defiende el estado. Posteriormente va ir evolucionando hacia uno positivista (que incluye conocimientos y destrezas). Para lo que no hay lugar, ni puede haber, es para el paradigma crítico, ya que en el mundo de Piria no es conveniente el disenso. Su escuela, por lo tanto, privilegia la reproducción del modelo.

Después de recalcar las bondades de la vieja idea de "cuerpo sano en mente sana", apunta: "Hoy ya los débiles y degenerados han sucumbido obedeciendo a una ley fatal, esa parte morbosa de la sociedad desapareció

del escenario humano".

Lógicamente el arte no podía escapar a esta visión represiva. A propósito del siglo XIX: "Todas las concepciones consideradas como artísticas, fruto de tu época, otra cosa no eran que fulgores de mentes enfermas, hijas de espíritus encarnados en raquíticos y degenerados organismos". En cuanto al siglo XXI, sabemos que el Teatro Dramático Nacional es subvencionado por el estado, y tiene por objeto "instruir al pueblo". Por esa razón, ningún drama puede ser representado hasta tanto no reciba "el visto bueno de la censura previa".

Respecto a los indígenas, tiene una visión que sin duda choca contra los parámetros actuales en materia de respeto hacia otras culturas: "Los territorios de Misiones, Paraguay, Chaco, Bolivia, esas inmensas zonas, eran poco menos que desiertos poblados por elemento indígena, estacionario, sin iniciativa y refractario al gran período evolutivo". En un gesto magnánimo de su parte —ya que no era ni blanco ni colorado— el autor le dedica un monumento a Oribe y Rivera —los dos caudillos históricos de los referidos partidos—. Después de todo, considera que los méritos de ambos fueron superiores a sus errores, y que estos últimos se justifican por la influencia del medio. Al parecer, a Piria no le parece tan terrible que Rivera haya exterminado a los charrúas en "Salsipuedes".

Haz lo que yo digo, no lo que yo hago

Las contradicciones del autor que veíamos anteriormente en el análisis no son las únicas de las que debo dar cuenta. En efecto, existen contradicciones entre lo que Piria pregona en esta novela y lo que efectivamente hacía en su propia vida. En *El Socialismo Triunfante* se manifiesta contrario a la herencia, la que debe ser muy delimitada, para que los hijos aprendan a valerse por sí mismos, y critica severamente a los que no dejan bienes a las instituciones sociales. Piria dejó toda su fortuna a sus hijos y algún allegado. Se pronuncia en contra del catolicismo como institución, pero en vida hizo construir y donó una iglesia a la curia (que la misma rechazó, según opinan algunos porque tenía símbolos alquímicos).

También pretende en la obra defender los derechos de los obreros, pero hay que recordar que en 1903 perdió un pleito, cuando se le acusó de que a los empleados que tenía en las canteras de granito les pagaba con vales que podían canjear en negocios que le pertenecían a él. Posteriormente, en 1916, enfrenta una huelga de sus trabajadores, la que recibe el apoyo de la FORU (Federación Obrera Uruguaya). La plataforma reivindicativa incluía el cumplimiento de la ley de las ocho horas, aumentos de sueldo y mejoras en las condiciones de trabajo. Según testigos, Piria despidió a los huelguistas con ayuda de la policía. El semanario anarquista "El Hombre" lo tildaba de explotador. Como se aprecia, Piria distaba mucho de ser un

modelo de socialista; sí fue, y en eso no puede haber discusión, un gran empresario, dotado de un empuje y una visión extraordinarias.

Cuando se fueron a repartir la herencia, los familiares se encontraron con que apareció una hija de Piria que hasta ese momento nadie conocía. Otras versiones indican que él la había querido "hacer pasar" como hija, pero que en realidad era una amante. No queramos saber lo que el Tribunal de Pública Moralidad hubiese opinado…

Las claves alquímicas de *El Socialismo Triunfante*

Mientras analizaba *El Socialismo Triunfante*, noté que el narrador decía que la única religión era la de Jesucristo, al tiempo que se refería a un templo donde estaban representados todos los dioses de todas las épocas. Al principio, debo confesarlo, lo interpreté como una más de las muchas contradicciones que tiene el texto. Sin embargo, había algo que me hacía dudar. Recordé entonces, que ese mismo eclecticismo de religiones, con Jesús como figura central, no era privativo de Piria, sino que formaba parte de la tradición esotérica de occidente, entre ellos los alquimistas y los rosacruces (dentro de esta orden hay un sector que también se orienta a la alquimia). Había otro punto que me desconcertaba: al describir una sociedad utópica, Piria tenía una oportunidad envidiable para destacar las bondades de la alquimia y los alquimistas. ¿Por qué razón entonces no hace ninguna mención a esto en *El SocialismoTriunfante*? La respuesta me llegó al instante, como una súbita luz: porque todo el libro es una metáfora de la búsqueda alquímica. Ni Floriano, ni Martínez Cherro, ni Stelardo, ni el editor de la reciente edición del 2002, ni ninguno de los numerosos comentaristas de *El socialismo Triunfante*, ni tampoco aquellos que se han interesado en el Piria alquimista, habían reparado en esto. Todo el mundo consideró el libro como un ejemplo de socialismo utópico —y en cierto sentido lo es— sin imaginar siquiera que era posible la convivencia de varios niveles de lectura. Yaraví Roig, autora de una novela sobre Piriápolis y su creador, no incluyó el libro en su bibliografía. Floriano, a pesar de que escribió un trabajo sobre los símbolos alquímicos dejados por Piria en Piriápolis, tampoco se dio cuenta. Después de recordar una frase de Piria que reza: "No basta ver, hay que ser vidente", menciona la novela que nos ocupa, pero sólo extrae de la misma la conclusión de que su autor era un visionario, ya que imaginó adelantos técnicos que en su época no existían. Ni éste ni ningún otro autor repararon en las claves ocultas de *El Socialismo Triunfante*, una verdad, que si tomamos en cuenta la fecha de su publicación, permaneció oculta más de un siglo. Este equívoco viene a sumarse a una larga lista. Federico González, en un estudio de gran erudición, titulado "Las Utopías Renacentistas-Esoterismo y Símbolo", demuestra que la Utopía, como género, tiene "raíces y vinculaciones herméticas, atestiguadas por las propias obras y autores y su intención de

manifestar posibilidades ocultas para el género humano en estado profano y transmitir conocimiento y sugerir mundos y realidades no conocidas por los seres corrientes". Explica este autor que las utopías han sido "tomadas por los contemporáneos de manera literal, no simbólica, y casi exclusivamente de modo sociopolítico".

Hay dos formas de acercarnos a estas claves: considerando el escenario de la novela, y el proceso que vive el protagonista. En la primera vemos el triunfo de la alquimia en la sociedad, y en la segunda el triunfo del alquimista.

El Triunfo de la Alquimia

En el 2098 la alquimia ha triunfado. Esto no se dice abiertamente, pero las pruebas son muy claras una vez que nos detenemos sobre ellas:

1 - La alquimia pretendía ocupar un terreno intermedio entre ciencia y religión; establecer una vía paralela de conocimiento. "Es preciso obtener la razón, que es el espíritu" (A. H. van den Brul, en el prólogo de *Las Bodas Químicas de Cristián Rosacruz*, ediciones Mestas). Podemos afirmar, con Mariano J. Vázquez Alonso, que los rosacruces pretendían "desarrollar paralela y simétricamente el corazón y el intelecto, dando explicaciones racionales a la religión, y fundamentos religiosos a la ciencia". Entre las leyes de la Fraternidad Rosacruz se cuenta la del Renacimiento o de la Reencarnación, lo que permite la progresiva superación del espíritu.

1´- En *El socialismo triunfante* se nos dice que la ciencia explica los fenómenos antes considerados sobrenaturales. Todo el mundo cree en la inmortalidad del alma. "Si no creyera no razonaría, pues el atributo principal del alma es el raciocinio". Se cree en la reencarnación, de hecho, Rosalba es la esposa de Fernando reencarnada, y este es la reencarnación del propio autor: Francisco.

2- La alquimia se extiende tanto en Oriente como en Occidente, lo que en buena medida explica su sincretismo. Los alquimistas citaban incluso a pensadores y filósofos de creencias y culturas muy dispares, pero a menudo colocaban a Cristo Jesús como figura central. Por ejemplo, en el prólogo de *Las Bodas Químicas de Cristián Rosacruz*, publicado en Mestas, se lee: "La obra de la Escuela Espiritual de la Rosacruz de Oro tiene sus raíces en una tradición espiritual, cuya base incontestable es la piedra angular única, Jesucristo". Dice Mariano J. Vázquez Alonso: "La Rosacruz utilizó en su *Corpus philosophicum* no sólo el supuesto pensamiento de su fundador, sino también los contenidos de aquellas Ciencias o Artes más sustanciales de la corriente ocultista de Occidente, como la Alquimia, Kábala, Tradición Hermética o Simbología arcana".

2'- Como vimos en el templo que nos muestra Piria, ese sincretismo es más que evidente, y Jesús es también figura central.

3- Los antiguos alquimistas llamaban a la alquimia “lengua de los pájaros”.

3´- En *El Socialismo Triunfante* se lee…“en el jardín las aves entonaban un himno al Creador”.

4- Los alquimistas identifican a los cuerpos celestes con metales. Luna: plata, Mercurio: mercurio, Sol: oro, Marte: hierro, Júpiter: estaño y Saturno: plomo. Los siete “planetas” de los siete metales alquímicos. Esto se apoya en la idea de lo macro se corresponde con lo micro y en la trascendencia que se le da a la naturaleza. El alquimista toma en cuenta incluso las estaciones del año para la realización de las operaciones alquímicas. Maneja así otra concepción del tiempo. En la Orden Rosacruz el noveno se celebra durante los solsticios de verano e invierno.

4´- El narrador cambió los nombres de los días de la semana por planetas: Neptuno: es el Lunes antiguo, Martes queda igual, Urano: Miércoles, Venus: Jueves, Saturno: Viernes, Mercurio: Sábado, Júpiter: Domingo. Cuando Fernando despierta, pregunta en que fecha se encuentra, y le responden : “Nuestros años no tienen fechas: hoy estamos en el solsticio de verano”.

5- Los alquimistas consideraban que existía un principio que regía toda la creación al que llamaban “espíritu universal”.

5´- En *El Socialismo Triunfante* también se ha incorporado esta idea, que incluso se traduce en un saludo del tipo: “Que el Espíritu Universal sea contigo, hijo mío”. Ya habíamos mencionado la existencia de un templo dedicado al “Espíritu Universal” ubicado en plena calle 18 de julio. Como ejemplo, digamos que entre las imágenes que se encuentran en el templo, se halla —en sitio destacado— la serpiente que se muerde la cola. En el libro *Alquimia, el secreto entre la ciencia y la filosofía*, Andrea Aromático señala: “La serpiente Uroborus, emblema de la propia alquimia, simboliza el núcleo conceptual de la filosofía hermética: cada cosa está ligada al Todo; materia y espíritu son una misma cosa, a través de cuya manipulación se realizan maravillas; y finalmente es posible la transmutación de los cuerpos”.

6- Los alquimistas se consideran a sí mismos integrantes de una fraternidad, y aspiran a que la misma sea universal, y regida por un principio de amor. …“el ardiente deseo de Valentín Andreae de una verdadera Fraternidad cristiana, que estaría al servicio del mundo y de la humanidad y podría, por ello mismo, transformarla…” (prólogo de *Las Bodas Alquímicas* de Cristián Rosacruz, edición de Mestas).

“Bien pronto vendrán tiempos felices en los que todos serán iguales; no habrá más pobres ni ricos” (*Las Bodas Químicas*…; en el día uno)

6´- “La religión de Cristo, como la de los grandes pensadores que le precedieron, es la que impera: ella aproximó a los hombres y, haciéndolo,

realizó la fraternidad universal" (*El Socialismo Triunfante*, pág. 30). En el Estado Cisplatino no hay pobres ni ricos.

7- El cristianismo tradicional rechaza lo corporal y lo sensual, por oposición a lo espiritual. Por el contrario, los rosacruces y la alquimia toman lo interno y lo externo como un todo. La Fraternidad Rosacruz, que se autodenomina "Asociación de mística cristiana", tiene por lema: "Una mente equilibrada, un corazón tierno, un cuerpo sano".

7´- En el mundo de Piria, se recalca el concepto "cuerpo sano en mente sana". El respeto por el cuerpo se relaciona con el respeto por la naturaleza, una actitud presente tanto en Piria como en los alquimistas.

8- La alquimia, correctamente entendida, supone no sólo la transmutación de algunos metales en oro, sino también una transmutación espiritual, que implica un perfeccionamiento moral.

8´- A pesar de que la sociedad que se describe en *El Socialismo Triunfante* es altamente represiva, el autor se cuida de señalar que rara vez se infringe la ley, precisamente porque la propia gente ha evolucionado. "Un joven irreflexivo, que aún los hay, aunque *avis rara* en nuestros tiempos…" Y la prueba del oro es también evidente. El oro es tan abundante que se utiliza de forma corriente para brazaletes y cinturones. "Las minas de oro y plata son notables por su producción y riqueza". "El oro no hacía falta, pues sobraba…"

9- La alquimia es el trabajo de una vida, por eso los maestros son generalmente ancianos.

9´- Al despertar, Fernando es acogido por ancianos, entre ellos el propio Temístocles. Recordemos que al frente del Estado Cisplatino hay un consejo de gobierno, cuyos integrantes no pueden tener una edad inferior a los 60 años.

10- Conforme a la importancia del cristianismo para los rosacruces, el número 3 (y sus múltiplos), que alude a la trinidad, tiene un valor simbólico, a semejanza de lo que ocurre, por ejemplo, en *La Divina Comedia*.

10´- La caja de cristal en la que Fernando duerme, tiene *triple* pared de cristal. Despierta en el siglo 21 (2+1=3). Se enamora de una muchacha de 18 años (1+8=9). El gobierno se compone de 12 miembros (como los 12 apóstoles), que ejercen su mandato durante 12 años. "A las nueve de la mañana, los Altos Poderes del Estado concurren al Templo a rendir homenaje al Ser Supremo…" El templo al Espíritu Universal, situado en 18 de julio, tiene 33 escalones; en este caso se puede atender a una doble lectura, porque 18 de julio es la fecha de la jura de la constitución uruguaya, y los 33 escalones fueron puestos en honor de los 33 orientales, que participaron en la llamada "cruzada libertadora". El simbolismo del 33 es

muy particular. Jesús murió y resucitó a esa edad. Para los masones el grado 33 es la principal jerarquía. En el Cerro del Toro —sito en la ciudad de Piriápolis— se cuentan, desde el toro hasta la cima del cerro, 33 escalones. Hay quienes opinan —atendiendo a las logias que había en Uruguay en la época de su independencia— que el número de "33 orientales" no fue elegido por casualidad.

Contradicciones sólo aparentes

Cuando analizaba el texto por primera vez, me encontré con algunos choques de ideas, que suponían flagrantes contradicciones, pero que sólo lo eran en apariencia.

El narrador sostiene que todas las religiones defienden los mismos principios, para luego afirmar que "la idea divina de todos los siglos fue y será en el fondo la idea cristiana, reveladora de un Dios de amor que vivió con el pueblo, con la civilización y con la ciencia". Puntualiza que "nada hay de estable, fijo, inmóvil: la evolución continua es la ley del espíritu y de la materia". Pero estima que estamos en una "edad de oro", pone los destinos el país en manos de sexagenarios, y señala que en el siglo XXI …"la humanidad entera se ha encontrado al fin en el camino de la verdad: todos los pueblos son cristianos". Sólo en Montevideo existen 457 periódicos, pero ninguno de ellos es contrario al gobierno, ya que éste ha sido elegido de manera popular.

En buena medida, muchos de estos conceptos, que en un primer momento del análisis me hacían pensar en contradicciones del autor, quedan sin embargo resueltos en la lógica alquímica. Ella nos permite comprender no sólo el sincretismo religioso, sino también el hecho de que no haya desobediencia civil, ni crítica al gobierno, dado que existe una fraternidad universal. La inmutabilidad, el concepto de verdad, la universalidad, la importancia dada a la tercera edad, y el carácter de la educación, quedan también, sino justificados, por lo menos explicados.

El Triunfo del Alquimista

1- *Las Bodas Químicas…* se estructura en siete capítulos, a los que se llama: "día uno", "día dos", etc. La razón es que el hombre debe emular a Dios, realizando una creación a escala. …Por eso Cristián Rosacruz vive en sí mismo los siete días de la creación.

1´- En *El Socialismo Triunfante* a los capítulos se les llama "jornadas". Son seis, no existe séptima, porque ahí es justamente cuando Fernando despierta y comprende la gran obra que tiene por delante: hacer de ese sueño una realidad.

2- Los alquimistas creen que es posible alcanzar una longevidad

extraordinaria.

2´- Como todo alquimista, Fernando se anticipa a su tiempo (siglo XIX) y bebe el elixir de un fakir, lo que le permite vivir 200 años. El elixir no sólo lo hace dormir, sino que lo alimenta durante todo ese tiempo. En *El Socialismo Triunfante*, personas de más de ochenta y noventa años se muestran muy vitales y hasta pronuncian largos discursos.

3- Para los rosacruces, la verdadera patria está en Cristo, y a ella sólo se accede por el renacimiento.

3´- El primer capítulo de la novela de Piria, se titula textualmente: "¡Mi patria! El año 2098. Primera Jornada". Los hombres del siglo XXI ya han conquistado esa patria, pero Fernando debe vivir las jornadas como un aprendizaje, porque la patria no es sólo el lugar físico, sino un estadio interior y espiritualizado. Piria probablemente eligió ponerle Fernando a su protagonista, porque ese es su primer nombre. Recordemos también que tenía varios nombres; pero más allá de este dato, Fernando (de origen germano) significa, según las distintas interpretaciones: "inteligente y valiente", "el guerrero audaz" y "preparado o dispuesto para la paz, o para el viaje".

4- De acuerdo con la simbología que proporciona Stelardo, el "Esplendor-Resplandor del Sol en el cielo" es el "Mensaje del Creador al hombre, el espíritu en la materia". El sol simboliza a Dios. Heliópolis se ha realizado y expandido. A Cristián Rosacruz le entregan una moneda de oro que tiene la siguiente inscripción: "Deux Lux Solis" (Dios es la Luz del Sol). En "Cristianópolis", Andreae sustituye la locución católica consagrada "dies dominica" (día del Señor) por "dies solis" (día del sol). Y escribe "…¿qué será cuando vuelva Cristo, el Sol…"

4´- La primera jornada de *El Socialismo Triunfante* comienza así: "¡Qué lindo es el sol!". El sentido alquímico de esto es que Dios ha triunfado. Recordemos que Fernando despierta cuando la influencia del sol está en su apogeo: en el solsticio de verano. Por otra parte, conforme a la simbología cristiana, el abandonar el sueño tiene el sentido de "despertar" a la verdad. Poco más abajo de la exclamación referida, leemos: "La primera sensación que sentí fue de extrema debilidad, al mismo tiempo que un templado rayo de sol me arrullaba suavemente, cuando abrí los ojos y saludé con la imaginación al astro-rey". Claramente, el personaje se siente reconfortado por Dios, el rey de la creación, plenamente identificado con el sol, y lo reconoce saludándolo, es decir, agradeciéndole.

5- Nuevamente de acuerdo con Stelardo, y por qué no con una simbología muy difundida, el agua representa la purificación y un renacimiento.

5´- A poco de despertar, Fernando es conducido a una gran piscina. Después de la higiene, Rosalba le proporciona "el nuevo traje que debía usar desde entonces". El baño cobra un valor bautismal. La vestimenta,

apunta John Baldock…“también representa lo que hay que dejar atrás para entrar en una nueva vida”.

6- Para los alquimistas, la rosa simboliza la finalidad, el logro absoluto y la perfección. El desarrollo espiritual, la regeneración. El símbolo de la Gran Obra alquímica.

6´-Fernando se enamora de Rosa del Alba. Su nombre sugiere la perfección alcanzada mediante un renacimiento. El alba de una nueva existencia. Rosalba significa: “rosa blanca”. En “La Alquimia y el Grial en el Río de la Plata”, Stelardo recoge un fragmento de un antiguo poema iniciático titulado “Rosas Blancas”. En su parte medular reza así: “Naces con rosas blancas/ y tres tallos por recorrer […] que no te detenga el miedo/ de saberlas en tu mano/ ni el éxtasis de su esbeltez./ De ellas debes buscar/ lo que no puedes tocar o ver”. A Rosalba se la describe como una “virgen beldad de 18 años”. La virginidad representa lo nuevo, lo puro. Así como en las bodas alquímicas los participantes son conducidos a menudo por vírgenes, la virgen Rosalba acompaña a Fernando. Rosalba, al final lo sabemos, es su esposa reencarnada en otra mujer. Esto hace que la atracción entre ambos, y el encuentro final, se tornen algo ineludible, por la extraordinaria fuerza del destino.

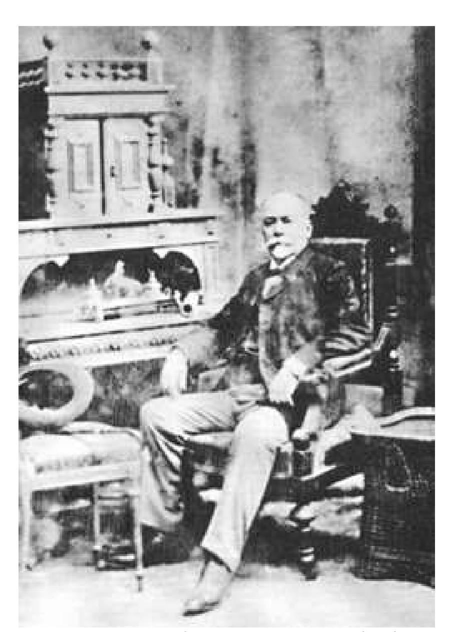
Es interesante señalarar que la criada que baña a Fernando y de una forma simbólica lo prepara así para el posterior encuentro decisivo con Rosalba, se llama Mirta. Conforme a lo que dice el diccionario de nombre de Océano, “Mirta: procede del latín myrtus “mirto”, que es una planta de flores blancas y olorosas muy espectaculares. Era uno de los apodos de Afrodita en la mitología griega, por ser planta sagrada dedicada a su culto.”

7- Para los alquimistas, el objetivo principal de la Gran Obra es la unión de los contrarios, es decir “Rebis” —la cosa doble, el andrógino— que conserva las particularidades de las dos iniciales, pero que crea una tercera.

7´- El abrazo de Fernando y Rosalba, precisamente al final de la novela, alcanza el grado de fusión y superación de los contrarios: “Fue tan grande la emoción que invadió nuestros seres y tan inmenso el inconcebible placer de nuestras almas en ese supremo instante, al estrecharla en mis brazos, que mi cuerpo y el de ella rodaron al abismo, mientras nuestros espíritus, libres de la terrestre envoltura, unidos en estrecho é inseparable lazo, vagaban sobre la encantada ciudad, en medio de la bruma crepuscular, entre el día que se despide y la noche que avanza…”

En los rosacruces, el color de la rosa se corresponde con distintos grados de perfeccionamiento. La rosa blanca es el punto más alto, lo que posibilita que el iniciado se eleve hacia un plano superior de existencia (no corporal); es por eso que al abrazarse Fernando y Rosalba, sus espíritus literalmente se fusionan y vuelan sobre el mundo material.

¿Piria rosacruz?



Piria en plena prosperidad

Mientras preparaba este trabajo, comencé a notar que ciertas palabras o expresiones, más que con la antigua alquimia, se relacionaban con los rosacruces (de acuerdo a lo que se podía apreciar en los comentarios que acompañan la edición de Mestas de "Las Bodas Alquímicas…"). Por eso intuí que tal vez Piria había formado parte de esta orden. Posteriormente, por una casualidad del destino, tuve en Montevideo una conversación —lamentablemente breve— con una maestra de la orden Rosacruz, que tenía más de cuarenta años en la misma. Obviamente se me ocurrió preguntarle si Piria había sido uno de los miembros. Me respondió que tenía la absoluta certeza de que así era.

Para poder rastrear las probables fuentes de *El socialismo Triunfante*, hubiese sido muy interesante tener acceso a la biblioteca de Francisco Piria. Lamentablemente, esto, por ahora, no va a poder ser. En busca de datos para esta investigación, entrevisté al señor Fabián Parente Piria, quien además de ser descendiente del personaje que nos ocupa ha conservado datos de tradición oral, que ha enriquecido con sus propias lecturas y entusiastas visitas a Piriápolis.

Esta persona me señaló que los libros que se encuentran en el castillo de Piria no son los que le pertenecieron a su célebre pariente, sino otros muy posteriores. Los originales desaparecieron en manos de algunos de los sucesivos propietarios que tuvo el lugar tras la muerte de su dueño, entre los que se cuentan particulares y la propia intendencia municipal del departamento de Maldonado. Esto no es de extrañar, ya que incluso el

propio castillo fue saqueado. Parente recuerda haber visto cosas que ya no están, como la grifería de oro, y hasta un sillón de peluquero que tenía el apoya cabeza y los posabrazos de oro, además de un retrato de Piria en el respaldo.

Para no incidir en sus respuestas, no le hablé en ese momento a Parente sobre el curso de mis investigaciones. Me limité a preguntarle a qué logia, o grupo de cualquier tipo pensaba que podía haber pertenecido su tío bisabuelo. Me contestó —como se sabe— que éste había integrado la masonería, pero que se había retirado porque no había encontrado en ella lo que estaba buscando. Más allá de esto, estimaba que probablemente había sido miembro de los rosacruces, "ya que otros caminos hubiesen estado reñidos con el cristianismo".

Luego le pregunté si recordaba, en Piriápolis, algún símbolo o inscripción que tuviese una rosa en el centro de una cruz. Recordó que sí, que efectivamente, había visto este símbolo en azulejos, y también en algunos muebles, que forman parte del patrimonio del Castillo de Piria, hoy convertido en museo.

El Socialismo Triunfante y Cristianópolis

Uno de los fundadores de la Orden Rosacruz, coautor de los Manifiestos Rosacruces, fue el célebre pastor luterano Johann Valentín Andreae, nacido en Alemania en 1586. Sin embargo, con posterioridad a las *Bodas Alquímicas*, escribió una serie de libros, que al decir de estudiosos como Emilio García Estébanez, tenían por objeto tomar distancia del movimiento rosacruz, ya que consideraba que éste se estaba apartando de la sobriedad y sencillez que deben tener los cristianos, y estaba tomando elementos esotéricos de otras religiones. Sobre esto hay una gran polémica. Mientras unos consideran que Andreae efectivamente se apartó de los rosacruces, otros estiman que en realidad se vio obligado a fingir una aparente renuncia (que nunca fue del todo clara) para evitar las persecuciones. Actualmente, los rosacruces reivindican su figura.

Hecha esta apreciación, ya que estamos considerando la posibilidad de que la novela de Piria tenga un trasfondo rosacruz, es interesante recordar que Andreae también escribió en latín, en 1619, una utopía conocida comúnmente como *Cristianópolis*. Precisamente, esta obra pertenece al período donde Andreae se vuelve hacia un cristianismo más tradicional, y por lo mismo más alejado de aquellos elementos herméticos que eran más del gusto de sus continuadores y que han llegado hasta los rosacruces actuales.

En *El Socialismo Triunfante* se habla de reencarnación, y aunque se manifiesta la supremacía de Jesucristo sobre todo, se contempla la presencia de distintos dioses. En *Cristianópilis* no se puede hablar de reencarnación,

sino de la resurrección de los cuerpos, y en el Templo sólo hay sitio para las imágenes de la Biblia y únicamente espacio para la figura de Cristo.

Sin embargo, hay conceptos que acercan a ambas utopías. Piria toma distancia del catolicismo, al igual que Andreae, que era protestante.

La ciencia no sólo no se opone a la religión de Cristo, sino que nos ayuda a comprenderla.

La educación también es similar. En *El Socialismo Triunfante* los niños son llevados a un internado a los cinco años, en *Cristianópolis* sucede a los seis. La educación, por otra parte, hace más hincapié en inculcar la religión y los valores que en desarrollar otro tipo de conocimientos. El cuidado del cuerpo y de la naturaleza también se destacan.

El arte está fuertemente condicionado a la censura del estado. La justicia civil está regida por una férrea moral cristiana.

El tres, con sus múltiplos, es nuevamente un número recurrente: Cristianópolis es una isla triangular, el visitante es recibido por tres examinadores, el gobierno es un triunvirato, hay 24 senadores con doce sustitutos. Las salas de la ciudadela son doce, de 33 pasos de ancho, 33 de largo y 12 de alto. La oración se realiza tres veces por día. Uno de los capítulos, el 63, se llama incluso "Los números místicos", donde se deja sentado que Dios ha hecho todo con números.

De acuerdo con el sentido de viaje iniciático que hay en *El Socialismo Triunfante*, el personaje despierta de un sueño de 200 años y renace a una nueva vida. Los Cristianopolitanos llaman "sueño" a la muerte.

Al igual que el protagonista de *El Socialismo Triunfante*, el de *Cristianópolis* recibe, apenas llega, un baño que tiene el valor de un bautismo, y es "vestido con ropas nuevas".

Por último, es interesante recordar que Fernando despierta en el estado Cisplatino cuando se está cumpliendo el solsticio de verano. El narrador de *Cristianópolis* señala "…lo más seguro de todo es que, si lo permite el cielo y no lo impide la tierra, y el mar está tranquilo, si es Cristo el mentor de la expedición y los compañeros están ávidos de una vida mejor, te subas a la nave cuya enseña es cáncer y tras una feliz travesía arribes a la misma Cristianópolis y, con temor de Dios, lo inspecciones allí todo con el mayor detenimiento". A propósito de "cáncer", Estébanez apunta: "Signo del zodíaco que simboliza el abandono de la tierra y el retorno al cielo". Ahora bien, a este dato, deseo agregar el siguiente: según el horóscopo, cáncer va del 21 de junio al 22 de julio. Precisamente, el solsticio de verano (para el hemisferio europeo) se cumple a partir del 21 de junio.

Finalmente, más allá de los puntos de encuentro existentes entre El Socialismo Triunfante y Cristianópolis, quiero reiterar la idea de que Piria está más cerca de los continuadores de Andreae, que del propio Andreae. O

tal vez debiéramos decir “de lo que Andreae estaba dispuesto a admitir”. La base cristiana, el sincretismo religioso, la tolerancia hacia otras religiones, la idea de reencarnación, el simbolismo de la rosa, y la tradición hermética de occidente en general, son todos conceptos que están presentes en los rosacruces actuales, y que también aparecen en *El Socialismo Triunfante*.

En su *Diccionario Esotérico*, Zaniah señala a propósito de los Rosacruces: “El movimiento rosacruz propendía a una reforma universal de carácter religioso-social tendiente a la elevación espiritual del hombre. En su esencia era un cristianismo esotérico fuertemente impregnado de corrientes herméticas, neoplatónicas, gnósticas, cabalísticas y alquímicas”. Todo parece encajar. Los nombres de los tres personajes principales no son casuales. Temístocles en griego significa “la gloria de la ley”. Históricamente fue un destacado político y general ateniense (¿525-460?), jefe del partido democrático de Atenas. Rosa del Alba alude al ideal alquímico. En ellos quedan sintetizados los dos niveles principales de lectura que tiene *El Socialismo Triunfante*: el político y el metafísico. Fernando, como sabemos, es el primer nombre de Piria. Tal vez esta fue la forma que el autor eligió para expresar su ideal rosacruz.

De todas maneras, lo que resulta concluyente es que *El Socialismo Triunfante* tiene evidentemente un trasfondo esotérico de peso, que como decía al principio de este ensayo permaneció ignorado más de un siglo. Mucho más importante que dilucidar si, además de integrar la masonería, Piria perteneció a la orden rosacruz, cosa que como vimos parece bastante probable, es saber que tenía una comunión de pensamiento con la misma y con la alquimia, y que esos ideales los transmitió a su utopía.

Una posible fuente

Una fuente de *El Socialismo Triunfante* —no la única— *podría* ser la utopía *Hypnerotomachia Poliphili* (1499, conocida también como *El sueño de Polifilo*), de Francisco Colonna, considerada una joya dentro de las utopías del Renacimiento, no sólo por la calidad de su texto sino también por la belleza de sus grabados, lo que ha hecho afirmar a algunos que es la obra más hermosa jamás salida de una imprenta. Para Federico González, el eje de esta obra estaría pautado por “como la Belleza es puerta de entrada a la Sabiduría por el Amor”.

Tiene un profundo sentido esotérico, con dioses paganos como Júpiter, Hermes, Cupido, Venus, etc. Es un viaje iniciático, de Conocimiento, en el que el protagonista Polifilo se enamora de Polia, que representa la Sabiduría. Si bien es un relato de inspiración pagana, tiene algunos elementos que me han hecho pensar que podría tratarse de una fuente de *El Socialismo Triunfante*:

1- Era una obra que gozó de cierto prestigio y era bastante conocida en

Europa entre las personas cultas de la burguesía y la nobleza que se interesaban por los temas esotéricos. Estaba escrito con giros de diversas lenguas: latín, griego, veneciano, toscano y castellano. Es bastante probable que Piria la hubiese leído si, como suponen gente como Stelardo, él frecuentaba círculos ocultistas. Con respecto a las lenguas, es obvio que conocía el italiano, ya que vivió en la península hasta los doce años, y la formación clásica que le dio su tío jesuita perfectamente pudo haber incluido —según era costumbre— el latín y el griego.

2- La obra finaliza cuando los protagonistas se besan y se unen en un estrecho abrazo. La unión de ambos personajes esotéricamente se relaciona, como en la obra de Piria, con la conjunción de dos cuerpos que buscan ser uno. En el momento del abrazo se descubre que todo lo vivido fue un sueño. Aquí las coincidencias son notables.

3- También se pueden apreciar algunas coincidencias estilísticas que no me parecen nada despreciables. Por ejemplo, refiriéndose a las ninfas, Colonna escribe que tenían las cabelleras “lascivamente atadas con cordones de plata”, y utiliza el adjetivo “lácteas” para describir la blancura de sus gargantas.

En *El Socialismo Triunfante* Piria escribe que Rosalba llevaba puestas unas pequeñísimas sandalias de cuero de cocodrilo que “aprisionaban lascivamente sus pies”, y describe sus brazos como “mórbidos y lácteos”. La utilización en ambas obras del adjetivo lácteo para destacar la blancura de una piel, puede, de acuerdo a ciertos cánones de belleza, tomarse como una coincidencia plausible. No me parece tan natural sin embargo, el uso que se hace del término “lascivamente”. Las cintas no atan “lascivamente” las cabelleras, ni los calzados aprisionan “lascivamente” los pies. Creo que en este caso Piria se vio literariamente influenciado por Colonna. Yo estimo que en determinado momento de la narración de *El Socialismo Triunfante* Piria debió —inconscientemente— recordar estas palabras. Esta influencia podría estar explicando un error que ya hemos oportunamente señalado. Hasta ese momento Rosalba había sido descripta como con una joven pura y virginal, nada más alejado de lo lascivo y lo mórbido, pero lo que es más concluyente, se la había presentado no destacando la blancura de su piel, sino por el contrario, afirmando que era “trigueña”.

De confirmarse esta eventual fuente, no sería de extrañar que Piria hubiese tenido en su poder un ejemplar, incunable donde los haya, de la *Hypnerotomachia Poliphili*. Sin duda un motivo más para lamentar la desaparición de su biblioteca. Ya había señalado que Parente sostenía la tesis de que la biblioteca se había “perdido” en manos de los distintos propietarios que había tenido el castillo. Más recientemente, el arquitecto Juan Antonio Ackerman, que está estudiando algunos aspectos de Piria, me señaló que, según le habían revelado vecinos de Piriápolis, cajas con libros y papeles de todo tipo habían sido arrojadas a la calle por algunos de los

descendientes, encolerizados con lo expuesto en el testamento.

Pablo Dobrinin

Notas:

1:- En el libro *Borges y la Ciencia Ficción*, Carlos Abraham menciona —además de *El Socialismo Triunfante*— a las siguientes utopías latinoamericanas:

- 1878: *Desde Júpiter*, del chileno Francisco Miralles

- 1879 : *Buenos Aires en el año 2080*, de Achilles Sioen.

- 1891: *En el siglo XXX*, de Eduardo de Ezcurra.

- 1904: *La estrella del Sur (a través del porvenir)*, de Enrique Vera y González.

2:- Ahora que escribo esto, no puedo dejar de recordar que en este 2006 se está hablando mucho en Uruguay, en distintos medios de comunicación, del invento del ingeniero Armando Regusci, autor del "motor Regusci", que funciona con aire comprimido y que es altamente recomendable por ser muy económico y no provocar contaminación. Regusci, docente de física, matemática, además de mecánico e inventor, también cree, como Piria lo expresaba en 1898, que el aire comprimido es la energía del futuro, aplicable a vehículos de tierra, mar y aire. Este inventor en 1993 recorrió 100 km. en una moto con una sola carga de aire comprimido, y también probó su invento con éxito en un auto. Ya ha conseguido vender una importante cantidad de acciones entre personas que han decidido apoyar el proyecto de comercializar su invento. Para el correr de este año tiene planificado sacar al mercado una moto que se estima costará unos 600 dólares.

El auto de Regusci, apenas el "esqueleto" de una carrocería con motor, no deja de recordar al inventado por Piria:

"Durante el día, las calles centrales sólo están destinadas al movimiento de personas con sus respectivos carruajes, si así puede llamarse a una especie de canastos de alambre, niquelados uno y dorados otros, forrados de fina seda, sostenidos por un eje de aluminio que descansa sobre dos ruedas del mismo metal, con llantas de goma, movidos eléctricamente algunos, mientras los más eran impulsados por el aire comprimido, que tantos beneficios ha reportado en la vida actual, según el invento hecho por el célebre Oscar Rossini á mediados de este siglo". (pág.16 de la edición del

2002 de *El Socialismo Triunfante*).

Publicaciones de Piria:

- *Impresiones de un viajero en el país de los llorones*, 1879 (con el pseudónimo de H. Patrick)

- *La familia del coronel*, Montevideo, 1881, por orden de "La industrial".

- *Mr. Henry Patrick en busca del pueblo oriental*, Montevideo, Rius y Becchi, 1882 (H. Patrick).

- *Dos palabras al pueblo trabajador, honrado, económico y progresista sobre el que descansa el porvenir de la Patria*, Montevideo, Imprenta y encuadernación de Rius y Becchi, 1884.

- *Un pueblo que ríe*, Montevideo, "La industrial", 1886 (H. Patrick).

- *El Socialismo Triunfante*, Montevideo, Dornaleche y Reyes 1898.

- *Misterio*, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1902.

- *Una manera única de hacer fortuna*, Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1906.

Bibliografía utilizada:

- *El Socialismo Triunfante - Lo que será mi país dentro de 200 años*. Francisco Piria, Colección : Los libros de Piria. Editado por Rutrin S.R.L., 227 pág., Buenos Aires, Argentina. Febrero de 2002 (edición de 500 ejemplares). (Publicado originariamente por Dornaleche y Reyes, en Montevideo, en 1898).

- *Alquimia, el secreto entre la ciencia y la filosofía*. Andrea Aromático, Ediciones B, Barcelona, 1997.

- *La Alquimia y el Grial en el Río de la Plata*. Julio C. Stelardo, Editorial Aymara (RIKENEL S.A.), agosto del 2002.

- *Diccionario Esotérico*. Zaniah, editorial Kier, Buenos Aires, 2003.

- *El Simbolismo Cristiano*. John Baldock, editorial Edaf, Madrid, 1992.

- *Las Utopías Renacentistas - Esoterismo y Símbolo*. Federico González, editorial Kier, Buenos Aires, 2004.

- *Bodas Químicas de Cristián Rosacruz*. Valentín Andreae, Mestas ediciones, Madrid, mayo del 2001.

- *Cristianópolis*. Título original: *Reipublicae Christianopolitanae Descriptio*. Johann Valentín Andreae. Edición de Emilio García Estébanez. Akal ediciones, Madrid, 1996.

- *Escuelas Esotéricas de Occidente*. Mariano J. Vázquez Alonso, Ediciones

29, Barcelona, septiembre de 1994.

- *Diccionario Esotérico de la Biblia*. Océano/Abraxas, Barcelona, 2000.

Para aquellos interesados en ahondar en la biografía de Francisco Piria, les recomiendo:

- *Por los tiempos de Francisco Piria*, Luis Martínez Cherro (nueva edición corregida y ampliada), Banda Oriental, 2003. Edición original de 1990. (Me parece un acto de justicia recomendar este libro, ya que todo el mundo se aprovecha de las investigaciones de Martínez Cherro para escribir artículos, sin tener al menos la decencia de citarlo).

Martínez Cherro no analiza el tema de la alquimia; si alguien está interesado en este punto es conveniente leer el artículo de Jorge Floriano publicado en internet, que cuenta con fotografías de Daniel Buschiazzo. La dirección es: http:webs.montevideo.com.uy/arcano23/Junio/Piria01.htm

Finalmente, se me ha informado que la directora del museo que funciona en el Castillo de Piria está preparando un libro con fotos y explicaciones de los símbolos alquímicos allí presentes, que tiene por objeto servir de guía a los visitantes.

Ilustrado por Valeria Uccelli
Axxón 164 - julio de 2006

Batiburrillo

Saurio



Año 1 - Número 6 - Director: Saurio. Precio de este ejemplar: Uno y la mitad del otro



Mau[illegible] n[illegible] las [illegible]udas [illegible]s lectores. En este número: **La co[illegible]tende convertir a los EE.UU. en una nación de bebés [illegible]**

Basidio Rickettsia comenta la serie argentina **Un sucio trapo rojo**



¿Quiere el lector iniciarse en el Ocultismo? Entonces deberá conocer la obra del esoterista eslobovio Theofeles de Plumbeoasinus, tal como nos las presenta Mauricio Gafento.

Me la sé lunga

Mauricio Gafento



Reverenciado Mauricio Gafento:

Normalmente yo no lo presto atención a las teorías conspiranoicas, pero el otro día un compañero de trabajo me comentó que en el programa de Néstor Kazalix, periodista a quien tengo reputado como serio, habían mencionado que los terroristas musulmanes estaban contaminando las reservas de agua de Estados Unidos con una sustancia indetectable que afecta el desarrollo hormonal de los bebés en gestación y los convierte en homosexuales.

Como te imaginarás, no le di mayor importancia al asunto y traté de convencerlo de que había escuchado mal. Pero esa misma tarde, volviendo a mi casa en colectivo, el chofer le comentaba a un colega sobre este mismo asunto, mencionando nuevamente al programa de Kazalix.

Por varios días escuché *Despiértese informado o se lo come el león* pero no volvieron a hacer mención de esta

¿leyenda urbana? y yo me quedé con la intriga.

Así que recurro a tí, Fuente de Todo Saber, para que me aclares de qué se trata todo esto y cuánta verdad hay en el asunto.

Atentamente

Adalberto Mignotta, de Apeadero del Conde (Pcia. de San Herminio)

Ah, Adalberto, para responderte correctamente habría que definir el concepto de "verdad". Empecemos diciendo que sí, que Néstor Kazalix leyó esa noticia en su programa ***Despiértese informado o se lo come el león*** pero que, lamentablemente, nadie lo escuchó (debido a un problema en la transmisión que lo dejó fuera del aire por unos pocos segundos) cuando decía que esa noticia estaba levantada del tabloide sensacionalista ***The Irrational Enquirer*** y que no debía tomársela seriamente. Si hubieras llamado al programa los días siguientes al comentario la telefonista te hubiera aclarado este malentendido.

Lo que ***The Irrational Enquirer*** publicó en su edición del 15 de mayo de 2009 fue un resumen algo escueto del libro (si se puede llamar libro a 119 fotocopias anilladas) ***The truth about the conspiracy that is trying to make us a nation of gay babies*** (*La verdad sobre la conspiración que está tratando de convertirnos en una nación de bebés homosexuales*) de Edward Loompanics. En esta obra Loompanics revela (sin aportar ninguna prueba, claro está) un complot que viene gestándose desde fines de la Segunda

Guerra Mundial, cuando el satánico Dr. Johannes Walburga (conocido como "El ángel del vacío sin nombre" por sus crueles experimentos con bombas de succión en los prisioneros del campo de Beschissen) huyó de la persecusión aliada y se refugió en un inhóspito paraje de la Patagonia argentina.

Según Loompanics, Walburga pasó la mayor parte de los 50 y 60 diseccionando los cerebros vivos de los prisioneros mapooches (sic) que sus acólitos capturaban en las tolderías cercanas, buscando indicios que probasen sus teorías raciales. Uno de sus descubrimientos fue que los hipotálamos de los sujetos varones homosexuales tenían el mismo tamaño que el de una hembra heterosexual. Curiosamente, jamás le preguntó a sus víctimas qué orientación sexual tenían ya que Walburga afirmaba poder determinarlo con sólo mirarle la cara al prisionero. Envalentonado con este descubrimiento, comenzó a experimentar con estrógenos sintéticos y barbitúricos, inyectándoselos a prisioneras embarazadas. Walburga afirma en uno de sus diarios que "nueve de cada diez de los varones nacidos después de este tratamiento han desarrollado comportamientos homosexuales, a saber: lloran por cualquier cosa en público, no controlan sus esfínteres orinando y defecando en cualquier parte y tienen una marcada tendencia a succionarse el dedo y otros substitutos del pene". Unos años más tarde agrega que los sujetos "continúan comportándose como maricas redomados: no muestran interés en los deportes masculinos, orinan sentados en vez de parados y tienen una predilección enfermiza por los pepinos, los nabos, las zanahorias y

otros vegetales de forma alargada que, seguramente, se introducen en sus sodomizados anos cuando uno no los mira, porque tampoco es que estoy todo el santo día observando a estos pendejos putos de mierda, que uno tiene cosas más importantes que hacer, carajo, qué se han creído".

Fue este descubrimiento lo que le permitió a Walburga urdir un plan para vengarse de los Estados Unidos y de sus socios sionistas: convertiría a todos los recién nacidos en homosexuales, quienes, debido a su repudio al sexo femenino, serían incapaces de reproducirse y, por lo tanto, la población de dichas naciones caería estrepitosamente. Además, dada la cobardía natural de los homosexuales, los ejércitos de EE.UU. e Israel quedarían desarmados, facilitando la invasión y conquista de estos países por parte de las tropas de Walburga.

Lamentablemente, para llevar a cabo este plan Walburga necesitaba disponer de capital y recursos en una escala muy superior a la que estaba acostumbrado. Así que durante los 70 todos sus esfuerzos se focalizaron en la clonación de guerreros arios a partir de las células de su cuñado Klaus Arschficken, así como la evolución acelerada de los inferiores mapuches utilizando cámaras hiperbáricas potenciadas con energía bio-piramidal rúnica. Los resultados no fueron los esperados y los defectuosos niños fueron abandonados en medio de la cordillera de los Andes. Se dice que algunos de estos mutantes sobrevivieron y formaron una cerrada comunidad en una caverna subterránea del volcán Lanín que se comunica en forma directa con la ciudad de Erks (la cual,

como todos sabemos está a cargo de remanentes de Atlantes del reino de Mu y sacerdotes Esenios), pero esa es otra historia que alguna vez contaré en esta sección.

Desesperado, en 1979 Walburga abandonó su escondite y visitó la ***XXIII Feria Internacional de Villanos contra el Mundo Libre*** que se celebraba ese año en Styervogrado (U.R.S.S.). Allí trabó amistad con Abdul al Bacha-Bawz, de la organización fundamentalista Charra Alaik Katha ath Nan Sharmuta, quien le ofreció su ilimitada fortuna para financiar el plan de homosexualizar a los EE.UU. y el Estado de Israel. Debo aclarar, para corregir el error deslizado en ***The Irrational Enquirer*** y en el programa de Kazalix, que la organización Charra Alaik Katha ath Nan Sharmuta (CAKaNS) no es ni musulmana ni de ninguna religión sino todo lo contrario: sus miembros son ateos fundamentalistas que se creen elegidos por ellos mismos y que ninguna entidad sobrenatural recompensará sus muertes en atentados con sitiales de honor en un ficticio lugar extraterreno donde, por supuesto, no disfrutarán de ningún placer ni de la carne (la cual ha comenzado su proceso de putrefacción y disgregación en moléculas más simples) ni del espíritu (que no existe en lo absoluto) de manos de ningún ser fantástico de sexo femenino inventado por una sociedad patriarcal para preservar el statu quo, ya que después de la muerte no hay nada ("y el que opine lo contrario se las tendrá que ver con nosotros" agregan). Es más, los miembros de la CAKaNS no son racistas en el sentido habitual del término ya que consideran a toda la humanidad como seres inferiores con respecto a ellos, quienes se

declaran descendientes de los Atlantes Originales tratando de reconquistar el planeta que perdieron cuando la isla-continente se hundió tras la lucha del héroe primigenio Popatik Hartu contra el demonio Joan Pikutara (inquiridos cómo se complementa esto con el ateísmo rabioso que profesan los miembros de la CAKaNS se hacen los idiotas, miran para otro lado y le vuelan la cabeza de un tiro a quien pregunta).

Pero me estoy yendo por las ramas. Lo cierto es que Loompanics dice que, a partir de este encuentro, Walburga y la CAKaNS han trabajado juntos, desarrollando métodos para que la droga que transforma a bebés normales en potenciales homosexuales pueda afectar a toda la población de los EE.UU. e Israel. Originalmente, como ya dije, Walburga había pensado administrarla en forma inyectable, pero tanto esto como el otro método considerado (la ingesta oral en forma de píldoras) se chocaron con el escollo de tener que pasar los controles de la FDA. Intentaron distribuirla por intermedio de los carteles del narcotráfico pero no sólo la droga no producía ningún efecto alucinógeno, narcótico, psicotrópico o estupefaciente sino que estaba el problema de convencer a todas las embarazadas que se volviesen drogadictas. Finalmente, Walburga logró sintetizar (o al menos eso es lo que Loompanics dice) una versión soluble en agua de la droga, la cual estaría siendo vertida en las reservas hídricas de EE.UU. e Israel.

Ahora bien, ¿qué hay de cierto en todo esto? La existencia de Walburga y de la CAKaNS es cierta, pero del médico nazi se

desconoce el paradero desde 1944 y, hasta donde se sabe, la organización terrorista está conformada por Abdul al Bacha-Bawz, su cuñado Risoma von Gadverdamme y el pequeño camellero Alí ben Lisba. El resto de la conspiración aparentemente sería producto de la imaginación enferma de Edward Loompanics quien, como recordarán los lectores habituales de esta columna, está internado en el Wassaloopa Cognitive Neuropsychiatry Hospital desde que intentó matar a toda una familia de Arkansas golpeándolos con un coliflor hervido.

Así que, Adalberto, no te preocupes, el que haya más homosexuales visibles hoy día no se debe a ningún complot sino a razones más pedestres y obvias: la gente se ha vuelto un poco más tolerante (o un poco más hipócrita) y no le importa cómo goce sexualmente su vecino (si es que el vecino lo invita a espiar o incluso a participar, por supuesto, porque en cuanto alguien quiere relegar su sexualidad al ámbito de lo privado nuestros instintos nos vuelven terriblementes curiosos y hasta que no sabemos quién se acuesta con quién y cómo lo hacen no descansamos tranquilos).

MAURICIO GAFENTO

Una estrella en el hielo: Un sucio trapo rojo

Basidio Rikettsia



Un sucio trapo rojo. *Argentina 2009. Serie creada y desarrollada por Alejandro Sesa. Con Fabián Bonasera, Norman Nortavowsky, Victoria Díaz Grey e invitados especiales. Capítulos de una hora)*

Argentina no se caracteriza por la calidad con la que el cine y la televisión encararon el género fantástico ya que, salvo honrosas excepciones, siempre cayó en los peores vicios de todas sus producciones audiovisuales. ***Un sucio trapo rojo*** es una de esas honrosas excepciones, que sorprende al espectador con su constante cruce de géneros y su sutil sentido del humor.

Seguramente los lectores ya habrán visto algunos de los

capítulos, pero para aquellos que viven en un termotanque repetiremos aquí las palabras con las que un Ernesto Zabalsazu en penumbras abre todos los capítulos:

“Es un lugar común en el discurso de la extrema derecha decir que los desaparecidos no están muertos. En mi caso, eso es verdad. Más o menos. No estoy muerto, pero tampoco estoy vivo. Es que, además de un desaparecido, soy un vampiro.”

De eso se trata ***Un sucio trapo rojo***, de la historia del joven activista de izquierda Ernesto Zabalsazu quien, por organizar una sentada en reclamo de la colocación de un semáforo en una peligrosa intersección del barrio San Nestoriano, es capturado en 1976 por un grupo de parapoliciales, torturado hasta el borde de la muerte y luego arrojado desde un helicóptero al Río de la Plata. Su cuerpo es recogido por Simón Stolowski y llevado a la recóndita isla del Tigre donde él vive. Stolowski es un vampiro judío (sí, parece un chiste pero no lo es, existen, aunque no son muy conocidos) sobreviviente de Auschwitz, cuyo propósito de venir a la Argentina había sido perseguir y asesinar a los nazis refugiados en esta zona de Sudamérica pero luego de varios actos de venganza se dio cuenta de que no estaba siendo diferente del objeto de su odio. Al ver que Zabalsazu había muerto recientemente, al ser arrojado al río, Stolowski lo resucita convirtiéndolo en vampiro y se convierte en una especie de maestro y tutor para el joven.

De allí saltamos a la época actual, con el protagonista instalado en un viejo conventillo de San Telmo. Inicialmente (en la década de los 80 y 90) a Zabalsazu lo mueve un odio similar al de

su maestro, usando sus poderes vampíricos para vengarse de los represores de la última dictadura, pero con el correr del tiempo (y de los capítulos) va transformándose en una especie de superhéroe de color local e ideología marxista que hace justicia por mano propia contra villanos neocapitalistas, punteros de la mafia bonaerense, oligarcas nostálgicos de las épocas golpistas, nacionalistas trasnochados y otras lacras argentinas. Todo esto puntuado con flashbacks de su entrenamiento con Stolowski (con evidentes guiños a la serie ***Kung Fu***) en los que vamos siguiendo el progreso de Ernesto como vampiro.

El último capítulo emitido proponía un nuevo giro en la historia, cuando Zabalsazu conoce a Melina Strigoiul, una vampira de quien se enamora perdidamente. Melina trata de convencer a Ernesto de salir literalmente de la oscuridad y de comenzar una carrera en política, gracias al irresistible carisma y a los poderes mentales que los de su especie poseen. Por su parte, Stolowski decide salir de su exilio voluntario y se dirige a hablar con su discípulo.

Veremos que ocurre.

BASIDIO RICKETTSIA

Antiguo Grimorio de Artes Herméticas

Mauricio Gafento



En una de mis expediciones a los sótanos húmedos de oscuras librerías de viejo encontré un mohoso ejemplar del ***Antiguo Grimorio de Artes Herméticas*** *del esoterista eslobovio del siglo XIX Theofeles de Plumbeoasinus (también conocido como Bullatus u Om Asum). Y si bien yo estoy en contra de la difusión de la charlatanería, el texto de Plumbeoasinus es lo suficientemente*

interesante como para ir publicándolo en estas páginas. Espero que los lectores lo disfruten y encuentren en sus textos ejemplos de los absurdos a los que llega el pensamiento mágico.

Mauricio Gafento

Ritual de Purificación para Iniciarse en las Artes Herméticas

En el ocultismo existen tecnicismos secretos que a veces pueden actuar en forma maligna si son realizados por manos ignorantes o mentes que poseen ciertos agregados psíquicos indeseables fijados en forma traumática.

El noventa y nueve por ciento de los pensamientos humanos es negativo y perjudicial, por lo que es importante segregar y disolver estos ciertos agregados psíquicos indeseables antes de proseguir. Por eso quien se encuentre en el Camino para Iniciarse en las Artes Herméticas deberá purificarse no ingiriendo ningún alimento de origen animal y realizando el siguiente Ritual:

Deberá colocarse el Ocultista de cara al levante, vestido solamente con una ligera túnica de lino blanco. Procederá entonces a disolver toda catexis suelta aspirando vapores de lejia hirviendo en un caldero de bronce que un acólito gentilmente le acercará a las

narices (el ocultista no deberá tocar ningún objeto, a riesgo de quedar impurificado para toda la cosecha). Los vapores deberán ser retenidos en el interior del organismo de quien está siendo purificado con el fin que impregnen sus siete chakras y sus nueve kinthas.

Una vez que toda catexis suelta ha sido di-suelta, el ocultista se enfrentará con un cliché astral monstruoso, agresivo y repulsivo en su fealdad más allá de todo lo imaginable. De esta manera se asegurará que todos sus intestinos están libres de putrefacción y astrosomas negativos.

Tras esto viene la *destrucción de la lujuria y la pasión desenfrenada*, en la que el ocultista elimina todos sus instintos animales. Para ello uno o más acólitos procederán quemar los genitales del ocultista con teas elaboradas con ramas de palisandro de Birmania que han sido cortadas en el solsticio de invierno y brea vegetal o de biomasa que se obtuvo de la pirólisis de materiales orgánicos impolutos. El ardor y el dolor producidos por el fuego podrán ser calmados con un emplasto de benjuí, incienso y mirra combinado con la piedra Fluorita de la China, la cual brinda la cualidad de favorecer el desarrollo de la Visión Interior y actúa en el Cuerpo Mental que se expresa a través de la “Piel”. Con este bálsamo el ocultista se libera de los excesos de energía nerviosa o negativa, equilibrando sus desórdenes psicológicos y estimulando su apatía.

Luego de esto viene la *destrucción de las ambiciones materiales*, en la que el ocultista elimina toda su codicia y su deseo

de poseer bienes suntuarios. Para ello deberá extender sus brazos al frente, introduciendo sus manos hasta las muñecas dentro de un receptáculo de madera que dos acólitos le presentan, liberando así una serie de cuchillas y martillos que cercenan las manos del ocultista. Los muñones se cauterizan con las mismas teas de palisandro y brea de la etapa anterior y se aplica el mismo bálsamo para aliviar las heridas.

Tras esto, un Gran Maestro procederá a la Apertura del Tercer Ojo del ocultista. Este deberá arrodillarse y su cabeza será sostenida por un fornido acólito. El Gran Maestro, luego de invocar a la Serpiente de Cobre (o Cliché Redentor de lo Astral Medio), utilizará el Terebrum Botularius (o Trépano Gordo) para horadar entre el hueso frontal y el *Os nasale* y así llegar al centro geométrico del cerebro donde se encuentra la glándula pineal o epífisis. Con el Forceps Terrificus traerá a la superficie el Asiento del Alma y así el ocultista podrá acceder a los Dominios del Pensamiento Astral y ver más allá de lo Físico.

Habiéndose realizado estas etapas en la forma y el orden correcto, el ocultista puede estar seguro que su alma está pura y enfocada como para realizar cualquier tecnicismo hermético sin correr riesgos innecesarios.

Ritual hore para llamar a los espiritus

Este antiquísimo Ritual, previo a los Egipcios y a los Atlantes, le permitirá al ocultista llamar a los Espíritus que moran en el Más Allá.

Para ello deberá tomar una vela negra hecha con grasa de cabra tuerta y encenderla por los dos extremos. Con el cebo derretido trazará un pentagrama doble mientras repite la invocación "Tlef'yeht Satsuj d'kool Seugnot Yllems".

Luego el ocultista debe introducirse desnudo dentro del pentagrama. Sus acólitos le acercarán un brebaje preparado con ajenjo, sangre de salamandra moteada y extracto de beleño recogido en la noche de San Juan. Tras ingerir esta pócima, el ocultista debe exclamar "Eno'morf eye'na Kculp, Bmud era'hsif, Yadot tac'a Kcik, tac'a Kcik, tac'a Kcik".

Los acólitos le acercarán entonces rodajas de pan enmohecido que fueron dejadas durante tres lunas en lugares por donde caminan cucarachas. El ocultista agradecerá a Weescoosa La Que Conoce El Camino. Los acólitos le alcanzarán entonces fetas de bofe de cordero encurtidas en vinagre de manzanas verdes. El ocultista nuevamente agradecerá a Weescoosa y preparará un sandwich con el pan y el fiambre recibidos. Luego de repetir tres veces "Lleh fo Slleps Citsuac / Senob Nekorb Tiperced Deelb 'na / Nopu Sknio Gnid'uxe Te'a Sey" se comerá la vianda.

Si el ritual se ha realizado correctamente, en este momento los espíritus serán llamados. Probablemente no contesten, porque son unos maleducados, pero uno no puede decir que no hizo el intento.

Entrevista con Terry Pratchett

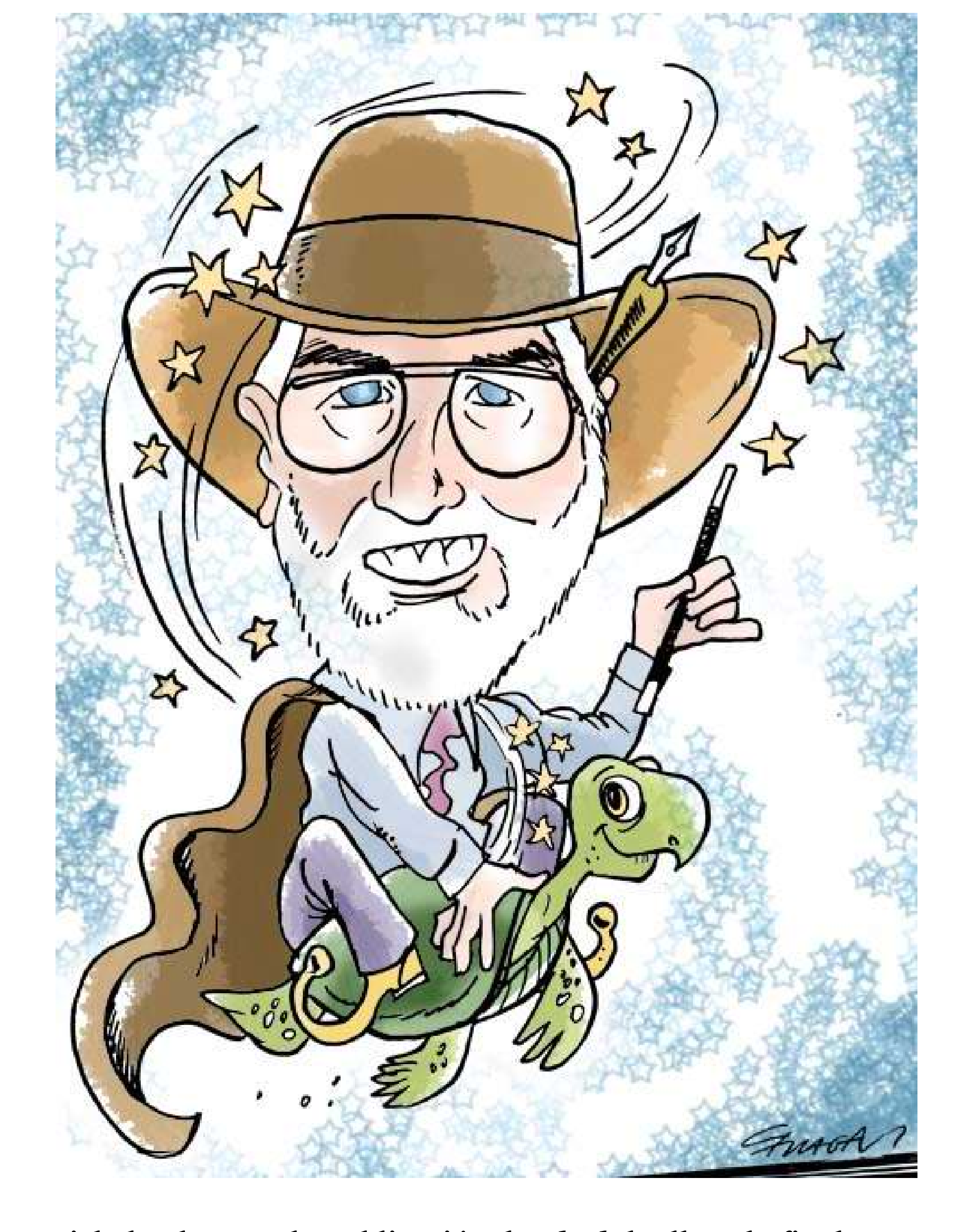
Michel Lohr

Terry Pratchett, o Terryho Pratchetta, como dicen en la República Checa, no necesita presentación. Si usted no ha oído hablar de él, ¿dónde ha estado, por Dios? Terry ha vendido millones de libros a lo largo de los años, y no lo haré llorar del aburrimiento con las cifras, pero las estadísticas de ventas, al menos en el Reino Unido, son asombrosas. Incluso ha llegado a las listas de best sellers en Plutón, así que ya no es una excusa decir que usted no lo conoce porque es un extraterrestre que acaba de llegar a la Tierra.

Pratchett nació en 1948 en la ciudad de Beaconsfield, en Buckinghamshire, Inglaterra. Su obra más conocida es la serie Mundodisco (*Discworld*), y es considerado uno de los mejores satiristas que escriben actualmente; a menudo se lo compara con Douglas Adams, Charles Dickens, P.G. Wodehouse y similares. Su primer trabajo publicado, “The Hades Business”, apareció en 1963 en la revista Science Fantasy. Su segundo cuento, “Night Dweller”, apareció en 1965 en la revista New Worlds. Su primer novela, *The Carpet People*, se publicó en 1971.

Recientemente escribió *Thud!*, obra de Mundodisco que se convirtió en un best seller internacional. A la novela le siguió la publicación de *Wintersmith* (novela número 35 de Mundodisco) en Gran Bretaña. Entre algunas de sus publicaciones recientes está “Dónde está mi vaca”, que pronto será un clásico infantil, además de *The Johnny Maxwell Slipcase*, editado por Corgi en tapa blanda y que incluye “Only You Can Save Mankind” (“Sólo tú puedes salvar a la Humanidad”), “Johnny and the Dead” y “Johnny and The Bomb”. Además, HarperCollins Publishers ha editado *Only You Can Save Mankind (Johnny Maxwell Trilogy)* en tapa dura. En 2002, la novela de Pratchett *The Amazing Maurice and His Educated Rodents* ganó la Medalla Carnegie a mejor novela infantil.

Y para los más fanáticos existe una fascinante colección de ensayos sobre Terry Pratchett y su obra, editada por Andrew M. Butler, Edward James y Farah Mendelsohn, titulada *Terry Pratchett: Guilty of Literature*. Fue publicada por la Science Fiction Foundation. Si usted es un fan y aún no tiene una copia, valdría la pena que la consiguiera hoy mismo; es una lectura que atrapa.



Michel Lohr: Con la publicación de *Thud!* ha llegado finalmente al top ten de best sellers de tapa dura del New York Times. Creo que llegó al número cuatro. ¿Qué se siente haberlo logrado después de todos estos años?

Terry Pratchett: Uno se siente bien, por supuesto, pero me alegré más por mi editor y mi publicista. Hace unos seis años, yo apenas era un éxito "underground" en los Estados Unidos. Entonces cambió la administración de Harper y se comenzaron a deshacer más de diez años de malas decisiones corporativas, y quiero decir realmente

malas. Pero supe que las cosas estaban mejorando cuando entré a un local de Barnes & Noble en Nueva York y vi una estantería con mis libros. Las librerías de los Estados Unidos no exhiben material que no se vende.

Según tengo entendido, el primer negocio en que firmé ejemplares en el reciente tour en Estados Unidos vendió todos los ejemplares de mis libros, así que los fans decepcionados fueron a otra librería que quedaba cerca y la saquearon también. Me preguntaban si no me sentía orgulloso y yo pensaba: "¡Maldición! ¡La gente que venga mañana no tendrá nada qué comprar!"

ML: ¿Qué lo inspiró para escribir "¿Dónde está mi vaca?"? Lo que quiero decir es, ¿es posible que la población bovina esté tratando inconscientemente de apoderarse del mundo? La banda de rock de Seattle Mudhoney lanzó el disco *My Brother the Cow* [*Mi hermana la vaca*], la enfermedad de la vaca loca ha proliferado los últimos años, *The Tao of Cow: What Cows Teach Us* [*El tao de la vaca: lo que las vacas nos enseñan*] de Dolly Mu es un bestseller reciente. Yo mismo escribí un cuento basado en vacas para una antología de ciencia ficción, llamado *The Holy Church of Moo — A Call to Cud* [*La Santa Iglesia de Mu — Una llamada a rumiar*]. ¿Qué está pasando?

TP: No sé. Escribí "¿Dónde está mi vaca?" porque mi editor se enamoró de la idea. Es explosiva, un poco de diversión, y una oportunidad para que Melvyn Grant haga algunos dibujos maravillosos. Las vacas tienen algo intrínsecamente divertido.

ML: Con el éxito moderado que tuvo la película de *La Guía del Autoestopista Galáctico*, ¿cree que es más posible que se filme Mundodisco, pese a la debacle de *Buenos Presagios* y el proyecto de Dreamworks?

TP: En teoría hay una producción de Mundodisco que se empezaría filmar el año que viene, pero supongo que algo se cruzará en el camino. Las películas terminan por no hacerse.

ML: ¿Cuál diría que ha sido la experiencia más decepcionante de su carrera?

TP: Nunca hubo una gran desilusión, pero fue decepcionante que a *Buenos Presagios* le fuera tan mal en los World Fantasy Awards de 1991; tal vez porque era cómica. Ése es el nivel de las cosas. Las decepciones de esfuman. ¡Las ventas continúan!

ML: Mirando su carrera en perspectiva, ¿cuál es la novela más decepcionante que ha escrito? ¿Cuál hace que se agarre la cabeza y farfulle “¿Por qué escribí eso?”?

TP: *Rechicero*. La escribí porque los fans querían otra novela con Rincewind. Yo no la quería. Me puse a trabajar en ella y se quedó tres meses en la lista de best sellers. Por algún motivo, eso me puso incómodo.

ML: Recuerdo que hace algunos años usted se interesó superficialmente en la apicultura como un hobby. Unos amigos míos tienen una lucrativa granja apícola en West Virginia. ¿Sigue con la apicultura? ¿Qué lo atrajo a ella?

TP: ¿Superficialmente? ¡No se puede estar interesado *superficialmente* en la apicultura! Eso también lo aprendí de los ancianos, que me dieron consejos prácticos que no se encuentran en los libros.

¿La atracción? Es un cable a tierra. Hay que entender un ritmo que, por lo general, no se controla. Se logra un montón de miel. ¡Y los vecinos definitivamente esperan que mi ganado paste en su tierra!

Tuve que dejarla por los tours de primavera, en medio de la temporada de mayor trabajo. Espero que pueda volver en un par de años.

ML: ¿Alguna vez tuvo problemas con sus abejas, como que un gran enjambre escapara e invadiera pueblos, atacara vicarios y esas cosas?

TP: No. Las abejas de un enjambre suelen ser increíblemente dóciles, al menos por unas horas. El arte de la apicultura es no tener problemas.

ML: Una vez entrevisté al escritor irlandés Robert Rankin y le pregunté si consideraría escribir un libro en colaboración con usted. Él soltó un monólogo diciendo que nunca escribe con nadie y ni siquiera lo pensaría. En este punto de su carrera, ¿hay alguien con quien de verdad quisiera trabajar en un proyecto?

TP: ¿Quiere decir si buscaría activamente trabajar con alguien? No. *Buenos Presagios* (escrita con Neil Gaiman) fue un golpe de suerte: la persona correcta, con el proyecto correcto, en el momento correcto. Dudo que vuelva a suceder algo así.

ML: Su serie Mundodisco empezó en la década de 1980, y en ese tiempo era más que nada una parodia o una burla de las obras de fantasía heroica; una ambientación pseudomedieval con magos, bárbaros, etc. Pero a través de los años, a medida que su estilo se desarrollaba y ganaba sofisticación, empezó a satirizar todo, desde la religión hasta Hollywood, las fechas patrias y el complejo militar-industrial. ¿Cómo ha cambiado y evolucionado Mundodisco en estos años?

TP: Eh… ¿No tendría que preguntarle a un lector? Yo creo que sólo estoy escribiendo mejor.

ML: En realidad, esta pregunta fue enviada por uno de sus fans. El caballero que la envió jura que leyó todos sus libros dos veces, una del derecho y otra colgado de cabeza, suspendido de botas antigravedad que brillan en la oscuridad.

Para obtener más información sobre el señor Terry Pratchett y Mundodisco, por favor vaya a los siguientes sitios Web:

Terry Pratchett Books
The L-Space Web - A Terry Pratchett/Discworld Web Site
The Free Monthly Newsletter, Discworld Monthly
The Bad Fads Museum (El lugar donde las modas insípidas son inmortalizadas)
Terry Pratchet en Wikipedia (español)

En 1998, Terry Pratchett fue nombrado Oficial de la Orden del Imperio Británico por su servicio a la literatura de Gran Bretaña. En 1999 recibió un doctorado honorario en letras de la Universidad de Warwick, así como de la Universidad de Portsmouth y la Universidad de Bristol en 2001 y 2004, respectivamente.

Junto con el profesor Ian Stewart y Jack Cohen, Pratchett prestó su colaboración para escribir la combinación de ficción y no ficción científica *The Science of Discworld, The Science of Discworld II: The Globe* y *The Science of Discworld III: Darwin's Watch*. En 1999, Stewart y Cohen fueron honrados en una ceremonia especial como "Magos Honorarios de la Universidad Invisible". La BBC ha apoyado el trabajo de Pratchett desde hace años y hace poco emitió una adaptación en tres partes de *Johnny and the Bomb*. Sky One ha producido la adaptación televisiva de la novela *Hogfather*, protagonizada por David Janson e Ian Richardson.

Para los entusiastas de los juegos de rol existe un MUD de Mundodisco, un juego online gratis y de considerable tamaño

basado en la serie. El MUD de Mundodisco se encuentra en http://discworld.imaginary.com:5678/. Pratchett escribió también la guía de rol *The Discworld Roleplaying Game*. Existe además un sitio de rol basado en Ankh-Morpork bastante divertido y curioso, llamado "When Dragons Belch and Hippos Flee".

Según la BBC, los derechos fílmicos de la novela infantil de Pratchett *Wee Free Men* han sido adquiridos por Sam Raimi, el de las películas de *Spider Man* (*Hombre Araña*) y *Xena, princesa guerrera*. Estaba previsto que la producción comenzara luego de que Raimi terminase *Spider Man 3*.

Terry está también muy interesado en los orangutanes y apoya la institución benéfica Orangutan Foundation. Incluso hizo un documental para Canal 4 de Gran Bretaña llevando un equipo de filmación a Borneo para filmar orangutanes en su hábitat natural. Para más información sobre la Orangutan Foundation y sus varios programas de conservación, por favor visite su sitio web: http://www.orangutan.org.

Michael Lohr

Michael Lohr es periodista profesional, poeta, experto en whisky, crítico musical, buscador de tesoros y aventurero. Ha publicado ficción, ensayos y poesía en más de treinta países y veinticinco idiomas, incluyendo islandés, galés, hindi, hebreo, ruso, rumano, croata, letón, estonio, malayo y tamil. Sus trabajos han aparecido en diversas revistas, como Rolling Stone, Esquire, The Economist, Southern Living, Sporting News and Men's Journal, entre muchos otras.

Nació 25 millas de sur de la línea Mason/Dixon Line, en Sistersville, West Virginia, Estados Unidos, y pasó una una buena parte de su vida vagando por las colinas, los valles y los bosques de las Blue Ridge de Virginia y las laderas polvorientas de las montañas Rocosas de Colorado.

Título Original: Snipe Hunting for Stewed Tomatoes:
An Interview with Terry Pratchett
© 2006 Michael Lohr
Traducción de María del Pilar Jorge y Andrés Diplotti

Ilustrado por Fraga y Valeria Uccelli
Axxón 164 - julio de 2006

La Ciencia Ficción en Croacia

Aleksandar Ziljak

1. Los comienzos

A pesar de que se pueden apreciar elementos fantásticos y especulativos en la literatura croata ya en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, generalmente se considera que la primera novela de ciencia ficción croata fue *Na Pacifiku God 2255* (*En el Pacífico en 2255*) de Milan Sufflay, publicada en 1924.

En 1932 Mato Hanzekovic publicó *Gospodin covjek* (*Un hombre de categoría*), una utopía que trata sobre un grupo de gente que está reconstruyendo la civilización destruida en una nueva guerra mundial. Se publicaron más novelas en Zagreb durante las décadas de 1920 y 1930, principalmente por autores que se ocultaban tras seudónimos, iniciales e incluso omitiendo cualquier referencia a quien las había escrito. Las mejores fueron *Muri Massanga*, de Mladen Horvat, y una serie de novelas de Aldion Degal, con toda probabilidad un seudónimo, *Atomska raketa* (*El cohete atómico*), *Zrake smrti* (*Los rayos de la muerte*) y *Smaragdni skarabej* (*El escarabajo de esmeralda*), así como *Crveni duh* (*El fantasma rojo*) y *Majstor Omega osvaja svijet* (*El Amo de Omega conquista el mundo*) de Stan Rager. Este era el seudónimo de Stanko Radovanovic y Zvonimir Furtinger, a quienes encontraremos de nuevo más adelante.

El comienzo de los cómic de ciencia ficción croatas también se remonta a la década de 1930. El primero fue *Gost iz svemira* (*El invitado del espacio*) de Bozidar Rasic y Leontije Bjelski, publicado en 1935 en Zagreb, seguido por Kresimir Kovacic y Andrija Maurovic con *Ljubavnica s Marsa* (*La Señora de Marte*) y *Podzemna carica* (*La empresa subterránea*).

2. La mayoría de edad de la ciencia ficción croata

La década de 1950 se caracterizó por un aumento de novelas traducidas de autores estadounidenses, rusos y europeos, publicadas por varias editoriales yugoslavas. Los autores croatas de este periodo se dedicaron mayormente a escribir ciencia ficción para niños, tradición que continúa hasta nuestros días.

En 1959 fue publicada la primera novela de Mladen Bjazic y Zvonimir Furtinger, *Osvajac 2 se ne javlja* (*El Conquistador 2 no*

contesta). En los años siguientes, estos dos escritores escribieron conjuntamente varias novelas que son consideradas clásicas de la ciencia ficción croata. *Svemirska nevjesta* (*The Space Bride*), *Varamunga - tajanstveni grad* (*Varamunga, la ciudad misteriosa*) y *Zagonetni stroj profesora Kruzica* (*La misteriosa máquina del profesor Kruzic*) fueron publicadas en 1960, *Mrtvi se vracaju* (*El regreso mortal*) en 1965 y *Nista bez Bozene* (*Nada sin Bozena*) en 1973. Estas novelas incluyen muchos elementos de las novelas de detectives, así como de las novelas de acción, todo ello sazonado con humor. Al ser un autor prolífico, Furtinger también escribió un considerable número de historias de ciencia ficción.

3. Los años SIRIUS

Un año crucial en la historia de la ciencia ficción croata fue 1976. En julio de aquel año se creó la primera revista de ciencia ficción croata, SIRIUS. SIRIUS fue editada por la editorial de periódicos y revistas de Zagreb Vjesnik, una de las mayores editoriales de la Yugoslavia socialista. La inició Borivoj Jurkovic, su primer editor, y Damir Mikulicic. A pesar de las tremendas dificultades económicas en la década de 1980 en Yugoslavia, debidas a la inflación y una crónica escasez de papel, SIRIUS mantuvo su ritmo mensual durante la mayor parte de su existencia, durando hasta finales de 1989. Tuvo una tirada que llegó hasta los 30.000 ejemplares en su mejor momento y fue elegida dos veces, en 1980 y 1984, como la mejor revista de ciencia ficción europea. Después de editar más de 100 números de SIRIUS, Jurkovic fue sustituido por Milivoj Pasicek y posteriormente por Hrvoje Prcic.

El formato de SIRIUS se basaba en las revistas de ciencia ficción americanas y publicaba ficciones de variada extensión, principalmente de autores de habla inglesa, pero también autores soviéticos y europeos, en especial franceses. Durante más de trece años, SIRIUS introdujo a los lectores croatas las historias de los mejores escritores de ciencia ficción del mundo, tanto clásicos como recientes. SIRIUS también estaba abierta a diversos trabajos teóricos, crítica, textos biográficos, entrevistas y noticias del fandom, y esto tuvo una influencia considerable en el desarrollo de la ciencia ficción en Croacia.

Lo más importante de todo fue que SIRIUS ofreció a escritores croatas y yugoslavos la oportunidad de ser publicados. Al tener portada a todo color y, más tarde, incluso ilustraciones interiores en blanco y negro, SIRIUS también se convirtió en una especie de escaparate del arte de ciencia ficción.

Entre los autores croatas que se hicieron conocidos a través de las páginas de SIRIUS se pueden contar, nombrados en orden alfabético: Neven Anticevic, Branko Belan, Radovan Devlic (por otra parte autor de comics), Darije Djokic, Zvonimir Furtinger, Vera Ivosic-Santo, Biljana Mateljan, Damir Mikulicic, Slobodan Petrovski, Branko Pihac, Vesna Popovic, Hrvoje Prcic, Zivko Prodanovic, Predrag Raos, Zdravko Valjak y muchos otros.

Fue en este periodo cuando aparecieron algunas de las novelas más importantes de la ciencia ficción croata. Predrag Raos publicó su épica *Brodolom kod Thule* (*Náufrago en Thule*) en dos partes en 1978. *Mnogo vike nizasto* (*Mucha dificultad sobre nada*) siguió en 1985, y *Nul Effort* (*Esfuerzo nulo*) se publicó 1990. A mediados de los 80, Neven Orhel escribió dos novelas de ciencia ficción médica, *Uzbuna na odjelu za rak* (*Alerta en el distrito del cáncer*) y *Ponocni susret* (*Encuentro a medianoche*), mientras Branko Belan, mejor conocido como director de cine y conferenciante, publicaba su distopía *Utov dnevnik* (*El diario de Ut*) en 1982. Ese mismo año, Damir Mikulicic publicó una colección de sus historias titulada simplemente "*O*". Otros autores incorporaron elementos de ciencia ficción y fantasía a sus novelas; los más destacados serían Pavao Pavlicic y Goran Tribuson.

Hasta ese momento, sólo habían aparecido dos películas croatas de ciencia ficción. La primera fue *Izbavitelj* (*La rata salvadora*) en 1977, dirigida por Krsto Papic y premiada en el festival de ciencia ficción de Trieste. La segunda fue la comedia de Dusan Vukotic, *Posjetioci iz galaksije Arkana* (*Visitantes de la galaxia Arkana*), filmada en 1980.

4. Futuro con FUTURA

Muchos siguen lamentando la prematura muerte de SIRIUS a finales de 1989. Aunque hubo muchos rumores durante los dos años siguientes de una posible resurrección de la revista, nada se concretó. Mientras tanto, nubes de guerra se cernían sobre Croacia…

A principios de la década de 1990, marcada por la caída del socialismo y la violenta disolución de Yugoslavia, no parecía el momento más oportuno para que SIRIUS tuviera una sucesora. Por ello, fue como si FUTURA, lanzada por una pequeña editorial de Zagreb, Bakal, a finales del otoño de 1992, hubiera surgido de la nada. Menos de un año después del alto el fuego que puso fin a las hostilidades en Croacia, y con la guerra aún en pleno apogeo en Bosnia y Herzegovina, aquí estábamos, desconcertados, sosteniendo entre nuestras manos una nueva revista de ciencia ficción.

Básicamente, FUTURA no era muy diferente a SIRIUS. Era mensual y abrió sus páginas a escritores y artistas croatas casi inmediatamente. Sin embargo, los tiempos habían cambiado. FUTURA tenía una circulación mucho menor que SIRIUS. Sin el apoyo de uno de los grandes grupos editoriales, dependientes del gobierno, y enfrentado a un descenso general en los ingresos y los niveles de vida de Croacia, FUTURA tuvo problemas financieros. Cambió varias veces de editor, fueron: Vlatko Juric-Kokic, Krsto A. Mazuranic, Mihaela Velina, Davorin Horak y Milena Benini, y fue vendida a otra editorial algunos años después de fundada. Finalmente, se volvió muy irregular; a veces no aparecía en los puntos de venta durante dos o tres meses. Pero sigue siendo publicada, y en las fechas en que se escribió este artículo, mayo de 2005, iba por su número 124.

FUTURA tuvo una importancia similar a la de SIRIUS para la ciencia ficción de Croacia. Se convirtió en el lugar donde los autores podían ser publicados. Publicaban y siguen publicando. Sin embargo, desde 1995, FUTURA ha dejado de ser el único sitio donde publicar.

5. Nuevas vibraciones

En aquel año, un nuevo e importante proyecto en la ciencia ficción croata iba a empezar. El club de ciencia ficción SFera, de Zagreb, lanzó su primera antología de cuentos, titulada *Zagreb 2004* y editada por Darko Macan. *Zagreb 2004* recopilaba historias de autores jóvenes —el mayor tenía 32 años—, sobre Zagreb diez años en el futuro. Aunque la mayoría ya habían sido publicados, principalmente en fanzines y en FUTURA, esta antología demostró quehabía arribadouna nueva generación de autores de ciencia ficción. Al mismo tiempo, parecía que la generación SIRIUS había casi desaparecido, al menos como escritores.

No es que ya no se supiera nada más de ellos. Predrag Raos era miembro destacado de la oposición contra el gobierno autoritario del presidente Tudjman. Sin embargo, sólo dos de sus libros publicados en los 90 eran auténtica ciencia ficción. Mayerling y la novela para niños *Od rata do zvijezda* (*De la guerra a las estrellas*); del mismo modo, es un conocido traductor. Zivko Prodanovic publicó las un poco pasadas de moda *Tamara* y *Smrt medju rimskim rusevinama* (*La muerte entre las ruinas de Roma*), mientras que Zdravko Valjak creó una antología con sus antiguas historias publicadas en SIRIUS que se llamó *Plasticna dusa* (*El alma de plástico*). Damir Mikulicic se convirtió en un importante editor de ciencia ficción y ciencia popular (Einstein, Hawking, etc.). Vesna Gorse, que fue también autora de SIRIUS y hoy en día es conocida

por su actividad musical, recopiló algunas de sus historias en *Dar* (*El regalo*).

Mientras tanto SFera continuaba publicando sus antologías cada año. Tras *Zagreb 2004*, siguió *Dnevnici entropije* (*Diarios de la entropía*) en 1996. Después, *Kvantni portali imaginacije* (*Portales cuánticos de la imaginación*), *Zagreb 2014*, *Krhotine svjetova* (*Fragmentos de los mundos*), *Dvije tisuce sarenih aliena* (*Dos mil extraterrestres extravagantes*), *Jutra boje potopa* (*Las mañanas diluvio-coloreadas*), *Alternauti* (*Alteranutas*), *Djeca olujnih vjekova* (*Niños de una era tormentosa*), *Zagreb 2094* y finalmente, este año, *Kap crne svjetlosti* (*Una gota de luz negra*). El editor de la mayoría de estas antologías fue Darko Macan, solo o junto a Tatjana Jambrisak y, recientemente, con Darko Vrban. *Kvantni portali imaginacije* fue editado por Davorin Horak, mientras Tatjana Jambrisak y Darko Vrban editaron *Kap crne svjetlosti*.

Debido a la cuidadosa selección y edición, estas antologías se convirtieron en el último grito de la ciencia ficción croata. Las historias publicadas en ellas son, en términos generales, mucho mejores que las historias aparecidas en FUTURA, afianzando a los nuevos escritores. Y lo que es más importante, la fiebre por las antologías se contagió de Zagreb a Istria, por lo que durante los últimos cuatro años, cuatro antologías de relatos cortos fueron publicadas en el pequeño pueblo de Pazin, *Tvar koja nedostaje* (*La materia perdida*), *Svijet tamo iza* (*El mundo más allá*), *Bolja polovica* (*La mejor mitad*) e *Ispod i iznad* (*Abajo y arriba*).

Además de FUTURA y las antologías anuales, hay varias revistas de literatura en general donde ocasionalmente pueden encontrarse historias de ciencia ficción, en especial en la desaparecida Plima, que publicaba regularmente obras de teatro con elementos fantásticos. Desde finales de 1998 se han publicado historias cortas en el suplemento dominical de Jutarnji, y no debemos olvidar los múltiples fanzines que existen en Croacia.

Haciéndome responsable de las omisiones, permítanme presentarles algunos de los más prominentes nuevos autores establecidos en Croacia en la última década.

6. El Hall de la Fama

Las damas primero. Milena Benini es muy conocida por su novela de fantasía Kaos, sus traducciones y también por ser la actual editora de FUTURA. Jasmina Blazic tenía varias historias y novelas cortas ambientadas en la Zagreb histórica. Viktoria Faust (seudónimo) es llamada “la primera dama del horror croata”. Además de numerosas

obras de ciencia ficción y terror, escribió una novela de vampiros, *U andjeoskom liku zvijeri* (*En la angélica imagen de la Bestia*). Marina Jadrejcic escribió una serie de historias acerca de los Istrianos colonizando el espacio profundo. Tatjana Jambrisak causó un considerable interés con sus historias acerca de la detective y adivina Una Razum, y también es bien conocida por su arte en 3D generado por ordenador.

Danilo Brozovic muestra preferencia por el cyberpunk, añadiendo algunas veces elementos inusuales, tales como mitología griega. Dean Fabic y Goran Konvicni fueron ambos conocidos a mediados de los años 90 por historias que mostraban influencia cyberpunk, Dick y Delaney. Zoran Krusvar es un exitoso autor de historias cortas humorísticas. Las obras de Igor Lepcin van de historias sobre lo absurdo y buslesco a dramas melancólicos sobre el fin del mundo, e incluyen la novela infantil *Prsti puni mora* (*Los dedos llenos de mar*).

Darko Macan es conocido internacionalmente como guionista de comics y trabaja para una de las grandes editoriales estadounidenses. En la escena croata fue el iniciador y editor de las antologías de SFera. También escribió numerosas historias de ciencia ficción, la novela *Koza boje masline* (*La piel aceitunada*) y la novela infantil *Pavo protiv Pave* (*Pablo contra Pablo*).

Denis Pericic suele escribir relatos vinculados con personajes, sucesos y lugares reales. Zoran Pongrasic también fue un descubrimiento de las antologías de SFera. Dalibor Perkovic se inclina por la ciencia ficción militar. Vanja Spirin publicó varias novelas y antologías de relatos, principalmente parodias de fantasía. Zoran Vlahovic se inclina hacia la ciencia ficción dura, pero también escribe melancólicas piezas de fantasía. Por último, Aleksandar Ziljak, autor de este artículo, escribe principalmente ciencia ficción de aventuras y fantasía. Al ser un artista independiente, también realiza ilustraciones en el campo de la ciencia ficción y la fantasía.

En el 2003, cuatro de los autores anteriormente mencionados publicaron sus propias antologías de relatos en SFera. Las colecciones son: *Duh novog svijeta* (*El espíritu del nuevo mundo*) de Tatjana Jambrisak, *Purgeri lete u nebo* (*Las hamburguesas se elevan hasta el cielo*) de Igor Lepcin, *Teksas Kid (i jos neka moja braca)* (*Texas Kid y mis otros hermanos*) de Darko Macan y *Slijepe ptice* (*Pájaros ciegos*) de Aleksandar Ziljak.

Este proyecto de antologías dedicadas a un solo autor se continuó en el 2004, con la edición de otros cuatro libros. Son: *Najbolji na svijetu* (*Lo mejor del mundo*) de Zoran Krusvar, *Preko rijeke* (*A través del río*) de Dalibor Perkovic, *Cuvari srece* (*Guardianes de la felicidad*) de

Zoran Pongrasic y *Frulas* (*El flautista*) de Zoran Vlahovic.

Por último, en 2005, fue publicada la tercera serie de cuatro libros. Son *Jednorog i djevica* (*El unicornio y la virgen*) de Milena Benini, *Jeftine rijeci* (*Palabras baratas*) de Goran Konvicni, *Zvjezdani riffovi* (*La estrella Riffs*) de Kresimir Misak y *Zeleno sunce, crna spora* (*Sol verde, esporas negras*) de Danilo Brozovic.

La lista dista de ser completa. Si la comparamos con la de escritores de Occidente, la producción individual de todos estos autores es bastante reducida. La razón es bastante simple. La ciencia ficción en Croacia no es comercial. Por lo tanto, es un simple pasatiempo o afición para la mayoría de los autores. Esto genera también una serie de autores que publican una o dos historias para luego desaparecer. Otra consecuencia es la casi total ausencia de auténticas novelas de ciencia ficción. Se espera que cambie esta tendencia. Hay señales de que los editores, hasta ahora reticentes a publicar ciencia ficción croata, muestran interés.

En el 2002, Dejan Sorak publicó su novela de humor negro *Ja i Kalisto* (*Yo y Calisto*). A finales del 2003 fue publicada la mejor novela de ciencia ficción croata en más de una década. Se trata de *Sablja* (*El sable*) de Ivan Gavran, una space opera de ritmo trepidante y magníficamente escrita sobre un grupo de pilotos terrestres de jet que luchan en un torneo galáctico de combate aéreo, Sablja ganó merecidamente el premio SFera a la mejor novela de ciencia ficción del 2003. En el 2004 se publicó la novela épica en tres partes *Araton* de Oliver Franic, mientras en ese mismo año Dalibor Perkovic publicaba su novela *Sva krv covjecanstva* (*Toda la sangre de la Humanidad*).

7. Traducciones, arte, cómics, etc.

Entre diez y quince novelas de ciencia ficción, fantasía y terror, casi exclusivamente de autores estadounidenses y británicos, se traducen anualmente a la lengua croata. Las editoriales más importantes son Algoritam, Izvori y Zagrebacka naklada, todas de Zagreb, seguidas de varias más. A pesar de la guerra de 1991 a 1995, los libros publicados en Serbia también estuvieron disponibles a través de diferentes canales. Naturalmente, el abanico de obras importadas, exclusivamente en inglés, es mucho mayor.

La ilustración de ciencia ficción, al estar relacionada con las portadas de libros y revistas, apenas se desarrolló en Croacia. Entre los autores encontramos Igor Kordej, Esad T. Ribic y al autor de este artículo. Karlo Galeta y Robert Drozd monopolizaron las portadas de FUTURA durante varios años con sus ilustraciones en 3D generadas

por ordenador. El mejor artista por ordenador es Goran Sarlija, mientras Miljenko Zvonar produjo una gran cantidad de obras de ciencia ficción, ilustrando el ya mencionado suplemento dominical de Jutarnji. Zeljko Pahek regresó a la escena artística croata tras trabajar principalmente en Serbia antes de la guerra. Es famoso por su arte de ciencia ficción, y por sus hilarantes comics, parodiando casi todos los cliché conocidos en el campo de la ciencia ficción.

La situación de los comics en Croacia es pobre. Hasta el momento, no se ha logrado publicar regularmente ninguna revista de cómics durante un período de tiempo considerable, por lo que la escena está orientada hacia los fanzines y las revistas escolares. Sin embargo, los dibujantes de comics croatas tienen una cierta tradición trabajando para editoriales extranjeras. Esta situación continuó en los 90, con la entrada en el mercado estadounidense, sobre todo en las franquicias-universos y las series de superhéroes de Dark Horse, Marvel y DC. Elguionistamás conocido es Darko Macan, mientras que las viñetas fueron producidas por el difunto Edvin Biukovic, Igor Kordej, que se trasladó a Canadá, Esad T. Ribic, Goran Sudzuka y Danijel Zezelj.

El trabajo teórico es cuanto menos esporádico, pero debemos mencionar a Darko Suvin. Uno de los más importantes teóricos de la ciencia ficción, nació en 1930 en Zagreb, pero continuó su carrera en los Estados Unidos y Canadá desde finales de la década de 1960.

8. F es por Fandom

El fandom organizado en Croacia data de 1976 (¡el año de SIRIUS!), cuando fue fundado en Zagreb el club de ciencia ficción SFera. Le siguieron más clubs, incluidos los de Star Wars y los de Star Trek. Como es habitual, estos clubs se han involucrado en la organización de convenciones y en la publicación de fanzines, siendo el fanzine de SFera, Parsek, el más antiguo, creado en 1977.

Quizás el fenómeno por excelencia del fandom croata sean las convenciones. En estos momentos Croacia cuenta con cinco convenciones anuales: en Zagreb, Kutina, Osijek, Rijeka y Pazin. A estas se debe añadir las convenciones de juegos y eventos LARP, así como los días dedicados a Jules Verne Pazin.

SferaKon en Zagreb es la convención más antigua de Croacia, celebrándose todos los años desde 1977. Es organizada por el club SFera y se celebra actualmente el último fin de semana de abril en la Facultad de Ingeniería Eléctrica e Informática, Unska 3. SferaKon atrae casi a un millar de visitantes; otras convenciones son más pequeñas, ofreciendo el usual programa de las convenciones,

conferencias, películas, disfraces y juegos, así como es una oportunidad para fans y profesionales de conocerse e intercambiar ideas. En los últimos años SferaKon ha invitado a un número envidiable de invitados de honor extranjeros, incluyendo a Martin Easterbrook, Gay Gavriel Kay, Robert Silverberg y Karen Haber, Walter Jon Williams, Lois McMaster Bujold, George R. R. Martin, Ken MacLeod y este año a Michael Iwoleit, escritor, editor y traductor de Alemania. Los premios SFera son otorgados a las mejores historias de ciencia ficción de diversa extensión, obras de teatro, novelas, ilustraciones y a la actividad de toda una vida dedicada al género. Estos premios anuales fueron otorgados por primera vez en 1981.

Istracon en Pazin se ha convertido en las segunda mayor convención de Croacia. Celebrada en marzo, lleva celebrándose cinco años consecutivos y atrae alrededor de 500 visitantes que buscan diversión en los bellos parajes que rodean Istria.

Con un entusiasmo cada vez mayor, la ciencia ficción es siendo aceptada como parte de la cultura popular croata. La historia de la ciencia ficción en Croacia incluye dos revistas con una larga vida, importantes antologías de historias publicadas anualmente, antologías de autores y varias buenas novelas, todo esto a pesar de la difícil situación tanto económica como política. Varios autores son ahora conocidos y están bien establecidos en la escena de la ciencia ficción croata, y el paso siguiente, que ya ha empezado, es la entrada en el mercado internacional.

Se da ahora la necesidad de evaluar el desarrollo de la ciencia ficción en Croacia. Se habla cada vez más de una bibliografía de ciencia ficción croata. Una reseña histórica de relatos croatas de ciencia ficción fue publicada por Zarko Milenic, y una antología de las mejores historias de ciencia ficción croata también está en proceso de publicación. Esta antología, probablemente uno de los más importantes proyectos de la ciencia ficción croata actual, tiene prevista su publicación en la primavera del 2006. Entre tanto, esperamos que este texto, con todos sus defectos, proporcione una visión básica del pasado, presente y posibles futuros de la ciencia ficción en Croacia.

Título original en inglés: *Science Fiction in Croatia* (publicado en Parsek N° 82)
Traducción: Adelaida Saucedo

Aleksandar Ziljak, el autor de este artículo, nació en 1963 en Zagreb, Croacia; es escritor de ciencia ficción y fantasía, ilustrador,

ensayista y antólogo. Recientemente ha sido co-editor (con Tomislav Sakic) de Ad Astra, una antología de cuentos croatas de CF escritos entre 1976 y 2006. La publicación de este artículo, si bien enfrentará a los lectores de Axxón con una cantidad de nombres y ficciones desconocidos, de arduo o imposible acceso para aquellos que no leen croata, tiene por objeto instalar a una cantidad de creadores de ese país y brindar el marco adecuado para los textos que estamos publicando en Axxón. Por lo pronto ya pueden leer un cuento de Milena Benini y pronto publicaremos a Tatjana Jambri#ak, Irena Raseta y al propio Aleksandar Ziljak. También tendremos oportunidad de apreciar lo que los croatas hacen en el campo de la ilustración y para coronar el postre con una cereza, Irena Raseta, que domina perfectamente el español, está traduciendo varios cuentos más. No pretendemos con esto asegurar un conocimiento perfecto del género en un país del que hasta ahora no teníamos noticias, pero sí proponer una aproximación adecuada y seria.

Ensayo de proyección prospectiva #3

Domingo Santos

Los ordenadores de más reciente generación son quienes decidirán lo que estará de moda en el siglo XXI
—De los periódicos

El principal problema al que se enfrentó desde un principio el nuevo «ordenador definitivo» de la universidad de Berkeley, en California, Estados Unidos, fue su propia magnitud. Desde el momento mismo de su concepción se quiso crear un instrumento capaz de satisfacer todas las necesidades, que pudiera resolver *todos* los problemas. Se emplearon once años en su diseño, construcción y puesta a punto, y a lo largo de esos once años se efectuaron siete readaptaciones para incorporarle las novedades y perfeccionamientos que iban surgiendo en el siempre cambiante y acelerado mundo de la informática. El coste fue astronómico, pero se tenía el apoyo de once fundaciones ansiosas de desgravar impuestos, tres legados filantrópicos, y el del propio gobierno de los Estados Unidos, que creía que debía participar en un proyecto de tal magnitud aunque no supiera muy bien por qué. Luego, finalmente, en el año 2013, el gran ordenador de enésima generación estuvo a punto y listo para entrar en servicio. Se bautizó con el estrambótico y rocambolesco nombre de ESXZ-30012, siglas y números de desciframiento críptico que casi nadie sabía lo que significaban, por lo que familiarmente se lo acabó llamando ES-12. Fue conectado en el transcurso de una gran ceremonia a la que asistieron todas las grandes personalidades del país y algunas de otros países amigos, y que fue retransmitida por la televisión con cobertura mundial, bajo la esponsorización de una conocida marca de refrescos de cola. Todos los que habían participado en el proyecto se sintieron tremendamente satisfechos de su logro. Era el ordenador de-fi-ni-ti-vo, dijo todo el mundo.

Pero, una vez inaugurado, conectado y puesto en marcha, nadie supo qué hacer exactamente con él.

Cierto, era una herramienta magnífica, como nadie hubiera podido soñar unas pocas décadas antes. Su capacidad de almacenamiento primario era de 12 millones de gigas, ampliable hasta cien veces más a través de sus distintas extensiones. Era capaz de realizar doce billones (con *b*) de cálculos por segundo, y de trabajar a tiempo compartido realizando hasta quinientas tareas

simultáneas sin que su velocidad de trabajo se viera afectada en más de un uno por mil. Incorporaba todos los últimos adelantos informáticos, incluso algunos que todavía no se habían comercializado, y un equipo de veinte hombres, que lo conocían a fondo puesto que habían colaborado en distintas fases de su construcción, iba a velar constantemente por él, al tiempo que le incorporaban de forma inmediata cualquier futuro adelanto significativo. Como dijo en su discurso de inauguración el decano de la universidad (que tampoco sabía muy bien por y para qué había sido construido), «tenemos en nuestras manos la herramienta definitiva que va a permitirnos abrir las puertas de…, de…, de todo lo que necesitemos». (Después de pronunciar esta frase genial, se sintió como un idiota y calló, cosa que le agradecieron todos los presentes).

Oh, por supuesto, el gran ordenador de Berkeley se puso a trabajar casi de inmediato. Tareas que realizar no le faltaron nunca. El gobierno tenía una serie de trabajos que le había estado reservando y que se apresuró a pasarle. Se estableció una conexión permanente con el Pentágono, la NASA, la Administración de Justicia, Estadística, el Tesoro, e incluso el FBI y la CIA, sin contar esas varias agencias nacionales que oficialmente nunca han existido. Algunas grandes empresas requirieron también sus servicios, y pagaron sin rechistar sus astronómicas tarifas, a veces solamente por el prestigio de poder mencionar orgullosas que habían recurrido «a él».

Pero, pese a todo, el ES-12 era un monstruo demasiado grande y demasiado rápido. Por mucho trabajo que se le suministrara, sus fauces estaban constantemente vacías. Siempre le sobraba tiempo. Además, muy pronto la mayoría de sus usuarios (los particulares al menos) se dieron cuenta de que gran parte de los trabajos que le encomendaban podían encargarlos perfectamente a otros ordenadores más pequeños y menos sofisticados, con las mismas garantías de seguridad y a un coste muy inferior. Cierto, eran más lentos pero, ¿qué importaban diez nanosegundos de retraso en recibir una respuesta, cuando esta diferencia abarataba el coste del servicio a veces en diez mil dólares por hora de tiempo de ordenador?

El ES-12 había sido concebido para efectuar grandes tareas para grandes empresas. El problema que surgía ahora era: ¿había en el mundo *tantas* grandes tareas, había *tantas* grandes empresas como para alimentar la voracidad de una máquina que engullía alegremente millones y millones de bits de información por segundo y los regurgitaba a los pocos segundos una vez procesados, con

idéntica, veloz y despreocupada alegría?

Fue un oscuro ingeniero informático, joven, introvertido, delgado, granujiento y de mirada huidiza tras unas gruesas gafas de anticuada montura de concha, quien dio con la solución al problema. Formaba parte del equipo que se ocupaba del mantenimiento del ordenador, y consideraba la máquina un poco como un hijo suyo; de hecho, el diseño de algunas de sus partes (aunque fueran partes menores) era obra suya. Un buen día se decidió: reunió el valor necesario, acudió al decanato y expuso su idea al consejo rector de la universidad.

—En estos momentos —dijo como preámbulo—, el ES-12 está trabajando a menos de un veinte por ciento de su capacidad, y es muy poco probable que ese ritmo aumente. Debo confesar que esto es triste, desmoralizador… y ruinoso.

Todos los presentes (la flor y la nata de los órganos directivos de la universidad) asintieron melancólicos con la cabeza. Habían transcurrido tan sólo ocho meses desde la puesta en marcha del gran ordenador, pero aquélla era ya la impresión general.

—Creo que tengo la solución a este problema —dijo el joven, cuyo nombre, desgraciadamente, no ha quedado registrado para la posteridad.

Dos docenas de cabezas se alzaron con viveza hacia él.

Y el ingeniero informático joven, introvertido, delgado, granujiento y de mirada huidiza tras sus gruesas gafas de montura de concha se explicó. Las tres cualidades principales del ES-12 eran: a), su gran capacidad de memoria; b), su posibilidad de manejar ingentes cantidades de datos a una tremenda velocidad; y c), la más importante, el enorme desarrollo de sus funciones lógicas, que le permitían examinar y seleccionar de entre todos los ingentes datos que formaban su fabulosa memoria los que necesitaba y deducir a partir de ellos respuestas *inteligentes*. Esto significaba que podía ser utilizado perfectamente para otros fines distintos a los que lo estaban destinando ahora. Al fin y al cabo, dijo, aquel ordenador era mucho más que una simple calculadora gigantesca.

—Creo que nos equivocamos desde un principio con él —sentenció—. Lo planteamos como un simple ordenador como todos los demás, sólo que con una capacidad mucho mayor. En realidad es mucho más que eso. Es una máquina preparada para seleccionar y examinar de entre toda la información que posee almacenada los millones de datos pertinentes sobre un asunto determinado,

estudiarlos y correlacionarlos, y establecer a partir de ellos deducciones *lógicas*. No es una máquina de hacer cálculos: es una máquina de extraer conclusiones. No es un simple ordenador en el sentido que le damos normalmente a esta palabra: es un *augur*.

Las miradas fueron ahora de incomprensión. El joven, que en el fondo sentía un gran respeto (y también algo de temor) hacia las venerables lumbreras que regían aquella famosa universidad, se apresuró a explicarse, porque indudablemente era culpa suya el no haber conseguido hacerse comprender desde un principio. El ordenador, machacó, tenía muchas de las características de la mente humana. Funcionaba de una manera lógica. Podía elegir entre alternativas. Podía *deducir* a partir de unos hechos concretos que él mismo se encargaba de buscar y analizar. Entonces, ¿por qué no emplearlo para eso? En la actualidad, montones de organizaciones, tanto públicas como privadas, se gastaban millones de dólares en muestreos, sondeos de opinión, encuestas, para intentar averiguar las tendencias, gustos y deseos de un público cada vez más numeroso y variopinto. Pero todos estos métodos tenían el fallo innato de la gran variabilidad de la población encuestada, por muy «ejemplares tipo» que se pretendiera que fuesen sus miembros, y la necesidad física de limitar su número, por muy amplio que se pretendiera, sin contar por supuesto las posibles manipulaciones de los resultados, sobre todo en las encuestas de tipo político. Los amplios márgenes de error que asomaban constantemente en los resultados de todas esas encuestas eran la prueba más palpable de ello, y pese a todo seguían utilizándose los mismos métodos…, porque no había ningún otro.

Pero ahora sí lo había.

Porque el ES-12, en este aspecto, tenía la gran ventaja de ser totalmente imparcial, de disponer de hechos fríos e impersonales sobre los cuales trabajar, y además tener a su alcance un número ingente de ellos. Si se le indicaban correctamente los datos pertinentes que tenía que buscar y cómo correlacionar sus parámetros, sus deducciones serían tan desapasionadas que tenían que resultar a todas luces certeras.

Las miradas se incomprensión en torno a la mesa se ablandaron un poco, pero no desaparecieron.

—Miren —siguió el joven, cada vez más entusiasmado con su idea—. Es sólo un ejemplo. Las grandes empresas se gastan enormes sumas de dinero en prospecciones de mercado para ver la incidencia que tendrán sus nuevos productos antes de lanzarlos a la calle, y utilizan para ello métodos lentos y poco fiables, porque son los únicos de los que disponen. El ES-12 podría hacer lo mismo mucho

más rápido y con mayores garantías. Funcionaría, estoy seguro. Y ahí tenemos un inmenso mercado: las empresas estarán dispuestas a pagar con los ojos cerrados mucho más dinero por sus servicios del que pagan actualmente por sus sondeos viejo estilo, por el simple hecho de que, siendo mucho más seguros los resultados, a la larga resultarán siempre mucho más rentables.

Había dejado flotar en el aire la palabra mágica: «dinero». Los responsables de la universidad (y del monstruo de Frankenstein que era para ellos el recién estrenado ordenador) meditaron profundamente el tema. Luego, el propio decano pronunció las otras palabras mágicas:

—¿Está usted seguro de lo que dice?

El joven ingeniero informático carraspeó. Aquella pregunta era lo que más había temido. No, no estaba seguro, admitió…, pero tenía gran confianza en no equivocarse. Al menos, se dijo para sí mismo, no del todo.

—Por supuesto, podríamos efectuar una prueba previa —contemporizó—. Para asegurarnos. Miren, he estado pensando mucho en ello últimamente. Las elecciones presidenciales son para dentro de cinco meses. El ordenador dispone de montones de tiempo en los que está inactivo. Nosotros —se refería al equipo que se ocupaba de la gran máquina— tampoco tenemos excesivo trabajo en estos momentos. Podríamos preparar un sondeo electrónico sobre el tema de las elecciones. Para demostrar que mis ideas son correctas. Estoy convencido de que funcionará. ¿Y qué mayor éxito que acertar en las encuestas políticas, más allá y por encima de todos los demás sondeos?

Los órganos directivos de Berkeley se miraron unos momentos entre sí. Todos, en el fondo, se sentían inquietos por la patata caliente que tenían entre las manos, algo que había empezado como un proyecto grandioso y de prestigio y que podía transformarse en el más sonoro de los fracasos de un intento de crear una informática de novísima generación. Al fin y al cabo, se solía decir, la mayor parte de las veces el fallo no está en la máquina sino en el operador. ¿De qué sirve construir un aparato altamente sofisticado si nadie sabe exactamente cómo darle una utilidad?

Finalmente, el decano se decidió. Asintió con la cabeza.

—Está bien, hágalo —dijo—. Pero vaya con mucho cuidado. Y manténganos constantemente informados.

Así se inició la «Operación Augur». El joven ingeniero se lanzó con todos sus ánimos a la tarea. Que no era poca. Cierto, el ordenador tenía ya metido en sus entrañas lo que el decano, en su discurso inaugural, había calificado como «todo el saber importante de la humanidad» (como si hubiera algún saber que no fuera importante). Pero había que darle directrices. Indicarle qué tipo de datos tenía que ir a buscar en cada caso, dónde, y qué hacer con ellos: en una palabra, educarle. Había que crearle parámetros de búsqueda, niveles de asociación, criterios de selección. Decirle cómo debía tratar la información: qué tenía que deducir, de qué modo, y sobre qué bases. Plantearle el trabajo de una manera que no se le presentaran dudas que pudieran bloquearle, lo llevaran a callejones sin salida o le indujeran a dar respuestas falsas o disparatadas. Porque en el fondo, pensaba con cariño el joven granujiento, las máquinas son siempre adorablemente estúpidas.

Fueron tres meses de intenso trabajo. El joven ingeniero deseaba poder ofrecer al rectorado de la universidad una respuesta lo más amplia y detallada posible. Quería demostrar las enormes capacidades del ordenador. Y lo consiguió. Un mes y medio antes de las elecciones, se presentó orgulloso ante el consejo rector en pleno con los resultados de su prueba. La respuesta del ES-12 (dieciocho folios de apretadas tablas) listaba no sólo el ganador y un escalado en base a la proyección de los votos que se calculaba que obtendrían los sucesivos perdedores, sino los respectivos porcentajes que obtendría cada candidato no sólo a nivel nacional, sino en cada estado. El consejo rector de la universidad hojeó atentamente las páginas de apretadas cifras de la respuesta. Hubo algunos bufidos, gestos de discrepancia ante algunos resultados considerados poco convincentes, otros poco ortodoxos. Las proyecciones no parecieron convencer a todo el mundo. Finalmente, el decano dijo, no demasiado seguro de sí mismo:

—Bien, ya veremos. Joven —miró con ojos inquisitivos al ingeniero—, ¿se da cuenta de lo que arriesga usted con esto?

El joven se daba perfectamente cuenta: se limitó a tragar saliva, y los movimientos de su nuez de Adán fueron más expresivos que cualquier respuesta. Pero, en el fondo, tenía confianza en sí mismo. Y en la máquina

También era un perro viejo dentro de los ambientes universitarios. De modo que una vez terminada la reunión no dejó que las cosas quedaran así. No permitió que los resultados de su gran prueba quedaran encerrados bajo llave dentro de los límites de un cajón de la universidad. A la semana siguiente, el *Washington Post*, al otro lado del país, anunciaba en primera página: «El nuevo

gran ordenador de la universidad de Berkeley hace de augur en las elecciones presidenciales». En un reportaje de dos páginas completas, el periódico reproducía un extracto de los resultados dados por el ES-12, obtenidos por el periódico «gracias a unas filtraciones de la propia universidad». Lo detallado de las predicciones y lo poco ortodoxas políticamente de algunas de ellas respecto a los resultados de los sondeos habituales motivaron que otros periódicos se hicieran eco de la noticia, entre burlones, admirados e indiferentes. La noticia tuvo al día siguiente resonancia nacional.

Por supuesto, en el decanato brotaron voces airadas. El joven ingeniero se excusó ante el consejo rector: no sabía quién podía haber sido el culpable de la filtración, dijo, pero tampoco podía acusarse a nadie de ella; en ningún momento se había dicho que los resultados del ordenador fueran secretos. Por supuesto, no mencionó en ningún momento la profunda amistad que le unía desde su infancia con el jefe nacional del *Washington Post*, un auténtico segundo padre para él; era algo irrelevante.

Las elecciones se sucedieron como siempre se suceden en los Estados Unidos: entre alharacas, despliegues informativos, botellas de champán (de California) de los vencedores y gestos mohínos y suspiros de resignación de los vencidos. Y una gran sorpresa general, al saberse con detalle los resultados definitivos.

Porque el gran ordenador de la universidad de Berkeley, California, no sólo había acertado el ganador (cosa no tan sencilla, puesto que aquel año las elecciones estaban muy disputadas), sino los porcentajes exactos de votos que habían recibido *todos* los aspirantes, con diferencias que en ningún momento superaban el tres por ciento en más o en menos. Y esto no sólo a nivel nacional, sino que los porcentajes de votación desglosados según los distintos estados seguían exactamente la misma tónica. De hecho, sólo en tres estados la diferencia entre lo previsto y la realidad superaba el cinco por ciento, ¡y tan sólo en uno se superaba el diez por ciento!

En primera página, el *Washington Post* afirmó categóricamente: «¡El nuevo gran ordenador de Berkeley es un auténtico augur!». Y el resto de la prensa nacional hizo eco, maravillada, de esta afirmación.

Así despegó la carrera augural del ES-12.

El joven ingeniero informático introvertido, delgado, granujiento y

de mirada huidiza tras sus gruesas gafas de montura de concha nunca había sido una lumbrera en su especialidad, pero tenía dos grandes virtudes: era un lógico natural, y también un genio del marketing teórico (su aspecto físico, su inseguridad en sí mismo y su timidez no le permitían ir más allá de ese aspecto). Amparado en la seguridad que le proporcionaba su gran éxito (y la resonancia mundial que había obtenido: durante los tres días siguientes a las elecciones, no menos de ocho departamentos gubernamentales se habían interesado vivamente por «lo que podía hacer exactamente aquella máquina»), se permitió plantear al consejo rector de la universidad un plan de trabajo que había estado madurando para el ES-12, al que se permitió osadamente rebautizar como *Augur*. («Una concesión a la comercialidad —explicó—. ES-12 es un nombre demasiado aséptico, y además parece que el otro nombre —se abstuvo de decir que había sido creación suya— ha calado entre la gente»).

—La idea es sencilla —desarrolló—. Por un lado está el gobierno, por supuesto, pero los contratos con el gobierno son cosa aparte; ellos saben lo que quieren (a veces) y lo piden, y nosotros nos limitamos a dárselo. En lo que estoy pensando es en el gran potencial de la industria privada.

»Miren —repitió su argumentación de la sesión en la que había propuesto el nuevo empleo del ordenador—, cada año las empresas se gastan ingentes sumas de dinero en prospecciones de marketing. Antes de lanzar un nuevo producto, con toda la gran inversión que esto comporta en fabricación, publicidad, etc., hacen sondeos, estudios, previsiones. Que muchas veces fallan debido a lo precario y poco fiable de sus métodos. Nosotros podemos ofrecerles lo mismo, a unos costes que puede que en un principio se consideren incluso abusivos, pero que en último término demostraremos que son más baratos de lo que pagan ahora, aunque nominalmente sean más caros, puesto que dispondrán de una mayor fiabilidad asegurada: tenemos el antecedente de las elecciones presidenciales como prueba. El proceso será fácil. Una empresa vendrá a nosotros y nos preguntará: «¿Qué incidencia de mercado puede tener este nuevo producto?» «¿Cuál será la evolución de nuestro producto estrella?» «¿Qué cambios debemos hacer en este producto para mantener su cuota de mercado?» Y nosotros lo estudiaremos y se lo diremos. A partir de ahí, será cosa de ellos decidir si siguen adelante o no con ello. Nuestra misión habrá terminado; por supuesto, habremos cobrado… y a otro asunto.

Si aquella escena hubiera sido rodada en una película de dibujos animados, en los ojos de todos los presentes en la reunión

hubieran brillado, en vez de pupilas, parpadeantes signos del dólar, y en la banda sonora habría ruido de cajas registradoras. Hubo enérgicos asentimientos de cabeza; aquellos mismos hombres que hacía un par de meses se habían sentido abrumados por la enormidad del monstruo que habían construido en el seno de su universidad se veían ahora lanzados a una exaltación gloriosa. El ES-12, que ellos también empezarían a llamar muy pronto Augur, no sólo iba a convertirse en la gloria de Berkeley, sino también en una importante fuente de ingresos. El tintinear de las hipotéticas cajas registradoras se fue haciendo más y más fuerte.

Por supuesto, pusieron al joven ingeniero al frente del proyecto y le dieron plenos poderes para que siguiera adelante con su plan. Sin embargo, las cosas no arrancaron exactamente del modo que él había imaginado: el primer cliente potencial de la industria privada que se presentó en la universidad de Berkeley en busca de los servicios de Augur quería algo distinto a lo que el joven, con su mentalidad informática, había «programado».

El hombre era el gerente de una empresa de juguetes que, tras varios años de bonanza y esplendor, se había visto abrumada por la crisis. La United Toys se hallaba ante una disyuntiva: o hallaba un producto de impacto que reflotara sus ventas, o se hundía definitivamente. Por lo tanto, lo que deseaba el hombre no era saber si el producto que habían pensado lanzar iba a tener éxito o no entre el público, o qué debía hacer para mantener su cuota de mercado, que estaba zozobrando estrepitosamente, con la producción actual, sino, en el colmo de la desesperación, simplemente *qué producto podía llegar a tener éxito entre el público* en la próxima campaña, lo cual era muy distinto.

Y muy tentador también.

El joven ingeniero, reconvertido muy a su pesar en relaciones públicas de «Augur, consultor informático», como él mismo había empezado a denominar en su fuero interno su gran aventura, le prometió pensar en el asunto. Bueno, se dijo, en el fondo no sería tan difícil. Tenían creado ya un programa base para formularle al ordenador la pregunta tipo: «¿Va a tener éxito…?» y añadirle el nombre y la descripción del producto junto con los parámetros especializados para que la máquina supiera qué tipo de datos tenía que ir a buscar y cómo tratarlos; lo único que había que hacer era generalizar un poco, cambiar ligeramente el programa y hacer que respondiera a la pregunta «¿Qué va a tener éxito…?», y situar los parámetros correspondientes. Quince días de preparación dieron como resultado un nuevo programa de consulta, un input y un output con la respuesta. El joven ingeniero llamó al gerente de la

United Toys y se la entregó, junto con la factura.

El gerente leyó con atención las tres páginas de copia de impresora que había regurgitado la máquina y murmuró:

—¿Un *pepona*?

El joven ingeniero se encogió de hombros; él se limitaba a transmitir la respuesta de la máquina, no era responsable de ella. Además, se apresuró a indicar, resultaba claro que no se trataba simplemente de una pepona; Augur daba en su respuesta una serie de especificaciones muy precisas de cómo debía ser la muñeca. Esas especificaciones no eran nada del otro mundo, por supuesto: la muñeca no hacía nada, no hablaba, ni lloraba, ni hacía pis, ni siquiera tenía la menstruación. Pero había una serie de indicaciones muy claras sobre raza, características faciales, movilidad, atuendo, etcétera. El gerente de la United Toys se marchó no muy convencido, pero pagó la factura sin protestar.

Probablemente la situación de su empresa era tan desesperada que, pese a sus dudas, decidió seguir las indicaciones del ordenador y ver qué pasaba; al fin y al cabo, ya no tenía nada que perder. Dos meses más tarde, a sesenta días tan sólo de la campaña de Navidad, la muñeca «Augur» (con un historial completo acerca de cómo y gracias a qué había nacido) aparecía a bombo y platillo en el mercado. Cinco meses más tarde, sus ventas habían superado las del Monopoly en sus primeros diez años de explotación. Ocho meses más tarde, se convertía en la estrella de una nueva serie de dibujos animados para la televisión. Un año más tarde, la United Toys era una poderosa multinacional con sede propia en catorce países.

La carrera augural de ES-12 había despegado por todo lo alto.

Al poco tiempo, «El augur de Berkeley» se había convertido en una auténtica celebridad. Los contratos de predicción llovían desde todos lados, hasta el punto de que el gobierno tuvo que hacer valer su contrato de prioridad, amparándose en su cuota de participación en el proyecto, para poder disponer del tiempo de ordenador que necesitaba (ellos también se habían visto sacudidos por la fiebre). Se efectuaron tres ampliaciones de memoria, que fueron llenadas casi al instante. Al año y medio de su primer gran éxito con las elecciones presidenciales, la gente que trabajaba directamente al servicio del ordenador había ascendido de veinte a ochenta y siete personas, y se hallaban abrumadas de trabajo. La cola para atender peticiones retrasaba casi tres meses las respuestas,

pese a la tremenda velocidad de la máquina.

Los éxitos se sucedían uno tras otro. Ninguna de las respuestas de Augur demostró ser errónea, y las pocas que se desviaron más allá de una tolerancia de un cinco por ciento en más o en menos (tolerancia aceptable claramente especificada por la propia universidad en una cláusula de sus contratos de servicio) demostraron, tras la pertinente investigación, ser a causa de una mala aplicación por parte de la empresa u organismo consultante de los resultados dados por el ordenador. La retahíla de éxitos era impresionante, abrumadora, y esto motivó por supuesto un sustancial aumento de las tarifas de consulta, así como, en muchos casos, y tras el éxito de la United Toys, el establecimiento de una cláusula de participación en los beneficios que se derivaran de la respuesta.

Por supuesto, hubo ataques y críticas. Muchos medios de comunicación intentaron explicar, racionalizar y quitar trascendencia al éxito de las respuestas del Augur. Las enormes ventas de la muñeca de la United Toys fueron fácilmente explicables: tras la progresiva y abrumadora sofisticación de las muñecas, que *no permitían* al niño jugar con ellas, sólo verlas actuar, la vuelta a la buena y vieja muñeca que no hacía absolutamente nada había sido como un maná. Cuando algunas grandes industrias empezaron a lanzar sus productos con la etiqueta «avalado por las predicciones de Augur» (cláusula de cotización extra y participación automática en los beneficios en todos los contratos de servicio por el derecho de cita), se dijo de inmediato que esto no era más que otro elemento publicitario que inducía a los clientes a comprar gracias a la fama conseguida por Augur, y que no tenía nada que ver con lo acertado de las predicciones. De todos modos, nadie pudo explicar nunca, ni lo intentó, el gran éxito inicial, el de las elecciones presidenciales, donde no podía haber habido ninguna circunstancia concomitante que explicara el acierto ni ninguna manipulación.

A los cinco años de la puesta en marcha del ordenador ESXZ-30012, el ordenador Augur era toda una institución que trabajaba las veinticuatro horas del día y daba satisfacción (garantizada) a más de setecientos clientes al mes. Se habló incluso de que por fin el hombre ya no tenía que depender de su propio y falible juicio y podía confiar de una manera definitiva en la máquina. Aunque un periódico agorero se apresurara a insinuar que esto señalaba muy probablemente el final del libre albedrío del ser humano. Nadie, por supuesto, le hizo el menor caso.

Fue entonces cuando el joven ingeniero informático introvertido, delgado, granujiento y de mirada huidiza tras sus

gruesas gafas de montura de concha acudió al decanato con su segunda gran idea.



Ilustración: Aradano

Por aquel entonces era escuchado casi con reverencia por los doctos dirigentes de la universidad. Se había convertido en el gurú de la prospectiva mecánica, el amo y señor de los reinos del ordenador. Pero, en el fondo, él no había cambiado: seguía siendo el idealista algo ingenuo un poco alejado de la realidad, siempre deseoso de hallar nuevas aplicaciones a aquella herramienta maravillosa a la que había dedicado su vida.

—Hasta ahora hemos estado diciéndole a la gente lo que debían hacer —indicó—. ¿No creen que deberíamos decirles también lo que *no deben* hacer?

Le miraron interrogantes, sin comprender, pero sin atreverse tampoco a decirle que no comprendían.

Se explicó.

—Verán. A menudo las empresas pierden mucho dinero cuando un producto deja de pronto de estar de moda. Cuando se inicia un declive en las ventas, a veces se trata de circunstancias coyunturales que desaparecen al poco tiempo, pero en otras significa simplemente que el artículo ha perdido de una manera definitiva el favor del público. Nunca se sabe. En esos casos, a veces se deja de producir un artículo que podría seguir teniendo una larga vida en el mercado, mientras que en otros se sigue fabricando y se acumulan stocks que, llegado un momento límite, se vuelven invendibles y pueden llegar a arruinar a la empresa. Augur podría prevenir esas cosas. Puede decir a las empresas cuándo un producto ya no está de moda y es conveniente retirarlo antes de que se

acumulen los stocks y se produzcan pérdidas importantes, y cuándo se trata sólo de una recesión temporal. Puede…

Se interrumpió. Todos alrededor de la mesa empezaban a ver las posibilidades. Las cajas registradoras tintineaban de nuevo dentro de sus cabezas. Augur ya le había proporcionado a la universidad unos beneficios que hubieran sido impensables cinco años antes. Y se les había asegurado que el ordenador aún podía duplicar, triplicar, incluso cuadruplicar esas cifras.

—Por supuesto, primero haremos una prueba a nivel privado —dijo el decano con voz meliflua.

—Por supuesto, la haremos —dijo el joven ingeniero informático, sabiendo que había ganado una vez más.

Y así se inició la preparación de la nueva etapa augural del ESXZ-30012. Por supuesto, había que elaborar un programa nuevo, aunque en muchos aspectos podía basarse, invirtiendo los parámetros, en lo que ya estaban haciendo. Durante dos meses, un equipo de veinte personas (los mismos que iniciaron la andadura prospectiva del ordenador, y que eran considerados los *veteranos*) crearon, perfilaron y probaron exhaustivamente los diversos pasos del nuevo programa. Cuando al fin dieron el visto bueno al conjunto, el joven ingeniero llamó al consejo rector en pleno para efectuar ante ellos, *in situ*, la prueba definitiva que iniciaría la rodadura de la nueva especialización del ES-12. Quería que todos estuvieran presentes en su momento de gloria.

Tras la visita turística obligada a las instalaciones y las explicaciones técnicas acerca del funcionamiento previsto del programa —integración de datos, parámetros de correlación lógica, estructuras económicas, sociales, políticas y religiosas a tener en cuenta, elaboración de conclusiones en pirámide, etc., de todo lo cual no entendieron absolutamente nada—, el joven ingeniero se dirigió a la consola de órdenes y se sentó ante el teclado.

—Por supuesto, puesto que no tenemos todavía ningún cliente, ya que aún no hemos iniciado ninguna campaña de captación hasta ver los resultados de la prueba, vamos a tener que formular una pregunta hipotética de índole general. —Sonrió—. He pensado en una, y creo que va a ser un auténtico desafío para la máquina.

Hizo revolotear unos instantes los dedos sobre las teclas y se puso a escribir. En el monitor frente a él se fueron formando las

palabras:

¿QUÉ NO ESTARÁ DE MODA DENTRO DE CINCO AÑOS?

Era una pregunta simple, escueta y satisfactoria: pondría perfectamente a prueba las capacidades de la máquina. Hizo una breve pausa espectacular, y pulsó Enter.

Las luces de los paneles de control empezaron a parpadear. En las pantallas monitoras dispersas por toda la enorme consola brotaron líneas sinusoidales que indicaban los diversos estadios de los procesos internos de la máquina. El joven analista se reclinó en su silla.

—Habrá que esperar —dijo—. Puede que sea largo. Calculo que la máquina necesitará efectuar algo así como quinientos trillones de operaciones lógicas antes de llegar a ninguna conclusión.

La enorme consola siguió parpadeando durante veinte largos minutos, ante la impaciencia, el nerviosismo o el aburrimiento de los distinguidos órganos rectores de la universidad. Luego, de pronto, todas las luces se apagaron al unísono. Los representantes de la universidad se inclinaron ansiosos hacia adelante. En el monitor frente al teclado apareció un mensaje: «Terminado proceso. ¿Imprimir respuesta? Sí (No)».

El joven analista hizo flotar de nuevo su mano sobre el teclado. Miró a los miembros del consejo rector de la universidad uno tras otro. Sonrió. Pulsó «Sí».

Esperaba que la impresora empezara a imprimir como loca y produjera entre cinco y veinticinco páginas de respuesta. Sin embargo, se limitó a imprimir unas pocas palabras en una sola línea y expulsó la hoja. El joven analista la atrapó antes de que cayera al suelo.

La leyó. Alzó la vista al rector. Su rostro se había puesto de pronto muy serio. Y muy pálido. Le tendió la hoja. No dijo ni una palabra. Nadie habló tampoco.

La hoja decía, simplemente:

DENTRO DE CINCO AÑOS NO ESTARÁ DE MODA EL HOMBRE.

Por tercera vez (las anteriores fueron "Genoma" en el N° 150 y "Llanto por un astronauta" en el N° 162) tenemos a Domingo Santos en

Axxón. Pedro Domingo Mutiñó sólo tiene 65 años (lo que significa que comenzó a hacer cosas que quedaron en la historia de la ciencia ficción cuando era un muchacho), nació en Barcelona y escribe, traduce y edita ciencia ficción con la misma naturalidad con que respira.

Polimorfo

Sebastián Gabriel Barrasa

Son interesantes los artefactos que admiten diferentes usos. Quizá sea por una cuestión de costos, pero lo cierto es que hoy en día, casi todo lo que podemos adquirir sirve para hacer más de una cosa. Así nos encontramos con los típicos secarropas, radiograbadores, sillonescama, ventiladores de techo que además iluminan, secadores de pelo que incluso lo cortan, lo ondulan y lo planchan. Pero no quiero aburrir al lector enumerando tan vasta lista de artefactos que seguramente conoce y que si no conoce, no se ha perdido de nada.

En particular voy a hablar de un artefacto que muchos han olvidado y que quizás haya sido un precursor de todos estos. Se presentaba como una especie de cama (y digo especie, porque éste era sólo uno de sus tantos usos) que podía, con una adecuada combinación de botones, transformarse en sillón de comedor, en escritorio y hasta en baúl para guardar cachivaches. Mencioné “adecuada combinación de botones” porque, en efecto, era tal la cantidad de aplicaciones ofrecidas, que incorporar un botón para cada una de ellas, hubiera insumido una botonera de dimensiones incalculables. El manual de instrucciones incluía un capítulo que enumeraba las posibilidades del aparato y las secuencias de botones necesarias para llevarlo a cada posición. Otro capítulo explicaba el funcionamiento de cada una de las transformaciones posibles. El ávido lector dirá, y no sin justa razón, que una cama no requiere mayores explicaciones (es decir, en definitiva acuéstese y duerma), pero debo aclarar que el funcionamiento de un *estrocalario* no es nada sencillo y si quisiera transcribir apenas una explicación elemental de su uso, desviaría por completo la intención de éste relato.

Lo fabricaba una empresa llamada Hammerson. Éste era el apellido del ingeniero que ideó el artefacto quien, además de ser el dueño de la empresa, dirigía en persona al equipo encargado de la producción.

El kit inicial no incluía todas las posibilidades. El cliente podía adquirir diferentes accesorios para extender los usos del artefacto. Cada accesorio le agregaba, en general, más de una utilidad (aunque el de sillón sólo permitía transformarlo en sillón) y cada uso, a su vez, podía ser aplicado a más de una circunstancia (por ejemplo, el cojín del sillón para colocar las camisas debajo y

dejarlas planchadas para el día siguiente). Incluso algunos permitían la incorporación de accesorios propios: el de bote, por ejemplo, admitía agregar un motor fuera de borda para transformarlo en lancha, que a su vez admitía un techo para transformarlo en yate que a su vez admitía una chimenea para transformarlo en barco; sin contar, por supuesto los kits como el de pescadores, que podían ser aplicados a cualquiera de estas combinaciones. Incluso los accesorios venían en diferentes variantes: por ejemplo lancha numero siete lo transformaba en realidad en un crucero por el caribe y lancha número dieciocho en un despojado lanchón para navegar el río Paraná.

Por supuesto que cada accesorio traía su propio manual que explicaba las posibilidades incorporadas, su funcionamiento, y la lista de accesorios disponibles que podían agregársele para extenderlo. Digo disponibles porque la fábrica lanzaba al mercado constantemente nuevas propuestas acorde a la demanda de los clientes. La empresa dispuso un equipo especializado en recepción de solicitudes, que era casi tan importante como el de ingenieros.

Claro que, luego de incorporar un conjunto no demasiado grande de accesorios, la cantidad de manuales se hacía inmanejable. Para ello existía el kit biblioteca con su accesorio indexadora que permitía guardar todos los manuales y recuperarlos en segundos (según informaba su oportuno manual).

Con el tiempo la fábrica se vio tan saturada por los pedidos de los clientes, que decidió tercerizar en otras empresas (de porte menor) la confección de accesorios. Así, algunos de los secretos de su construcción se hicieron relativamente públicos, situación que trajo aparejado lo inevitable: el mercado se llenó de productos piratas, de inferior calidad, pero también de menor costo. Imitaban algunos kits e incluso prometían mayores prestaciones (aunque no siempre creíbles; recuerdo uno, fabricado por una empresa paraguaya, que ofrecía transformar el aparato en lavavajillas y además en chipacera).



Ilustración: Pedro Belushi

De nada sirvieron los innumerables juicios que inició la Hammerson Company a los demás fabricantes (incluso conformó un área especifica de legales). Libre competencia alegaban, y sobre esto ya no era posible discutir. La empresa necesitó bajar la calidad de su manufactura para poder competir en un mercado que ella misma había engendrado. Los clientes empezaron a quejarse, y el sector de recepción de solicitudes en breve se transformó en sector de reclamos.

Un señor había adquirido un Hammerson para usarlo apenas como mesa extensible. Durante algún tiempo funcionó aceptablemente en su forma de mesa pequeña para el almuerzo diario y como gran mesón, para cuando recibía visitas. Pero el artefacto decidió un día achicarse en medio de una opulenta cena con el embajador, situación que provocó, además de la destrucción de la porcelana china, el desparramo de la pasta sobre los comensales.

Por éste y otros tantos casos, el sector de legales, otrora patrocinador de la Hammerson acusadora, tuvo que dedicar casi todo su personal a resolver las demandas recibidas por mal funcionamiento.

Cabe aclarar que incluso en sus tiempos de prosperidad, se cruzaron situaciones adversas producto de la compleja ingeniería de estos aparatos. Pero en aquellos tiempos, la empresa estaba tan bien ubicada en el concepto de la gente común que un caso como el de aquella señora cuyo sillón se convirtió en plancha de tintorero mientras descansaba plácidamente, pudo ser públicamente atribuido, no a un defecto de la maquinaria, si no a un “esfuerzo extremo en los mecanismos” producto de un “exceso de peso por parte del usuario”. Inimaginable hubiera sido un reclamo por mal funcionamiento en su época dorada; tan inimaginable como el no reclamo, en sus tiempos de ocaso. Hubo incluso quienes murmuraron que las mismas empresas de la competencia inventaban accidentes para generar desconfianza en el mercado y así aumentar sus propias ventas; cosa tan difícil de demostrar como las otras versiones que afirmaban que era la misma Hammerson quien alteraba su producto base para funcionar inadecuadamente con los accesorios de la competencia. Jamás conoceremos la veracidad de alguna de estas afirmaciones. Lo cierto es que el sector de reclamos de la Hammerson fue transformándose en el sector más grande y más complejo de la empresa. Para pagar sus sueldos, tuvieron que reducir los gastos de ingeniería e incluso transferirle a algunos de sus mejores ingenieros para la atención telefónica

(imagine a un ingeniero explicándole a una viejecita por qué puede no estar funcionando su duchador). Todo esto se reflejó en la calidad de los productos. La Hammerson debió poner a la venta versiones con características reducidas, alegando que pocas personas aprovechaban realmente todos los usos ofrecidos por cada accesorio. La gente acrecentó su desconfianza en la marca y no demasiado tiempo después la empresa quebró.

Sólo un as se había guardado el ingeniero Hammerson en el bolsillo de su *overall*: la complicada ingeniería del artefacto base. De nada servían los accesorios si no podían aplicarse al multiuso original. No voy a negar que unas cuantas empresas intentaron reinventar el artefacto de Hammerson, infructuosamente. Invirtieron grandes sumas en ingenieros e incluso contrataron a los que habían quedado en la calle por la quiebra de la Hammerson Company. Demasiado dinero y demasiado tiempo. Para cuando pudieron acercarse a construir uno de características aproximadas, la mayoría de estas empresas habían contraído deudas monumentales y los clientes ya las habían olvidado.

Pero no fue ésta la única razón por la que el artefacto dejó de estar en la voz de la gente. Que un producto no aparezca más en la publicidad puede hacer que las nuevas generaciones lo desconozcan, pero nada dice de los que ya habían sido vendidos, y se encontraban en pleno funcionamiento.

Lo cierto es que muchos se fueron descomponiendo y al no haber empresas que los pudieran reparar, quedaron arrumbados en los rincones. Es posible entonces, mi querido lector, que aquella mesa recibida como herencia de su abuelo, o aquel gramófono adquirido en el bodegón de antigüedades, sean en realidad un Hammerson auténtico, atascado eternamente en una de sus tantas variantes. Quizá fueron a parar a un sótano, una despensa o un baúl, a la espera de un renacimiento futuro en que la ciencia pueda revivirlos de su letargo. Tal vez estén guardados en sí mismos, en una de sus irreconocibles formas de guardacosas.

Otros, pocos, quedaron protegidos en manos de sus dueños. Semejante artefacto no podría ser visto cuanto menos como una reliquia. Imagino oscuras tertulias con cautos propietarios mostrando, no sin antes haber cerrado todas las persianas, las virtudes del artefacto a sus más selectas amistades. He aquí la paradoja real de su fracaso: la verdadera aplicación de éste artefacto fue ser un objeto de exposición. Su razón de existir fue su propia

muerte.

De Sebastián Gabriel Barrasa (nacido el 7 de junio de 1974 en la Ciudad de Buenos Aires) hemos publicado ya dos cuentos en Axxón: “Deja vu” (144) y “Ombligo” (150). Sebastián dirige talleres de creatividad literaria, algunos de sus textos han aparecido en revistas y sitios de Internet. Desde hace algunos meses es el promotor y coordinador de una lista dedicada al quehacer literario: Cruzagramas.

La anfitriona

Zdravka Evtimova

No le conté a nadie acerca de mi plan, y menos aún a mi marido, ya que, de hecho, no estaba corriendo ningún riesgo. Por las tardes, mientras dormía la siesta con mis hijos, le permitiría el acceso a mi subconsciente a todos aquellos interesados en hacerlo a cambio de una modesta tarifa. Probablemente hayan oído hablar de esa compañía de New Castle, Subconsciente, Inc. Por supuesto, si ustedes fueran hombres de negocios o abogados con una intensa agenda de trabajo, no habrían oído nada sobre ella; los anuncios eran emitidos antes de las cinco de la tarde. Pero las amas de casa como yo ven cualquier cosa mientras le dan la merienda a sus hijos.

Algún genio había urdido el siguiente aviso publicitario: “¡Turismo en el mundo del subconsciente! Ésa es la verdadera industria moderna. Usted elige su horario de trabajo, establece la tarifa de entrada a su subconsciente y nosotros nos ocuparemos de encontrar huéspedes ansiosos por visitarlo. ¡Podemos hacerlo rico!”

El argumento que me resultaba más convincente para probar aquella empresa de alta tecnología era que la compañía no reclamaba ningún pago inicial. Incluirían mi subconsciente en su sistema de rutas turísticas sin cargo alguno.

El hombre que respondió a mi llamada telefónica me invitó a visitar su oficina en la ciudad, un lugar que yo detestaba hasta cuando pensaba en él, y mucho más si me veía obligada a ir. Estaba a punto de declinar la oferta cuando el hombre me explicó que él podría venir a mi casa; allí podría firmar el contrato y elegir los días en los que mi subconsciente estaría abierto a los visitantes. Entonces me decidí: de tres a cinco de la tarde, todos los días hábiles. Ese era el momento en que dormía la siesta con mis hijos: unos demonios que utilizaban cada minuto de sus vidas para golpearse, morderse, patearse e insultarse mutuamente. Nada podía preocuparme menos que mi subconsciente mientras dormitaba por las tardes.

El aburrimiento envenenaba mis días. Mis nervios eran constantemente crucificados por las peleas de mis hijos y las quejas de mi esposo acerca de lo miserable que era su salario. Esa era su razón para negarse a gastar dinero en una niñera para sus belicosos hijos. No tenía recursos para pagar domésticos o criadas que hicieran las tareas de la casa. Le pagaba a una muchacha gorda para que hiciera la limpieza dos veces a la semana, pero me quedaba la

sensación de que tras sus aplicados esfuerzos, las habitaciones quedaban más sucias que antes. Mis hijos la adoraban; ella abría el refrigerador y tomaba grandes porciones de torta que los tres engullían ferozmente, aunque eso era algo que, como sabían muy bien, estaba estrictamente prohibido. Yo odio a las muchachas gordas. Mi marido también estaba engordando, aunque a menudo nos arrastraba, a los niños y a mí, a nuestro gimnasio familiar, lugar en el que los chicos alborotaban mientras él resoplaba y jadeaba, quejándose de su jefe, su secretaria, sus empleados y sus amigos. Se sentía bien cuando teníamos sexo, pero yo no, y él nunca parecía darse cuenta de ello. Pensaba que mi esposo estaba demasiado ocupado con sus propios planes o, tal vez, yo fingía mi felicidad demasiado bien.

Deben ustedes comprender que cada uno de mis días era idéntico a los otros: las peleas de los chicos; las constantes disputas sobre qué ver en la televisión, quién había elegido el mejor camión y quién corría más rápido. Mi marido, por supuesto, los alentaba. Para él era un logro digno de elogio que ellos aprendieran todo sobre la competencia desde una edad temprana. Aplaudía su espíritu de lucha y lo interpretaba como sed de victoria.

—Los chicos estarán listos para vivir fuera de casa, querida. Tú no sabes nada sobre la vida. Vives inmersa en el oasis de calma que he construido para ti.

Sí, yo estaba fingiendo mi felicidad con eficacia.

En medio del oasis que él había construido las horas eran idénticas, como las motas de polvo sobre la despensa de la cocina, de modo que cuando el empleado de aquella extraña compañía realizó una segunda visita a mi modesto domicilio yo estaba tan sorprendida y excitada por experimentar algo novedoso que lo dejé entrar. Debo admitir que se veía estupendo. Esperaba que mis curiosos vecinos lo hubieran visto entrar en mi casa.

—Señora, usted ha recibido los mayores ingresos netos resultantes de las visitas al mundo de su subconsciente —dijo al tiempo que hacía una ligera reverencia—. Gracias a usted, he sido elegido Agente del Mes por mi contribución financiera a nuestra Compañía.

Ustedes deben conocer la expresión “como caído del cielo”. En ese momento sentí como si un rayo me hubiera caído en la cabeza.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Su subconsciente fue visitado por una enorme cantidad de turistas, señora. La gente hace reservas con varios meses de

anticipación. ¿Ha revisado su cuenta bancaria recientemente?

—No —respondí. La expresión “cuenta bancaria” me sonaba demasiado presuntuosa para los ciento cincuenta dólares que guardaba en ella. Mi esposo acostumbraba depositar sumas insignificantes en mi cuenta bancaria cuando partía en largos viajes de negocios. Yo tomaba el dinero apenas él había cerrado la puerta y cuando llegaba la muchacha gorda para hacer la limpieza me iba al cine. Le pagaba generosamente a la muchacha para que cuidara a mis hijos y, por un par de horas, era libre. Al salir del cine me dirigía a un pequeño y coqueto restaurante donde bebía media botella de Chardonnay, un vino blanco seco de 1987 o 1989, que era lo único bueno que podía pagar. Bebía sola, haciendo mi mejor esfuerzo para neutralizar a toda clase de pesados que intentaban pagarme un trago. Gastaba alegremente el resto del dinero en la película más aburrida que pudiera encontrar.

Por principio, prefería los cines medio vacíos donde los extraños tenían pocas posibilidades de molestarme. Ni siquiera miraba la película; hubiera podido ver cualquiera que quisiese en mi propio reproductor de video. Lo que adoraba era la ausencia absoluta de seres humanos a mi alrededor. Sabía muy bien que la muchacha gorda y mis hijos aprovechaban mi ausencia para atiborrarse con torta, chocolates y dulces.

Por lo tanto me regodeaba en el resplandor de la película aburrida y en la soledad que me permitía, en un lugar donde nadie codiciaba mis piernas. Por supuesto, no siempre era eso lo que ocurría; los perdedores van incluso a ver las películas más aburridas. Yo era un imán para ellos; todos declaraban que para mí sería placentero que ellos me mostraran los lugares de interés de nuestro aburrido pueblo. Durante los días siguientes, caía en la desesperación. Era improbable que otra suma, por insignificante que fuera, apareciera pronto en mi cuenta bancaria. Y así mi arruinada tarde lucía aún más sombría. Mi marido estaba convencido de que las esposas no deben tener dinero para despilfarrar, de modo que virtualmente no me dejaba nada. En su opinión, el dinero traía malas ideas acerca de compras no autorizadas. En realidad, las compras no podían haberme importado menos. Anhelaba el silencio. La idea de que yo pudiera engañarlo nunca cruzó por la mente de mi marido. Él creía que lo adoraba, pero no era así.

—Señora… —empezó a decir el joven empleado, y me estremecí. En primer lugar, no me gustaban los extraños. En segundo lugar, odiaba que me llamaran *señora*. Tampoco podría decir que me agrade conocer gente nueva, aunque el hombre no era desagradable: se había limpiado cuidadosamente los zapatos en el

felpudo antes de entrar a mi casa—. Señora, me tomé la libertad de modificar la tarifa de ingreso a su subconsciente. Los turistas la pagan, así que la elevé. Por favor, revise su cuenta bancaria, señora.

Dije que la revisaría y esperé a que el empleado terminara con lo que había venido a decirme. Sospechaba que él no había conducido varias horas para llegar hasta mi casa sólo para agradecerme por el buen trabajo que mi subconsciente había hecho para beneficio su compañía. Mis hijos empezaron a reñir por un *walkman* que habían roto un par de años atrás. El hombre se levantó de la silla y me observó directamente, un acto que en mi opinión constituía una ofensa; odiaba que la gente me mirara de esa manera.

—Señora, ¿podría usted prolongar el tiempo de acceso a su subconsciente? —preguntó mientras contemplaba la base de mi cuello. Eso me hizo sentir mejor. Sabía que a los jesuitas, en el siglo XVI, se les enseñaba a mirar ese punto del cuello de sus interlocutores mientras se esforzaban por mantener la conversación. La intimidación me hacía sentir cómoda. Siempre fue así; no me asusto fácilmente.

Me sorprendí cuando sugirió: —Tal vez usted me permita prolongar las horas de acceso hasta última hora de la tarde.

—¿Última hora de la tarde? —Reflexioné sobre ello. Por las noches mi marido estaría en casa. Su presencia demandaría toda mi atención.

Los hombres siempre toman algo de ti. Incluso siendo niños te quitan la paz y la tranquilidad. Te enfurecen con sus gritos; cuando no estás en casa se atiborran con montañas de torta para volverse más arrogantes cuando regresas después de beber tu afortunada botella de Chardonnay.

—Según mis cálculos, usted obtuvo un beneficio de veinte mil dólares, señora —dijo el joven. Me dio hipo—. Tal vez un poco más. He tenido un día libre y otro administrador está manejando el acceso a su subconsciente.

—¿Está seguro? —fue todo lo que pude decir. ¡Veinte mil dólares! Había estado soñando con veinte mil toda mi vida. En mis sueños, siempre aparecía en una tierra remota, lejos de mis hijos. En aquel lugar estaba muy lejos de mi esposo también. Sus quejas acerca del estrés que le producía su trabajo nunca podrían alcanzarme allí.

A veces, en mis sueños más atrevidos, contrataba dos guardaespaldas, ambos vestidos de negro. Cuando se enteraban de que mi marido se aproximaba a mi nuevo hogar, no lejos de *Silver*

Moon Lake —había visto el lago en un anuncio de la televisión—, ellos le advertían que la distancia entre nosotros debía ser de al menos una milla. Mi esposo, por supuesto, no obedecía sus instrucciones; intentaba persuadirlos de que yo era su esposa. Los guardaespaldas ya le habían advertido que le dispararían en el rostro si persistía en su intento. Mi marido nunca se rendía. Era muy insistente.

Para ser honesta, eso ocurría sólo en mis mejores sueños.

El agradable joven se removía nerviosamente en su silla. Pero yo no deseaba facilitarle las cosas. No prolongaría las horas de acceso durante las cuales sus frívolos turistas pudieran visitar mi subconsciente. Ellos podrían querer hacer sus *picnics* allí. Bueno, si realmente tenía veinte mil dólares… estaba claro lo que haría, ¿verdad?

—Señora, he visitado su subconsciente. En realidad, lo he visitado siete veces, y… y me gustaría…

—¿Siete veces? —Eso realmente era mucho—. ¿Le cobró alguna tarifa su compañía?

—De hecho lo hicieron… Apreciaría que usted permitiera el acceso a su subconsciente durante las últimas horas de la tarde, señora. Yo sería el primero en aprovechar tal oportunidad.

—¿Qué… qué es lo que lo motiva a visitarlo de nuevo?

—Por favor, no me haga esa pregunta, señora. Usted sabe mejor que yo cuáles son sus sueños.

Un estremecimiento me atravesó. Yo sabía muy bien lo que pasaba en mis mejores sueños. El *Silver Moon Lake* y el hombre postrado en la orilla, muerto. Hombres llevados al éxtasis por la sangre y la muerte ¡Debo ser muy buena soñadora para haber hecho veinte mil dólares!

—¿Hay escenas de sexo en mi subconsciente? —pregunté con voz quebrada.

—Bueno… de hecho… yo no entré por eso, señora.

¿Y si los turistas hubieran sido atraídos por lo que mis guardaespaldas le hicieron a mi marido?

—No permitiré el acceso a mi subconsciente en ese horario —dije de manera inquebrantable.

El joven que hacía un minuto parecía bastante normal, incluso tímido, cualidad que yo apreciaba, saltó de la silla y tomó repentinamente mi mano.

—¿Por qué haría usted eso, señora?

Lo aparté de mí. Odio cuando alguien me toca. Las manos de mi esposo eran sudorosas, aunque las trataba con una loción de almizcle y aceite de equinácea. Toda mi casa era sudorosa; El cielo sobre mí era sudoroso cuando alguien me tocaba. La memoria de la piel de un extraño tocándome solía perseguirme durante días. Sufría severos ataques de asma después de eso. Uno de los colegas de mi marido, un gerente ejecutivo, había tocado una vez mi hombro y me había ocasionado un ahogo.

—¿Está usted bien, señora? —preguntó el joven con tono de preocupación.

—Por favor, no me toque.

Sus manos escaparon de mi piel como insectos aterrorizados.

—Lo siento t… tanto, señora —tartamudeó, su frente estaba perlada por gotas de transpiración.

—Por cierto, ¿quiénes me visitan más a menudo, hombres o mujeres? —pregunté.

—Tanto hombres como mujeres lo hacen, señora —susurró, mientras sus manos se crisparon nerviosamente sobre sus rodillas como si trataran de saltar sobre mí.

—¡Por favor! —lo interrumpí. Por suerte, él logró controlarse. Sus dedos parecían suaves como pasteles, con uñas perfectamente cuidadas: el tipo de manos que yo particularmente detestaba.

Una fría imagen atravesó mi mente: dos guardaespaldas apuntaban a un hombre regordete. Él les gritaba, enfurecido, informándoles que era mi marido y que sería mejor que arrojaran sus jodidas armas al suelo. Era natural que los guardaespaldas no las soltaran.

—Hay silencio en su subconsciente, señora. —Los ojos del empleado se clavaron en ese punto de mi cuello que los jesuitas amaban. Hasta eso me daba escozor—. Es tan hermoso allí… Uno se siente como en un cine, tranquilo y acogedor, y están dando una buena película. Una película de… amor.

Cuando pronunció la palabra “amor”, las gotas de transpiración de su frente brillaron enrojecidas.

En ese momento mis hijos comenzaron a entonar una canción a los gritos; luego comenzaron a golpearse entre sí sin ninguna razón, arañándose los rostros al tiempo que lloraban con voz grave. Si mi esposo hubiera estado aquí, los hubiera aplaudido calurosamente.

—Señora —ahora la voz del joven era sudorosa, y sus

palabras goteaban incómodas de su boca húmeda—. Señora… su sueño es sobre un hombre que… que es… todo para usted… él es como un tranquilo y acogedor cine… él es… su vida. Usted no puede soportar que alguien la toque porque lo desea a él. Usted sueña con… con… ver primaveras y veranos en sus ojos. Señora, yo… yo siento que sé cuál era su problema. La he ayudado a salir de él.

Sentí que se helaban mis pies. Apenas podía respirar.

Mis hijos empezaron a arrojarse juguetes de plástico; podían insultar en latín, también, un logro que mi esposo premiaba diariamente con una generosidad considerable.

—Señora, yo… cuando entré a su subconsciente… ¿sabe qué? —Mi visitante balbuceaba—. Me… me pareció… —En ese momento sus ojos abandonaron el tranquilo punto en mi cuello para concentrarse en mi pecho.

—Continúe —dije. Sentí pinchazos hundiéndose en mi piel: un claro signo de que el ataque de asma se aproximaba.

—Usted sabe… me pareció que yo era el hombre para usted. Entonces vine aquí y…



Ilustración: Héctor Chinchayán

El sol iluminó el rostro de mi visitante.

—Tal vez otro hombre… otro hombre… aunque él era… él era el hombre de sus… sueños —tartamudeó—. Sólo yo sabía su dirección… y… vine a… decírselo. Yo soy ese hombre, señora.

Recordé los más hermosos momentos de mis sueños: las armas de los guardaespaldas apuntaban a la frente de un hombre que les explicaba a esos hombres armados que yo era su esposa. Ese hombre creía que yo lo adoraba.

En ese momento supe la verdad: había fingido mis sueños. Un paquete de mentiras: eso era lo que yo era.

—¿Así que era usted quien me ayudó… usted?

De pronto imaginé a mi joven visitante vestido de negro. Imaginé el cuerpo postrado frente al *Silver Moon Lake*.

—Yo… yo la amo, señora —susurró.

En ese momento sonó el teléfono. Detestaba intensamente la voz de mi vecina. Ella era periodista y una verdadera caradura.

—Jane ¿eres tú? Soy Catherine… Sí, Catherine Grissom ¡Adivina lo que vi en la televisión hace un minuto! ¡Oh, Jane! ¡Tu pobre esposo fue hallado muerto cerca de la orilla del *Silver Moon Lake*! ¡Eso es lo que dicen en la televisión! ¡El pobre hombre!

Tragué buscando aire. Mi visitante parecía estar a punto de besarme.

—¡Recibió un disparo en el rostro, Jane! ¡El pobre hombre! ¡Tenía un corazón de oro! Dicen que el asaltante, un hombre alto, vestido de negro, escapó —cotorreó.

Una sonrisa tímida asomó en los labios de mi visitante. Estiró su mano para tocarme. Me quedé helada.

—¡Jane! ¡Jane! ¿Estás bien? —El receptor gritó como la voz de Catherine Grissom desintegrándose en una ducha de agitados electrones.

Traducción del inglés de la versión de la autora por Claudio Biondino.

Zdravka Evtimova es una escritora y traductora búlgara que vive con su marido, dos hijos y su hija en Pernik, Bulgaria. En su país ha publicado tres colecciones de cuentos y tres novelas. Varios de sus cuentos han ganado premios internacionales importantes en Inglaterra, Estados Unidos, Canadá, Alemania, Francia, India, Rusia, Polonia, República Checa, Eslovenia, Macedonia y Serbia. Como traductora su labor incluye 22 libros. Su obra de ficción se caracteriza por la sensibilidad demostrada como testigo de la transformación de Bulgaria y su rol en la nueva Europa que está surgiendo.

El juego

Marcelo López González

Un leve manto de neblina vestía los pabellones. Cientos de niños ocupaban con naturalidad cada uno de los rincones, inyectándome con potencia el inocente bullicio de sus cantos y risas, llenando paulatinamente el silencio que envolvía los patios de la escuela. Pero de pronto, algo logró hacerme olvidar por unos momentos la algarabía de los pequeños: un fuerte y frío ventarrón golpeó mi cuerpo, mientras se dibujaban heridas azules en el cielo nublado que nos amparaba. Con lentitud, la neblina comenzó a ceder terreno, despejando la vista privilegiada que me daba el cuarto piso del edificio principal, permitiéndome ver con claridad a los niños que continuaban jugando despreocupadamente. Podría haberles gritado, incluso bajar y jugar con ellos, pero la extraña sensación de cansancio no me permitió cumplir con aquellos deseos. Deseché la posibilidad de bajar, conformándome con admirar los correteos lúdicos de aquellos niños, que seguían desplazándose por toda la escuela.

Después de unas horas, los sonidos bajaron de intensidad, sus voces eran cada vez más lejanas, sus fraseos agudos comenzaron a ser reemplazados por débiles e incomprensibles susurros. Me cubrí los ojos con las palmas de mis manos, tratando de no ser testigo de aquel final que ya conocía de memoria: las pelotas dejarían de rodar, y los niños comenzarían a desaparecer, hasta que la última de sus risas fuera reemplazada por el aburrido y monótono sonido del viento.

Todo muere en un instante, sin más preámbulo que un simple acto de desaparición realizado sobre la totalidad de los niños de la escuela. Luego, el silencio.

CRÓNICA DIARIA DE LA ESCUELA

Lunes 24 de abril

A pesar de los lamentables acontecimientos nacionales, este año se han matriculado alrededor de 458 niños. La Dirección ha decidido ampliar la

cantidad de cursos y se aumentó la dotación de Profesores. La jornada se inició con un breve acto que dio inicio al año escolar.

Bajé al patio principal, siguiendo el tímido gemido que incomodaba el ambiente silencioso del recinto. Parecía venir del baño, e inmediatamente apuré el tranco. Apenas ingresé al lugar pude visualizar, con cierta dificultad, el cuerpo que yacía sobre el suelo. Se encontraba en posición fetal, era una niña, con el rostro escondido entre sus brazos, emitiendo un llanto contenido, que luego aumentó de intensidad. Me acerqué a ella, resbalando dos veces sobre el piso mojado, poniéndola en aviso de mi presencia.

—¿Qué te pasa?

Al terminar mi pregunta dejó al descubierto sus ojos, convertidos en pequeñas islas azules rodeadas de un mar incoloro y sufriente.

—No ves que estoy llorando —contestó un poco molesta.

—Pero si puedo ayudarte…

—Tú no me puedes ayudar en nada.

—Si me lo cuentas, posiblemente pueda hacer algo.

—¿Qué puede hacer un niño como tú? —Mientras hablaba exhibió por completo su cara, cubierta de heridas que reemplazaban la inocencia de sus rasgos—. Ya está hecho ¿Acaso no te das cuenta?



Ilustración: Valeria Uccelli

Patricia era inconfundible, su pelo rizado no parecía tan alegre como cuando jugábamos en aquellas tardes interminables después del recreo. Ella no me recuerda, pero su imagen, mucho más alegre que ahora, había dejado una huella indeleble en mi memoria. Ahora, sumida en su tristeza, parecía una pequeña sombra de la niña que yo había conocido. Acaricié su pelo y pensé en algunas palabras de apoyo. ¿Pero qué podía hacer yo frente a su realidad?

—¿Te acuerdas de mí?

Ella me miró con detención y pareció descubrir algo reconocible en mis facciones.

—Sí, claro que me acuerdo, eres el niño viejo. Me costó un poco saber quién eras, este baño está muy oscuro y hace mucho frío. Mejor salgamos de aquí.

La tomé de la mano y salimos al pasillo principal. El tiempo comenzaba a empeorar, los escasos rayos de sol habían desaparecido y las nubes se agrupaban sólidamente sobre nosotros. Algunas gotas de agua comenzaron a caer tímidamente presagiando la copiosa lluvia que se avecinaba. Un manto de agua cayó sobre nosotros y corrimos hacia una de las salas. Me quité la chaqueta y se la entregué.

Con un cansancio poco habitual logré abrir la puerta sin cerradura. Entramos en la penumbra y apreté el interruptor de las luces. Los tubos fluorescentes que aún funcionaban comenzaron a encenderse con cierta dificultad, iluminando lentamente la morada que había elegido para mi amiga. Saqué del bolsillo de mi camisa un trozo de tiza que había encontrado en mis andanzas diarias por las oficinas del Colegio. —Dibuja algo —le dije, y ella, en un gesto casi automático comenzó a trazar líneas blancas sobre la superficie negra del pizarrón. Mientras tanto, yo miraba los pupitres y asientos que permanecían en inalterable orden, enfrentados a la única pizarra de madera que no había sido reemplazada por las modernas pantallas. Don Rodolfo, un viejo profesor de historia, había solicitado que se conservara como un vestigio de mejores tiempos, según sus palabras, de momentos que hablaban de un tiempo repleto de esfuerzos por sacar adelante la educación de los niños más desposeídos. Era una especie de héroe que no necesitaba de reconocimientos ni de discursos en su honor. Solamente hacía lo que él creía era su deber. Había muchos como él en la escuela, desplazándose de una sala a otra con sus libros, tratando de sortear la fatiga crónica de su profesión. Don Rodolfo fue el primero de los hombres en partir.

—Adivina lo que es —me dijo Patricia.

Tres figuras, dos grandes y una pequeña, dibujadas con simples líneas y círculos, parecían representar a figuras humanas inmersas en un horizonte negro.

—Me imagino que la más pequeña eres tú.

—Sí, ¿y las otras? —me dijo entusiasmada.

—Tus padres.

Con la mano borró uno de los dibujos.

—Esa era mi Mamá, pero ahora está en el cielo.

—Y el otro es tu Papá.

—Con la tiza rayó la figura hasta cubrirla completamente.

—Sí, ese era mi Papá.

—¿También en el cielo?

—No, pero… —dijo reprimiendo el sollozo. Las cicatrices parecían bailar sobre su rostro, evocando algún secreto que se negaba a confesarme—. Igual lo quiero, no importa que sea malo conmigo. Lo hecho de menos. ¿Tú sabes cuándo me vendrá a buscar?

—No lo sé —le dije—. No lo sé.

Afuera, la lluvia comenzó a caer con más violencia, golpeando con furia las ventanas, llenando el silencio de la sala.

CRÓNICA DIARIA DE LA ESCUELA

Jueves 24 de junio

Hoy despedimos a tres Profesores: Rodolfo, Manuel y José; los niños les hicieron un pequeño acto en donde se cantaron y recitaron poesías escritas por ellos. El resto de los Profesores les hizo entrega de un pequeño obsequio por su destacado servicio a nuestra comunidad escolar.

Le dije a Patricia que iría a buscar algo de comida. Me pidió que no demorara mucho. Le prometí que volvería rápido. Corrí con todas mis fuerzas; mientras tanto, la lluvia seguía cayendo incansablemente sobre toda la Escuela.

Los paquetes de alimento se encontraban apilados por toda la cocina, algunas ratas merodeaban entre ellas intentando perforar con sus dientes el duro plástico que las cubría; sus ojitos hambrientos brillaron al verme, estaban dispuestas a pelear por su comida, siempre lo hacían, desde el primer día en que se dieron cuenta de su tremenda superioridad numérica. Siempre habían convivido con nosotros desde la penumbra, acechando por las noches y escondiéndose por el día, asustadas por el constante

ajetreo de los días de clases. Pero ahora somos nosotros los que las evitamos, intentando no molestar su propia actividad de supervivencia. La señora Matilde se esmeraba en mantener limpio y ordenado este lugar, pero cuando las cocineras dejaron la escuela tuvimos que conformarnos con la comida enlatada que nos enviaban desde la Central de Abastecimiento. Cada vez que un niño lo necesitaba, siempre estuve dispuesto a arrebatarles nuestra comida, a punta de piedras y palos, dejándole muy en claro nuestra existencia. Esta vez me bastaron un par de gritos y unas patadas sobre sus lomos grises. Afortunadamente eran pequeñas, porque las grandes siguen prefiriendo la noche y ahí es otra cosa. Don René era el encargado de sacarlas con su vieja pistola. Desde las camas podíamos escuchar los disparos y los chillidos, en una feroz batalla campal que todos relatábamos por la mañana. Cuando Don René tuvo que partir, como todos los demás hombres, las mujeres se hicieron cargo de esa tarea. Cuando escuchábamos sus gritos nosotros no parábamos de reírnos de aquella extraña mezcla de exclamaciones y chillidos que pugnaban por hacerse notar en nuestros oídos.

Después de haber ganado mi pequeña batalla enfilé rápidamente a donde se encontraba Patricia. Cuando llegué con mi cargamento de comida ella se encontraba durmiendo sobre el piso, cubierta con mi chaqueta. Estaba tiritando, y un vaho de humedad salía de su boca. Hace tres días que el calefactor central dejó de funcionar, lo que siempre me obliga a llevar, de un lugar a otro, una pequeña estufa a parafina que ayuda a calentar en algo el sueño de los niños. Recordé que la había dejado en otra sala para calentar un poco a Bastián, el niño enfermo que encontré ayer. Estaba muy enfermo, tosía sin control y la fiebre me había obligado a cambiarle cuatro veces la ropa. Cuando regresé a verlo se había ido, como todos los niños que he encontrado en estos últimos meses. Nunca los veo más de una vez, siempre desaparecen, como mis recuerdos más lejanos. Trato de encontrarlos por ahí: jugando, haciendo travesuras o estudiando en alguna sala; pero nunca más los vuelvo a ver. Tengo una teoría, una estúpida teoría; si no me alejara de ellos durante la noche quizás no desaparecerían.

CRÓNICA DIARIA DE LA ESCUELA

30 de agosto

Ayer se fue Don René, el cuidador, el último

hombre que estaba quedando en el Colegio. Hoy se realizó un sorteo y se distribuyeron los turnos de vigilancia que cada una de nosotras deberá cumplir durante la noche.

Aproveché que Patricia seguía durmiendo, y salí a buscar la estufa. El atardecer había llegado y la lluvia se dejaba caer suavemente sobre toda la Escuela. Crucé el patio principal y entré a la sala, unas mantas eran el único vestigio de la permanencia de Bastián en aquel lugar. Aún podía ver la fragilidad de su cuerpo tendida sobre aquella cama improvisada que había hecho para él. Siempre lo consideré mi mejor amigo, quizás porque ambos éramos huérfanos de padre y madre; en realidad nunca conversamos sobre aquello, nos juramentamos en olvidar lo triste de nuestras vidas y tratar de ser felices con lo que teníamos aquí. Era el único con el cual podía conversar los temas interesantes, compartiendo toda la información que lográbamos escuchar de los adultos. Un día me dijo que yo parecía un viejo, porque no entendía mi increíble capacidad de aprender cosas nuevas y la manera casi adulta de ver las cosas que sucedían. Tampoco lo entiendo, le dije la última vez que lo vi. Siempre me recriminaba que yo no actuara como un niño de 13 años, especialmente aquella vez que conversamos sobre los ángeles. Yo le había tratado de explicar que eran productos de la imaginación de adultos fanáticos por las cuestiones religiosas. Pero él se empecinaba en creer lo que había escuchado de otros niños. Nunca fue una cuestión que terminara en discusiones pero él insistía en la veracidad de esas leyendas. Lamenté mucho su desaparición, había tantas cosas que hubiera querido compartir con él. Incluso podría haberle hablado de mis extraños y recurrentes sueños, seguramente habría estado contento de saber que yo estaba soñando con ángeles, de esos que tienen alas y aureola, los mismos en los que él creía.

CRÓNICA DIARIA DE LA ESCUELA

18 de septiembre

A pesar de la pena que aflige a nuestro país, hoy se realizó un acto conmemorativo de la Independencia. Los niños, como siempre, bailaron y cantaron junto a sus Profesoras. Además, se leyó un

comunicado del Gobierno, en el cual nos informaban que deberemos habilitar algunas salas como dormitorios. Se nos informó que los niños no deberán salir de la Escuela hasta que la situación militar esté controlada. En el corto plazo nos enviarán camas y víveres para satisfacer los nuevos requerimientos.

Poco antes de que anochezca siempre acostumbro a sentarme sobre la terraza del pabellón más alto de la Escuela, y desde sus cuatro pisos miro más allá de las murallas que nos rodean. Incluso hay días en que puedo ver con cierta claridad aquellos fragmentos de cordillera que se esconden entre la espesa capa de neblina amarillenta que siempre parece cubrirla. Echo una mirada hacia las calles más cercanas, están como siempre, congestionadas de vehículos silenciosos que nunca avanzan, llevando en su interior a siluetas que permanecen inmóviles y expectantes, ordenados como una gigantesca postal que siempre está ahí para que yo le encuentre nuevos detalles que apreciar. Siempre me he preguntado por qué no salgo fuera de la escuela; si bien es una necesidad, no creo que sea el momento para hacerlo, menos aún si quedan niños dando vueltas por ahí. En cierto sentido ellos siguen dependiendo de mí, esperando la mano que pueda resolver sus problemas.

Aburrido de contemplar los monótonos paisajes externos, juego con mis dedos por un rato y, luego de unos segundos, observo el primer piso del pabellón de enfrente; una incipiente llama se deja ver desde la ventana, entibiando el sueño de Patricia. Poco rato después, la noche y el viento helado con sus olores sulfurosos me obligaron a bajar.

CRÓNICA DIARIA DE LA ESCUELA

29 de septiembre

Hoy han llegado varios camiones cargados de alimentos, camas y máscaras antigás; también traían algo de ropa para los niños y una caja enviada por el ejército. Se nos pidió no abrirla, y guardarla en un lugar seguro de la Escuela mientras se construye un sitio especial para su ubicación definitiva. Desde hoy

tendremos resguardo militar en las afueras del Establecimiento.

—¿Por qué lo habrán guardado aquí?

—Da lo mismo. ¿Lo van a mover para saber si está vivo o lo hago yo?, par de gallinas.

—Esteban, no somos gallinas, lo que pasa es que me da miedo su aspecto.

—¡Gallinas, gallinas, eso es lo que son! ¡Córranse de ahí, lo haré yo! ¿Ven que no pasa nada, niñitos llorones?

—Mira, no se mueve. Está muerto.

—Pero si le pegamos esos brazos y piernas tal vez se mueva, mira, es fácil, se arma igual que uno de esos muñecos.

—¡Bueno ya, háganlo, pero que sea rápido!

—Listo, está completo.

—¡Se mueve, se mueve!

¡Me muevo, me muevo!, fue lo primero que pensé, el único recuerdo de mi nacimiento.

Los días se congelan en un recreo eterno, en donde los niños juegan en absoluta libertad por los patios y pasillos de la Escuela. Me daba el tiempo de jugar con cada uno de ellos: Cuatrocientas maneras de divertirse, cuatrocientas vidas, cuatrocientas razones para vivir.

Los nombro, los llamo y los protejo: Mauricio, Rafael, Andrea, Juan, Pedro, Marcelo, Rodrigo, Verónica, Paula, Leticia, Jaime, Leonardo, Pablo, Luis, Gabriela, Esteban, Bastián, Fernando, Carolina, Graciela, Cristian, Sergio, todos, absolutamente todos, día y noche. En todo momento que ellos me necesiten, siempre estoy, siempre estaré.

Nuevamente ahí, los niños, formados en medio del patio. Todas las filas se fusionan en una masa de inocencia de la cual comienzan a salir, uno a uno, como siguiendo la música de un flautista invisible que los invita a caminar en dirección a la densa neblina que se acerca, perdiéndose en su espesura amarillenta para no regresar jamás.

Una pesadilla recurrente. Tan vívida como mis recuerdos más recientes. Tan real como este suelo que me sirve de cama.

CRÓNICA DIARIA DE LA ESCUELA

08 de octubre

Después de una intensa noche de bombardeo sobre Santiago la Escuela parece no haber sufrido mayores daños. Hace días que el Ejército no pregunta por su caja. Entre nosotros se especula que es un arma secreta que los militares deseaban poner a salvo de las bombas. ¿Será el arma con la cual ganaremos esta guerra?

Nunca he cerrado mis ojos, no sé si alguna vez he dormido, pero creo estar experimentado lo que otros llaman sueños. Las escenas son confusas, acompañadas de voces sin rostro que se desplazan sin control delante de mí como una vieja película. De pronto, mis sueños son abruptamente interrumpidos por la respiración angustiada de Patricia. La expresión de su rostro se contrae con cada cicatriz que aparece sobre él, acentuando un sufrimiento que parece imparable. Quiere defenderse, pero sus párpados siguen pegados, apresando la mirada que intenta ofrecerme. Ayúdame, ayúdame por favor, me susurra desde aquella parte de la frazada que ha desparramado a su lado.

—Tranquila, ya pasará —le dije quitándole con mis dedos el sudor de su frente.

—Puedo ver algo —me dijo desde la oscuridad—, y ahora lo estoy sintiendo, me acaricia, debe ser el ángel que todos tenemos. Los demás tenían razón, existe, yo sé que existe. —Con sus manos aferró mi brazo, intentando corroborar la realidad de sus palabras.

Su cara mostraba las heridas abiertas que provocaba la enfermedad, lidiando mano a mano con las huellas dejadas por su padre. Pero estas últimas heridas habían desaparecido, su perdón había hecho un buen trabajo. Las grandes lesiones que ahora invadían su piel tenían la marca indeleble de un enemigo invisible y devastador que no perdería esta oportunidad.

Cuando regresé con los medicamentos, Patricia ya no estaba. Sería mi última pérdida, el último de los niños que lograría encontrar.

CRÓNICA DIARIA DE LA ESCUELA

10 de noviembre

El ataque de ayer sobre la ciudad ha cortado todas las comunicaciones con el exterior. Hoy en la mañana comenzó el temido bombardeo "silencioso" . Los instructivos que nos habían llegado hablaban de esta posibilidad. Las mascarillas son inútiles. Hemos comenzado a enfermar. Los adultos mueren rápidamente. Sólo es cuestión de tiempo. Hasta el momento los niños parecen ser inmunes. Hemos decidido sacar del colegio a los fallecidos, no queremos contagiar a los niños. Tal vez tengamos que dejarlos solos.

Escucho su presencia, repleta de risas y experiencias que compartir. Están ahí abajo, son ellos que vuelven una vez más. Y sigo aquí, en la azotea, esperando el momento en que uno de ellos me necesite.

Sigo esperando.

No hay ruidos.

Continúo atento a las llamadas.

El día y la noche rotando ante mi presencia. Una y otra vez. Sin descanso ni alteración. Siempre lo mismo, día tras día.

Hasta que hoy, mi día inactivo número 780, logro escuchar algo. No es un sonido distinguible, parece brotar desde algún lugar no definido. Debo ir en su búsqueda, puede ser uno de ellos. Levantarme, caminar y correr; son una secuencia lógica de órdenes que mis brazos y piernas parecen ignorar. Inmovilidad absoluta, esa es la única respuesta que ofrece mi cuerpo.

Algo de mí se ha perdido con el paso de los días, pero los sonidos siguen presentes y cercanos, tratando de mostrarme la única opción para llegar hasta ellos.

Sólo debo zambullirme en aquella marea de murmullos, y llegaré hasta ellos, porque…

… *no necesito mis piernas para recordar.*

—Bastián, se mueve, míralo, se está moviendo.

—Parece mágico, como aquellas historias que nos contaban los Profesores.

—Cállate, no los nombres. Juramos no volver a nombrarlos. Nos traicionaron, se fueron de la escuela y nos dejaron solos.

—Es fácil, podemos salir y listo.

—¿Y si llegan nuestros padres y no nos encuentran?

—No creo que vuelvan.

—Volverán, se los aseguro.

—Esperaremos unos días y nos iremos.

—De acuerdo.

—Sí, unos días más y nos vamos.

… *no necesito mis brazos para recordar.*

—Parece muy inteligente.

—Habla como adulto.

—¿Un viejo niño, o un niño viejo?

—Déjalo, no seas pesado con él.

… *no necesito mis ojos para recordar.*

—Si eres tan inteligente, ¿por qué no ayudas a María?

—Sí, oye niño viejo, ayúdala, parece que está enferma. ¡Ayúdala!

—Parece que tiene miedo.

—Imposible, no puede tener miedo, él es una cosa, una máquina, un robot de esos que salen en las películas.

—Cállate, que te puede escuchar. Él no debe saber lo que es.

—María está muerta.

—Andrés está muerto.

—Bastián está muerto.

… no necesito mi cuerpo para recordar.

—Oye, sólo quedamos tres.

—Niño viejo, ¿crees en los ángeles?

—Niño viejo, ¿qué harías tú si fueras un ángel?

—Niño viejo, antes de morirme quisiera ver un ángel.

Ellos están aquí, los puedo escuchar, incluso los puedo ver; y también estoy seguro de que ellos me escuchan, saben lo que hago, saben lo que pienso. Pero no deben saber nunca lo del juego. No deben descubrirlo. Arruinarán la magia del juego.

—Niño viejo, ¿ porqué me traes a este lugar?

—No soy el niño viejo.

—Pero sí eres tú, te estoy viendo.

—Patricia, cierra los ojos. Imagina que soy lo que tú quieres que sea.

—¿Es un juego?

—Sí, es un juego.

—¿Quiénes duermen en todas esas camas?

—Nuestros compañeros. Todos ellos duermen en esas camas. No estarás sola, nunca más lo estarás.

… no necesito vivir para recordar.

Marcelo López González tiene 36 años de edad, y nació en Antofagasta, una gran ciudad del norte de Chile, aunque actualmente vive en Santiago. Estudió Leyes durante algunos años (él cree que fueron demasiados), y después de un largo rodeo existencial ha dedicando todos sus afanes al estudio de la pedagogía. Trabaja en una escuela pública, y

comparte el día a día con la esperanza y sueños de cientos de niños. Hizo sus primeras armas literarias en el Taller de Literatura de Luis Saavedra, lugar en que se relacionó con otros importantes autores de su país como Pablo Castro y Sergio Amira. Fue editor del recordado "Fobos Negro" y en el año 2001 ganó una mención honrosa en los "Juegos Literarios Gabriela Mistral", uno de los más prestigiosos concursos literarios de su país.

Las muertes concéntricas

Jack London

Wade Atsheler ha muerto… ha muerto por mano propia. Decir que esto era inesperado para el reducido grupo de sus amigos, no sería la verdad; sin embargo, ni una vez siquiera, nosotros, sus íntimos, llegamos a concebir esa idea.

Antes de la perpetración del hecho, su posibilidad estaba muy lejos de nuestros pensamientos; pero cuando supimos su muerte, nos pareció que la entendíamos y que hacía tiempo la esperábamos. Esto, por análisis retrospectivo, era explicable por su gran inquietud. Escribo “gran inquietud” deliberadamente.

Joven, buen mozo, con la posición asegurada por ser la mano derecha de Eben Hale, el magnate de los tranvías, no podía quejarse de los favores de la suerte. Sin embargo, habíamos observado que su lisa frente iba cavándose en arrugas más y más hondas, como por una devoradora y creciente angustia. Habíamos visto en poco tiempo que su espeso cabello negro raleaba y se plateaba como la yerba bajo el sol de la sequía. ¿Quién de nosotros olvidaría las melancolías en que solía caer, en medio de las fiestas que, hacia el final de su vida, buscaba con más y más avidez? En tales momentos, cuando la diversión se expandía hasta desbordar, súbitamente, sin causa aparente, sus ojos perdían el brillo y se hundían, su frente y sus manos contraídas y su cara tornadiza, con espasmos de pena mental, denotaban una lucha a muerte con algún peligro desconocido.

Nunca habló del motivo de su obsesión, ni fuimos tan indiscretos como para interrogarlo. Aunque lo hubiéramos sabido, nuestra fuerza y ayuda no hubieran servido de nada. Cuando murió Eben Hale, de quien era secretario confidencial —más aún, casi hijo adoptivo y socio—, dejó del todo nuestra compañía, y no, ahora lo sé, por serle desagradable, sino porque su preocupación se hizo tal que ya no pudo responder a nuestra alegría ni encontrar ningún alivio en ella. No podíamos entender entonces la razón de todo esto. Cuando se abrió el testamento de Eben Hale, el mundo supo que Wade Atsheler era el único heredero de los muchos millones de su jefe, y que se estipulaba expresamente que esta enorme herencia se le entregara sin distingos, tropiezos ni incomodidades.

Ni una acción de compañía, ni un penique al contado, fueron legados a los parientes del muerto. Y en cuanto a su familia más

cercana, una asombrosa cláusula establecía expresamente que Wade Atsheler entregaría a la esposa e hijos de Hale cualquier cantidad de dinero que a su juicio le pareciera conveniente, en el momento que quisiera. Si se hubieran producido escándalos en la familia Hale, o sus hijos fueran díscolos o irrespetuosos, habría habido alguna excusa para esta inusitada acción póstuma; pero la felicidad doméstica del difunto había sido proverbial, y era difícil encontrar progenie más sana, más pura y más sólida que sus hijos e hijas, mientras que a su esposa, quienes mejor la conocían la apodaban "Madre de los Gracos", con cariño y admiración. Inútil es decirlo, este inexplicable testamento fue el tema general por nueve días, y hubo una gran sorpresa cuando no se produjo demanda alguna.

Ayer apenas, Eben Hale entró en reposo eterno en su mausoleo. Ahora, Wade Atsheler ha muerto. La noticia apareció en los diarios de esta mañana. Acabo de recibir una carta suya, echada al correo, evidentemente, sólo una hora antes del suicidio. Esta carta que tengo a la vista es una narración, de su puño y letra, en la que intercala numerosos recortes de diarios y copias de cartas. La correspondencia original, me dice, está en manos de la policía. También me suplica divulgar la incontenible serie de tragedias con las que estuvo inocentemente relacionado, para advertir a la sociedad contra el diabólico peligro que amenaza su existencia.

Incluyo aquí el texto por entero.

Fue en agosto, 1899, después de regresar del veraneo, que recibimos la primera carta. No comprendimos entonces; no habíamos acostumbrado nuestra mente a tan tremendas posibilidades. El señor Hale abrió la carta, la leyó y la echó sobre mi escritorio, con una carcajada.

Cuando la hube recorrido, también reí, diciendo: "Es broma lúgubre, señor Hale, y de pésimo gusto." He aquí, querido John, un duplicado exacto de esa carta.

Oficina de los Sicarios de Midas, 17 de agosto, 1899. Señor Eben Hale, plutócrata.

Muy señor nuestro: Queremos obtener al contado, en la forma que usted decida, veinte millones de dólares. Le requerimos

que nos pague esta suma, a nosotros o a nuestros agentes; usted notará que no especificamos tiempo, pues no deseamos apresurarlo en este detalle. Hasta puede pagarnos, si le es más fácil, en diez, quince o veinte cuotas; pero no aceptamos cuotas inferiores a un millón.

Créanos, querido señor Hale, cuando decimos que emprendemos esta acción desprovistos de toda animosidad. Somos miembros del proletariado intelectual, cuyo número en creciente aumento marca con letras rojas los últimos días del siglo XIX; hemos decidido entrar en este negocio después de un completo estudio de la economía social. Nuestro plan no nos permite lanzarnos a vastas y lucrativas operaciones sin disponer de capital inicial. Hasta ahora hemos tenido bastante éxito, y esperamos que nuestras gestiones con usted resulten gratas y satisfactorias.

Le rogamos que nos siga con atención mientras le explicamos nuestros puntos de vista. En la base del presente sistema social se halla el derecho de propiedad. Este derecho del individuo a detentar propiedad se funda única y enteramente, en última instancia, en la fuerza. Los caballeros de Guillermo el Conquistador dividieron y se repartieron Inglaterra con la espada desnuda. Esto es verdad para todas las potencias feudales.

Con la invención del vapor y la revolución industrial vino al mundo la clase capitalista, en el sentido moderno de la palabra. Estos capitalistas o capitanes de la industria virtualmente despojaron a los descendientes de los capitanes de la guerra.

La mente, y no el músculo, prima hoy en la lucha por la vida: pero esta situación también está basada en la fuerza. El cambio ha sido cualitativo. Los magnates feudales saqueaban el mundo a sangre y fuego. los magnates financieros explotan al mundo, aplicando las fuerzas económicas. La mente y no el músculo es lo que perdura, y los intelectual y comercialmente poderosos son los más aptos para sobrevivir.

Nosotros, los Sicarios de Midas, no nos resignamos a ser esclavos a sueldo. Los grandes trusts y combinaciones de negocios (entre los que sobresale el que usted dirige) nos impiden levantarnos al lugar que nuestra inteligencia reclama.

¿Por qué? Porque no tenemos capital. Pertenecemos al bajo pueblo, pero con esta diferencia: nuestras mentes están entre las mejores, Y no nos traban escrúpulos éticos o sociales. Como esclavos a sueldo, trabajando de sol a sol, con vida sobria y avara no podríamos ahorrar en sesenta años —ni en veinteveces sesenta años — una suma de dinero capaz de competir con las grandes masas de

capital existentes ahora. Sin embargo, entramos en la lucha. Arrojamos el guante al capital del mundo. Si éste acepta el desafío o no, igual tendrá que luchar.

Señor Hale, nuestros intereses nos dictan exigir de usted veinte millones de dólares.

Ya que nosotros somos considerados y le otorgamos un plazo razonable para que lleve a cabo su parte de la transacción, le rogamos que no se demore demasiado. Cuando usted se haya conformado con nuestras condiciones, inserte un anuncio conveniente en el Morning Blazer. Entonces le comunicaremos nuestro plan para transferir el capital.

Es mejor que usted lo haga antes del l° de octubre. Si no es así, para demostrarle que hablamos en serio, mataremos a un hombre en esa fecha, en la calle Treinta y Nueve Este. Se tratará de un obrero, a quien ni usted ni nosotros conoceremos. Usted representa una fuerza en la sociedad moderna y nosotros otra —una nueva fuerza—. Sin odio entramos en combate. Usted es la muela superior en el molino, nosotros la inferior. La vida de ese hombre será molida por las dos, pero podrá salvarse si usted acepta nuestras condiciones atiempo.

Hubo una vez un rey maldito por el oro: su nombre está en nuestro sello oficial. Algún día, para protegernos de competidores, lo haremos registrar.

Quedamos Ss. Ss. Ss.Los Sicarios de Midas.

Tú te preguntarás, querido John, por qué no reírnos de una comunicación tan descabellada. No podíamos dejar de admitir que la idea estaba bien concebida, pero era demasiado grotesca para que la tomáramos en serio. El señor Hale dijo que conservaría como curiosidad literaria la carta, y la metió en una casilla de su archivo. Pronto olvidamos su existencia. Y puntualmente, el 1° deoctubre, el correo matutino nos trajo lo siguiente:

Oficina de los Sicarios de Midas, 1° de octubre, 1899.

Señor Eben Hale, plutócrata.

Muy señor nuestro:

Su víctima encontró su fatalidad. Hace una hora, en Treinta y Nueve Este, un obrero fue apuñalado en el corazón.

Cuando usted lea esto su cuerpo yacerá en la Morgue. Vaya y contemple la obra de sus manos. El 14 de octubre, en prueba de nuestra seriedad en este asunto, y en caso de que usted no ceda, mataremos un policía en (o cerca de) la esquina de Polk y Avenida Clermont.

Muy cordialmente. Los Sicarios de Midas.

Otra vez, el señor Hale rió. Su mente estaba muy ocupada con el trato en perspectiva, con un sindicato de Chicago, sobre la venta de todos sus tranvías en aquella ciudad, así que siguió dictando a la taquígrafa, sin volver a pensar en la carta. Pero de algún modo, no sé por qué, una honda depresión me atacó. ¿Si no fuera broma? Involuntariamente busqué un diario. Allí había, como convenía a una oscura persona de las clases pobres, una mezquina docena de líneas, junto al aviso de un boticario, en un rincón:

Poco después de las cinco, esta mañana, en la calle Treinta y Nueve Este, un obrero llamado Pete Lascalle, yendo a su trabajo, recibió una puñalada en el corazón, de un agresor desconocido, que huyó. La policía no ha descubierto ningún motivo para asesinato.

¡Imposible!, fue la respuesta del señor Hale cuando le leí la noticia; pero el incidente pesó evidentemente en él, pues más tarde, el mismo día, con muchos epítetos contra su propia tontería, me pidió que comunicara el asunto a la policía. Tuve el placer de que el comisario se riera de mí, aunque me prometió que la vecindad de aquella esquina sería vigilada especialmente la noche antedicha. Así quedó la cosa, hasta que pasaron las dos semanas, y la siguiente nota nos llegó por correo:

Oficina de los Sicarios de Midas, 15 de octubre, 1899.

Señor Eben Hale, Plutócrata.

Muy señor nuestro:

Su segunda víctima cayó a su hora, según se planeó. No tenemos prisa, pero para aumentar la presión, desde ahora mataremos semanalmente.

Para protegernos de las interferencias policiales, ahora le informaremos de las ejecuciones poco antes o simultáneamente al hecho.

Esperando que ésta lo encuentre a usted en buena salud, somos Ss. Ss. Ss.

Los Sicarios de Midas.

Esta vez fue el señor Hale el que tomó el diario, y después de breve búsqueda, me leyó esta noticia:

UN COBARDE CRIMEN. Josep Donahue, destinado a una guardia especial en la Sección Once, fue muerto a medianoche, de un tiro en la cabeza.

La tragedia ocurrió en la esquina de Polk y Avenida Clermont, a plena luz. En verdad que nuestra sociedad es poco estable cuando los guardianes de su paz pueden ser asesinados tan abierta y alevosamente. La policía no consiguió hasta ahora el menor indicio de una pista.

Apenas acababa de leer, cuando llegó la policía —el comisario con dos de sus hombres, en visible alarma y seriamente perturbados—. Aunque los hechos eran tan pocos y tan sencillos hablamos mucho, repitiéndonos una y otra vez. El comisario aseguró que pronto se arreglaría todo y que los criminales serían aplastados.

Mientras tanto juzgó conveniente poner una guardia para nuestra protección personal, y una patrulla para vigilancia continua de la casa y jardines. Una semana después, a la una de la tarde, recibimos este telegrama:

Oficina de los Sicarios de Midas, 21 de octubre, 1899.

Señor Eben Hale Plutócrata.

Muy señor nuestro:

Sinceramente lamentamos que usted nos haya interpretado tan mal.

Ha encontrado conveniente rodearse de guardias armados, como si fuéramos criminales comunes, capaces de asaltarlo y arrancarle por la fuerza sus veinte millones.

Créanos: esto dista muchísimo de nuestra intención. Usted comprenderá, después de reflexionar un poco que su vida nos es preciosa. No tema. Por nada en el mundo le haremos daño. Es nuestra política protegerlo de todo peligro y cuidarlo usted con toda ternura. Su muerte no significa nada para nosotros. Si así no fuera, tenga seguridad de que no vacilaríamos en destruirlo. Piénselo bien, señor Hale. Cuando haya abonado nuestro precio tendrá que reducir los gastos. Desde ahora despida a sus guardias. Dentro de los diez minutos del momento en que reciba esto, una joven enfermera habrá sido estrangulada en el Parque Brentwood. El cuerpo se encontrará entre los arbustos, al borde de las senda que va hacia la izquierda del quiosco de música.

Cordialmente Los Sicarios de Midas.

En seguida el señor de Hale avisó por teléfono al comisario. Quince minutos después, éste nos comunicó que el cadáver, todavía caliente, había sido hallado en el lugar indicado. Esa noche los diarios abundaban en chillones títulos sobre Jack el estrangulador,

denunciaban lo brutal del hecho y se quejaban de la laxitud policial. Nos volvimos a encerrar con el comisario, que nos rogó mantener al asunto en secreto.

El éxito, dijo, dependía del silencio.

Como tú sabes, John, el señor Hale era hombre de hierro. Rehusaba rendirse. Pero, oh John, esa fuerza ciega en la oscuridad era terrible. No podíamos luchar, ni hacer planes, ni nada, sólo contener las manos y esperar. Semana tras semana, cierta como la salida del sol, venía la notificación y la muerte de alguna persona, hombre o mujer, inocente de todo mal, pero tan muerta por nosotros como si la matáramos con nuestras propias manos. Una palabra del señor Hale, y la matanza habría cesado. Pero él endureció su corazón y esperó; sus arrugas se ahondaron, sus ojos y la boca se afirmaron en severidad, y la cara envejeció. No hay ni qué hablar de mi sufrimiento en ese tremendo período.

Encontrarás aquí las cartas y los telegramas de los Sicarios de Midas y los artículos de los diarios.

También encontrarás las cartas advirtiendo al señor Hale de ciertas maquinaciones de enemigos comerciales y manipulaciones secretas con acciones. Los Sicarios de Midas parecían tener acceso a la intimidad de los negocios y de las finanzas. Nos comunicaban informaciones que ni siquiera nuestros agentes conseguían.

Una nota de ellos, en el momento crítico de un trato, ahorró al señor Hale cinco millones. En otra ocasión nos mandaron un telegrama que impidió que un anarquista exaltado quitara la vida a mi jefe. Capturamos al hombre en cuanto llegó y lo entregamos a la policía, que le encontró encima un poderoso y nuevo explosivo como para hundir un barco de guerra.

Persistimos. El señor Hale estaba resuelto a todo. Desembolsaba a razón de cien mil dólares semanales en servicio secreto. La ayuda de Pinkerton, de Holmes y de un sinnúmero de agencias particulares fue requerida; miles de hombres figuraban en nuestras listas de pago. Nuestros pesquisas pululaban por doquier, con todos los disfraces, investigando todas las clases sociales. Seguían millares de claves y pistas; centenares de sospechosos eran detenidos; y miles de otros sospechosos eran vigilados; nada tangible salió a luz. Para sus comunicaciones, los Sicarios de Midas cambiaban continuamente el método de envío.

Cada mensajero que mandaban era arrestado de inmediato. Pero siempre éstos demostraban ser inocentes, mientras que sus descripciones de las personas que los enviaban nunca coincidían. El 31 de diciembre nos notificaron:

Oficina de los Sicarios de Midas, 31 de diciembre, 1899.

Señor Eben Hale, plutócrata. Muy señor nuestro:

Siguiendo nuestra política —nos halaga que usted ya esté versado en ella— nos permitimos comunicarle que daremos un pasaporte, desde este Valle de Lágrimas, al comisario Bying, con quien, a causa de nuestras atenciones, usted llegó a relaciones tan estrechas. Acostumbra estar en su oficina a esta hora. Mientras usted lee esta carta, respira él su último aliento.

Cordialmente. Los Sicarios de Midas.

Corrí al teléfono. Grande fue mi alivio cuando oí la simpática voz del comisario. Pero, mientras hablaba aún, su voz en el receptor terminó con un estertor, y oí, apenas, la caída de su cuerpo. Luego una voz extraña me dio los saludos de los Sicarios de Midas, y cortó.

Pedí con la oficina pública, para que socorrieran al comisario. Pocos minutos después supe que lo habían encontrado bañado en su propia sangre, y muriendo. No había testigos; no se encontraron huellas del asesino.

En consecuencia, el señor Hale aumentó de inmediato su servicio secreto hasta que un cuarto de millón fluía por sus arcas por semana. Estaba resuelto a ganar. Las recompensas ofrecidas llegaban a sumar más de diez millones de dólares. Tienes aquí una idea clara de sus recursos y de cómo los usaba sin tasa. Decía que luchaba por un principio.

Hay que admitir que sus actos probaban la nobleza de sus motivos. Los departamentos de policía de todas las grandes ciudades cooperaban con él, y aun el gobierno de los Estados Unidos entró en la lucha, y el asunto se convirtió en una de las principales cuestiones de Estado. Algunos fondos nacionales se dedicaron a descubrir a los Sicarios de Midas y todo agente del gobierno estuvo atento. Pero fue en vano. Los Sicarios de Midas golpeaban sin errar en su obra inevitable. Sin embargo, aunque el señor Hale luchaba hasta la muerte, no podía lavar sus manos de la sangre que las teñía. Aunque no era, técnicamente, un asesino, aunque ningún jurado de sus iguales pudiera acusarlo, no era por eso menos causante de la muerte de cada individuo. Como dije antes, una palabra suya habría detenido la matanza. Pero rehusaba decir esa palabra. Insistía en

que la sociedad estaba amenazada, que él no era tan cobarde para desertar su puesto, y que era justo que unos cuantos fueran mártires por la prosperidad de los más. Pero la sangre caía sobre su cabeza, y él se hundía cada vez más en el abatimiento y la pena. Yo también estaba abrumado con la culpa de ser cómplice. Niños eran asesinados sin piedad, y mujeres y ancianos; y no sólo eran locales estos crímenes, sino que se distribuían por todo el país. A mitad de febrero, una noche, mientras estábamos en la biblioteca, golpearon a la puerta con violencia. Respondí yo, encontrando sobre la alfombra del comedor esta misiva:

Oficina de los Sicarios de Midas, 15 de febrero, 1900.

Señor Eben Hale, plutócrata.

Muy señor nuestro:

¿No llora su alma por la roja cosecha que recoge? Quizás hemos sido demasiado abstractos en el manejo de nuestro negocio. Seamos ahora concretos. Miss Adelaide Laidlaw es una joven de talento, tan bondadosa, entendemos, como bella. Es la hija de su viejo amigo, el juez Laidlaw, y sabemos que usted la llevó en sus brazos cuando niña. Es la amiga más íntima de su hija y ahora está visitándola. Cuando usted lea esto, la visita habrá terminado.

Muy cordialmente. Los Sicarios de Midas.

Al instante comprendimos lo que significaba. Corrimos por la gran casa, sin hallar a la muchacha. La puerta de su departamento estaba cerrada con llave, pero la hundimos a empujones desesperados, y allí, vestida para la Opera, asfixiada con almohadones, todavía tibia y flexible, yacía casi viva. Deja que pase sobre este horror. Seguramente recordarás los relatos de los diarios.

Tarde, aquella misma noche, Eben Hale me citó, y ante Dios me juramentó solemnemente a quedarme con él y a no transigir, aunque la familia entera fuese destruida.

A la mañana siguiente me sorprendió su alegría. Yo había previsto que la tragedia última le produciría un hondo shock; pero ignoraba aún hasta que punto lo había afectado. Al otro día lo encontramos muerto en su cama, con una pacífica sonrisa en su rostro devastado por la congoja. Murió asfixiado. Con la connivencia de las autoridades se comunicó al mundo que se trataba

de un ataque al corazón. Creímos juicioso ocultar la verdad.

Apenas dejé esa cámara de muerte, cuando —pero demasiado tarde— recibí la carta siguiente:

Oficina de los Sicarios de Midas, 17 de febrero, 1900.

Señor Eben Hale, plutócrata.

Muy señor nuestro:

Usted perdonará nuestra intrusión, tan poco después del triste evento de anteayer; pero lo que deseamos decirle puede ser de grandísima importancia para usted. Se nos ocurre que usted pueda intentar escapársenos. No hay sino un camino, en apariencia, como usted sin duda lo habrá descubierto. Pero queremos informarles que aún este único camino le está cerrado. Usted puede morir, pero reconociendo su fracaso. Tome nota de esto: Somos parte y porción de sus posesiones. Con sus millones pasamos a ser sus herederos y cesionarios para siempre.

Somos lo inevitable. Somos la culminación de la injusticia industrial y social. Nos volvemos contra la sociedad que nos creó. Somos los fracasos triunfantes, los azotes de una civilización degradada. Somos las criaturas de una perversa selección social; combatimos a la fuerza con la fuerza. Sólo los fuertes perdurarán. Creemos en la supervivencia de los más aptos. Habéis hundido en la miseria a vuestros esclavos a sueldo y habéis sobrevivido. Los capitanes de guerra, a vuestras órdenes, fusilaron como a perros a vuestros obreros en tantas huelgas sangrientas. Por tales medios habéis durado. No nos quejamos del resultado, porque reconocemos y tenemos nuestro ser en la misma ley natural. Ahora surge la cuestión: Bajo el presente medio social, ¿quién de nosotros sobrevivirá? Creemos ser los más aptos. Vosotros creéis ser los más aptos. Dejamos la eventualidad al tiempo y a Dios.

Cordialmente. Los Sicarios de Midas.

John, ¿te sorprendes ahora de que yo haya huido de placeres y amigos? Pero, ¿para qué explicar? Este relato aclarará todo. Hace tres semanas murió Adelaide Laidlaw. Desde entonces aguardé con esperanza y miedo. Ayer se abrió el testamento y se hizo público.

Hoy fui notificado que una mujer de clase media sería muerta

en el Parque Puerta de Oro, en el lejano San Francisco. Los diarios de esta noche dan los detalles del crimen, que corresponden a los que yo conocía.

Es inútil. No puedo luchar contra lo inevitable. He sido leal al señor Hale y trabajé duro. Por qué mi lealtad se premia así, no entiendo. Sin embargo, no puedo faltar a la confianza puesta en mí, ni a la palabra dada. Ahora legué los muchos millones que recibí a sus poseedores legítimos. Que los robustos hijos de Eben Hale obren su propia salvación. Antes que leas esto, habré muerto. Los Sicarios de Midas son todopoderosos. La policía es impotente. Supe por ella que otros millonarios han sido multados y perseguidos del mismo modo. ¿Cuántos?, no se sabe, pues si uno cede a los Sicarios de Midas, su boca queda sellada. Los que no cedieron aún, están recogiendo su cosecha escarlata. El torvo juego sigue hasta el fin. El Gobierno Federal no puede hacer nada. También entiendo que organizaciones similares han hecho su aparición en Europa.

La sociedad está sacudida hasta sus cimientos. En vez de las masas contra las clases, es una clase contra las clases. Nosotros, los guardianes del progreso humano, somos elegidos y golpeados. La ley y el orden han fracasado. Las autoridades me suplicaron que guardara este secreto. Lo hice, pero ya no puedo callarlo. Se ha transformado en cuestión de importancia pública, llena de tremendos peligros y consecuencias, y mi deber es informar al mundo, antes de abandonarlo.

Tú, John, por mi último pedido, publica esto. No temas. El destino de la humanidad está ahora en tus manos. Que la prensa tire millones de ejemplares, que la electricidad lo difunda por el mundo, que donde los hombres se encuentren y hablen, hablen de ello temblando de terror. Y entonces, cuandoe stén bien despiertos, que la sociedad se alce con toda su potencia y arroje de sí esta abominación.

Tuyo, en largo adiós:

Wade Atsheler.

Título original: “The Minions of Midas” (1901)

Hemos hablado extensamente de Jack London en ocasión de publicar otros dos cuentos de su autoría en Axxón: “El Rojo” (1914), en Axxón N° 153 y “La invasión sin paralelo” (1910), en Axxón N° 157. Nos limitaremos a recordar que nació en San Francisco el 12 de enero de 1876 y

que se quitó la vida el 22 de noviembre de 1916, cuando sólo tenía 40 años.







Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**